

Leonardo Castellani

Su
Majestad
Dulcinea

Corrección y Notas:
Pbro. Carlos Biestro

**EDICIONES JAUJA
ARGENTINA**

Todos los derechos reservados
Prohibida su reproducción total o parcial
Copyright by Instituto Padre Leonardo Castellani
Alem 2535 - Benegas - Godoy Cruz (5501)
Mendoza - Telefax (061) 390723
E-Mail: icastellani@arnet.com.ar

Queda hecho el depósito
que previene la ley 11723

Pintura de Tapa:
"Su Majestad Dulcinea", de Bernardita Gibert.
Pintura al óleo sobre soporte de tela y madera.
Tamaño 60 x 65 cm

Diseño de Tapa: Rubén Juárez D'Ambola
Diagramación, diseño y compaginación: Jorge Martín Villalba

A Don Florencio Gamallo

~~ÍNDICE GENERAL~~

Introducción	9
Historia de este libro	23

PRIMERA PARTE

LA REBELIÓN DE LOS CRISTÓBALES	25
I. A la Chacarita	27
II. Trabajito en la Curia	37
III. La Encina de Vincennes	49
IV. Juicio y justicia	55
V. El Irreprochable	67
VI. Fiesta en el cementerio	75
VII. Yo me enamoré del aire	87
VIII. Alta política	97
IX. Dulcinea	109
X. El sermón del Cura Loco	115
XI. "La paz reina en el país"	127

PARTE SEGUNDA

EN POS DE DULCINEA	131
I. Un baño de mar	133
II. Informaciones	141
III. Catacumbas	157
IV. Banquete de curas	167
V. Prisiones	175
VI. La evasión	191
VII. La Consagración	201
VIII. Descalabro	213
IX. "Y donde fue Buenos Aires..."	221
X. Villa Desesperación	239

XI. El Concilio de Olavarría	255
XII. La muerte del Cura Loco	269
XIII. El enfermo	277

PARTE TERCERA

FINALE LENTO MAESTOSO

I. El capataz de Yací-Yateré	291
II. Salta	301
III. La dirección	309
IV. Sepultada en vida	317
V. El rapto	325
VI. Últimas noticias	331
VII. Cabo	337

Obras del Autor	343
Instituto P. Leonardo Castellani	347
Libros a editar	348

INTRODUCCIÓN

En la conclusión de *El Nuevo Gobierno de Sancho*, Castellani había anunciado el propósito de escribir *Su Majestad Dulcinea*. La primera parte de ella fue redactada en marzo de 1946, en la Parroquia Sagrada Familia, de Mar del Plata¹, y casi todo el resto en Cume-Coo, (Estación Pirovano) entre el 20 de noviembre y 4 de diciembre de 1955².

Poco después Don Florencio Gamallo se manifestó dispuesto a "hacer una edición reducida, tirándose unos pesos que apenas tiene."³

La novela apareció el 11-IV-56, "el mismo día en que llegó Copello y nombraron administrador Apostólico. Notable coincidencia"⁴ con el sello de Cintra, y el grupo Patria Grande la volvió a editar en 1974.

En la composición de esta obra el Autor tomó en cuenta *Gelsomino*, *Buffone del Re*, del italiano Alfredo Panzini⁵. También es notorio el influjo de 1984, de George Orwell —el Reinado de Dulcinea transcurre en un imaginario fin del siglo XX—, y *Señor del Mundo*, de Robert Hugh Benson. Pero sobre todo la presente novela continúa la reescritura del *Quijote* en nuestro país, que ya había producido el *Martín Fierro* y *Don Segundo Sombra*, e inspiró a Castellani *El Nuevo Gobierno de Sancho*, *La Muerte de Martín Fierro*, y *Juan XXIII (XXIV)*, además de *Su Majestad Dulcinea*.

1. Págs. 23,24, 106.

2. Diario.

3. Carta a Clemente Ruppel (Diario, entrada del 21-I-56).

4. (Diario, 12-IV-56)

5. Carta a Eligio Possenti, Director de *La Domenica del Corriere* (Milán), en el Diario, entrada del 30-VII-61.

Este libro es un "Manifiesto Teológico" con el ropaje de una historia de hazañas caballerescas; Castellani se vale de la imaginación poética para darnos en esta novela de anticipación un cuadro de nuestra Patria y su gente en el fin de los tiempos.

El poeta y el profeta pueden proyectarse al futuro y adivinarlo porque ellos ~~calan hondamente en los sucesos de su época y así descubren~~ las líneas de fuerza que influyen en el rumbo de los acontecimientos: "En *Su Majestad Dulcinea* construyo una fantasía conforme a la (que a mí me parece) situación del mundo actual."⁶

Consideraremos, pues, las circunstancias en que fue compuesta la obra, la situación del país, de la Iglesia, y del mismo Castellani, para percibir su conexión con las imágenes apocalípticas y esperanzadoras de *Su Majestad Dulcinea*.

Situación del País

Cuando Castellani regresó al país en 1935 después de haber concluido sus estudios en Europa, la oligarquía proclamaba con orgullo que la Argentina era prácticamente una parte del Imperio Británico. Los intentos de recuperar la soberanía llevados a cabo por los militares en 1943 y luego por Perón concluyeron en el fracaso. Los "católicos" de la "Revolución Libertadora" pusieron la Universidad y la Prensa en manos de figuras conspicuas de la Antipatria, y poco después debieron entregar el poder a liberales crudos.

"Esta nación está empiojada; más aún, a veces pareciera que está realmente pervertida. Eso es mucho peor que estar simplemente en pecado. El pervertido no solamente ha dejado las virtudes sino que las aborrece. Aquí el que es puro es puesto en '*ban*' (no sé cómo se dice en español) con tanto más rapidez y rigor cuanto más puro sea; los hombres de verdadero valor intelectual y moral son casi infaliblemente desplazados y puestos al margen; y sus cátedras o lugares naturales ocupados por el espurio.- Este gusto de lo espurio parecería no un accidente o un contagio sino como un producto natural de la estructuración misma de la nación."⁷

¿Cuál es la causa de este desorden? "El eje de la historia argentina es la pugna entre el Liberalismo y la Tradición

6. Diario, entrada del 15-V-56.

7. Diario, entrada del 22-XI-57.

Española.”⁸ El Liberalismo no es solo una teoría política o económica sino sobre todo una doctrina religiosa herética: esta “Religión de la Libertad” supone la ignorancia del Pecado Original y la necesidad de la gracia para remediar la condición averiada del hombre, niega el Reino de Cristo y pone en su lugar el mito del “Progreso” que conduce a un Paraíso Terrenal laico, y todos sus razonamientos y promesas ocultan el designio de entregar las naciones al poder del Dinero, el rival por excelencia de Dios.

Puesto que las naciones hispanoamericanas fueron estructuradas por la fe —“somos el último hijo de la vieja Cristiandad”—, el intento liberal “es como querer encajar una estaca cuadrada en un agujero redondo”⁹; en consecuencia “aquí existen, coexisten o contraexisten dos países contrarios.”¹⁰

Sin embargo, la lucha no estaba decidida cuando Castellani escribió esta novela: “Hasta ahora (el Liberalismo) ha fracasado aquí. Varios escritores extranjeros (Pereyra, Vasconcelos, Spengler) se asombran de este hecho histórico argentino: la Argentina no se ha desmembrado. TENÍA QUE HABERSE DESMEMBRADO, como la América Central: las potencias más poderosas del mundo el siglo pasado querían que se desmembrara. Y no se desmembró. Éste es el fracaso del Liberalismo.”¹¹

Más todavía, muchos pensaban que nuestra Patria era entonces el único lugar de América del Sur donde podía iniciarse una instauración, pues quedaba un “resto”; las condiciones materiales y posibilidades eran superiores a la del otros países hispanoamericanos.

“La Argentina es actualmente, por imposición del Destino histórico, depositaria en la América del Sur de la idea misionera de España. Es un destino serio, en estos momentos un destino bravo, que no es para reír ni para jactarse sino para recibirlo de rodillas con las dos manos sobre la cruz de la espada.”¹²

“Pero el Liberalismo puede triunfar; no tenemos ningún seguro de vida. ¿Qué pasaría en la Argentina si triunfara ahora el

8. P. 145.

9. Castellani, *Dinámica social*, abril-mayo de 1960, p. 11.

10. *Domíngueras Prédicas I* (Domingo In Albis)

11. *La Religión de la Libertad*, en *Dinámica Social* N° 66, febrero-marzo de 1956

12. *El Derecho de Gentes*, en *El abildo*, 11-VIII-44, *Decíamos Ayer*, págs. 143-144.

viejo Liberalismo, inasimilado, irrefutado y extranjerizante? Hemos desarrollado la respuesta en una novela fantástica llamada *Su Majestad Dulcinea*.¹³

Situación de la Iglesia

La Jerarquía Eclesiástica no se daba por enterada de esto, al contrario, cultivaba una excelente relación con quienes habían apostado fuerte a la desgracia nacional: "Los que hacen los banquetes a los Obispos y fundan hospitales marca Juan de Robres¹⁴, los que constituyen como la corte y la guardia de corps de la Iglesia Oficial ¿quiénes son sino los grandes terratenientes y sus adláteres naturales, profesionales, comerciantes y empleados que coalecen la masa de intereses hechos llamada por Rodolfo Irazusta 'la Oligarquía Argentina'?"¹⁵

El coloniaje imperante tenía una raíz más honda que las meramente políticas y económicas. Las iniquidades soportadas por nuestra Patria eran consecuencias de la crisis religiosa. "Siempre ha habido en la Iglesia hombres que obran contra sus creencias, es decir, pecadores. Pero aquí se trata de un fenómeno de confusionismo, signo de los tiempos, y que en cierto sentido es peor todavía que la flaqueza de la voluntad; digo la ceguera de la mente, o sea, la falta o falsificación de las 'creencias', proveniente de una honda anemia de las 'vivencias'."¹⁶

Si la indiferencia con respecto al país era un signo aciago, peor aún resultaba el empeño de la Iglesia Establecida (no sólo aquí sino también en Europa) en "hacer el cartel a un partido político" fundado sobre una herejía:

"El estado actual del Catolicismo hace posible al Partido Demócrata Cristiano. Es una proposición profunda que yo no oso negar [...] Que la doctrina de Cristo pueda servir de cohete impulsor a un satélite del Liberalismo, es una cosa que no previó Cristo; o mejor dicho, sí la previó, pero no como una perfección sino como un empiojamiento de su doctrina. Los demócratas cristianos del tiempo de Cristo eran los que oraban a gritos, daban limosna en las

13. *La Religión de la Libertad*.

14. "El Señor don Juan de Robres - Con caridad sin igual - Hizo este santo Hospital - Para curar a los pobres. - Mas primero hizo a los pobres..."

15. *Las Ideas de Mi Tío el Cura*, Cap. XV - *Primero Política*.

16. *Ibíd.*, Cap. XXIII - *La Coordinación y los Católicos*.

plazas y... calumniaban al joven Profeta de Nazareth [...] La fe religiosa convertida en granjería y palabrería."¹⁷

"La Iglesia está enferma de la misma enfermedad de que enfermó la Sinagoga. El mundo va pareciéndose cada día más al mundo al cual bajó el Hijo de Dios doloroso: tanto en la Iglesia como fuera de ella. paganismo y fariseísmo. No digo que haya defectado en la fe, que haya de fallar en la fe, pues posee contra eso la infalible promesa divina. Pero Pedro pecó tres veces contra la caridad; y Caifás profetizó criminalmente a pesar suyo. Y así será en el fin."¹⁸

Aunque el Señor garantiza que las Puertas del Infierno no prevalecerán, el Evangelio también advierte que en los tiempos finales la fe casi habrá desaparecido¹⁹ —hasta el extremo de que el mundo tendrá a la Iglesia por liquidada (*Ecclesia de medio fiet*)— por el contagio universal de la Última Herejía, que en estas páginas toma el nombre de "Catolicismo Vital".

El Padre Leonardo veía rebrotar el viejo Naturalismo, que "vacía de su contenido sobrenatural o trascendente los dogmas cristianos, conservando la cáscara: en definitiva, y así los convierte en 'mitos'... de la adoración del hombre en lugar de Dios."²⁰ y cuyo representante más conocido era el jesuita Teilhard de Chardin, empeñado en "conciliar los dogmas de la Iglesia vueltos hipótesis con la hipótesis darwinista vuelta dogma... o sea, caminar patasarriba y cabezabajo."²¹

Situación de Castellani

El Autor de *Su Majestad Dulcinea* decidió emplearse entero para "advertir a los fieles del Plata" que la Patria se encontraba al borde del sometimiento definitivo y la apostasía. El 25 de enero de 1946 escribió al Cardenal Copello:

"Si estuviésemos en tiempos tranquilos y la vida pública siguiese una marcha normal y serena, nada ni nadie en el mundo

17 Diario, entrada del 9-X-57.

18 *Los Papeles de Benjamín Benavides*, Parte Segunda, Capítulo I, Los Signos.

19 Lucas 18: 8; II Tesalonicenses 2: 3; Apocalipsis 11: 3; 12: 6.

20 Castellani, *El Evangelio de Jesucristo*, Resumen de Todo Lo Dicho, III — Las Parábolas.

21 *Falsificación del Signo Tao*, en *Dinámica Social* N° 92, junio de 1958.

me haría abandonar mi vocación de doctor sacro. Pero nuestra nación está en convulsión y amenazada en sus esencias más íntimas, que son las morales y religiosas, como lo sabe S.E. Están amenazadas la Soberanía, la Jerarquía y la Verdad. Si este país cae bajo la regencia real de una nación protestante, nada podrá impedir un inmenso contagio (que ya ha comenzado) y una gran defección en lo religioso."

La Jerarquía respondió a esta advertencia acusando a Castellani de "meterse en política", y el Cardenal Primado lo echó del Seminario.

El sector eclesiástico más afectado por esta decadencia religiosa era probablemente la Compañía de Jesús, de la que nuestro Autor era religioso profeso. La Compañía se había convertido en "una sociedad donde no reinaba la justicia. Pero no fue eso lo que me sacó de ella [...] Lo que me aversó profundamente de ella es que la falta de justicia estaba revestida de falsa caridad. O sea, no se había producido una escasez de justicia sino una corrupción de algo superior [...] Por consiguiente, el conflicto se planteó en el plano religioso; y mi lucha [...] tenía un doble sentido: era un *sondaje* en forma de oposición. Era un intento de *llamar a lo religioso* a mis enemigos, más bien que un intento de derrotarlos."²²

Con este propósito el Padre envió una serie de cartas a los Profesos Jesuitas de la Provincia Argentina en las que exponía los desórdenes de la Compañía.²³ Ellas procedían de un amor iluminado, y si hubiesen sido tomadas en cuenta, la Orden de San Ignacio habría evitado enormes males: en los años siguientes 10.000 jesuitas de todo el mundo abandonaron la vida religiosa y muchos de los que quedaron adentro se pusieron al servicio de la herejía y la revolución. Pero el Provincial Tomás Travi secuestró las cartas por considerarlas "sediciosas", y amenazó a nuestro Autor con la expulsión²⁴. Más tarde ellas darían a Janssens, General de la Compañía, el principal argumento para concretar el deseo de Travi.

Castellani decidió viajar a Roma con el propósito de exponer al Papa y al General Jesuita la situación de la Iglesia y la Patria. No logró ver a Pío XII, y sólo obtuvo una brevísima y desgraciada audiencia con el P. Janssens.

22. Diario, 5-I-55.

23. Cuatro de estas cartas fueron incluidas en *Cristo y los Fariseos*, Jauja, Mendoza, 1999, págs. 183-230.

24. Sólo contamos con una copia de la carta en que Castellani afirma esto, y en ella no aparece el destinatario ni la fecha.

Mientras la suerte se mostraba adversa a nuestro Autor, ella sonreía a Teilhard, quien también había sido llamado a Roma para dar cuenta de su doctrina teológica:

~~"Curioso, en 1932 vivimos los dos 'côte à côte' en dos cuartuchos próximos del 4º piso de Rue de Grenelle, 42. Nunca nos hablamos, y creo que ni me saludaba, altivo y taciturno. Él era un 'sabio' (un científico en realidad, y no de los mayores) que las trompetas de la fama comenzaban a hacer conocer en el mundo tumultuoso y vano; y yo un pobre estudiante de una nacioncilla menospreciada por el 'parisien', terriblemente estudioso, terriblemente apenado, terriblemente inmerso en la vida: sin la 'alegría de París', en París."~~²⁵

"Nos encontramos de nuevo en el Borgo Santo Spirito 4 en 1947. A él lo habían llamado a Roma para que se explicara, y a mí también. Él se explicó ante J. B. Jannssennss y yo no; o mejor dicho, no dejaron que me explicara. Él volvió triunfante a París y yo fui a la prisión de Manresa. Y no lo envidio. Y no lo envidio."²⁶

Castellani terminó desterrado en Cataluña y con prohibición de volver a la Patria. En España nuestro Autor fue puesto en una situación de ocio forzoso, y pronto se halló al borde del colapso, que sólo pudo evitar por la huida del encierro manresano y el retorno al país, en julio de 1949. Tres meses después fue expulsado de la Compañía de Jesús y privado de las licencias para celebrar la misa y confesar. Le ofrecieron el destierro en Bolivia, en una casa de sacerdotes ancianos y bajo la custodia de un "sacerdote prudente" y no aceptó. Quedó así suspendido *a divinis* e infamado.

A pesar de la sañuda persecución "de adentro", Castellani no perdió la fe en el carácter divino de la Iglesia. "No sólo me siento -escribió al Cardenal Siri- dentro de la Iglesia Jerárquica sino en el corazón de ella. Estoy unido a la Iglesia soportando en favor de ella la persecución que viene de ella."²⁷

En tales circunstancias el Padre Leonardo acudió a la consolación de la Escritura: "Como a San Gregorio Magno, el estudio de la Escritura es el único interés que me queda en esta vida; no para buscar 'moralidades' como él sino más bien profecías: la

25. Diario, entrada del 13-II-58.

26. Carta a H. Caillet Bois, Diario, entrada del 27-I-58.

27. 25-V-55

comprensión del mundo actual, de la Iglesia actual y de mi propia vida."²⁸

Y a pesar de que decir verdades le había costado muy caro, él decidió continuar en la brecha para manifestar su fe: "Voy a rescatar a la vez mi buen nombre y el de la Santa Madre Iglesia: porque si la Iglesia se pusiese a hacer en grande lo que ha hecho conmigo, se volvería un manantial de iniquidad. Y en el fondo, voy a defender mi fe."²⁹

¿Humor Negro o Esperanza?

La consideración del fin de los tiempos es propia del pensamiento cristiano de cualquier época, pues aunque "no sea posible mencionar ningún lapso de tiempo, ni pequeño ni grande, tras el cual haya que esperar el fin del mundo"³⁰, la fe le exige "considerar la proximidad constante y la continua posibilidad de un fin catastrófico del tiempo."³¹

En cierto modo cada época vive las postrimerías. En el primero de sus *Cuatro Sermones sobre el Anticristo* el Cardenal Newman enseña que "así como los tipos de Cristo vinieron antes de Él, así también las sombras del Anticristo lo precederán. En realidad, todo acontecimiento de este mundo es tipo de aquéllos que lo seguirán; la historia avanza como un círculo siempre creciente [...] Por eso San Juan dice: 'Hijitos, ésta es la última hora; y como habéis oído que el Anticristo vendrá, ya hay muchos Anticristos; por lo cual sabemos que ésta es la última hora.'³² El Anticristo había venido, y no había venido; era, y no era la última hora."³³

La Segunda Venida de Cristo "es el punto más viviente de la exégesis de la Escritura: son profecías *por cumplirse*. Las antiguas profecías referentes a la Primera Venida se han cumplido y han sido estudiadas profundamente; para los fieles no son problema; existen listas ordenadas de los vaticinios mesiánicos hebreos y su

28. Diario, entrada del 4-X-57.

29. Diario, entrada del 2-III-58.

30. Sto. Tomás de Aquino, *Contra Impugnantes Dei Cultum et Religionem*, Nº 531.

31. Pieper, Josef, *El Fin del Tiempo*, Herder, Barcelona, 1984, p. 114.

32. 1 Juan 2: 18.

33. Ediciones del Pórtico, Bs. As., 1999, págs. 22-23.

cumplimiento, de las cuales la más conocida es la de Blas Pascal. Las profecías de la Segunda Venida no se han cumplido todavía; y existe acerca de ellas una viva lucha subterránea de la que los fieles no suelen estar enterados."³⁴

Sin embargo, muchos dejan a un lado las profecías canónicas sobre el Fin de los Tiempos porque ven en ellas presagios aterradores que destruyen la esperanza. Newman había observado que el rechazo del *Apocalipsis* como profecía es el resultado de una sugestión diabólica: "Ningún artificio de Satanás es más sutil que hacernos creer que estas profecías están cumplidas, que ellas ya se han realizado."³⁵ Y Heinrich Schlier, gran exegeta luterano convertido al Catolicismo, razonaba que si el escrutar los Signos de los Últimos Tiempos se convierte muchas veces en motivo de mofa, ello se debe a que la mentalidad del mundo hoy contamina la Iglesia, y ésta es una razón, y no la única, de que tal vez el desenlace no esté muy lejano.

Castellani no fue el único en sospechar un próximo fin del ciclo adámico: en *El Apokalypsis de Hoy* (Tribuna, San Juan) escribe que "los más grandes escritores religiosos actuales [...] son apocalípticos, en el sentido de que se preocupan del Fin de la Humanidad, del fin incluso en el sentido de 'término' [...] Entre los autores católicos (los protestantes son innumerables), recuerdo ahora: en España: Lacunza, Donoso Cortés, Aparisi Guijarro, Rovira S.J. (*Enciclopedia Espasa*), Alcañiz...; en Italia: San Pío X, Benedicto XV, Papini; en Francia: León Bloy, Maritain joven y muchos actuales, como Madelaine Chasles, Aron, Frank-Duquesne; en Alemania: Holzhauser, Hamann, Goerres, Erik Peterson, Hans Preuss, Stauffer, Joseph Pieper; en Inglaterra: Cardenal Newman, Robert Hugh Benson y su padre, Edward White Benson." Podemos agregar los nombres de Hilaire Belloc, Heinrich Schlier, Philipp Dessauer, Solovief, J. R. R. Tolkien, etc.

La razón de esta sospecha es que en nuestro tiempo la cizaña parece haber llegado a la madurez. "El mundo actual no tiene remedio, porque está atacado en sus raíces [...] el auge de los Cuatro Pecados que Claman al Cielo oficializados ('capitalismo' o esclavización del pobre; 'sodomía' o carnalidad contra naturam.

34. *Exégesis*, Cap. V - La Parusía. (Inédito).

35. *The Protestant Idea of the Antichrist*, en *Essays Critical and Historical*, vol. II, Longmans, London, 1871.

triumfante en el contracepcionismo; 'fratricidio' o el odio al hermano; 'idolatría' o adoración del hombre y las obras de sus manos.)"³⁶

"La manifestación del Hombre de Pecado no puede estar lejos, porque el mundo actual está ensopado en pecado, y bastaría apretarlo como una esponja (por otra guerra mundial, por ejemplo) para que rezume el pecado en estado químicamente puro."³⁷

Pero Castellani dio en forma condicional el anuncio del advenimiento del fin en esta época: "Yo creo que algún día vendrá el fin del mundo (del ciclo adámico) precedido de una corrupción religiosa irremediable; pero no lo he profetizado para ahora, sino en forma conjetural y condicional (*Su Majestad Dulcinea*)."³⁸ Él bien sabía que los vaticinios a veces no se cumplen en el tiempo calculado: "El profeta trabaja con ideas e imágenes, las cuales son aladas; y no percibe muchas veces lo que llaman los filósofos 'la resistencia de la materia'. La historia es lógica sólo hasta cierto punto; y sus líneas de fuerza ideales no se mueven en línea recta sino sinuosa y aun quebrada. Ver los errores de tiempo *acortado* en las 'profecías' naturales de Donoso Cortés, Balmes, Nietzsche, Kirkegord y Solovief."³⁹

* * *

El Padre Leonardo juzgó que *Su Majestad Dulcinea* era su mejor obra⁴⁰ y "la novela más importante que se ha escrito en la Argentina, aunque naturalmente, no es más allá que una novela."⁴¹ Castellani tuvo en claro que recibiría el "desprecio de los grandes 'críticos' del antipaís", y con todo se alegró de haber plasmado el libro: "Yo he 'crecido' haciéndolo (o por lo menos, me he divertido) y por momentos me viene el pensamiento de que me ha sido inspirado por Dios; 'inspirado' en sentido lato."⁴²

36. Carta a Arturo Cabrera (16-VI-1950).

37. Diario, entrada del 21-XI-57.

38. *Decadencia de las Sociedades*, IV - La resurrección de las Naciones, en *Seis Ensayos y Tres Cartas*, Bs. As., DICTIO, 1978, p.117.

39. *Señor del Mundo*, Itinerarium, Bs. As., 1958, p. 9, nota 6, cfr. también p. 286.

40. Carta a Sánchez Bella, ex-Embajador de España, 4-II-56.

41. Carta de la que sólo se conserva la 2ª página; parece escrita a Mons. Rodríguez y Olmos, Arzobispo de San Juan.

42. Carta a Ernesto Palacio Doliente (sin fecha).

La asombrosa actualidad de *Su Majestad Dulcinea* es claro indicio de que su Autor no la escribió movido por el resentimiento o la imaginación delirante; tantos aciertos sólo pueden explicarse por su fe iluminada, que le dio fuerzas para aceptar "el grave trabajo de *historiador simbolista* que el destino le había impuesto."⁴² Y ~~también el lector de la presente novela~~ "sombria y esperanzal"⁴³ crecerá al avanzar en estas páginas, a través de las cuales resuena la afirmación absoluta de Cristo: "¡No temáis!: Yo he vencido al mundo."

42. P. 9.

43. Carta a Ernesto Palacio Doliente (sin fecha).

Leonardo Castellani

Sucedió mañana

Su Majestad Dulcinea

HISTORIA PUERIL-PROFÉTICO-POLICIAL-PRODIGIOSO-POLÍTICO-RELIGIOSA
DE FIN DE ESTE SIGLO, EXTRAÍDA DE LAS MEMORIAS DE
LUIS SANCHO VÉLEZ DE ZÁRATE NAMUNCURÁ (A) EL CURA LOCO,
PRIMER PATRIARCA DEL
NEO-VIRREINATO DEL RÍO DE LA PLATA

PORNOGRÁFICO

es lo único que falta para que sea un libro de gran éxito.

HISTORIA DE ESTE LIBRO

En 1946 me encontré con don Eduardo Aunós, embajador de España, en una doma de potros en San Antonio de Areco; el cual me dijo:

—He leído su *Nuevo Gobierno de Sancho*... Bien, hombre, bien. ¿Qué ha pretendido usted demostrar con ese libro?

—Pues nada —le dije— simplemente me topé con cosas risibles en mi tierra, me parecieron grotescas, y, acordándome de Cervantes, y de un humorista italiano llamado Mosca...

—Usted quiso expresar que el Sentido Común se pone a salvar a la Argentina, pero fracasa. Eso...!!

—Bien; si usted, señor embajador, lo dice...

—Eso, hombre. Pero ahora tiene que escribir la segunda parte, *El Reinado de Dulcinea*, que salve a la Argentina, hombre. Sancho es el sentido común; Dulcinea es la Hermosura, el Amor, la Fe, la Iglesia... en fin, hombre, el ideal caballeresco.

—El quijotismo —le dije yo.

—Eso —asintió el embajador.

Poco después, en unas vacaciones de quince días en Mar del Plata (¡vacaciones!) escribí la primera parte y un capítulo de la segunda. Después abandoné el libro, porque me pareció folletinesco, pueril e indigno de un religioso —y porque se me acabaron las vacaciones—. En noviembre de 1955, en la estancia Cume-Có de estación Pirovano, escribí en poco más de quince días la segunda y tercera parte, con tanta facilidad y velocidad como si alguien me las dictara, y con tremendo esfuerzo por otra parte, pues cada noche al acostarme el libro me parecía un despavoriento bodrio; pero resulta que decían que iba a salir otra vez *Cabildo*, y que necesitaban que yo escribiera, y que podía salir allí como folletín. Yo necesito comer, y algo tengo que hacer; aunque ¡mucho voy a engordar si no como más que las promesas del director de *Cabildo*!

Escrito el libro, me di cuenta que tampoco Dulcinea salva a la Argentina, aunque se salva a sí misma y a Edmundo Florio; a no ser que Edmundo Florio represente de algún modo a la Argentina; porque hay que saber (lo que quizá el embajador no sabía) que el que escribe un libro de éstos, no escribe lo que quiere, sino lo que le sale de la cabeza; ~~la cual a veces parece como conectada con una voluntad imperiosa, que no es la propia.~~

De manera que no tengo más remedio que escribir un tercer libro, titulado *La Resurrección de Don Quijote*. "*Omne trium perfectum*"¹, decían los antiguos.

1. Castellani completó la trilogía con *Juan XXIII (XXIV)*, publicado en 1964.

PRIMERA PARTE

LA REBELIÓN DE LOS CRISTÓBALES

*"Wer will von Gegenwärtigen richtige Begriffe nehmen,
ohne Zukünftige zu wissen?"*

*"¿Cómo diablos quieres tener una idea del Presente si no
conocer el Porvenir?"*

Hamann J. G., *Schriften*, II
pág. 217, Roth, Bn. 1843.

*Todos los buenos novelistas, y no solamente Dostoiewski,
han sido folletinescos y pueriles.*

Charles de Bos

*Me das lástima y orgullo
Te dejo un oficio duro.
Vuele un canto eterno y puro
Por sobre estos tiempos locos,
Pues canta para muy pocos
Quien no canta en el futuro.*

José Hernández, *Martín Fierro*.

I

A LA CHACARITA

Subterráneo de Buenos Aires, vulgo "Sute", salud.

Río del pobrerío apurado, entubamiento del sudor humano, providencia de la casta de los empleados públicos, vaso de la verdadera democracia, escenario de la mala educación, muestrario de miserias biológicas, gran exposición de los hijos del asfalto, florero del mal humor y la irritación contra el prójimo, arca de Noé del gran Puerto internacionalizado por la UN, cuartel general de los microbios, depósito de aire rancio, comodidad inapreciable para ir a hacer visitas inútiles, escuela de plebeyismo y de aristocracia, gran observatorio... yo te saludo y te pido tu inspiración para describir los días subterráneos que siguieron a la expedición Braden, y el fusilamiento de Don Laurente de Vedia. Carroza de todos, automóvil del pobre y escuela del rico, donde he cazado muchos resfríos, jaquecas y pulgas, sé tú mi Musa en este grave trabajo de Historiador simbolista que mi Destino me impone, sin duda en castigo de mis pecados.

Subterráneo múltiple y entrecruzado del Gran Shanghai, sistema venoso de la Urbe un tiempo y hoy lastimosa vizcachera abandonada y apestada, que fuiste en los luctuosos días de la ruina de la ciudad el refugio catacumbal de los cristóbales perseguidos; y más tarde sólo un laberinto de peligrosas minas de pestes y rayos actínicos, inundado de agua podrida. Campo de hazañas del Cura Loco, tumba del Tigre de Cayastá, vitrina de exposición de las marcas Damonte, garita de Edmundo, fortín de la Zorra, capilla de rezar el breviario del Fiscalito y abominación de Monseñor Fleurette... la bomba atómica que te hizo inhabitable más terminantemente que un insuflador de hormigas con sulfuro, no ha podido impedir que te guarde en mi memoria centenaria, y

que te resucite hoy vivamente ante mis ojos, como eras en aquellos días movidos, increíbles y famosos de fines del siglo XX.

El 24 de diciembre, víspera del día de las Américas Unidas, había enorme movimiento en Buenos Aires, y por consiguiente el popular deporte de la "gataparida" estaba en pleno vigor en las puertas del "Sute". Aquella antigua y popular costumbre de precipitarse como manada a los codazos, pisotones y empujones hacia la puerta de los coches y luego después sobre los asientos, originada en una necesidad, se había convertido en un juego y una diversión. Las mujeres no eran las menos entusiastas de este ejercicio. La gente dirigente se venía a veces con sus autos atómicos a la estación Chirusita, o Canning o Callao (actualmente Schnoeckel) a presenciar las escenas pintorescas a que el juego daba lugar. A los que entraban último, se los llamaba "cristóbales"¹. Las mujeres feas eran abandonadas, y no encontraban pareja que las hiciese entrar. Las reglas del juego eran sencillísimas. Las riñas entre muchachones que se ocasionaban y se liquidaban adentro, constituían una sabrosa variación o apéndice al popular deporte. Es necesario que el pueblo se divierta.

Pero aquel día, la víspera de "Las Américas", ocurrió en la estación Schnoeckel un accidente inesperado que había de ser el comienzo de una sorprendente serie de sucesos. Cuando la manada se precipitaba gozosamente a la puerta, chillando los niños, putiando los hombres, prendidas las mujeres de sus compañeros y pasado el brazo de los jóvenes por la cintura de sus parejas, se oyó un potente grito de ¡alto! que los detuvo a todos; y un obrero de mameluco azul con un cinto policial de cuero negro se abrió con brusquedad paso en el bodoque, y poniéndose a la puerta, gritó: —¡En fila todos! Así se entra por orden, empezando por los últimos. Pase usted primero, señora.

Pasada la primera sorpresa, un muchachote enorme, gorillesco, de rostro redondo y oscuro, soltó a la chinita petiza muy riente que llevaba abrazada, y le dijo al mameluco, que estaba poniendo en fila a la gente:

—¿Y usted quién é pa metése? ¿É de la polecía?

1. Los cristóbales luchan contra la falsificación religiosa y el sometimiento nacional. Castellani se inspira en los "cristeros" mexicanos, quienes resistieron de 1926 a 1936 la feroz política anticatólica del Gobierno.

—Yo soy del orden —dijo el otro—. ¡A su lugar!

—Su lugar su agüela —replicó el mulato—. Vamo a vé si rajás rápido como escupida, pitifilo... ¡Vamo a vé!

—¡Pelea! —gritó un chico encantado atrás.

—¡Dale, negro! ¡Rompélo! —chilló la "hinchada".

—Al tren, señores —dijo el guarda adentro.

¡Pumba!

El mameluco era un hombre delgado y medio alto, de apariencia nerviosa, flexible como un mimbre. El de la cara achicharrada le llevaba media cabeza y medio cuerpo. Pero no tuvo tiempo ni de enguardiar y nadie vio cómo pasó la cosa. Cuando quisieron enterarse, el negro había rodado por el suelo, arrastrando en su caída a otro tipo y a la chinita. El hombre de mameluco había hecho un solo molinete con los dos brazos, rápido e incomprensible como un relámpago.

—¡Listo! —anunció tranquilamente—. Ahora en fila, señores.

El negro se había levantado, renegando horrores.

—¡Atrás de todos, negro! Rápido.

—¡Brujería! —dijo el muchachón. Y obedeció; lo mismo que el resto de la gente que se había puesto en fila dócilmente, mirándolo y mirándose con sorpresa.

—Pase usted, señora, y después los demás, empezando por los últimos, las mujeres primero ¡mar! ...

Se adelantó una mujeruca de luto, muy fea la pobre, con un chiquillo en brazos que parecía un mono. El hombre de mameluco le hizo una gran reverencia y riendo un poco besó el rostro cachetudo y asimétrico del botija. La gente comenzó a reír al tiempo de entrar al coche. Partió al fin el convoy, con gran alivio del guardia, que había mirado perplejo la extraña escena.

Apenas rompió a andar, el hombre del mameluco subió a una banqueta y haciendo con los largos brazos un molinete de "yiu-yitzu" impuso silencio, y les echó una arenga.

—Sabad, hermanos, que llegará un día en que los últimos serán los primeros, y los primeros serán los últimos. Vendrá un hombre jefe que pondrá orden en la tremolina. Y ese día no anda muy lejos, a lo que colijo. En ese día, de poco le servirá a la gente llevar en el ojal la "marka"². Al contrario, se irán a la cola los que

2. Al fin de los tiempos quien no lleve la marca del Anticristo no podrá comprar ni vender (*Apocalipsis* 13: 17)

llevan la marka roja, y muchos de marka blanca, o mejor dicho, sin marka, pasarán adelante. Así que, los que son fieles, aguanten un poco, que el que tiene que venir vendrá, y ya no tardará. *Marán Atha*³.

—¡El Cura Loco! —gritó un pasajero—. ¿Usté es el Cura Loco?

~~El vagón, que estaba repleto de gente, se volvió como un solo~~ hombre al mameluco de la banqueta. Traía sobre los hombros un ponchito sutil de vicuña, muy rico, con visos violetas o púrpura.

Se hizo un silencio tan profundo que el ruido del motor parecía un trueno lejano. Una mujercita lo rompió gritando:

—Viva el Cura Loco.

Otra dijo:

—¿Existe Dulcinea?

La gente se empezó a levantar y a rodear al mozo espigado. Una viejita afirmó:

—No pué-ser el Cura Loco. Murió ahogado en Márel Plata. Lo mataron. Me salvó a mi nieto, lo ayudó dispará ela cárcel.

Los pasajeros empezaron un tiroteo de preguntas a la angulosa faz, dura en las quijadas, aunque sonriente en los ojos:

—¿Dónde está Dulcinea?

—¿Es cierto que es la más linda del mundo?

—¿Es verdá que usté hace prodigios... gualichos?

—¿Es cierto que es hijo de un cacique ona?

—¿Es verdá que fue volantiner?

—¿Cómo pudo escaparse del torpedero Ghioldo?

—¿Es cierto que está casao con la Zorra, pero viven separaos?

—¿Es verdá lo que dijo *El Túbano* que la Dulcinea es leprosa?

—¿Qué esperan ustedes los cristóbales? ¿Se imaginan que pueden vencer al gobierno?

—¿Es verdá que tienen una bomba atómica reservada?

—¿Hay esperanza?

Una voz del fondo se alzó con gran seriedad:

—Cura Loco, si sos el Cura Loco, te aviso, rajá en la próssima, que el guarda se ha hecho humo, y te van a pescar...

El hombre lo miró. Era el muchacho tape que él derribara.

—A mí no me pesca nadies.

—Guarda con la polecía, Cura. El Irresponsable ha ordenao tu castura a la Federal. Han puesto a precio tu cabeza, 100 trúmanes

3. "¡Ven Señor!", conclusión del *Apocalipsis*.

oro. ¿No has visto los diarios? —dijo un hombrecito rufo con facha de judío.

—¿Y por qué, díganme?

—Por de pronto, andás ahora sin marka. Se sabe que has quemao centenares de markas. La marka es una ley seria

El hombre flacón y movedizo lanzó una carcajada, y dijo:

—Entréguenme ahora mismo todas sus markas. Que no quede ni una. Vamos a hacer una gran fogata de Navidad.

—¡No! —chillaron las mujeres— ¡Dió *nó* libre y guarde!

El hombre del mameluco estiró el brazo, y tomando de las solapas al primer pasajero, le arrancó tranquilamente el botoncito crema de baquelita que debían llevar en aquel entonces, como signo de fidelidad al gobierno del Irreprochable, los hombres en el hombro o la mano derecha y las mujeres sobre el corazón: los dos triángulos cruzados con el extraño signo verde que parecía una letra hebrea.

—Sáquense todos la insignia y entreguenmelán —dijo el hombre volatinero—. Saben ustedes que no le es lícito a un cristiano llevarlo, porque tiene un significado malo. Saben *ustees* que los Obispos, aunque ahora hayan callado, cuando salió la Ley Damonte, dieron un mandato prohibiendo su uso so pena de pecado. Ese mandato no ha sido abolido...

—Hay multa —dijo una mujer— ¡y el doble a cada "rescindencia"!

—No se usa la insignia ni se paga la multa —dijo el otro—. Si todos hiciéramos lo mismo a la vez, el Gobierno cedería. La escarapela azul y blanca basta. Este signo patrio es nuevo, y tiene un significado malo. . .

—¿Qué significa? —dijo una muchacha rubia desteñida con traza de anémica; y se echó a reír.

—Basta que el catecismo de la Diócesis diga que es malo —dijo el Cura Loco—. Significa muchas cosas. Ante todo significa el reniego de la fe antigua, y la adhesión a la nueva religión que llaman el Nuevo Catolicismo, o el Movimiento Vital Cristiano, la cual es falsa. Los dos triángulos cruzados son la estrella judía, y la negación del misterio de la santa "Trenidá" de Dios.

—¿Y el otro signo? —insistió la muchacha desteñida.

En ese momento el coche se detuvo en la estación Pasta-Ur, y se vio a un Inspector subir de prisa y ponerse a hablar con el Guarda en voz baja y concitada, con grandes gestos. El Inspector y el Guarda

estaban solos en la punta de allá. La gente se había amontonado en torno al orador de la banqueta.

—Permiso —dijo el Guarda, y se abrió paso, dirigiéndose al motormán, que estaba en el primer coche.

—Guarda, Cura, que van a hablar por radio con la polecía —dijo el tapecito de nuevo— ~~te aviso, ya sabés. Guarda.~~

—Yo soy brujo —dijo el Cura—. Mirá morocho, perdonáme el revolcón que te di, y ayudáme rápido a recoger las marcas.

—Yo al Cura Loco no tengo nada de perdoná, aunque me mate, porque el Cura Loco ayuda al pobre —dijo el negro—. Pero te van a agarrá, Cura. Mejor que rajés en la próssima.

—Yo sé lo que tengo que hacer, no te aflijas. Sacáte la gorra, y juntáme esas escarapelas del diablo, que ahora sustituyen a la señal de la cruz. Las vamos a quemar junto con tu gorra, y piojos y todo. ¡Quemazón con hacienda!

El negro comenzó a recolectar insignias. Algunos las daban de grado, otros la escondían rápido en el bolsillo. Al que quería rehusarse, el Cura se las arrancaba por fuerza.

—Nos van a hacer sonar a multas, Cura. ¿Tenemo que volverno cristobále? Vos estás loco de veras... —protestaban ellos.

Hagan lo que quieran —decía el Cura—. Si no se atreven a andar *sin*, cómprense otras. Yo me doy el gusto de hacer de vez en cuando una fogata de marcas de la bestia. A mí no me van a agarrar, pierdan cuidado. Yo soy un toro negro, de esos sin huampa que no cierran los ojos cuando atropellan. ¿Qué es esto?

El coche había parado en Madison (antes Pueyrredón) y una multitud de hombres de amplio uniforme negro se precipitaba escalera abajo, empujando a los pasajeros del andén, y gritando: "Paso a la Federal", con el revólver automático al cinto, y la temible "dormidita", la pistola anestésica, en la mano. Relucían los altos copetes rojos.

—¡La policía! —gritó el mulato—. ¡sonaste, Cura!

Pero el Cura estaba en el aire como una liebre, y en cuatro saltos al lado del motormán. Arrojó a éste limpiamente a un lado, y tomó la manija. Siguió un manipuleo rapidísimo de clavijas eléctricas, y las puertas que estaban entreabriéndose cerraron de nuevo, mientras el coche picaba como un potro. El mulato estaba al lado del Cura, todavía con el sombrero lleno de marcas, excitado y gozoso como un chico en una calesita.

—Te van a esperá nel término, Cura. Estás listo de tós modos —dijo.

—Calláte, pavote. Andá al coche y avisá a toda la gente que baje ya mismo, todos. Voy a parar cinco minutos en Agüero. Que se apresten todos a saltar. Ahora sí que les doy permiso de atropellarse. ~~Deciles bien claro que el que se queda en el coche, muere.~~

—Entonce me vía quedá yo, a vé lo que hacés, Cura. Dejáme que me quede, Cura. Vos tenés un plan. Yo quiero vé lo que pasa.

El Cura lo miró con asombro, y una especie de sospecha de cariño cruzó un momento sus ojos verdes, duros. Le puso la mano en el hombro:

—Negro lindo. Si no tenés miedo, quedáte. Pero el que se queda conmigo en un peligro, sepas que ya no me deja nunca. —Y bueno, Cura Loco, ¡mejor! —dijo el muchacho—. Ando sin laburo, y yo también soy medio medio... —y salió corriendo y gritando: ¡Todoj a la puerta! ¡A bajá de golpe en Agüero! ¡El que se retarda, suena...! ¡Al raje! ¡Al raje! ¡A la voz de áura!

El Cura había puesto el coche en 12 puntos, chispeaban las ruedas y el coche se tambaleaba, crujiendo y cabeceando feo como un borracho...

—No puedo soportar la pudrición de este país —dijo, como hablando con el cielo.

—Aquí no hay justicia pal pobre —respondió solemnemente el Negro.

—Yo ya me he jugado la vida —dijo el Cura.

—¿Por broma nomás hacés estas cosas? —preguntó el otro.

—No del todo. Tengo un plan. Hay que liquidar una situación ya insostenible. Tengo un trabajito mañana en la Curia...

—Yo tengo miedo de morir...

—Yo también un poco... Pero ahora no morimos todavía. No morirás todavía.

—¿Qué es usté? ¿Es verdá que usté es nazi?...

—No. Yo soy una especie de nacionalista despechao. ¿Y vos?

—Yo ya ni sé lo que soy. Mi tata fue radical peludista. Yo soy "contra". . .

—¿Contra qué?

—Contra todo... contra toda la porquería.

—Entonces sos lo mismo que yo... Y que mi hermana...

—¿Podré ver a Dulcinea?

—Pero seguro... cuando ella quiera.

—¡Qué historia ésta! Esta mañana salí a vagar, ando sin laburo, y ahora me voy derecho a las patas de la Federal... a Tierral Fuego.

—No lo creas, ¿he mentido yo alguna vez? Todos dicen que yo no miento —aseveró el Cura. Y después gritó—: ¡Atención! ¡Paro de golpe y abro la puerta! ¡Abajo todos! ¡Hay que soltar el lazo cuando quema!

Frenó tan de golpe que la gente se fue al suelo; pero se levantaron súbito, y algunos hasta gateando, salieron al galope todos. Un uniforme negrirrojo apareció atrás de la tranquerita de cruces gritando: “¡Quietos todos o disparo!”. El Cura y el Negro sacaban a patadas a los retrasados, febrilmente. El Cura voleó la manija a la extrema derecha, y el coche picó como un caballo en el hipódromo. Sonó una detonación sorda, plofff, y después las puertas corredizas se unieron.

El Cura estaba tan concentrado mangoneando las manijas (que se ve no entendía del todo) que no se fijó en el Negro. Cuando acabó de maniobrar, el Sute iba a lo menos cien por hora, pasando las estaciones como una exhalación. El coche no iba como una bala, sino que era una bala. El nuevo maquinista, sin mirar atrás, gritó:

—Pasado Dorrego, voy a saltar. Saltá atrás de mí, Negro. Saltá por la izquierda, para adelante, en la dirección del coche. Tiráte enseguida al suelo. Cuidado con las piedras. ¿Oído? Como nadie respondiera, el Cura miró para atrás, y vio un lamentable montón de ropa grasienta y miembros espatarrados en el pasillo. El pobre morocho estaba fuera de combate.

—¡Maldición! —dijo—. Me lo han muerto. El Federal le acertó, ¡Pobre Negro! Voy a ver si al menos salvo el cadáver... No, debe estar anestesiado solamente. ¡La Dormidita!

Puso de nuevo la manija en máxima, y la ajustó por medio de unas gomas, para que relentera un momento. Dejó la caja de dirección y alzó al Negro. El cuerpo estaba blando. Lo alzó, lo puso sobre un hombro; y con un llavín en la izquierda, abrió la puerta. El tren vacío iba a una velocidad horrorosa con un ruido de terremoto.

—¡Que me valga Dulcinea Argentina y la Virgen mi Señora! —bramó el hombre.

Pero había calculado mal. El choque se produjo entonces mismo. Lanzado a toda velocidad, el coche había llegado al término, saltado

los rieles, atropellado los topes, y con un ruido como un cañonazo y un quebracho que se desploma, con un trueno horrísono de fierros, palos, latas y vidrios que se destrozan, con un grito humano de horrible desesperación, se había hecho trizas contra el muro de piedra de la estación Chirusita (antes "Chacarita").

*Acepto por Cristo - la vida más triste - que existe en la tierra,
La vida más dura - más pobre y oscura - la vida más perra.
La vida que dijo - que le daba lástima - San Juan de la Cruz,
A la que la misma - Teresa confiesa - no le encuentra luz.
Acepto la vida - que es lucha perdida - continua derrota,
El terrible ayuno - sin premio ninguno - muerte gota a gota.
Renuncio a las bodas - con Julia y a todas - las compensaciones,
Todos los resortes - del vivir, los nortes - sostenes y horcones.
Acepto este plomo - tremendo en el lomo - y la estepa yerma,
Sin oasis, como - la célula enferma - de una época enferma...*

(Estos versitos halló el policía Edmundo Florio en el mameluco del cadáver hecho albóndiga que se encontró entre los restos del Sute; por lo cual se atribuyen al Cura Loco. Y cualquiera que los considere, podrá decir si ese hombre era loco o no).

II

TRABAJITO EN LA CURIA

El gallego Jesús, encargado de traer la granadina, abrir la puerta y ventilar la Sala Capitular, tiró el diario de la tarde, bostezó y empezó a quitar el polvo con un plumero al soberbio cuadro en esmalte luminoso "Manning" del Sagrado Corazón de Jesús, regalado a la Curia por la Santería General Consolidada Satanowski and Co. "Paece un hortelano polaco con un pimiento morrón en la mano", pensó el gallego, y sacudió la cabeza para desechar el mal pensamiento, pero no pudo. Era una de esas miles de imágenes dulcemente persuasivas de que el poderoso fundador del Cristianismo fue un sonsito triste de cabellos rubios.

En ese momento, la voz de los canillitas con la edición 5ª lo hirió de inmovilidad. ¿Soñaba? ¿Sería posible? Sí, el pregón se repetía cada vez más claro. Se asomó al amplio ventanal que daba sobre el cruce de la antigua Avenida de Mayo con la Diagonal Anatolio Bostanes y empezó a hacer señas frenéticas a un canillita que le subiera "*El Tábano*"¹. Sí, allí estaba con grandes mayúsculas la tremebunda noticia:

LA MUERTE DEL CURA LOCO
DESAPARECE EL ENEMIGO NÚMERO UNO DE PAÍS
GANA LOS CIENTOS DE TRUMANES ORO
EL INSPECTOR DE POLICÍA EDMUNDO FLORIO

—¡Toma! —exclamó Jesús— ¡Ésta sí que es gorda! y aquí éstos están por hacer una reunión... Pues no les diré una palabra. ¡Que hagan su reunión... y que se fastidien, puño! ¡Gandules! ¡Atrasaos!

1. El diario *Crítica*, cuyo director era Natalio Botana

¡Que me deben el aguinaldo, y no me aumentan, mecachis! ¡Que tién ellos más de la metá la culpa de too, hombre! ¡So inútiles! ¡Veinte años que trabajo aquí, y, entovía no me han aplicao el inciso sexto de la ley del aumento-político familiar progresivo! ¡A los pies de osté, Monseñor! ¡Pero encantao de verle a usté tan runflante! ¡Pues si está ustéz hecho una flor de Maio! ~~¡No hay nadie aún, pero entre osté, entre osté, Monseñor Florete!...~~

—¿Cómo me encuentra usted? —preguntó el Prelado.

Monseñor Fleurette era el gran orador sagrado y consultor de la aristocracia argentina que llenaba con su fama medio siglo de la brillante historia de la Iglesia Rioplatense Unificada. Rubio, alto, corpulento, elegante, vendiendo vida y brío a pesar de su edad, Fleurette tenía empero la hipocondría de la enfermedad imaginaria.

—¡Una flor de Maio y ná más! ¡Una flor de... la Avenía de Maio! —dijo el portero sonriente—. Pasen ostedes, mis reverencias, ya es la hora.

Entraban discutiendo vivamente el Abate⁴ Papávero y Monseñor Panchampla. Detrás venía el Deán, alto y severo, Monseñor Lezaún. A los pocos minutos el Capítulo estaba reunido, el Fiscalito en su rincón con las manos sobre la máquina de estenografiar.

—Ya saben sus Reverencias Excelentísimas el objeto de esta reunión —comenzó el Presidente de ella Monseñor Panchampla— a saber, considerar el caso del bandido y salteador público llamado el Cura Loco, por desgracia ornado efectivamente con el estigma del sacerdocio; y arbitrar los medios conducentes para frenar la peste que él ha infumigado en la Iglesia Argentina. Ese impostor está haciendo muchísimo daño, y hay muchísima gente que lo estima no solamente por sacerdote legal y canónico, sino también, "*risum teneatis, amici*", por santo. Mi opinión es que todos son cuentos los prodigios que se le atribuyen, inventados por el populacho y exagerados después por los pasquines; o que en último caso, es un buen *prestigitidor*, ducho en física o química o semántica, porque también corre que es un hombre relativamente docto. Eso explicaría las diversas "aureolas" con que dicen lo han visto cuando dice misa, que no debería decirla... ¡Trucos, señor! Pero ¡derribar una casa con una sola palabra, con un gesto, el local de la comisaría de San Justo donde lo tenían preso, vamos, señor, que lo crea la abuelita de ustedes, con perdón de ustedes... me refiero a la abuela de los que lo creen, no a ustedes, Reverencias

Excelentísimas! ¡Eso sobrepasa todas las tragaderas! Bien, lo que nos interesa es el aspecto religioso: las autoridades civiles están ya con la sangre en el ojo, y sobre la pista caliente. Es menester por lo tanto fulminar públicamente la excomunión mayor sobre ese brujo de pega, porque de otro modo nuestra amada madre la Iglesia Americana Unificada, desgarrada ya por el más peligroso cisma, deshonorada por la conducta insensata y sacrílega de los cristóbales, y amenazada por su Irreprochabilidad el Señor Adelantado con el retiro de todos los subsidios...

—Si ésa es la relación, y ése es el objeto de esta reunión, yo me voy —dijo bruscamente Monseñor Lezaún—. Si ustedes no tienen nada que hacer, yo tengo. Si hemos venido aquí para averiguar la verdad acerca de ese sacerdote —me consta que es sacerdote— bien. Pero en eso que el Reverendo Relator nos ha relatado, hay cuatro o cinco patrañas peores que los pasquines. Yo no soy nazi ni cristóbal ni soy protector de curas politiqueros, ni sé nada acerca del cura Namuncurá; pero. . .

—El Reverendísimo y Excelentísimo Deán no sabe nada acerca del Cura Loco, lo confiesa; pero sabe que lo que yo sé son patrañas... *¿Séquitur an non séquitur?* —dijo Panchampla.

—Traigan el libro del movimiento de Curia de 1966 —dijo Lezaún,

—Un momento —paró Mons. Fleurette—. ¿Vamos a empezar una discusión personal interminable como la otra vez, o vamos a trabajar? —interpeló con su bronceína voz de barítono, que llenó la sala, e hizo vibrar el marco de plata del Sagrado Corazón.

—Nos hemos olvidado de rezar el "*Veni creator...*" —musitó la voz suave del Fiscalito.

—¡Al diablo el *Veni creator*! —gritó el padre Papávero—. ¡Ay, perdón! Sin querer me he irreverenciado con el Espíritu Santo. Perdonen sus Reverendísimas... Quiero decir ¿de qué se trata aquí? ¿De excomulgar al loco ése? ¿No está ya excomulgado y recontra excomulgado *ipso facto* y *lata sententia* por sus mismas fechorías?

—Está suspendido, y sigue diciendo misa, y lo que es mucho peor, predicando —apuntó un canónigo.

—Ergo, basta —dijo el Padre Papávero—. Irregular... *cum irregularitate majore ad Sedem Apostólicam reservata...*

—Perdón, reverendo Teólogo Consultor, y mi gran poeta —dijo fríamente el Deán— no consta que esté suspendido ni consta que lo podamos suspender. ¡No sabemos nada de cierto!

—¡Cómo! —gritó Panchampla—. ¿Nada de cierto?

—¡El libro! —dijo el Deán tocando un timbre. Entró el gallego Jesús sobre el mismo toque del timbre, con una bandeja de vasos llenos de granadina.

—¡Traiga el libro de 1966! ¡Nadie le pide la granadina todavía! ¡Truhán! ~~¡Has estado escuchando a la puerta!~~

—¡Que me caiga muerto aquí mismo, Excelencia... —empezó el gallego; y se le cayó un vaso de granadina sobre el hábito violeta de Fleurette.

—¡Sapristí! —gritó éste enteramente furioso—. ¡mándate mudar, asno salvaje!

—Pasáme primero un vaso de granadina —dijo Papávero.

—Allí está el libro, mecachis, desde aier sobre la repisa ¿no lo vieron sus Reverencias? Pues los asnos salvajes, ven; los que no ven son los pichiciegos —replicó el portero volviéndose con descaro al Capellán del Virreinato.

Mas el Deán cortó el incidente con su voz imperiosa. Había encontrado lo que buscaba en el libro y leía estentóreamente:

"Luis Sancho Vélez Zárate Namuncurá llegó de Roma el 24 de febrero. Ordenado allá por el Cardenal Marchetti-Selvaggiani, Vicario General de la Urbe. Estudios brillantes, las más altas notas en todas las facultades. Vocación tardía. Diócesis de la Patagonia. Enviado a la Parroquia de Cristo Obrero de Buenos Aires, extraordinario éxito al principio y después escándalo. Suspendido 'a divinis' por un año...".

—Error del cardenal —flauteó desde el rincón la voz del Fiscalito...

—¡Ché! ¿Qué te está por dar a vos? —chilló Papávero.

—Silencio. Y usted, so insolente, escriba y calle —dijo el Deán, dirigiéndose al Fiscalito.

—Si me hubiesen hecho caso a mí —amonestó Fleurette— lo hubieran recluido entonces en el Hogar Sacerdotal, y hoy estaríamos tranquilos.

—Esa suspensión es la clave de todo —dijo Panchampla—. Se fugó con una mujer en un avión. No habrá pecado, sería su hermana la mujer, como dijeron, o era una vieja enferma, como también se dijo, el caso es que el aeroplano era robado y el escándalo fue mayúsculo. Está prohibido bajo suspensión andar en auto, no digo en avión, en auto, con una mujer.

—Y lo peor —dijo Papávero— dejó la parroquia, vistió un mono azul, empezó a trabajar de obrero en un taller atómico de la CADE, a hacer... hmm... “prodigios”, y a predicar contra nosotros.

—Si lo habían “suspendido” ustedes sin oírlo ¿qué iba a hacer? ¿Haraganear? ¿Mendigar? ¡Empezó a trabajar! ¿Y qué hay? —preguntó el Fiscalito.

—Que venga a la Curia a pedir perdón...

—¿Y si era inocente?

—¡Que venga a la Curia a explicarse!

—¿No lo había echado usted de la Curia una vez, Reverendísimo?

—Que se humille. Que tenga paciencia. Que imite a Nuestro Señor Jesucristo.

—Se humilló por carta. Ustedes no le contestaban ni una carta. Nosotros también tenemos que imitar a Jesucristo.

—Y lo imitamos —dijo Panchampla con furor—. Pero usted allí, dígame un poco, ¿es fiscal contra nosotros o es fiscal contra el reo?

—En definitiva —interrumpió el Deán— no sabemos ningún delito cierto a partir de ese momento. No se puede condenar a nadie sin oírlo.

—¿Y el tiro? —saltó Panchampla echando venablos por los ojos— ¿Y el tiro? ¿Les parece a ustedes muy litúrgico tirarle un tiro de pistola a otro sacerdote? ¡Cánon 412, “suadente diábolo” ¡Un tiro de pistola! ¡Dígame un poco! ¡Un tiro!

—Le erró —dijo muy tranquilo el Fiscalito.

—¡Un tiro, y a otro sacerdote!

El Fiscalito se puso morado como una berenjena y comenzó a sudar.

—¿Y ha averiguado usted dónde estaba y qué estaba haciendo en ese momento el “otro sacerdote”?

—Pssssttt!!! —chistaron a la vez varios canónigos. Hacía rato que el Fiscalito estaba levantando presión en su rincón, y haciendo sonar las teclas como disparos de dormidita. De repente se levantó, todo flaco, despeluzado y rudo, y protestó:

—¡Macanas y nada más! Yo he hablado con Luis Namuncurá, que ustedes han bautizado loco, y es más cuerdo que ustedes. Respondió a todas mis preguntas con candor de niño, directamente y sin ambages, con la sencillez de lo verdadero, y...

—Y con la caradurez más cínica —interrumpió Panchampla.

El Gran Vicario de la Arquidiócesis y obispo titular de Selenópolis se había levantado a su vez, con un crujido de sus amplias vestiduras escarlatas recamadas de plata; y con su gran melena, su cara rectangular color tomate, su nariz aguileña, la quijada levantada en su habitual gesto de esfinge, los anchos hombros, la barriga imponente y la alta estatura, tenía un aspecto realmente pontifical.

—Interpongo mi autoridad y lo que yo sé "*in pectore*" para avalar la verdad de todo lo que he testimoniado —dijo con su voz de ceremonia.

—No hay nada probado. No sabemos nada —insistió el vasco Lezaún.

—Sabemos que se volvió un bandido y capitán de bandidos; que se ha puesto en rebelión contra las legítimas autoridades; que ha exasperado al Irreprochable, perdón, a nuestro Excelentísimo Virrey del Río de la Plata, hasta lo indecible; que anda fomentando la guerra civil cristera; que ha caído en la herejía del milenarismo carnal; que está amancebado con una bruja... ¡Qué está excomulgado diez mil veces! —gritó con grandes manotones en el aire.

—No sabemos si está descomulgado —dijo el vasco.

—Empezó a decir misa de nuevo sin que le levantáramos...

—Después del año de suspensión, empezó de nuevo a celebrar. Según el Derecho, esa suspensión no puede durar más que un año. Aunque no exista el famoso rescripto...

—¡Ah! ¡El rescripto! —rieron varios canónigos.

—¡No existe! —gritó Panchampla—. ¡Absurdo! ¡Más inverosímil que el poder de derribar casas! ¡Un rescripto del Papa dándole las licencias "*urbi et orbi*" dependiente directamente de la Santa Sede. . . ¡Sueños absurdos!

—¿Y si ese rescripto lo han visto?

—¿Quién lo ha visto?

—Nuestro Eminentísimo Señor. . .

—¡El Cardenal! —dijo Panchampla, cubriéndose piadosamente con la mano una sonrisa.

—Pobre nuestro Eminentísimo Señor... —dijo devotamente Papávero, haciendo lo mismo.

—Ciertamente que si lo vio "*de visu*", y no consta por escrito —apuntó Fleurette— la chochera... el testimonio "*de visu*" y no "*in litteris*" padece nulidad por defecto de forma...

Desde la enfermedad del anciano Purpurado, que lo tenía privado, todo el mundo sabía que el arrogante Capellán del Adelantado ejercía

"*de facto*" el poder en la Iglesia, a pesar de la resistencia continua de Panchampla. Se levantó Fleurette, echando atrás las alas de su gran manteo español con visos violeta, en actitud preparatoria de un discurso. Pero se levantó de nuevo al mismo tiempo el Fiscalito, y con su voz aflautada que temblaba un poco, dijo tranquilamente:

—Mi opinión es que todos ustedes son unos hipócritas.

Una bomba no hubiese hecho mayor efecto. Algunos canónigos ni gritaron, porque se quedaron petrificados de asombro; pero lo que es Papávero se hizo oír: "¡Miserable! ¡Insolente! ¡Neurasténico! ¡Aliancista!..." ¿Era verdad que el Fiscalito había sido rosista antes de ordenarse; pero no había llegado ni a nazi, ni a aliancista, ni menos a cristóbal, para los que podían discernir esos grados; pero la verdad es que el masón es siempre masón, en cualquier grado que esté; y aunque el muchacho había abjurado públicamente todos sus errores, y aceptado todas las pastorales de los Obispos al recibir las órdenes, ya se sabe que ciertos errores, el que los tuvo una vez... "*quo semel est imbuta recens servabit odorem testa diu...*"² —comentó Fleurette cuando ya el Fiscalito, echado de la Sala por el Deán, salía a grandes trancos.

Abrió la puerta con furor y lo tiró al gallego Jesús, que efectivamente estaba agachado escuchando a la puerta. Cerró dando un portazo. Fleurette le echó una maldición, y se levantó de nuevo, a fin de perorar. Panchampla, que estaba muy excitado, lo paró:

—Monseñor, permítame una palabra, la aclaración definitiva. Después callaré y aceptaré lo que su Reverendísima determine. Sé de buenísima fuente que si no fulminamos excomunión mayor pública al Cura Loco y a todos los cristóbales sus heréticos secuaces, y eso como cosa enteramente nuestra, "*extemplo et sponte*"³, sin decir una sola palabra, el Gobierno no nos pagará este año los "subsidios"... pretextando el Déficit de la Hacienda y los gastos de la guerra civil. Después de esto, ustedes verán lo que hay que hacer.

—¡Es imposible! ¡Sería injusto! —exclamó desconcertado Lezaún.

—Sería un descalabro total —dijo Papávero muy agitado—. ¡Los subsidios! ¡Se hunde la Iglesia Argentina! ¡La beneficencia!

2. "El perfume que impregnó la vasija todavía nueva, durará por largo tiempo (Horacio, *Epodos*, 1,2,69 - 70)".

3. Al punto y por propia voluntad.

¡Los Sanatorios! ¡La playa de la Empleada! ¡Los bois escotos de Don Bosco! ¡La obra de las Casas Baratas para Viudas Pobres! ¡La protección al Picapedrero!

—Y nuestras mismas prebendas! —añadió Panchampla muy templado.

~~—No creo esa noticia —opuso Fleurette, haciendo grandes gestos~~
para que lo dejaran hablar—. ¿No la sabría yo primero, el Capellán del Adelantado? Si Sus Reverendísimas Excelencias me prestan atento oído, desarrollaré mi opinión, y zanjaré este enojoso asunto...

Pero estaba escrito que Fleurette no había de encajar un discurso más, de los que empezando infaliblemente con una referencia a la Revolución Francesa, acababan invariablemente con la frase: "Una vez más repito a las autoridades, como los antiguos romanos, *¡cáveant Cónsules!*", El gallego Jesús entró con otra bandeja de granadina. El Deán quiso echarlo a los gritos, y Fleurette pareció quererle pegar. Pero Jesús alzó sobre su cabeza el ejemplar del "Tábano" que había comprado, y el Reverendísimo Capítulo vio con el segundo choque del día la noticia "bomba" que en ese momento convulsionaba a toda Buenos Aires... —menos a ellos:

EL CURA LOCO HA MUERTO

Describir la explosión de alegría que siguió a esa revelación es imposible, porque entre otras cosas, duró demasiado poco. Fleurette gritaba:

—¿Ven lo que yo decía? —y tres o cuatro canónigos habían entonado un *Te Deum* a voz en cuello. El gallego Jesús triunfaba exclamando: "¡Que están ustés siempre mu atrasaos, hombre!", y aquello era el campo de las Navas de Tolosa al aparecer Santiago, cuando sobrevino el fenomenal suceso que es propiamente el eje de esta verídica historia. Apareció la viuda. *Attenti*:

El rostro del Sagrado Corazón desapareció y en su lugar apareció el rostro humoroso del Cura Loco, anguloso y ojizarco, aunque Monseñor Fleurette declaró después ahincadamente a la Policía que era el rostro del Fiscalito. En torno del rostro una aureola de luz pálida. Una voz tremebunda gritó: —Voy a destruir esta casa inútil. No se muevan. Ninguno morirá. Ábranse un espacio en medio del polvo, respiren fuerte, y esperen pacientemente que los desentierren. Aquí les voy a dejar un documento que ustedes deben conocer, y además unos versos conmemorativos de este histórico suceso. ¡En

nombre de Dulcinea Argentina y el furor de Cayastá! ¡A la voz de áura! —bramó el fantasma (evidente que tenía un micrófono), y se hizo humo.

O mejor dicho, lo que se hizo humo fue la casa. La sala comenzó a deshacerse como un helado.

Este fue el primero bien observado de los fenómenos de disocie de la materia que convulsionaron la Argentina y pusieron un momento de rodillas a su legítimo gobierno ante los cristóbales. El testimonio de los canónigos fue el primero que publicaron los diarios, tal y como los tomó la Federal. Es sabido que en el caso de la comisaría de San Justo, por no haber avisado nada el Cura de antemano, tres de los policías se ahogaron y dos se volvieron locos, no quedó ningún testigo. Por lo menos, eso fue lo que contaron los diarios grandes.

Lo que vió el Vicario Fleurette fue lo siguiente: las paredes se iluminaron de golpe por dentro de un lívido fulgor fosforescente, a conjuros de un extraño silbido “como el escape de vapor de una caldera”. Todos los colores se disiparon y los muros se pusieron blanco lechosos. El material se iba poniendo poroso, como algodón o piedra pómez, la piedra se desvanecía y se iba venciendo lentamente sobre los consternados eclesiásticos, con una lentitud mortal, con una pachorra de siglos, con una especie de siniestra premeditación; pero parecía más liviana que la nieve, más irreal que el humo. Cuando el polvo impalpable llegó hasta sus cabezas, no vieron nada más; pero el tacto de los manoteos desesperados no hallaba resistencia, parecía nadar en crema chantilly. Sus gritos desesperados no sonaban. Cuando dos horas después los sacaron, estaban afónicos; y sin embargo, nadie los había sentido. Salieron de un médano de polvo blanco, impalpable e impóndero de ocho metros de alto por media cuadra de base por lo menos —que era lo que había devenido en pocos instantes, por obra de la energía atómica (o el demonio, mejor dicho) el soberbio rascacielos de mármol de la Curia Metropolitana, construido magnánimamente a expensas del Superior Gobierno de la Nación, que ocupara el lugar de la antigua Catedral de Rivadavia, sobre la Plaza Roosevelt, antigua Plaza de Mayo.

Éste fue el segundo de los derrumbes atómicos que provocó el Cura Loco, que no estaba tan muerto por lo visto. El tercero fue el de la Casa Rosada, el cuarto fracasó. Aquel invento de Rotondaro que el Gobierno había despreciado por no creer que un argentino pudiese

saber nada de energía nuclear, había pasado a manos de los rebeldes. Cuando en la Antigua Capital se supo que una casa cualquiera podía ser reducida a polvo —y el medio era un impenetrable misterio— la inquietud que cundió en la población fue pavorosa. Ella fue la que obligó al Irreprochable a iniciar las negociaciones ~~que más tarde tuvieron lugar en San Juan la Vieja~~ —con el resultado que veremos.

CARTA AL GRAN VIZIR

(Éstos son los versos que se encontraron al lado de un megáfono y un motorcito de rayos catódicos entre las ruinas, junto con la copia fotográfica de un documento que resultó indescifrable.)

Para saber mandar
Hay que saber bastante obedecer,
Y hay que saber bastante padecer
Para saber un poco castigar...
Pero para saber ser desdichado,
Hoy día lo dan gratis o al fiado.

De enemigo pequeño
Me libre Dios, que al grande yo lo obligo
A ser mi esclavo o dueño,
Y lo elimino así como enemigo.
Antes de hacer macanas, dáos al ocio,
La injusticia no es siempre un buen negocio.

No oprimáis los carismas,
No matéis al profeta, sacerdotes.
Ellos tienen sus prismas,
Y ven cosas, y encima ponen motes.
No cortéis a ningún pájaro el vuelo.
Con esto y algo más se gana el cielo.

Aunque estéis en la cima,
No creáis que véis todo o que sois todo.
No es para siempre estar encima,
El hombre para Dios es siempre lodo.

Dios nos libre de burros y sus coces
Y de los hombres que se sienten dioses.

III

LA ENCINA DE VINCENNES

El Inspector de Segunda, Edmundo Florio, se retrepó en la silla, impaciente. El Irreprochable se hacía esperar. El público reunido en el Auditorium de la Radio Verdad rumoreaba como una colmena. Las noticias del día anterior tenían a la ciudad en vilo.

Edmundo empezó a buscar los fantásticos sucesos en los principales diarios de la República que tenía sobre las rodillas: *EL TABANO*, órgano del Partido Comunista Cristiano, *LA FAROLA*, órgano de la masonería escocesa-argentina y *LA TRIBUNA DE DOCTRINA*, órgano del Movimiento Vital Católico, los tres superdiarios de la Super-Urbe que fue la capital de la República Argentina, y hoy día Puerto Internacionalizado Interamericano.

EL TABANO había suprimido en ese día sus famosas historietas tridiménsicas en colores, para poner en primera página y en cuerpo 80 los letreros:

LA MUERTE DEL CURA LOCO

DESAPARECE EL ENEMIGO NÚMERO UNO DEL PAÍS

EL POLICÍA EDMUNDO FLORIO GANA LOS CIENTO TRUMANES ORO

GENERAL REGOCIJO

"Nuestra ciudad ha sido conmovida hasta las entrañas —leyó Edmundo con una sonrisa burlona— por el suceso quizá el más fausto de su historia después de la elección del Irreprochable. El deleznable sujeto que tenía en jaque a todas las fuerzas de la autoridad y de la moral ha caído al fin bajo el peso de la vindicta providencial que lo esperaba. De nada le sirvieron sus poderes misteriosos y sus habilidades místicas. Por nuestro intermedio la ciudad jubilante rinde hoy un floral homenaje a nuestras auspiciosas autoridades, no menos que al heroico joven Edmundo Florio..."

El policía saltó dos párrafos y continuó:

... "en el coche n° 7 del Subte Lacroze a predicar sus patrañas y a incitar a la guerra civil. Revólver en mano, se impuso por sorpresa a la valiente ciudadanía, la cual sin embargo reaccionó después virilmente, encabezada por un heroico guardatrén, cuyo nombre ~~hemos de poner en los anales de la historia pública: Aldo~~ Castracane... Después de encerrar al energúmeno en el primer coche, el público bajó del segundo con el fin de que la policía pudiera hacer uso de sus armas contra el peligroso facineroso, como sucedió en efecto. Edmundo Florio —y aquí nuestra voz se inclina reverente— hijo del pueblo, vástago de una familia trabajadora y humilde, que forma en las filas preclaras del organismo autárquico llamado Policía Federal, se hizo acreedor al premio de 100 trúmanes oro oblado por S. E. el Señor Adelantado al que entregase al Cura Loco vivo o muerto. Con valor legendario, disparó su pistola de gases, y redujo a la impotencia al feroz transgresor público, el cual perdiendo el control frente al muro terminal fue víctima de su maldad y prepotencia al chocar éste contra aquél en forma incontrastable y enteramente previsible y auspiciosa. Una verdadera albóndiga de picadillo humano envuelto en los andrajos de un 'mono' azul fue todo lo que pudo entregar el perpicaz policía a la Superioridad, eso sí con los comprobantes adecuados de que el prevaricador había terminado su falaz carrera, para bien de todos y tranquilidad de esta gloriosa nación, que se extiende del Plata a los Andes. En otro lugar de esta edición, hallarán nuestros ilustrados e innumerables lectores numerosos detalles, tomas panorámicas y versiones de testigos acerca de este auspicioso suceso, que reafirma sobre esta gloriosa nación la protección especial de la Providencia... Dios es criollo."

¿Quién fue el interfecto?

"El misterio circunda con sus velos tumultuosos la figura de este criminal deleznable. Proveniente de una familia opulenta perteneciente a los residuos del oscurantismo cristobalero, que había huido al Sur del país a raíz de la ley Damonte, parece ser que lleva en sus arterias (y en sus arterias) sangre indígena. Con motivo de un accidente de aviación ('*Verkehrsunfall*', que dicen los germanos) penetró en su alma (ya tarada por la superstición) el arrebató místico, y se recibió de fraile, o sea, *presbítero*. Viajó

por Europa, donde parece fue iniciado por Madame Blavatzki en los misterios mágicos de la Rosa Cruz, lo cual explicaría muchas de sus subsiguientes hazañas hasta ahora inexplicadas, aunque por cierto enteramente deleznales.

"Saben nuestros ilustrados lectores que la Rosa Cruz, aunque su ~~origen se pierde en la noche de los tiempos, fue fundada~~ modernamente por Doña Rosa Mesmer, discípula de Allán Kardeck, la descubridora del mesmerismo animal, reconocido hoy como un hecho real y verídico por los más eminentes hombres de ciencia y sabios del mundo entero. En efecto, existen en el organismo humano, principalmente en la parte de él autodenominada 'cuerpo astral', ondas magnético-vitales que se transmiten vibrátilmente en línea esferoidal, interfiriendo a su paso todos los otros cuerpos, sean o no biológicos y vivientes. Estas ondas fluídicas vitales..."

Edmundo saltó otros dos párrafos de ciencia moderna.

..."En suma, suprimida ya el alma de la rebelión cristobalera, y su siniestro poder de destruir edificios, no hay duda que la fascinante reina Dulcinea (que no era sino el mismo bandido camuflado de mujer) desaparecerá igualmente; que las provincias de Cuyo, la de Corrientes y todo el Sur, se rendirán a las fuerzas federales, los cristóbales serán extirpados, las fuerzas del mal desaparecerán y los hálitos amorosos y primaverales de la paz social y el bienestar colectivo levantarán sus cabezas coronadas de laureles sobre las ruinas que han amontonado la superstición, la reacción y el fanatismo, verificándose las palabras del dulce obrero de Nazaret, el primer nacionalcomunista que ha existido, el viejo y amado Niño Jesús de las leyendas, cuando escribió en su Evangelio: 'Llega la aurora con sus frescas corolas para todos los hombres de corazón y alma'."

Edmundo dejó caer el diario, pensativo. El Auditorium ya colmado recibía sin embargo nuevas hileras de oyentes sofocados. Los maquinistas se movían silenciosamente por el escenario, disponiendo las sillas en torno del gran trono doble al pie de la encina de plata y esmalte verde. Ceñidos en sus airosos uniformes de super-nylón negro, con botas crema y la gran cimera roja en forma de copete de cardenal, un piquete de Federales se alineaba a los dos lados del trono como una banda de cóndores inmensos, chispeante como

diamantes el nuevo material inventado por el gran Reuter, más liviano y fresco que la seda, más fuerte que el lienzo.

Edmundo abrió *LA FAROLA* y buscó los sucesos de la Catedral. *LA FAROLA* los relataba brevemente, en su estilo chato y pedantón, insistiendo sobre la "innocuidad" del suceso. Era absurdo atribuir ~~a la acción de un hombre lo que era patentemente un fenómeno~~ natural aún inexplicado proveniente de las irradiaciones cósmicas RX3, en conexión con las manchas solares y el nuevo ciclotrón gigante que se había inaugurado en Avellaneda. Asesorada *LA FAROLA* con la opinión de los hombres de ciencia más eminentes del país y del extranjero, podía adelantar a sus respetados lectores que la solución se hallaría muy pronto, y se hallaba por el lado de los rayos catódicos... Seguía una explicación científica que Edmundo no entendió gota —como tampoco probablemente el que la había copiado de la Enciclopedia Científica "*All in all in Human Knowledge*", recientemente traducida al español.

LA TRIBUNA DE DOCTRINA tomaba una posición distinta. Ponía en duda la muerte del Cura Loco y explicaba su poder suponiéndolo en posesión de un rayo de energía cósmica que podía dirigir a su voluntad; pero que era desgastable. Eso era no solamente posible, sino que había sido descubierto en Norteamérica, como podía verse en la gran revista estadounidense "*Por los caminos del mundo*", antiguamente llamada "*Reader's Digest*". La llegada de dos grandes técnicos norteamericanos, llamados Mr. Previche y Mr. Gainzh, contratados especialmente por el Superior Gobierno, pondría término a este enojoso asunto.

El editorialista ponía después seriamente en guardia al mundo entero "enfrente" de los peligros aun existentes de la infiltración nazi. Era poco cuerdo "banalizar" ese peligro, existente en forma endémica y organizada en España, Irlanda, Portugal, Baviera, el Sur de Italia (independizado del Norte desde hacía 28 años) y las remalditas Provincias de Cuyo y Patagonia; y en forma de seminación esporádica en todas las partes de la tierra, mismo en nuestro democrático y altivo Puerto de Buenos Aires, y en la misma Capital del Virreinato, Márel Plata.

El nazismo sólo podría ser extirpado de raíz con medidas de máximo rigor de parte del Gobierno y con la vuelta a los principios de la civilización cristiana, como tantas veces lo "hubiera" dicho el ilustradísimo Capellán del Virreinato, —no a los aforismos adventicios madurados por un clero fanático y rebelde, sino por

la verdadera doctrina de Jesús de Nazaret, compendiada en estas tres palabras: Dulzura, Democracia y Prosperidad; y encarnadas en forma tan espléndida en el Movimiento Vital Católico, que unía en lazo de fraternidad a todo el nuevo Continente, cuna de la paz del mundo. Terminaba invitando a las ceremonias del día ~~de la Solidaridad que oficiaría en el Panlatreutón el Obispo de los Obreros, Mons. Vigilancia Costil.~~

Una tempestad de aplausos y de gritos, el ruido de los miles de pies de un monstruo policéfalo que se levanta, interrumpieron de golpe la lectura. Edmundo se alzó también, automáticamente.

El Irreprochable había entrado y avanzaba majestuosamente sobre sus andas de color de rosa, al lado de su robusta esposa, vestida de lamé de plata y con un escote enteramente competente; en tanto que las cornetas de plata hacían estremecer el vasto ambiente caldeado. Vestía el uniforme de gala de General en Jefe de los Federales, con las estrellas de oro y el gran insignia del pilorís sobre el hombro, del tamaño de un corazón. La Virreyña resplandecía en su vestido corto de tisú mate con la mismo insignia. Con no mucha agilidad se treparon los dos al trono bajo la encina, desde donde San Luis de Francia hacía justicia pública a su pueblo una vez por semana; imitación exacta de la original en plata policromada, obra maestra de los talleres Peugeot de la ciudad de Leonblum, antes Lyon.

Edmundo cerró los diarios y gritó con toda su alma en medio del bullicio: ¡Idiotas!

Nadie le oyó. Todos se sentaron. Se oyó el coro oficial iniciando lentamente el Nuevo Himno Nacional:

*Dicen que el argentino
Es un pueblo cretino.
No me persuade
Ni Pío Baroja ni el Conde Ciano
Ni el diputado Astrogano
Ni la CADE.
Será un poco tilingo
Porque dió nacimiento a Juan Domingo,
No discuto.
Pero Ciano era un poco mongoloide
Y Baroja era un intelectualoide,
Buen novelista pero vasco bruto. . .*

IV

JUICIO Y JUSTICIA

El Adelantado del Río de la Plata pertenecía a una de las más ricas y antiguas familias del Uruguay y llevaba dos apellidos de próceres, uno de la Colonia y otro de la Independencia. Allí estaba con su egregia calva, sus bigotes achinados y la medalla del Premio Nobel al lado de la insignia panamericana.

Después de la anexión voluntaria del Uruguay, Paraguay y Alto Perú, la reconstrucción del Virreynato por invitación amistosa de Norteamérica y el Referéndum Democrático, se habían resucitado muchos títulos antiguos. Así el de Adelantado, en lugar de Presidente Vitalicio, manoseado por el inmundo tirano Perales en su segunda vuelta; el de Federales para la Policía, en recuerdo de la época de la organización nacional, purgada ya de la memoria nefanda del tirano Rojas; el de Alcalde Mayor, Concejo de Notables, Junta Consultiva; Regidores, Cherifes, Síndacos, Solícitors, Caudillos y Capitanejos. Al trasladarse la capital política del país a Márel Plata, se inventó para Buenos Aires el título de Puerto-Capital-Internacionalizado.

Las elecciones que entronizaron al Primer Adelantado, o sea el Gran Referéndum Democrático, según todos los diarios fueron irreprochables; de ahí el sobrenombre que llevaba Oribe-Babini sobre sus patricios apellidos, que no le disgustaba del todo: el Irreprochable; el cual el pueblo bajo se complacía a veces en pronunciar en esta forma: Irresponsable. La flota yanqui, que había asegurado la libertad del comicio, partió apenas se hubieron pacificado los tumultos que ensangrentaron el país por causa de los antiguos "peludistas", o "peralistas", que tomaron más tarde el nombre de cristeros o "cristóbales"; excepto el acorazado Ghioldo (antes Token) que quedó como regalo a la nueva y gloriosa nación, y como "token"¹ de buena vecindad.

1. Prenda.

Estos juicios públicos de los Viernes se inauguraron a imitación de los juicios sumarios del Almirante yanqui O'Brail (que tenía el sentido del humor, como todos los anglosajones), cuando en los momentos perentorios de la sublevación había que hacer justicia seca, rápida y dura con los rebeldes, so pena de perderlo todo. El primero fue el que condenó a muerte a Don Laurente de Vedia con la manga de fanáticos que habían pretendido cortar el Canal a la flota americana amiga, hundiendo un patache frente a Punta del Este, y minando la parte dragada. Todos fueron fusilados en el acorazado Token, menos uno, llamado Luis Namuncurá, que se echó al agua temerariamente y se presume se ahogó. Pero una vez pasado aquel tiempo de agitación y sangre, los juicios derivaron lentamente a una cosa más mansa, conforme al carácter del pueblo argentino; y a veces hasta divertida, que se empezó a cotizar como uno de los mejores entretenimientos del opulento y regocijado puerto, llamado calumniosamente por el traidor Luis Namuncurá "Babilonia Fornicaria".

El de hoy, con los sucesos extraños producidos estos días, prometía ser un verdadero regalo. Algunos días se armaban líos más divertidos que una pelea de verduleras, sobre todo con el famoso Bufón del Reino (otra institución antigua que se había restaurado) y las fulminantes revelaciones de la Zorra, la Jefa de la Policía Secreta Femenina; que también esta institución, que parece existió en tiempo del tirano Rojas y el tirano Perales, se había renovado con gran suceso: que no hay mejor espía que una mujer curiosa, sobre todo disfrazada de sirvienta. La Zorra habíalo puesto en evidencia; allí estaba con su cabeza rapada y su cara de bagre, sin mandíbula inferior, y los grandes ojos inquietos, vivaces y duros. Edmundo no le quitaba los ojos. Era su colega; pero era un misterio para él —como para todos.

La charanga acabó el Nuevo Himno Argentino y todos se levantaron de nuevo. El Capellán del Reino trazó una gran cruz en el aire, a modo de bendición, e inmediatamente el piquete introdujo el primer juicio del día.

—¡Tres cristóbales apresados anteayer en Córdoba!!! ¡Y mudos como de costumbre!!! —cantó el Verdugo del Reino, que oficiaba de fiscal—. Se les rompió el avión, bajaron en paracaídas, y quisieron escapar en moto. Otros tres escaparon en efecto. Tenían seguro alguna misión en el Puerto Capital. Parecen jefes, el avión que traían era soberbio, un Lighting, robado al ejército; pero nuestros

muchachos de la Antiaérea son más soberbios todavía. ¿Qué castigo merecen?

—¿Qué castigo merecen, Bufón? —repitió el Irreprochable.

El Bufón, que estaba metido en una jaula como un mono, hizo un par de zapatetas en el aire y agitó sus campanillas como un loco. Su cara tuerta y contrahecha, rodeada de mechones rojos, le daban el aspecto de un espantajo; su cuerpo jorobado, embutido en un abigarrado traje rojo, azul y amarillo de supernylón, se movía para todos lados, como un perlático. El público empezó a reír ya antes de que hablara.

—Más les valiera que no se les abriera el paracaídas... —sentenció el jorobado.

—Ya lo han oído ustedes. La ley es la ley. Yo no la hice, solamente la aplico. Lo siento mucho, pero ustedes lo han querido.

El Verdugo los iba a sacar, atados como estaban, cuando comenzó a sollozar uno de ellos y el público vió que era una mujer vestida de varón:

—Mátenme aquí —decía—, no me lleven a Tierral Fuego.

—Habla y te indultaré —dijo el Irreprochable.

—¡Ah! ¿De modo que tenías lengua? —dijo el Bufón.

—¿Dónde está el Cura Loco? ¿Que confiese dónde están los jefes! —aullaban desde el público.

La mujer enmudeció: —Eso jamás— gritó uno de los presos, barbudo e hirsuto; y el Verdugo tiró de la piola. El público gritaba ahora todo junto:

—¿Dónde está la Dulcinea? ¿Que confiesen! ¿Que canten! ¡A la tortura! —¿Dónde está la Dulcinea, Zorra? —preguntó el Irreprochable riendo—. Tú siempre lo sabes todo... y ése es tu deber.

—Aquí está Dulcinea —hizo la arpía con voz gangosa.

El público hizo silencio.

—¿Aquí en este salón?

—Aquí en este salón...

—¿Y no dicen que es tan linda que el que la ve se muere?

—Solamente cuando ella quiere.

El público comenzó a jaranear de nuevo.

—¿Y el Cura Loco dónde está?

—Aquí está también.

—¿No ha muerto?

—No ha muerto.

—Muéstralo. . .

La Zorra se levantó sonriendo, se fue hacia la derecha, cambió una palabra con el Bufón, y tomó del brazo a Monseñor Fleurette, Capellán del Reino, el cual la rechazó con disgusto, en medio de las carcajadas del auditorio.

~~—¿Y el Furor de Cayastá? ¿También sabes dónde está?~~

—También está aquí —contestó la marimacho—. Sin bromas. ¿Quiere Su Eminencia que se lo muestre? ¡No saben ustedes lo que tienen en casa! Vamos a ver...

Se abalanzó a los tres prisioneros, y asiendo de la barba del jefe, se la arrancó de un tirón, con bigotes y patillas postizas. El cautivo, a pesar de tener manillas, la rechazó brutalmente, maldiciendo como un condenado: "¡Ah, perra traicionera!"; y hubo de verse el alboroto que surgió entre los policías, porque muchos de ellos reconocieron la voz del temible asesino. Éste se había trabado a reñir con la hembra, que dando chillidos se le había asido de los cabellos y le daba moquetes; y recibía cabezazos y empujones. Dos federales sujetaron a los dos energúmenos. El público gritaba: "¡Déjenlos, déjenlos, rompélo, rompélo, Zorra!" Tirteafuera asestó un golpe tremendo en el gongo, y continuó aporreándolo hasta que se hizo silencio.

El Adelantado no cabía en sí de gozo por la captura.

—¿Cómo lo supiste, Zorra?

—Yo lo sé todo.

—Ahora las pagaré todas juntas. Ése va a morir despacito. Es el que mató a casi todos los diputados que votaron la renovación de la ley Mitra, a tiros y por la espalda, dejándolos allí con un cartel de "fusilados por traidores a la patria". Claro que es un insano. Se escabullía como una anguila. Yo mismo le tenía miedo. A éste no le valen más las artimañas del Cura Loco. No verá más la hermosura de Dulcinea.

—Eso es cierto. A no ser en la otra vida —dijo la Zorra.

—Desta agua no beberé —dijo el Bufón—. ¡Tan largo me lo fiáis!

—¡El otro juicio! —gritó Tirteafuera.

—¡Once aliancistas o nazis que rehusan llevar la insignia, apresados en la Estación Constitución! ¡Siete reincidentes, uno cinco veces!

—¿Por qué resisten ustedes a llevar la escarapela que simboliza la unidad democrática de los argentinos y la fraternidad universal con los pueblos de Panamérica?

—No conozco a Panamérica —contestó uno hoscamente— Mi bandera es la azul y la blanca.

—Gusto de pagar la multa.

—Bolada para el tesoro nacional —dijo el Bufón.

—¿No han declarado los Señores Obispos reconocidos por el Gobierno —prosiguió suavemente el Adelantado— que aquél que se hace la conciencia de que el significado de esa escarapela no es malo, puede llevarla tranquilo? ¿No es así, Señor Capellán?

—"*Tuta conscientia*"² —masculló Fleurette.

Los once acusados no dijeron nada.

—Éstos tienen la conciencia al revés —dijo el Bufón—, ¡Y el bolsillo también dentro de poco! ¡Y la cabeza!

—¡Juá, juá, juá! —rugió la gente.

—Multa que te crió —sentenció el Irreprochable.

—¿También a los niños?

—A todos. Otro juicio.

—¡Un grupo de obreros que le pegó una paliza a unos marinos norteamericanos en el fondín "Fiore di Surrento" de la Dársena!

—Estaban jorobando a unas mujeres —aseveró uno de ellos, vestido de lona azul.

—¿Qué mujeres?

—Aquí están.

—Nos querían agarrá de prepotencia y levantános las polleras —balbuceó una de ellas.

—¿Y qué hacían ustedes en ese fondín... y a esa hora? —preguntó el Bufón.

—Si eran la tre de la tarde, avise... y pasábamo por la vedera. Nos agarraron de prepo.

—Estaban coqueteando —apuntó Monseñor Fleurette.

—¡Avisá vo, cura! ¡Pasábamo por la otra vedera! ¡Nos corrieron!

—Estar todo mentira, señor —dijo uno de los "*marines*"—. Pegar porque nosotros estar norteamericanos. Nosotros estar nuevo católicos y por éso pegar los arguentinos, pegar fuerte.

—¿Qué hacemos, Eminencia?

—Meter presos a todos los que sean de la Acción Católica —dijo el Bufón.

2. Con consciencia tranquila.

—Ésos quedar en el barco —dijo el gringo—. Siempre quedar rezando, no divertirse nunca. Ocho de ésos, mal compañeros. Estar todos irlandeses católicos antiguos.

—Con más razón —dictaminó el Bufón—. Meterlos presos por sonsos; si son de acción que hagan acción; darles un desagravio ~~manducatorio a estos apaleados, largar a los obreros, y mandar a~~ las mujeres a declarar a la comisaría.

—¡Bien! —gritó la turba—. ¡Otro juicio!

—¡Un gallego que reclama un puesto de maestra para su hija!

—Po misericordia, señó —dijo el vejete, que era andaluz— Quinse haño que tié su título; y un “puntaje” epselente. Veintinueve haño, señó, que trabajo en la Hobra Sanitaria. Ningún aumento. Ahora me he enfermao de cama. De ésta, me paese que las lío. Y quieo proveé a mi hiha, es justo, hombre, quinse haño con su título, hombre. Y si no ¿pa qué hinocho sirve er titulaje? ¡Justicia sociá, señó!

—Pué Pa tené cultuuura y pa sé ilustraio, hombre!!! —le remedó el jorobado.

—En efecto —predicó el Irreprochable—. Al abrir Escuelas Normales el Estado no se compromete a dar puestos a nadie. ¡Demasiado hace con dar sabiduría y ciencia! Se ha de estudiar por el saber y no por el puesto.

—Pero hay que comé, señó Adelantao. ¿Mi hija entonce tié que í a da al arroyo?

—¡Qué hacemos, Eminencia?

—Darle a la hija un puesto de cocinera, y mandar al padre al Asilo de Ituzaingó.

Los dos interesados empezaron a gruñir protestas. El hombre de las campanillas dijo:

—La hija ya no sirve para normalista. Y las pretensiones del padre muestran que está chocho. ¡Estamos frescos aquí si empezamos a rifar puestos de maestra! ¡Hay 48.700 maestras esperando turno! ¡Otro!

—¡El dueño de la revista cómica “Yo la escribo y yo la vendo”!

—¿Qué ha hecho?

—Sigue embromando con la cuestión de la CADE, de Bemberg y de los Trasportes³.

—¡Cuando ya todo el país se ha olvidado de eso!

3. Tres casos de venalidad y entrega acaecidos en la llamada “Década Infame” (1932-1943).

—¡Y de todo eso surgió esta nueva y gloriosa nación, Zorra!

—Solamente en broma, Eminentísimo —dijo el acusado.

—Ni en broma se deben tocar esos temas, que alimentan la obstinación aliancista y cristobalesca —dijo el Virrey, severo—. ¡Qué hacemos con él, Zorra?

—Obligarlo a poner una Oda en cada número celebrando las hazañas del capital civilizador en la Argentina... ¡Ojo!, y sin ironías: en serio. Sabemos que hace versos buenos. ¡Otro!

—El Rector del Seminario, que pide dos millones de subsidios para ampliar el edificio.

—¡Dos millones! ¿De pesos?

—De trúmanes plata.

—¡Zambomba! ¿Y para qué más edificio?

—Está más atracado que un conventillo. Muchos seminaristas, señor. Buena carrera la de cura.

—¿Qué te parece, Eminencia?

El Bufón se colgó patas arriba de las rejas y dijo:

—“Aumentar los curas es volver la religión difícil.”

—Juá, juá, juá —comentó la gente.

—“Y hoy día conviene volver la religión difícil.”

—Tiene razón —dijo el Irreprochable—. Pero hay dos clases de curas, los curas carismáticos y los curas funcionales. Los carismáticos son los que hablan y los funcionales son los que hacen ceremonias. Necesitamos muchos curas funcionales; de los otros hay de sobra.

—Peggo ¿da ostet a mí los dos millones? —dijo el anciano Rector, alemán por las pintas.

—Pase a informe de la Inspección de Cultos —dijo el Virrey.

—¡La eximición de impuestos para la Iglesia del corazón Sacerdotal de María! —anunció Tirteafuera.

—¿Quién la pide?

—Monseñor Panchampla.

—Ése ha hecho muchos servicios al Gobierno —reflexionó el Virrey.

—Iglesia que tiene púlpito paga impuesto, iglesia que no tiene púlpito no paga impuesto —dijo el Bufón—. La ley es la ley.

—El púlpito rompe la línea estética de un templo moderno —enseñó el Irreprochable...—. Las iglesias deben ser lugares de cultura no menos que de culto. El púlpito sobra. Me acuerdo del telegrama histórico que mandó el Obispo de Barranca Yaco a su clero en tiempo

de la expedición O'Brail: "*Prohibido predicar el Evangelio hasta nueva orden.*" Así se habla.

—Y todavía no ha dado la nueva orden —comentó el Bufón.

—Monseñor pide además un subsidio para su asilo de Viudas Vergonzantes. . .

~~—¡Cuidado con las viudas, Panchampia!~~ —gritó el Bufón; y la gente rompió a reír.

—¡Yo vivo aparte!!! —dijo furioso el interesado—. ¡En un pabellón enteramente aparte!

—Afirmativo. Adelante con las viudas. Monseñor tiene méritos civiles. Concedido. Otro. Rápido. Que esto ya va largo.

—Aquí traen una mujer atrapada "*enfragante*" delito de adulterio!

—¡Que el Irreprochable le tire la primera piedra! —dijo la Zorra.

—Si empezamos con éstas, tenemos sesión para rato —declaró el Bufón—. Larguénla.

—Es que ésta es una devota. Una de esas currutacas que andan haciendo de catones de todas las otras. Una moralista que resultó quería la moral, pero no por su casa —objetó Tirteafuera.

—¡A la cárcel el marido!— chilló el Bufón—. ¡Castigar al marido! Ése es el culpable! No hay derecho a ser tan sonso. Es una afrenta para el país. Ésos la pasan demasiado tranquilos. ¡A la cárcel con el c.....!

La gente rompió en un aplauso,

—¡El falso ermitaño que tenía una gruta de Lourdes para hacer negocio!

—¡Hola! —dijo el Virrey.

—Sí, señor. Había hecho una gruta de Lourdes con una fuente de agua bendita donde se curaban los enfermos —los que daban limosna—. Andaba vestido de fraile sin ser fraile. Pero la cuestión es que muchos se curaban. Pero resulta que el agua ni siquiera era bendita.

—E ío non era prete, e cómo allora la iba a bendecíla? —replicó honestamente el italiano—. Io saró uno stafatore, però non sono uno sacrilequio...

—Me parece que tiene razón. "*Non invenio in eo culpam*"⁴ —dijo el Juez supremo—. ¿Acaso toda la religión no es más o menos por el estilo?

4. No encuentro culpa en él.

—Pero, Excelencia, ¿no ve que el agua no estaba bendecida? —observó Monseñor Fleurette.

—¡Ahí está el pecado! —confirmó el Bufón—. El hombre engañaba al público y estafaba a la Curia.

—Ma se curaban igual —dijo el insaculado—. Io te lo puedo ~~mostrare lo testimonio firmado...~~

—Fajále una pequeña multa... por respeto a la religión —concluyó el Loco del Rey.

—Por respeto a la religión establecida del Reino te voy a infligir una pequeña multa —dijo el Irreprochable—. ¡Qué cosa admirable es la religión! A todos reparte conforme a sus necesidades, razones filosóficas a los educados, supersticiones a los sencillos. ¡Pensar que la bendición majestuosa que nos da nuestro preclaro Capellán del Reino es el mismo gesto del Curandero que recoge fluido del aire y lo echa sobre el enfermo; y del brujo indio que agarra y sujeta los Espíritus! ¡Qué bien explicó todo éso el gran sabio Levy-Bruhl!

—¡Y pensar que santo Tomás de Aquino creía en el agua bendita, Zorra! —rió el Bufón; y todos rieron.

—El Club de los Golfistas Ingleses Consolidados se queja de que los "*caddies*" juegan al golf mejor que ellos y piden un decreto que proteja su dignidad de jugadores ricos.

—A ver, ¿cómo es éso?

—Resulta que estos muchachitos porteños pobres que llevan las mazas, solamente de ver jugar a los ingleses, aprenden a jugar mejor que ellos. Y después se les ríen de las chingadas, muchos de ellos se colocan de profesores de golf, y se reúnen en las noches de luna llena a jugar en los "*fields*" con las mazas de los patrones...

—Estar una ofensa en contra de la Graciosa Makestad Pritánica —dijo el Presidente del Club.

—Ordeno y mando —dijo el Bufón sin ser preguntado—, que hasta los 25 años los *caddies* lleven las mazas de los patrones; y después de esa edad, jueguen los *caddies* y cadeen los patrones.

—Juá, juá, juá —bramó la gente—. ¡Lindo!

—Estar ofensivo a nosotros —dijo el inglés.

—Ordeno —resolvió el Irreprochable— que los *caddies* se vistan con bolsas viejas, como los vizcacheros de Entre Ríos y los cañeros de Tucumán; y sea encarcelado todo aquél que se vea empuñando una maza. Yo también juego al golf y estos sinvergüenzas son una peste, que lo abatatan a uno con solo mirarlo.

—¡Bien! —gritó la gente—. ¡Lindo!

—El problema de la Universidad: este médico aquí mata todos los enfermos que asiste, y este abogado gana todos los pleitos, pero embrolla de tal modo cada *letigio* que brotan cinco o seis *letigos* de cada uno; y cuando acaban, los que los ganan están sin camisa y ~~los que pierden están en la cárcel.~~

—¿Y qué viá 'cer yo si cobro cinco pesos por visita? —dijo el galeno.

—¡Y nosotros tenemos que comer también! —dijo el tulio.

—Y en mi barrio hay 215 médicos contados.

—Y en el mío hay más de 200 abogados.

—Por mucho trigo no hay mal año...

—Y la abundancia no hace daño —le guiñó Obes-Babini al Bufón—. Ordeno y mando que el médico haga de abogado, y el abogado de médico, y al cabo de un año se presenten aquí de nuevo a ver qué ha pasado. He dicho.

—¡Bien! —gritó la turba—. ¡Lindo!

—El problema de los precios: a cada decreto del gobierno fijando los precios máximos, aumenta el precio del pan, las papas y la pimienta y hay una carestía de papel higiénico.

—¿Qué hacemos, Eminencia?

—Hacer un decreto ordenando que se cumplan todos los otros decretos, Excelentísimo —respondió en seguida el Bufón.

—¡Excelente idea! ¡Haga redactar ese decreto, Tirteafuera: una ley mandando se cumplan todas las otras leyes, la cual se llamará Ley Fundamental Intransgredible; y mándela a la Cámara para la próxima Reforma de la Constitución. ¿Queda algo de importancia? ¡Hoy hemos trabajado demasiado!

—¡El bugui, el bugui! —empezó a gritar la gente—. Ya es de noche. El bugui-bugui con luz negra!

—El problema urgente de la prensa, Su Honorabilidad: ya no la leen y no la creen. La Federación de Dueños de Diarios Grandes pide que se le otorgue otro subsidio de 800 millones de trúmanes para abaratar el precio de los diarios serios, que son el cuarto poder del Estado y el pulmón de la democracia; subsidio que se obtendrá sin molestia ni peso alguno de un descuento de 15 "cents" plata por día a los jornales de todos los obreros del país, que son los que se aprovecharán justamente de la cultura cívica y la sabiduría democrática que los diarios serios imparten y desparraman. Además

piden un decreto solemne de Su Honor mandando que todos sin excepción y a pies *huntillas* crean todo lo que los diarios dijeren...

—Me parece muy bien. ¿Qué te parece, Eminencia?

Pero el Bufón estaba hablando con la Zorra y el público impaciente, ~~bajo la suave claridad que vertían las lámparas de luz lunar,~~ reclamaba el solito baile.

Entonces sonaron los primeros acordes de la invisible orquesta cambá y el locutor Tirteafuera, a una señal del Amo, dijo con voz tonante: "El bugui-bugui con luz negra: dance usted más alocado que nunca bajo la protección de Añang-Guazú, el Dios de las tinieblas." Las luces se extinguieron de golpe y surgió en la sala un fragoroso relincho de alegría.

La multitud había atacado el coro del "Himno del Amor Sano", desafinado pero con un fragor de tempestad:

*"Qué chinita dura y esquiva,
Dulce y picante como el ajo...
.....Arriba
Abajo....."*

del que están borrados en el memorial de Edmundo los dos últimos versos, y quizá con mucha razón; con las restantes estrofas en majestuosos endecasílabos, obra del Poeta Oficial del Reino, que eran más picantes todavía —sin contar las variantes que introducían en el calor de la inspiración los más inspirados.

Edmundo se levantó de prisa y se dirigió a la portezuela secreta de la policía, por donde habían desaparecido como de costumbre el Irreprochable y su oronda esposa.

Pero un silbido furioso y un golpe estridente de gongo cortó el bullicioso bailoteo y recabó silencio. La voz de un policía gritaba: —¡Atención todos! ¡Se nos ha fugado el Asesino de Cayastá! ¡Cierren las puertas y nadie se mueva! ¡Obedezcan todos o disparamos los gases adormideros!

La luz se hizo de nuevo, esta vez la luz solar enceguedora. Y la muchedumbre que llenaba el salón, sorprendida en las más inverosímiles posturas, vió primero con espanto y después con una carcajada que las manillas y los grillos que habían atado a los tres cristóbales prisioneros estaban solemnemente abiertos y colgados del trono del Irreprochable. Los sentenciados se habían hecho humo; y los federales se habían puesto sus caretas de gases, dispuestos a humear a la gente en caso necesario.

Mientras los policías iniciaban con rabia la pesquisa del salón, Edmundo sacudió la diestra y exclamó con desprecio: "¡Que se arreglen! ¿Dónde está la Zorra? ¡Zorra!"

La Zorra y el Bufón habían seguido a sus augustos dueños.

—¡Si seré estúpido! —musitó el Inspector—. La cosa era evidente...

¿Cómo no lo he visto antes?

El suceso había convertido de un fogonazo todas sus conjeturas en certidumbres. Una luz repentina e indudable... Para eso había venido él allí... Sí... Ya sabía lo que tenía que hacer.

V

EL IRREPROCHABLE

De entrecasa y con pijama de supernylón verde y oro, el Irreprochable era bien distinto del personaje público con ropón granate ribeteado de oro. La barriga y la papada resaltaban de bulto y su cabeza prócer sugería vagamente la testa de un conejo de Flandes, con la barbilla en punta y la cúpula chata y en bomba de la calota pelada. Estaba pegándose golpes en el pecho con la palma izquierda y diciendo:

—Si esto no es gobernar... Después dirán que aquí gobierna el Subjefe de los federales y un Embajador extranjero...

—¡Se escapó el Asesino! —le dijo su mujer secamente.

—¿Cómo? ¿Qué dices? ¿El Vengador?

—Se escapó pocos minutos detrás de nosotros y no lo atraparon más... El peligro que hemos corrido me da todavía escalofríos. A vos yo te tengo que dar una lección, sos imposible. Es inútil que empieces a hacer aspavientos, que es imposible, que esto, y que lo otro. Basta, Ya lo tenemos otra vez en el aire, como la famosa espada que estaba colgada sobre la cabeza de Sócrates. Te traiciona uno de casa: quizá Cuitiño mismo. El Federalchef manda más que vos. Cuitiño.

El prócer se había puesto nervioso y se meneaba para todos lados.

—Tengo que hablar con la Zorra.

—Quizá esa pindonga misma...

—¡Imposible!

—Todo es imposible, imposible; y sin embargo todo sucede. Estamos perdidos si esto sigue así. El Cura Loco está vivo, y si es él quien derriba las casas...

—También tú te has contagiado de ese disparate. Eso no es obra de hombres. Son rayos cósmicos casuales. Por lo demás, no hacen el menor daño.

—¡No hacen ningún daño y el pueblo entero está soliviantado y a un dedo de entregarse a los cristóbales, que hacen progresos cada día sobre nuestras fuerzas!

—Mirá, gorda, déjame en paz que tengo mucho que hacer y esas monsergas me las guardas para esta noche, cuando no pueda dormir, ~~porque me hacen dormir de veras —dijo el prócer, lanzando una~~ carcajada.

Salió la "gorda" con una mirada de desprecio, y el Primer Magistrado tocó un timbre:

—La mujer que espera en la antesala —dijo al guardia.

Entró la Zorra, con bombachos y botas, conforme a la costumbre de las mujeres que trabajan. Era realmente una amazona, como la llamaba la gente. El prócer corrió a su encuentro para darle la mano.

—Entre mi tirano, que hoy lo necesito.

—¿Qué quiere, Usía?

—¿Lo que quiero ahora o lo que quiero siempre?

La joven no respondió, y mantuvo alzada la cara deforme y vivísima.

—Ahora quiero un informe completo acerca de la rebelión de los cristóbales, el estado actual de la guerra civil y las evasiones misteriosas del Cura Loco y el Asesino de ayer.

—Todo eso consta por escrito en la Jefatura,

—Quiero un informe oral de tu boca.

—¿Otro informe? ¿De mi boca de bagre?

—Y de tus ojos de violetas.

—Y de mi cabeza deforme y calva...

—Y de tu cuerpo de...

La mujer de los bombachos se levantó, y alzando la silla la puso al otro lado del escritorio. Después miró vacilante hacia atrás, como queriendo irse. Pero el prócer se levantó y fue a cerrar la puerta con llave, que guardó en el bolsillo. La joven lo miró con desdén.

—¿Cinematógrafo tenemos? —dijo—. No le tengo miedo a sus trampas.

—Tú eres una de tantas trampas que hay en la vida, en la cual yo he caído. Parece mentira que seas tan mala conmigo, Zorra. Yo soy el dueño temido y respetado de este país, y tú me tratas como a la última basura. Al Bufón lo tratas con más cariño que a mí.

—Yo soy una empleada, y aquí no tengo ahora más razón de estar que el informe. ¿Quiere el informe, o es un pretexto?

—¡Ay! Venga el informe —dijo el Irreprochable, sentándose en el amplio sofá con un hondo suspiro.

—Hoy, día de Santa Gracia Virgen y Santa Matilde Reina, me ~~retiro de mi cargo...~~

—¡Jamás! —dijo el Adelantado, poniéndose de pie de un salto—. ¿Qué pasa?

—Con la evasión del Tigre de Cayastá he fracasado. Se duda de mi fidelidad. Cuitiño pretende que la llave de las manillas que yo entregué —porque ha hecho una recogida general de llaves en la policía— no es la misma que se me dio. Y sin embargo, yo descubrí al criminal disfrazado, y no ellos.

—Yo arreglaré eso en un momento, mi reina. Pero no te irás, ¡oh!, eso es gusto de torturarme. Aunque tu presencia es otra tortura. Ya que así me miráis, miradme al menos. Ni contigo ni sin ti, tienen mis males remedio, contigo porque me matas, y sin ti porque me muero...

—De ese modo vamos a hacer muchos informes.

—Escucho, pues.

La mujer empezó a hablar con una voz uniforme y pareja, como quien lee.

—Usúa recuerda la caída del inmundo salvaje tirano Perales, que le dio por imitar al tirano Rojas y cometió el disparate de nombrarse después de su vuelta Presidente Vitalicio...

—Perfectamente. Y el grito de Cayastá, la intervención de una flota amiga enviada por la Liga Interamericana, las matanzas de Junio, el bombardeo de Buenos Aires, el Gran Referéndum, y la ley Damonte; es decir, todo lo que precedió a mi abandono de la Embajada de los Estados Unidos, y a mi elección democrática y plebiscitaria para Primer Adelantado del Río de la Plata. Lo que no entiendo es la rebelión de los cristóbales.

—Continúan el movimiento político que encumbró al inmundo salvaje tirano Perales, pero dándole un cariz religioso. Son gentes más bien de los bajos fondos, aunque parece que entre los jefes hay muchos aristócratas. Como dicen que ellos siguen realmente a Cristo, la gente por irrisión los llama cristóbales. El pretexto que tomaron fue el inciso 14, artículo 657 del Código Damonte, que impone a los argentinos el uso del insignia del Movimiento

Vital Católico Panamericano, bajo penas de multas que aumentan progresivamente.

—Pero, ¿no permitieron los Obispos ese signo de la unidad intercontinental?

—Primeramente lo prohibieron, Su Honor, diciendo que era masónico, que por su origen era señal de apostasía, y hasta sospechando un significado... impuro a la letra hebrea que está en el medio. Eso fue antes que el Cardenal cayera enfermo. Después se obtuvo de ellos una declaración de que aquél que se hacía la conciencia de que la escarapela NO era mala, sino una simple protesta de fe democrática, era libre de usarla. Pero la ley se aplicó desde el principio con todo rigor (la mitad de la multa para el denunciante) y tan sólo en el mes siguiente de su promulgación, la policía del Puerto recaudó varios millones de trómanes por vía de multas. Muchos se dejaban llevar presos por no pagar, y entonces se instalaron los campamentos de Tierral Fuego. Los que resistían por la fuerza, naturalmente acababan mal. A causa de eso ocurrió la sublevación de las provincias del Neuquén, que terminó tan...

La voz se le cortó repentinamente a la mujer deforme, que se llevó la mano a los ojos.

—Yo soy de allí —dijo con voz entrecortada.

El Irreprochable se aproximó y le tomó una mano.

—¡Lo que yo he visto! —dijo ella retirándose—. ¡Dios!

—De allí te trajeron, es verdad —dijo el Supremo—. ¿De dónde vienes? ¿Cuál es tu historia, amazona, mujer endiablada, zorra mía?

Bastaron estas palabras para entonar a la pesquisante.

—El informe —dijo, irguiéndose y poniéndose tiesa de nuevo—. La sublevación de los cristófilos cundió por todas partes, y un momento pareció que iban a desalojar al almirante O'Brail, y apoderarse del gobierno. Había guerrillas victoriosas por todas partes. Fue un golpe de genio por parte de ellos el adoptar como armas de combate el avión y la motocicleta, reemplazantes del caballo de las antiguas "montoneras". Tomaron por "santo patrón", como dicen ellos, a San Cristóbal, protector de los motoristas. Parece ser que un cura aviador fue el de la idea, y un ingeniero traidor a la patria, cuyo nombre se desconoce, inventor de una avioneta ultrarrápida, Una especie de motocicleta del aire. Pero Cuitiño y O'Brail convirtieron la policía en ejército, con el nombre de federales, y dieron a los jefes facultades discrecionales. Mejor defendidas las

fábricas de aviones, los asaltos dejaron de tener el éxito que de primero. Como una parte considerable del Ejército, casi toda la Aviación, se había plegado a los cristóbales con armas y bagaje, culpa del alto Jefe ese que traicionó, Uriarte, o como se llame, O'Brail disolvió lo que restaba del Ejército Argentino.

~~—Entonces fue cuando volví yo de Norteamérica~~ notó el Magnate—. ¿Y es verdad que los Federales se reclutaron en las cárceles?

—Entre los peores facinerosos. El elemento apto hay que tomarlo donde se halle. El fin justifica los medios, dice Cuitiño.

—¿Y por qué entonces no aprecias mis fines, que son excelentes, aunque mis medios sean malos? ¿Crees que no soy capaz de divorciarme de mi opulenta esposa?

—¡Bueno! —dijo ella—. Volvemos al tema sentimental. ¿Por qué no dejamos éso para mañana a la hora del té?

—¿Me prometes volver mañana a la hora del té, tirana mía?

—¡El informe! Los cristóbales han llegado a dominar una vasta región al Noroeste de Córdoba, que comprende Salta, Cuyo, Santiago y el Norte de Santa Fe. Es menospreciable la región montañosa que dominan en el Sur con el auxilio de Chile. Ellos nos tratan de traidores a nosotros, por la ayuda de Estados Unidos, y ellos se apoyan en Chile y el Brasil. Ahora ponen sus esperanzas en una guerra de Estados Unidos con Rusia: remedio de desesperados. Tienen cómplices por todas partes entre la gente baja, y no hay duda de que disponen de una o dos armas secretas; pero la debilidad intrínseca de las guerrillas consiste en que son buenas para sorpresas y expediciones punitivas, pero no para ocupar territorio. ¡No se puede hoy día conquistar una nación con los gauchos de Güemes! Y este nuestro puerto de Buenos Aires, declarado internacional y con una base de la ONU que garantiza su libertad, es inexpugnable... ¿no es verdad, Su Honor? "Buenos Aires eterna", como dice el himno panamericano.

—¿Y esa mujer, la Dulcinea?

La pesquisante se encogió de hombros.

—Nunca la ví —dijo—. Quizás es una filfa.

—No puede ser filfa. Es un demonio suelto.

—Dicen que hay una mujer de sobrenatural hermosura que los rebeldes adoran como reina o como representación de la patria, o de lo que sea; que aparece y desaparece como un fantasma; mujer que el que ve, no puede olvidarla jamás...

—¡Ay! —dijo el obeso prócer—. Yo sé algo de eso.

—Que nadie la ve sino de lejos...

—¡Ay de mí! —dijo el Supremo, corriéndose por el sofá, de costado como un cangrejo.

—Que es malísima, sujeta a ataques de furor y fuerte como un domador de potros...

—Como una que yo sé —dijo el prócer. Y de repente, llevándose ambas manos a la cabeza—: ¡Dios de Dios! ¡Lo que dice mi mujer! ¡Tus ausencias repentinas y enteramente incontroladas! ¡Tu habilidad diabólica para disfrazarte! ¿Sería posible? ¡Santo cielo! ¡Un traidor en casa!

Quedó mirando con la boca abierta a la muchacha, la cual se había puesto de pie bruscamente con una risa amarga.

—Abra esa puerta —dijo.

—Hoy serás mía —bufó el prócer— o sino, llamo a Cuitiño y te entrego a su albedrío —y levantándose la alcanzó y la tomó en sus brazos.

—¡No! —gritó ella—. Suelte o le pesará. Nadie puede tocarme impunemente.

—Afuera hay guardias —dijo él. Arreglémonos por las buenas.

—Yo soy la Zorra, yo soy la Zorrina —gritó la joven, desprendiéndose de sus brazos como una tigre.

Un olor nauseabundo, de carne podrida, se difundió en la habitación. Aturdido el Supremo se apretó las narices.

—¿Qué es esto? ¿Has roto un pomo de gases sulfúricos?

—No —dijo ella con risa sardónica—. Es el olor natural de mi cuerpo. Yo soy una muerta. He aquí lo que codicias.

El Adelantado apoyó el dedo en un timbre. Después avanzó de nuevo.

—Ya te vamos a bañar entre todos, zorrina. Yo haré que tu cuerpo huela a rosas.

El picaporte sonó ruidosamente en la puerta de entrada, y empezaron a resonar golpes. "Derribar la puerta y rodeen por la ventana" —ordenó a gritos el Magnate—. La mujer lo miró con infinito desprecio:

—A manos limpias te podría matar si quisiera, cerdo —le dijo—. Pero prefiero huir. Yo soy Dulcinea. —Y aproximándose a la ventana gritó: ¡Edmundo!

Sonó en la puerta un estrépito horrísono, y un panel saltó en astillas. Por la ventana apareció el gran yelmo rojo de un federal,

y un hombre de negro saltó al recinto, se dirigió a la joven y le dijo; —¿Puedes bajar por una escala de cuerda?

—He hecho bien en confiar en usted, aún sin conocerlo —dijo la muchacha, dirigiéndose a la ventana. Se oyó fuera el bronvir de un Lighting, un aeroplano-helicóptero.

Al darse cuenta de que el Federal era un enemigo, el irreprochable había tirado de un cajón y sacado un arma. Edmundo le asestó su "dormidita" y disparó. La ampolleta de anestésico se rompió en el rostro de Magnate, lo rodeó de una nubecilla verdosa, y lo derribó al suelo, dormido. "No lo mate, Edmundo, venga pronto", dijo la mujer policía. Edmundo ganó en dos saltos el alféizar, donde la cabeza calva de la joven desaparecía. En ese momento saltó la puerta y un alud de guardias armados irrumpió en la pieza, y corrió a la ventana.

—¡Cuidado que voy a hundir la casa! —dijo una voz desde abajo—. ¡Echense bajo los asientos!

Sonaron dos o tres tiros arriba, sonó el bronvir del motor, pero por encima de esos ruidos, sonó el terrible silbido de la atomización y los gritos aterrados de los guardias.

Pocos minutos después una avioneta-helicóptero giraba sobre una gran montaña de polvo blanco que fuera antes la famosa CASA ROSADA.

VI

FIESTA EN EL CEMENTERIO

No estaba para fiestas el otro día el Irreprochable; y caía justamente entonces la solemnidad de Jaime Butanán en el Necroion, una de las cuatro extrasolemnes del año, en la cual debía officiar.

Sobre la acción del anestésico, que siempre deja la cabeza rota, y además del disgusto de saberse traicionado, tuvo una borrasca con su mujer que duró toda la noche y todo el día, y aún gruñía sordamente adentro. "Hice mal en decirle aquello, fue demasiado", pensaba Su Excelsitud, mientras retomaba de nuevo torpemente la explicación consabida; en tanto que la Virreina, envuelta en un gordo ropaje de altivo silencio, pensaba en medio de las aclamaciones de la muchedumbre y al rodar del coche-gala: "Me las pagarás. ¿Con ésas a mí? Ya verás. Te daremos un buen susto. Cuitiño me debe su puesto y me responde a mí. Te suministraremos un buen julepe."

Tocadas las dos cabezas con los cascos federales, escarlata y plata, los dos conversaban con dificultad y sin mirarse, debajo de los dos bustos de cerochín articulados que emergían más arriba, saludando y moviéndose con naturalidad portentosa: artificio simple y eficaz que se había excogitado poco hacía en previsión de atentados contra los poderes públicos legítimamente establecidos. El pueblo veía sobre el coche dos muñecos autómatas admirablemente móviles.

—Como te dije, la descubrí en seguida —volvió a contar el Irreprochable— apenas me sugeriste la posibilidad, para mí fue una evidencia; la apreté y...

— (Ya lo creo que la apretaste).

—La apreté y tuvo que confesar en seguida. Yo estaba a unos cinco metros de ella. Huyó hacia la puerta; apretó el timbre por la guardia; habían cerrado por fuera...

—(Habías cerrado vos por dentro, embustero).

—Ya sabes que la guardia, Edmundo Florio, el jefe, era un inundo asqueroso traidor. . .

—(No el único. Ya verás, ya verás... ¡A mí a Tierral Fuego! Ya verás)

—... Lo mismo que ella, y eso explica cómo se salvó el Cura Loco en el desastre del Lunes, que lo creíamos muerto, y era trampa. Estábamos todo rodeados de trampas...

—(No lo sabes bastante. Ya verás. ¡Tierral Fuego! Y es capaz de hacerlo. Tirano prepotente. Después de lo que tú me debes...)

—Y eso explica también la desaparición del Bufón, a quien estos dos deben de haber dado muerte —continuaba el badulaque, empeñado en romper el ominoso silencio de su consorte—. Ya lo pagarán. Todo se paga. En cuanto a nosotros, Herminia, mi amorcito.. .

La robusta Virreina rompió el silencio:

—Efectivamente, todo se paga —dijo; y después, con indiferencia— ¿Quién es ese Butanán de hoy?

—¿No lo sabes? —el marido la miró asombrado—. Ciertamente lo sabes: uno de nuestros Cuatro Santos Civiles, quizá el más grande, un coloso.

—¿Qué hizo?

—Cantidad de cosas. Lo último, estrellarse con su Rolls-Royce contra un árbol, por no matar a una niña que salió al camino, un día como hoy, 1° de enero, que hoy solemnizamos, en el cual "rubricó con rojo una vida blanco y celeste, para hacerla bandera de su patria", como digo en mi discurso.

—¿Tu discurso?

—Bueno, ya se sabe, lo escribió el Poeta Oficial y el Filósofo Oficial, y lo grabó en el hilo magnético el Tanguista Oficial; pero yo lo "danzo" (no digo "lanzo" sino "danzo"), y eso es lo que importa.

—¿Y qué más hizo el otro? ¿De dónde era?

—Hizo la mar: se hizo millonario en poquísimo tiempo, compró un gran diario, todas las radios y una filmadora; y ayudado por Constante Virgili (h.) comenzó una intensa tarea de regeneración interior y de ilustración exterior del pueblo. Acaparó el comercio de libros en el Virreinato; pero a medida que ganaba dinero a ponchadas, lo empleaba en nuevas empresas reverberantes. Protegió a los poetas, a los artistas, a los sabios, a los cuales aprovechaba para sus diarios y sus editoriales; y que lo adoraban. Y tuvo que

acabar así como había vivido: arrojada y heroicamente. Fue un "gangster" de la cultura.

—¿No dicen que iba mamao guiando su auto y atropelló un poste?

—Mamao o no mamao, fue un santo civil, y es bien que su patria adoptiva lo ponga en las nubes "vagorosas y turquíes de la inmortalidad."

—Bueno, todavía no empezó el discurso, no te des cuerda. Aquí estamos ya en la Chirusita, ¿ves? ¡Qué esplendor! ¡Qué hermosura! ¡Qué riqueza de mármoles en el portal! ¿Qué significa esa escultura?

—Es la Muerte —dijo el prócer, riendo un poco.

Los que conocieron el horrible galpón amarillo con columnatas que se abrían al triste ámbito de la antigua "Chacarita", no acababan de ponderar la asombrosa transformación operada en el primer año del nuevo Gobierno bajo la dirección del Tanguista Oficial, ingeniero Elías Sufit. El horrendo páramo de tumbas, lápidas y rejas, salpicado de especie de garitas de mármol desaparejas, se había convertido en un verdadero "necroion", en el concepto moderno de la palabra. Un parque inmenso de árboles y jardines con caminos de pasta de satén blanco, rodeaba los seis grandes palacios negros distribuidos exactamente en las puntas de una estrella hexágona, en el centro de la cual se alzaba la Gran Capilla Fúnebre, adonde los dos regios consortes debían dirigirse por el camino subterráneo, con el ingeniero Rotondaro y el Superpréside de Asuntos Necrológicos.

Dos de los 26 hombres de la escolta habían saltado de la motocar y empuñado una de las "metras" de sobre el manubrio, sacándola de un solo saque de la cuja cromada. Bajaron los dos Irresponsables directamente sobre la plataforma móvil. Adentro se veía y oía sordamente la inmensa muchedumbre apiñada en torno del Sacrarium, que chispeaba al sol poniente sus mármoles negros y blancos, semejantes a los de la Catedral de Pisa. El prócer preguntó:

—¿Cuál es el pabellón que falta?

—Crematorium —dijo Rotondaro—. En este país nunca se acaban las cosas; es un desastre. Allá...

—¿Aquel mayor de todos?

—Todos son iguales —dijo el técnico—, excepto naturalmente el Theatrum, que está allá en la cabeza. Los otros, el Balletorium, el Cinecromium, el Musicorum y la Fábrica de Fialas son de la misma planta y plano, aunque de color distinto.

—¿Qué representa esta estatua? —preguntó la Primera Dama.

Sobre el suntuoso pórtico en herradura, una soberbia mujer desnuda ponía una corona de laurel y rosas (con el procedimiento Simoni de colorear el bronce parecían reales) sobre una cabeza cana y barbuda, demacrada y dormida, y la otra mano sobre la ~~melena rubia de una viudita orante. El cuerpo nacarado,~~ delicadamente teñido de su color natural, se erguía en un gesto como de triunfo, los ojos miraban al cielo. Una real hembra, como dicen en España.

—Es la Muerte, su Proceridad —dijo el Superpréside—, pero como se debe entender y entendemos ahora. Obra de Rubinstein. No la antigua Parca de guadaña y esqueleto. La muerte que no es el fin, sino el “sentido” de la vida, como demostró hace tiempo nuestro eximio Filósofo Oficial, Doctor Romualdo.

—¿Marchamos, Proceridad? —preguntó Rotondaro.

—Un momento, hay tiempo... ¿En qué consiste exactamente el acto de hoy?

—Lo acostumbrado, Excelsitud: la función cívico-religiosa de siempre: el ballet sacro, la loa cinecrómica, la incensación de la estatua del héroe, y el himno final. Hoy es un éxito, el tiempo se presta. Está “pletórico” de gente. Todo el día han paseado, han bailado, han comido, han bebido, han estado curioseándolo todo y mirándolo todo. El acto los recogerá un poco; sobre todo hablando su Excelsa. Lo serio va a ser sacarlos esta noche; preveo un trajín jefe; y eso, sin resultado.

—Déjelos —dijo el Virrey—. Que se arreglen. Total, la noche es templada y tibia. Ha hecho calor hoy.

—Cochinos —dijo la Virreina. Y sin más explicaciones, se hundió la báscula y los cuatro se acomodaron en las vagonetas-sofá del camino subterráneo.

El gran sótano debajo del Sacrarium, dulcemente iluminado con luz selene-helial, tenía pasadizos que ascendían a la capilla y estaba atestado de fialas nuevo modelo, y de carteles de palastro con los nuevos aranceles de entierro. Hacía ya mucho tiempo que el Código Damonte había prohibido severamente la inhumana y antihigiénica costumbre de enterrar en tierra, imponiendo la incineración. Las cenizas, reducidas a un polvo blanquecino no muy diferente del residuo de las temidas atomizaciones del Cura Brujo, eran repuestas en fialas de igual tamaño y forma, que se guardaban con el nombre y número del finado en los inmensos

columbarios en forma de biblioteca por cinco años; debiendo después la familia disponer de ellas. El Subpréside, que mostraba las cosas, recordó sonriendo el trepe que armó el público cuando se arrambló con el Cementerio del Oeste, y se quemó cuanto hueso viejo había abajo; y ahora lo contento que estaba con el nuevo método "inspirado en Augusto Compte", concluyó solemnemente, levantando la ampolleta de una fiala, traslúcida y fina. Conforme a la división del electorado en seis clases sociales, eran de material diferente, desde cristal de roca sintético con armadura de oro químico, hasta vidrio con similor... "Pero miren ustedes qué hechura" —dijo mostrando una de la clase inferior; es decir, para pordioseros, curas, maestros y escritores.

—Vamos —decía impaciente la Virreina—. El ballet ha comenzado. ¿No oyen? —la mujer estaba extrañamente inquieta.

—Un momento —dijo el Adelantado—. ¿Qué es ésto? El nuevo arancel de entierros. Déjenme leerlo, que cuando firmé el decreto no tuve tiempo... (Andaba remoloneándole el Magnate a la ya resabida fiesta) .

Era una gran plancha negra, como un pizarrón vertical enmarcado en oro, donde con letra corrida argentina, el ignilápiz había grabado claras y bellas letras blancas; plancha que debía colocarse en el frente de la Capilla. Decía así:

ARANCEL DE ENTIERROS

1. Entierro de PRIMERA clase: gran coche landó de laca con púrpura, cúpula de cristal, seis caballos negros con penacho, flores naturales en abundancia, un Obispo, 6 sacerdotes revestidos, cantos en latín y accesorios...

Precio: 100 trúmanes oro, neto.

2. Entierro de SEGUNDA: coche de laca sin cúpula, cuatro caballos ídem ídem, flores en bronicolor de primera calidad, cuatro sacerdotes y dos monacillos con cirios encendidos, rezo del Rosario, tres coches empavesados para la familia...

Precio: 500 trúmanes plata.

3. TERCERA clase: coche común pinotea pintada, dos caballos zainos o bayos (a opción), dos sacerdotes con cirios apagados, sin rezos, flores de cartapesta u hojalata dorada, un coche para la familia

Precio: 600 mirandas plata.

4. CUARTA clase: automóvil fúnebre bien decorado, cien caballos (HP), flores de papel, llantas enguantadas, chófer librea negra, sin coche para la familia, un sacerdote sin revestir y un monacillo, sin cirios, todo completo. . .

Precio: 600 pinedos plata.

5. QUINTA clase: chasis de automóvil grande y limpio, sin flores, un sacristán y un monacillo con cirios imitación, crespones y cortinas de sarga negra para tapar el féretro, con derecho a volver en el chasis la familia...

Precio: 200 pinedos cobre.

6. Sexta Clase: Un Camioncito con el finado sin cajón...

Precio: 1.000 pesos papel argentinos o reis brasileños.

—Todo igual que antes, oh Excelso, excepto los precios, a causa de la nueva devaluación —explicaba el Subpréside, cuando...

—¿Qué es esto? —exclamó el Mandatario.

En el pie de la lápida una mano había añadido con el mismo instrumento pero con diversa letra esta línea en blanquísimo esmalte, acompañada del dibujo tosco de una calavera:

7. SÉPTIMA clase: el muerto va solo y a pie al cementerio, y se quema solo...

Precio: gratis o 100 pesos papel argentinos.

—¿Qué es esta impertinencia sacrílega? —gritaba el Nabuco—. ¿Quién ha entrado aquí?

—De sobra sabe Su Excelsitud, nadie puede entrar... las tres llaves —balbuceaba el Préside estupefacto.

—Alguien se ha metido: traición, traiciones por todas partes —bramó el otro pálido y demudado—. Esto se ha de averiguar, y ahora mismo.

—La función ha comenzado, el ballet se oye desde aquí —observó la mujer inquieta—. Ya viene el discurso.

Había tres llaves de oro de los subterráneos de la Chirusita, una en poder del mismo Adelantado, otra del Gran Matasellos, la tercera en manos del Superpréside, que cada noche personalmente debía llevarla a palacio y encofrarla ante testigos. No pocos secretos del culto nacional se ocultaban en esos subterráneos, sin contar las fardas de oro y cristal para las fialas.

—¡Aquí ha entrado un traidor!!! —barbotaba el Gobernante—. ¿Tú recibiste anoche la llave del Superpréside, Herminia?

En ese momento se descolgó por uno de los pasadizos como un mono el Ministro del Culto Civil afanadísimo. “¡Excelsitud! —decía—. ¡Su trono desocupado! ¡La gente anda protestando, chista, silba y abuchea! ¡El ballet está para acabar! ¡Arriba, por favor, al momento, por amor del chápiro!”

Y medio a empujones los arreó a todos al Ascensor Ancho. La gran caja plateada se levantó sin ruido, y de nuevo se corrió sola como a un conjuro la doble puerta. “Por aquí, Excelso”, susurró una voz. El espectáculo que se presentó a los ojos de Nabucodonosor Obes-Babini al dirigirse a su alto trono de pana púrpura era imponente; y no por haberlo visto muchas veces dejó de impresionarle, y más que nunca. Una sorda y violenta inquietud lo dominaba.

Debajo de él se extendía el gran Auditorium, donde las bailarinas trenzaban y destrenzaban aéreamente el bailete de Nijinsky “*El Poema de la Muerte-Vida*”. Más allá se extendía el mosaico de melones del inmenso público; sentados dentro de la capilla y de pie fuera. El Irreprochable (a quien la zumba porteña llamaba el Irresponsable) se acomodó como pudo en su trono, debajo de la estatua crómica de Butanán, que erguía su iluminado perfil entre las de Colón y Wáshington: “smoking”, manto, libro, volante, manos, rostro y casco deliciosamente coloreados. La Virreyna (que así se hacía llamar ella) se sentó en su trono bajo a la derecha; y en frente de ella el Ingeniero ante su tablero de dirección con la máquina del Cinecrom. La mujer miró a la estatua y sonrió: le pareció notar en ella un leve movimiento, entre la penumbra nacarada. Los pebeteros de perfumes mandaban al aire leves brumas langorosamente. “Buen susto te voy a dar”, pensó, y guiñó el ojo a la estatua. Las bailarinas, que absorbían en ese instante al marido, no interesaban a la Señora.

Embutidas en sus mallas de seda negra, blanca y crema, las danceras como una bandada de grandes aves desconyuntadas y rítmicas trazaban un complicado ñandutí; y la comparación con las aves era literal, pues a poder del dispositivo Simmons de hilos de acero invisible, algunas se levantaban por momentos en el espacio abriendo alas de águila o paloma, y planeaban en curvas suaves o se lanzaban cabeza abajo como un pez que zambulle, haciendo una reverencia o el gesto del beso al pasar por frente a la Autoridad.

Otras vestidas de murciélagos sedosos, que representaban los malos pensamientos, negras, verdes y rosadas, trazaban de repente, con velocidad que asustaba, zigzagueantes circuitos aéreos, remontándose hasta el arco de la cúpula. El Cinecrom (mezcla feliz del dibujo animado con el technicolor sin pantalla, invento de Higgins) arrojaba sobre la bruma aromática de los pebeteros sus sinfonías de color, oleadas de luces polícromas, mansas correntadas de gemas, que se torcían y entrelazaban entre sí como oleosas serpientes, como los iris de la mar, en medio de la cual nadaban deleitosamente los cuerpos nítidos y alados, puros. Y el Poliorquestróm al mismo tiempo, con una potencia y una vastidad superior a diez órganos juntos, constituía el rumor y el trueno imperioso de aquel mar; el vasto recinto estaba literalmente abarrotado de música (los argentinos se habían distinguido mucho en la música en los últimos tiempos), se nadaba en ella, maravillosamente ritmada con la sinfonía de los movimientos, los colores y los perfumes. Un a modo de inmenso suspiro o gemido se escapaba por momentos de la inmensa muchedumbre, penetrada de espiritualidad. El hombre había encontrado el poder de suscitar a voluntad el éxtasis, reservado antaño a raros espíritus místicos o perturbados.

Sólo el Virrey no se embelesaba, preocupado por el momento de oficiar; ni tampoco su consorte, que dirigía furtivas miradas a la estatua movable de Butanán. Sobre ella se alzaba el gran Cristo Negro de Siqueyros, poniendo su nota religiosa en el conjunto. Es sabido cuánto se discutió aquella genial escultura cuando se expuso. Tenía una corona de flores en la cabeza y las manos desclavadas, una de las cuales tendía al Centurión Romano (que el escultor había vestido ingeniosamente con el uniforme militar argentino) y la otra al Príncipe de los Sacerdotes, en ademán de paz y concordia, formando las tres grandes figuras un conjunto simétrico, armónico y alegórico. Los pies tampoco estaban clavados sino que se hundían en la gleba patria en forma de raíces, confundidos con el pie de la cruz, que sugería un árbol reverdeciendo; y la cabeza de la cruz, cubriendo la del Cristo, se volvía hacia adelante y se abría en una enorme umbela o corona real, traduciendo la moderna concepción del espíritu del Cristianismo. Sobre la cabeza del gran Moralista Galileo, como sobre la del Moisés de Miguelángel, había, en señal de poder, dos cuernos. La señora Virreyna, que se retorció las manos de impaciencia, invocó al Cristo para que todo

saliera bien. Monseñor Fleurette estaba dando en aquel momento la bendición al auditorio. La música cesó, y el Cinecrom cambió sus raudales crómicos en una luz suave y perlada. En medio de ella, la soberbia figura del Irreprochable, en su severo traje litúrgico púrpura, plata y rojo, comenzó su loa a Butanán.

~~No tenía que hacer sino mover los labios y esbozar ademanes y~~ actitudes, cosa que el hombre cumplía a la perfección. Detrás de él, el hilo de cobre magnético, grabado el día anterior con la voz melancólica y dulce del Tanguista Oficial, derramaba majestuosamente en el recinto los conceptos existencialistas y las metáforas futuristas de la espléndida oración compuesta por el Filósofo y el Poeta del Reino. El arte oratorio había ganado muchísimo desde que se vió no era necesario que una misma persona cumpliera las diversas partes de ella: voz, gesto y conceptos. Esto era otra cosa, digna de la autoridad (¡oh, los lamentables discursos leídos penosamente por los gobernantes de la década anterior, la “década ignominiosa”, como la llamaban!), esto era una cosa realmente digna de oírse. La predicación, por ejemplo, abandonada en los últimos lustros, había recobrado sus auditorios desde que los sermones se grababan todos en el Ministerio de Cultos por las mejores voces del país, sobre los textos depurados de los Eclesiásticos más aprobados y populares. Y la loa de Butanán en ese sentido era una obra maestra.

Cuando la voz melancólica, subrayada de un amplio gesto, proclamó que “la Divinidad misma, esa mezcla de Ser y de Nada, era la que se había difundido sobre los hombres, como una lluvia en la Puna —esa Puna que había de recoger su cuerpo— a través de Jorge Butanán, por la voz, el libro y la imagen, sostenidas por la suma de todo el progreso técnico del mundo”, el público se conmovió, y un rumor lo recorrió como una onda: la estatua se había movido: la mano de Jorge Butanán que sostenía el libro abierto, se había bajado y escondido en los pliegues de sus vestiduras color ágata. Acostumbrado el público a las ingeniosas mecánicas de los autómatas rituales, con que cada semana escuchaba por ejemplo en los templos la voz irradiada desde Wáshington a todos sus sujetos por el Presidente de la Unión Panamericana en la boca de una efigie enteramente viviente —o sin ir más lejos en la paz de su hogar lo veía y oía por televisión— no extrañó el movimiento de Butanán, aunque eso sí desde ese momento su atención abandonó la danza oratoria del funcionario para fijarse en la estatua. La mujer diademada de la derecha era toda ojos. El

ingeniero estaba boquiabierto, con una mano abandonada sobre las palancas. El orador continuaba tranquilamente.

"El mundo ha entrado en una era de paz, bienestar y orden; esto, oh maestro Jorge Butanán, tú lo habías predicho en tu eximio libro de cuentos "PACE EL TIGRE JUNTO AL CORDERO". Ha venido ya la tercera etapa, "Amor-de-Hermanos", que predijera Augusto Compte, el gran profeta de la Augusta Humanidad, "*du Grand Être*", como dicen nuestros hermanos de la voluptuosa Francia, centella variopinta del Universo. A la manera que el musgo de platino, sin más que su presencia catalítica (en este caso catolítica) entre el acetuol y el sulfometilaminol produce una combinación a la vez explosiva y hermanable, así tu presencia en la Argentina, tu sola presencia existencial, ¡oh hermano en la sangre y gigante en la estatura, hermano de todos nosotros!, excitó y suscitó en todas las clases sociales entre sí (menos naturalmente en los renegados cristóbales, siervos de una potencia extranjera) una sed pimientosa de convivencia, una ansia de solidaridad mutua y hermandad fraterna, como sed de cerveza, sed espumante y refrigerada, a la manera del relámpago verde del alcanfor viudo!"

"Pues para citar la hermosa metáfora de nuestro máximo poeta Alejandro Lamberto de Borja..."

En este mismo punto se produjo el trágico desenlace que saben mis lectores por la Historia Oficial; pero cuyas interioridades no pueden conocer. Bruscamente la estatua de Butanán se movió toda en su nicho, alzó la diestra donde brillaba el níquel, una lengua de fuego desgarró la luz lechosa perlada y una tremenda detonación atronó el recinto. Todo lo que siguió a esto sucedió con el apuro y el ritmo loco del antiguo "cine sonoro".

La cápsula opalina del hilo magnético que coronaba el casco del orador saltó en astillas y el casco de plata rodó abajo. El orador saltó las gradas detrás de él como un loco gritando: "¡Traición, traición, fuego, fuego!", y empezó a buscar reparo por el escenario. Su mujer salió disparada hacia el altar, gritando: "¡Cuitiño! ¡Cuitiño, por favor! ¡No es eso! ¿Qué quiere decir esto? ¿Qué pasa? ¡No tires! ¡Dios!" Las bailarinas, formadas en semicírculo a los dos lados del Cristo Negro, huyeron como bandada de morajúes, con gran confusión y atropello. Sonaron de varios lados los estompados taponazos de las pistolas atómicas de la Guardia. Se alzó un atronador clamor en el público. Y el Ingeniero tiró de una palanca, y una luz vivísima suprimió el crepúsculo cromático.

La estatua estaba reclinada en su nicho en actitud de agonía. Un gran revólver de esos antiguos pendía de su brazo laso; y grandes manchas oscuras se agrandaban sobre su manto. Un grito de mujer rasgó los aires: " ¡No es Cuitiño!", seguido del clamor ingente del público: "¡Cayastá! ¡Cayastá! ¡Es el Tigre de Cayastá!" El Irreprochable en tanto, agazapado debajo del trípode del Cinecrom, chillaba interminablemente: "¡A él! ¡Fuego! ¡Fuego!"

Siempre se había dicho que el coraje del Primer Mandatario lo había de perder. Como a un llamado mágico, la estatua del muerto se sacudió de nuevo, alzó el brazo convulso y sonaron dos tiros. Tocado esta vez en el occipucio, el Irreprochable se plegó sobre sí mismo, como un puerco espín que se cierra, y resbaló suavemente de la tarima, cayendo desparramado sobre el pavimento. El Ingeniero, que se había lanzado a sostenerlo, cayó encima de él al segundo tiro.

De no haber sido por la sangre fría del Jefe de la Guardia de Corps aquello acaba en un finimondo: la gente, grupas vueltas, huía en gran desorden; el herido del nicho buscaba con su revólver a la Madama. El Jefe paralizó a la gente con un bramido en el micrófono, apuntó cuidadosamente la fina varilla de su atómica, y disparó. La gente que aún miraba pudo ver un final espectacular; la estatua asesina inclinó la cabeza y soltó el revólver; y después, alzando los brazos, como un nadador que salta, viró sobre sus pies y se precipitó de cabeza en el vacío. Cayó al pie del altar, y se estrelló en la raíz del Cristo Negro.

El muerto había venido por sus pies al Cementerio, y se había quemado solo. Los tres muertos, mejor dicho, sin contar el agente que Cuitiño, por orden de la Señora, había enviado para animar a la estatua, que fue hallado gravemente herido de un golpe en la cabeza, al pie de ella.

Entierro de S É P T I M A...

VII

YO ME ENAMORÉ DEL AIRE

El avión taladraba los aires volando sobre una nube, que parecía un cercanísimo colchón de algodón en rama. Arriba, el cielo excesivamente azul de Córdoba.

—Te amo —dijo Edmundo a la mujer sentada a su lado.

—Esa palabra no existe en mi vocabulario —hizo ella débilmente.

—Te amo, Dulcinea, en mi vocabulario tiene un sentido que nunca tuvo en el mundo. Eres mi Dios.

—Desdichado. Yo soy una muerta.

—Quiero morir entonces.

—Yo soy un alma del purgatorio: no soy un ser viviente, no soy de este mundo.

—¿Quién eres?

—Soy la mísera reina Dulcinea Argentina, que se debe a sus súbditos: los miserables de la Argentina.

—¿Los cristóbales?

—Los cristÉROS... y los otros. Todo el país. No puedo ser tuya. No lo seré nunca.

—Lo serás. Si no me amaras, no estarías empeñada en salvar mi alma. Tú me has salvado del aburrimiento y la desesperación... del suicidio. Mi vida es tuya.

—Salvaré tu alma por el dolor, emplearé tu vida en mi causa, que es la causa de Dios, ése será tu suicidio.

—¡Dios! Ya sabes que no creo en Dios.

—Crearás si trabajas por Él.

—Yo no puedo amar ni servir lo que no se ve, Dulce. Estoy hecho de este modo. Es inútil. Jamás creeré.

El piloto del avión volvió la cabeza hacia los dos pasajeros, y apareció el rostro tuerto con las guedejas rojas del Bufón del Reino.

—Hay muchos modos de creer —dijo con su extraña voz metálica—. Edmundo, no estás lejos del Reino de Dios.

—Los tres estamos ahora bastante cerca... si se llega a averiar el avión... con la velocidad que vamos.

—Ni me nuembres ese bicho... que ya me mordió una vez. Dios me salvó, aunque dejé un ojo y media pata. Pero en fin, todo ha sido para bien. El ser tuerto me ha servido, el ser rengu me ha servido, el pilotar avión me ha servido y el ser volatinero como Don Bosco me ha servido, quién lo iba a decir, para ser cura... y hasta buen cura, con perdón de mi condiscípulo Panchampla.

—Bastante cerca estuvo usted antiantiyer del Reino de los Cielos cuando saltó con su compañero anestesiado del coche en ignición. Se salvó yo no sé cómo. Y suerte que estaba allí el cadáver del tipo ese que murió del corazón en un asiento... y que nos costó tanto vestir con el mameluco y los zapatones de usted... Por Dulcinea he traicionado a mi oficio, y a la famosa "Camaradería Federal".

—Yo siempre caigo parao —dijo el Cura—. Tengo suerte —añadió ingenuamente—. Creí morir... y gané dos aliados de dos enemigos. ¡Y qué aliados!

—Conmigo no se haga ilusiones... ¿Y dónde está el Negro?

—Ya lo verás. Lo expedí a San Juan.

—Yo creía que era usted el que me ocultaba a Dulcinea. Por éso lo odiaba.

—Dulcinea se oculta sola. Ella es...

—Pssstt —ordenó la muchacha—. Eso debe permanecer secreto. Los dos no somos más que los jefes del movimiento... dos sombras... dos muertos... dos "outlaws" condenados a muerte, con la cabeza puesta a precio. . .

—No tanto —dijo el Cura—. Yo soy el capellán de los condenados a muerte, y tú eres la bandera.

—Yo andaba en pos de usted —explicó el policía—, más por celos que por ganar los 100 trúmanes oro; y usted me engañaba famosamente. ¿Cómo iba a imaginar yo que el Bufón del Irreprochable... ?

El piloto se echó a reír, halagado.

—Me basta sacarme el ojo de cristal y el soporte de mi tibia derecha para ser otro hombre, incluso en la psicología; y más con este peluquín pelirrojo. El payaso que llevo dentro sale fuera. ¿Y qué mejor escondite que a la sombra de quien nos persigue? ¿Qué mejor oculta una liebre que disfrazada de lebre! Dulcinea inventó el ardid, ella entró en la Casa Rosada antes que yo...

—Temeridad. Usted no debió consentirlo. Con su hermosura...

—Con raparse el pelo y deformarse la quijada, su hermosura... He aquí lo que te vuelve loco, Edmundo. La hermosura es apariencia. Yo me enamoré del aire, Del aire de una mujer. Como la mujer es aire, En el aire me quedé...

—Usted se quedará en el aire si sigue manejando así... Es la cosa más sólida que existe, todo lo demás es apariencia. Usted diría que la Novena Sinfonía de Beethoven es aire.

—El amor es ciego —dijo el Cura—. Mujeres quiere decir lío, Quiere decir lío no leve, Y enredos y cuentos del tío, Lo menos de diez veces, nueve.

La joven rompió a llorar inesperadamente.

—Mi hermosura no es ni siquiera apariencia, es una desgracia —dijo entre sollozos—, un horror, una maldición. ¡Maldita sea la hermosura de la mujer!

Lloraba con las manos en el rostro sacudiendo el cuerpo con esa extraña violencia con que lloran los niños. El alma parecía que se le iba con los sollozos. El piloto sin soltar el volante ni volver la cabeza puso atrás el brazo derecho y buscó la cabeza de la niña.

—Te he hecho mal sin querer. Paciencia, hermanita —le dijo—, todo ha sido para bien. No recuerdes más.

Los sollozos redoblaron como un atoro, como una tos convulsa. Edmundo estaba aterrado.

—¡Laurita, Graciela, Gracita con c! ¡Reina! No se puede llorar con el trabajo que tenemos nosotros. Todavía un poquito y después descansaremos. El que ha de venir vendrá y no tardará. Estamos defendiendo millares de hogares como el que fue nuestro. Estamos defendiendo las ruinas y la posibilidad de una gran nación; y eso es defender nuestra fe y nuestra salvación. Defendemos a Dios. ¡Si nosotros lo hubiésemos elegido! Dios nos eligió a nosotros, no muy suavemente por cierto, no nos metimos nosotros.

—Dios. . . parece. . . ausente. . . de este mundo.

—Lo está, en efecto. Nosotros somos los sustentadores de su ausencia, los testigos de los últimos días, los responsables de su existencia hasta que venga.

—Tú me inventaste esta "misión" —dijo ella—. Yo no comprendo nada. Mi corazón está lleno de furia y desesperación hasta los bordes. Me parece que es la venganza lo que nos mueve... Lo que nos pasó...

—No, Gracita con c. Es una misión de Dios, como esas misiones entre salvajes. ¿Para qué podía Dios habernos destrozado como lo hizo, sino es para prepararnos? De otro modo, nada se puede comprender, y Dios no existe. Acuérdate del sacrificio de Abraham.

—Algunos momentos me parece que Dios no existe...

~~—Y sufres tremendamente.~~

—Sí.

—Porque crees en él tremendamente, hermanita... Besa tu *Lignum Crucis*, Gracita. Sin dejar de llorar, la joven sacó un rico relicario de oro de entre su pañoleta y lo llevó a los labios.

—... El cual murió por nosotros —dijo el Cura—. Atención. Tenemos baile. No se asusten. ¿Ves, Nenucha, lo que nos has traído con llorar? Mala suerte. ¡Los antiaéreos!

Una explosión apagada había sonado a la izquierda. Antes de disiparse la nubecita, se abrió otra a su lado como una flor sulfúrea, y sonaron una, dos, tres el triple petardo de la señal que en el código significa: "control inspección aérea, a tierra inmediatamente."

—Esperáte sentao —dijo el piloto, poniendo la avioneta en rampa—; ¡No siendo hoy! Gracita, no te distraigas. ¡No me van a matar todavía, cobardes!

—¡Por qué Dios me tuvo que elegir a mí! ¡Soy la más desdichada de las mujeres! ¡Ojalá que muramos todos! ¡Qué dicha si morimos todos! ¡Mi vida es un infierno! ¡No se puede más!

—Sujétala, Edmundo —dijo el Cura—. Sujeta la correa del lúpingue. Voy a hacer acrobacia. Ya están tirando con granadas. Cuidado, ¿listos?, que doy la vuelta. Se te van a pasar las ganas de llorar y también de morir, nenucha. ¡Sostenerse! —gritó.

El avión se enderezó como un delfín, se puso cabeza abajo y dio la vuelta. Los tres sintieron frío en los huesos y la náusea horrible del vértigo, y después fueron arrojados a este lado y al otro por un rápido movimiento de tirabuzón. Se oían explosiones todos lados, y a veces el zumbir de las esquilas.

—Espléndido remedio para las lagrimitas —comentó el piloto, lo oyeron como allá lejos—. No hay cosa como el peligro pa refrescar un mamao. Las lágrimas te emborrachan, hermanita. Edmundo tiene la culpa, tu corazoncito no hay que tocarlo, hay que dejarlo en paz. Todo ha sido para bien, Dios ha sacado bien de todo, incluso del infierno y del crimen... Lo que has perdido no lo has perdido por Dios? Si no hubiésemos sido fieles, ¿no

nos hubiera pasado nada? ¡Acuérdate de Santa Águeda, hermanita, a quien apareció en la cárcel el apóstol Pedro! Y tú me has metido en este ajo, que yo bien inocente venía de Roma. Por salvarte a tí... No se saquen los cinturones; pero ya estamos fuera de tiro... ¡Reina fingida, muy pronto serás reina de veras! Edmundo, me da por hablar mucho cuando estoy excitado, pero si no me escuchan, no me importa. Predicar a enamorados, sermón perdido. Si Dios quiere que pasemos el purgatorio en esta vida ¿qué?... Dios te ha llamado a la santidad de una manera más dura que a Job...

—¡La santidad! ¡La venganza! —respondió ella—. Vengarme de esos miserables. . .

—Venganza si quieres, instrumentito de Dios. ¡Levántate, reina! ¡Levántate, amazona! Aguanta un poco todavía, que hay otras que sufren más que vos, aunque parezca mentira. ¿Te gustaría estar en los campos de concentración de Tierral Fuego? Sufrir en una época como la nuestra es hasta una especie de alivio, como rascarse la sarna. Renunciad al derecho a ser felices, dijo no me acuerdo si fue Damonte, Panchampla o Guioldo. Si te hubiese ido bien en esta vida, Gracita, a estas horas serías una gallinita clueca con seis o siete criaturitas haciendo deportes de invierno o sudando en verano en la estación San Cayo del Neuquén... ¡Y ahora eres la reina Dulcinea Argentina, temida en todo el país del Plata! Obedecida hasta la adoración por la flor de la juventud de este país, hasta dar la vida... ¿No es verdad, Edmundo Florio?

—Todavía no me han hecho un cristóbal, ni es Usté el que va a hacer éso —dijo Edmundo—. Pero con tal que se calle un momento...

—¡Pretencioso! Tienes el privilegio de ver de cerca a Dulcinea, a quien nadie ve sino en su solio y de lejos, estás al lado de la mujer fantasma, y todavía te andás quejando. Por verla de lejos han muerto muchos, y tú tienes tu brazo en su cintura... y no es fantasma. Nenucha, y todavía dices que tu hermosura no sirve. Tu hermosura, que para tí fue una fatalidad ¡*transeat!* se ha convertido en el cebo de Dios para inspirar el heroísmo a muchos. ¡Y no digas que yo inventé éso, porque tú empezaste por ganar al capitán Uriarte!... Tu hermosura que es una apariencia, porque si yo no te maquillara... ¡Y pensar que Mundo sabe que sos una pelona, y que es filfa la inmensa cabellera rubia con que se te ve en el solio... con que te vio por vez primera! He aquí el engaño del amor... como decimos los curas.

—Todo es engaño menos el amor —dijo el mozo.

—No, Gracita con c. Es una misión de Dios, como esas misiones entre salvajes. ¿Para qué podía Dios habernos destrozado como lo hizo, sino es para prepararnos? De otro modo, nada se puede comprender, y Dios no existe. Acuérdate del sacrificio de Abraham.

—Algunos momentos me parece que Dios no existe...

~~—Y sufres tremendamente~~

—Sí.

—Porque crees en él tremendamente, hermanita... Besa tu *Lignum Crucis*, Gracita. Sin dejar de llorar, la joven sacó un rico relicario de oro de entre su pañoleta y lo llevó a los labios.

—... El cual murió por nosotros —dijo el Cura—. Atención. Tenemos baile. No se asusten. ¿Ves, Nenucha, lo que nos has traído con llorar? Mala suerte. ¡Los antiaéreos!

Una explosión apagada había sonado a la izquierda. Antes de disiparse la nubecita, se abrió otra a su lado como una flor sulfúrea, y sonaron una, dos, tres el triple petardo de la señal que en el código significa: "control inspección aérea, a tierra inmediatamente."

—Esperáte sentao —dijo el piloto, poniendo la avioneta en rampa—; ¡No siendo hoy! Gracita, no te distraigas. ¡No me van a matar todavía, cobardes!

—¡Por qué Dios me tuvo que elegir a mí! ¡Soy la más desdichada de las mujeres! ¡Ojalá que muramos todos! ¡Qué dicha si morimos todos! ¡Mi vida es un infierno! ¡No se puede más!

—Sujétala, Edmundo —dijo el Cura—. Sujeta la correa del lúpingue. Voy a hacer acrobacia. Ya están tirando con granadas. Cuidado, ¿listos?, que doy la vuelta. Se te van a pasar las ganas de llorar y también de morir, nenucha. ¡Sostenerse! —gritó.

El avión se enderezó como un delfín, se puso cabeza abajo y dio la vuelta. Los tres sintieron frío en los huesos y la náusea horrible del vértigo, y después fueron arrojados a este lado y al otro por un rápido movimiento de tirabuzón. Se oían explosiones a todos lados, y a veces el zumbar de las esquiras.

—Espléndido remedio para las lagrimitas —comentó el piloto, y lo oyeron como allá lejos—. No hay cosa como el peligro pa refrescar un mamao. Las lágrimas te emborrachan, hermanita. Edmundo tiene la culpa, tu corazoncito no hay que tocarlo, hay que dejarlo en paz. Todo ha sido para bien, Dios ha sacado bien de todo, incluso del infierno y del crimen... Lo que has perdido ¿no lo has perdido por Dios? Si no hubiésemos sido fieles, ¿no

nos hubiera pasado nada? ¡Acuérdate de Santa Águeda, hermanita, a quien apareció en la cárcel el apóstol Pedro! Y tú me has metido en este ajo, que yo bien inocente venía de Roma. Por salvarte a tí... No se saquen los cinturones; pero ya estamos fuera de tiro... ¡Reina fingida, muy pronto serás reina de veras! Edmundo, me da por hablar mucho cuando estoy excitado, pero si no me escuchan, no me importa. Predicar a enamorados, sermón perdido. Si Dios quiere que pasemos el purgatorio en esta vida ¿qué?... Dios te ha llamado a la santidad de una manera más dura que a Job...

—¡La santidad! ¡La venganza! —respondió ella—. Vengarme de esos miserables. . .

—Venganza si quieres, instrumentito de Dios. ¡Levántate, reina! ¡Levántate, amazona! Aguanta un poco todavía, que hay otras que sufren más que vos, aunque parezca mentira. ¿Te gustaría estar en los campos de concentración de Tierral Fuego? Sufrir en una época como la nuestra es hasta una especie de alivio, como rascarse la sarna. Renunciad al derecho a ser felices, dijo no me acuerdo si fue Damonte, Panchampla o Guioldo. Si te hubiese ido bien en esta vida, Gracita, a estas horas serías una gallinita clueca con seis o siete criaturitas haciendo deportes de invierno o sudando en verano en la estación San Cayo del Neuquén... ¡Y ahora eres la reina Dulcinea Argentina, temida en todo el país del Plata! Obedecida hasta la adoración por la flor de la juventud de este país, hasta dar la vida... ¿No es verdad, Edmundo Florio?

—Todavía no me han hecho un cristóbal, ni es Usté el que va a hacer éso —dijo Edmundo—. Pero con tal que se calle un momento...

—¡Pretencioso! Tienes el privilegio de ver de cerca a Dulcinea, a quien nadie ve sino en su solio y de lejos, estás al lado de la mujer fantasma, y todavía te andás quejando. Por verla de lejos han muerto muchos, y tú tienes tu brazo en su cintura... y no es fantasma. Nenucha, y todavía dices que tu hermosura no sirve. Tu hermosura, que para tí fue una fatalidad ¡*transeat*! se ha convertido en el cebo de Dios para inspirar el heroísmo a muchos. ¡Y no digas que yo inventé éso, porque tú empezaste por ganar al capitán Uriarte!... Tu hermosura que es una apariencia, porque si yo no te maquillara... ¡Y pensar que Mundo sabe que sos una pelona, y que es filfa la inmensa cabellera rubia con que se te ve en el solio... con que te vio por vez primera! He aquí el engaño del amor... como decimos los curas.

—Todo es engaño menos el amor —dijo el mozo.

—Basta de sentimentalismos. Agarrarse otra vez que vamos a bailar de nuevo. Allá están los segundos controles... y yo quiero asistir a la reunión de esta noche. ¡Húrrr! Voy a hacer la maniobra que hice cuando me caí sobre el cerro Guallén. ¡Áura!

Edmundo cerró los ojos. El avión empezó a subir y al mismo tiempo a bellaquear espantosamente. Edmundo se sentía mareado y horripilado. Juró que no iba a subir más en un avión. Parecía que se le paraba el corazón y que iba a perder los sentidos. Tenía un dolor fuerte en la garganta, como si una mano lo estrangulara: ¡Basta por favor! ¿Cuántas horas hace que estamos en este potro?

—¡Otra nube! —oyó como entre sueños que decía el Cura—. Estamos salvados. ¡Qué disparada, mil por hora! Debemos andar por la Cordillera de los Andes. Relente, caballito. Un poco menos, que te cruje el costillar, yegüita. Al trotecito, avioneta. ¡Avioneta linda! ¡Que me alcancen los federales con sus matungos! "*Si perséquerint vos in una civitate, fúgite in aliam*"¹! Dentro de media hora estaremos en San Juan la Vieja. Gracita, ¿cómo anda ese corazoncito?

—Mareada —dijo ella—. ¿Y vos?

—Yo siempre como una flor.

—Mentiroso. Sufres más que yo y nunca te quejas.

—Todos somos enfermos, hija. La vida del cristiano es una enfermedad. Lo peor de todo es la soledad, "no tener ante quien llorar". . .

—Deberíamos vivir juntos, Lucho.

—En la otra vida, querida.

—Tan largo me lo fiáis...

—No tan largo, Gracita —suspiró—. Tú eres la

"Melancólica imagen de la patria"

como dijo no sé quién, quizá el mismo Panchampla; y yo, el "*manager*", debo permanecer oculto.

—La empresa de ustedes es tremenda; y perdóneme si le digo que me parece insensata —intervino Edmundo.

—Es insensata —respondió el Cura—. El que quiera "vivir su vida" la perderá, y el que la pierda por mí la hallará...

—Así decía mi tío Battista, que era evangelista; y lo que es él la perdió de la manera más idiota, por una equivocación...

1. Si os persiguen en una ciudad, huid a otra (Mateo 10, 23).

—Edmundo, sujétate que voy a “picar”; déjate ahora de “evangelismos”. Hay que ser judío puro o cristiano puro: no me gustan las cosas mezcladas. El que es protestante, el que es liberal y el que es neocatólico, es una cosa mezclada.

—A mí no me venga con ésas. Yo no soy nada de eso.

—Antes había el trigo y la cizaña y era ya difícil el discernir —prosiguió el otro—. Ahora hay el trigo, el casi trigo, el bastante trigo, la media cizaña, la casi toda cizaña y la cizaña. Es imposible. Bueno, ¿a mí qué me importa? Ya estamos.

El avión salió de la nube y comenzó a descender pronunciadamente. El Cura acariciaba la caja de dirección como se acaricia el cuello de un caballo. Edmundo sentía vértigo. Allá abajo, entre una neblinita azul se veía la tierra lejísimos, la mancha marrón de unos cerros, el borrón verde de un bosque, un río como un alambre de plata...

—Mé desviao adrede pa despistar —prosiguió charlando el piloto—. Estamos en la Precordillera, a la altura de Mendoza, probablemente. No nos conviene llegar a San Juan sino de noche... por las dudas. ¡No quiero pisar más asfalto, quiero pisar la tierra! La tierra de Dios, el polvo, el barro, la piedra dura, el agua de las acequias, las espinas, la arena.

—Yo quiero morir —dijo otra vez la huayna que se había vuelto como una nena, la harpía que ayer no más estaba enteramente feroz y tiesa, la Zorra.

—Todos moriremos pronto, hasta demasiado, hermanita, paciencia. Primero tenemos que oír lo que dice ese jesuita, y lo que dicen los jefes de la rebelión de Cristo, cristóbales por mal nombre. Se trata solamente de morir matando, como si dijéramos, en el fondo estamos todos muertos. Se trata de hacer útil nuestra muerte segunda, de volverla un testimonio de la Verdad, “*debitura martirii fides*”². Mira

2. “La fe es deudora del martirio.” “¿Qué triunfo es el que Cristo promete a los Apóstoles? Si los Apóstoles después de la Ascensión van a sufrir trabajos de cuerpo y alma toda la vida; van a ser perseguidos, encarcelados y martirizados? Bien, pero por ellos la Iglesia se va a implantar, va a crecer, va a perdurar; y eso es el principio o barrunto del ‘gozo que nadie os podrá quitar’, el gozo mismo está en la otra vida. Aprendamos la lección; ése es el triunfo del cristiano, triunfo a través del fracaso personal. Cualquier buen cristiano tiene algo de mártir.” (Domingueras Prédicas, Domingo Cuarto de Pascua)

a Mendoza, hija, allá abajo: es una urbe hermosísima., y fiel. Ya estamos en nuestros reinos. ¡Si supieran que encima de la ciudad, en el verdoso crepúsculo andino, navega invisible la sin par Dulcinea... nos tirarían con flores en vez de bombas.

La otra no hacía más que secarse los ojos diciendo: "Quiero morir."

—Todos somos más o menos neurasténicos en esta época, no te extrañes, Mundo... demasiada tensión nerviosa en estos últimos días... ¡Quiero morir! se dice pronto eso. Yo también quisiera morir, miren qué gracia. El único que no quiere morir es Mundo. No quiere morir porque tiene una hermana casada con un franchute, sobrinos chicos, amigos en la Federal (Cuitiño, por ejemplo) y una esperanza. ¡Sobre todo una esperanza!, bastante terrenal por cierto, pero que Dulcinea se encargará de volver divina, no estamos en días de esperanzas terrenales... "*non habemus hic manentem civitatem*"³... Pero Dulcinea y yo no tenemos ninguna esperanza. Y sin embargo cuando di de golpe la vuelta carnero, se te pasó las ganas de morir, te vi la cara, Gracita, Garcita, Garzona, Garza Blanca... y estabas agarrada a mi respaldo como un pulpo. Se te pasó las ganas. ¡Ah! No es lo mismo decir "quiero morir" que morir. Yo sé un poco lo que es eso, que me vide un día a mil metros, con un avión saltada la hélice... ¡que me iba como un rayo contra un piedral! No sé cómo hice la maniobra de poner el timón a pique...

—¿Cómo fue aquello? —preguntó Edmundo.

—Otro día te viá contar, que ésta me lo ha oído ya mil veces... y estamos por llegar a San Juan la Nueva. Lo que te quería decir es que yo también soy un estropiao, mi regia hermana. Y yo también tengo mi corazoncito, aunque me la pase haciendo chistes y volteándole casas al Gobierno...

—¡Eso quisiera saber! —exclamó Mundo—. ¡Qué cosa! Brujería parece.. . ¿Cómo hace?

El extraño personaje se puso a reír.

—En cierto modo, es brujería. Toda la ciencia moderna es brujería. No es que Dios no la haya creado también, como a cualquier hijo de vecino, pero el saber del hombre, al no poner más su norte al conocimiento de Dios, se desvió grande, y entró en la órbita del Maligno... ¡la ciencia del Bien y del Mal!... ¡La ciencia para hacer mal! —sacando las licuadoras eléctricas—, según opino yo, contrariamente a lo que opina la difunta Curia, pobre Panchampla,

3. "No tenemos aquí abajo ciudad permanente" (Hebreos 13, 14).

es un admirador de la ciencia moderna y creo que no sabe ni sumar... eso sí, sumar sí... lo mismo que el Obispo de los Obreros... y Papávero... que no es Padre Papávero por más que él se lo crea... su ordenación es nula. ¡Vean a San Juan la Vieja! Ahora bajamos. Agarrarse.

La ciudad color perla, con casas como cubitos de colores claros y grandes arboledas, San Juan la Nueva, se había perdido en el horizonte y había aparecido abajo de la avioneta que volaba rasante, alta ciudad gris de aspecto rudo. Era la ciudad derruida por el terremoto de 1944, nunca reconstruida del todo, tres veces bombardeada por las tropas federales, abandonada por toda la gente rica, refugio de pobres, de criminales y de fugitivos, cuartel general de los católicos cordobeses sublevados contra el gobierno nacional y convertidos en guerrilleros fuera de la ley y salteadores sin esperanza alguna, pensó Mundo. Los cristeros. Los "cristóbales".

—Atención que bajamos —dijo el Cura, haciendo una amplia voluta y buscando los antiguos viñedos de los Graffigna.

—Quiero morir —dijo Dulcinea.

—De eso se ocupa el Gobierno, no te aflijas —dijo su hermano.

—Ustedes dos son dos niños... dos niños malcriados —dijo Mundo.

—Lo somos —dijo el Cura.

Se volvió, miró a la doncella y le sonrió tristemente:

—Morirás en tu cama, viejita y arrugada, sin hijos y en un convento. Te vi anoche en sueños con unas tocas marrones que yo nunca he visto. Te vi, hermanita.

—Eso nunca —protestó Mundo.

La tierra osciló y se levantó hacia ellos como una trampa de teatro y vieron que venían corriendo por todas partes a su encuentro, en la noche barnizada de una luna color limón, una cantidad de tipos vestidos de mamelucos azules y grises.

Gracia Vélez Zárate Namuncurá se enderezó como un junco, se puso la dentadura postiza y la cabellera rubia, soltó el abrigo y la pañoleta, y se envolvió en una inmensa capa de seda color celeste. Su rostro dejó de ser infantil y se paró enérgico, orgulloso, ceñudo y hermoso como un ángel: "Dulceamarga", como le decía Edmundo. Se puso un antifaz y bajó un capuchón sobre él. El primer soldadito que llegó a la avioneta dobló una rodilla al verla. Una cantidad de voces gritaron: "¡Viva Su Majestad Dulcinea! ¡Viva la Reina! ¡viva la Argentina honrada! ¡Viva Cuyo!"

*"Si probé del infierno en esta vida,
Debo probar del cielo anticipado
Para que sea Dios glorificado
En su justicia y equidad cumplida.
Si todo lo perdí y estoy perdida
~~Por amor de Jesús crucificado,~~
Y en lugar de normal decente estaaao,
Hallé la muerte y el infierno en vida..."*

*Estos versos se cree que son compuestos por la
Dulcinea Argentina, pero el final del soneto no
concuerda con lo que sabemos de la vida de esta
muchacha.*

VIII

ALTA POLÍTICA

—Mi vida es un fenómeno. Mi vida es un caminar interminable con los pies descalzos encima de navajitas Gillette...

—Puestas de canto —dijo Uriarte.

—Puestas de filo —dijo el Cura Loco, y los dos se echaron a reír.

Estaban en las fangosas calles de San Juan la Vieja, casi tan destruidas y tristes como en Febrero de 1944.

La reconstrucción de la vieja ciudad andina de Don Joan de Juffré se frustró, en parte espontáneamente, y en parte por un decreto del Gobierno. En el paraje feraz llamado Los Molles, cinco leguas de distancia de la ciudad derribada; sobre la Ruta Nacional y al lado de un remanso del río, que no es sino un pretencioso e irascible torrente, el Gran Casino de Márel Plata instaló una sucursal o facsímil, "para fomentar el turismo de Chile". Increíblemente, en la austera y árida provincia de Sarmiento la casa de juego y alta jarana tuvo éxito: concurrían gentes de Córdoba, Santa Fe y hasta la Asunción, se la rodeó de bosques artificiales y se la proveyó de caminos en abanico. Es increíble lo que puede una firme voluntad gubernativa. El cultivo de la viña se abandonó casi del todo. Casi todo el caudal del río se distribuyó en piletas de natación y en criaderos de salmones y truchas.

En la ciudad abandonada pululaba una plebe mísera, que ésa sí plantaba mezquinos viñedos; pero, sin capitales ni instalaciones, no podía elaborar más que vinos caseros y aguardientes de contrabando, perseguidos caninamente por la Inspección de Impuestos Internos, bajo la presión del gran Trust Nacional de Bebidas y Afines. Toda la vasta región escarpada y laberíntica desde Ullún hasta la Cordillera se había convertido en el refugio y cuartel general de los sublevados contra el gobierno de Márel Plata. La

sublevación tocaba una grave crisis. Los cristeros estaban sufriendo graves pérdidas y sus métodos de guerrilla ya develados no tenían más la eficacia de la sorpresa. La aviación "leal" los hostigaba sin cesar, y los obligaba a dispersarse y esconderse cada momento.

En el antiguo local derruido del Cine-Teatro Oriol, convertido en residencia desmantelada, cenaban rápidamente antes de la gran reunión de la noche el Curaloco y Tomás Uriarte Mahón, jefe militar de la sublevación, con un personaje alto de ojos claros y cabeza redonda y rubia, vestido con el uniforme negro de los clérigos protestantes. Era Welsh, el famoso jesuita norteamericano, que había llegado pocos días antes a bordo del Guioldo, había tenido largas conferencias secretas con el Irreprochable y desaparecido luego de la escena. Se sabía de él que era un diplomático de carrera que había desempeñado varias misiones exóticas de la Santa Sede, un hombre de confianza del Secretario de Estado Cardenal Pizzapardo. El negro del Subterráneo servía la mesa, vestido con flamante uniforme de cristero recluta, mameluco gris oscuro. Dulcinea conforme a su costumbre se había eclipsado. Sentado en un rincón, Edmundo asistía mudo a la escena. La agitación era visible en los tres personajes de ella.

—El ambiente es confuso e inseguro —Uriarte dijo—. Hay división entre nosotros, que temo sea profunda. Hay la tendencia de los optimistas, que confían todavía en una victoria total, en un gobierno favorable, en una "restauración", como dicen ellos. Confían en su arma secreta y en sus poderes mágicos, señor...

El Cura hizo un gesto de dimisión.

...y además en la guerra que creen segura entre Yanquilandia y Rusia y en las noticias que llegan bastante confusas de sublevaciones nacionales en toda Sud-América. Incluso parece que una de ellas ha vencido, en Nicaragua. Muchos creen también ciegamente en las profecías de un tal Padre Menvielle acerca de un gran triunfo próximo de la Iglesia por medio de Norteamérica...

El preste yanqui dio un gruñido ambiguo.

—¿Y osté qué cree? —preguntó, en un castellano gabacho y forzado, aprendido en libros.

—Yo, señor, estoy entregado a mi causa, y no voy a opinar sino después de escuchar lo que digan los jefes; si tengo opinión propia, no debo manifestarla.

—*Parésseme-mala-posición-para-un-Kefe-de-rebeldes*— dijo el yanqui, tomando con pinzas sus palabras—. Un buen militar se debe

creer infalible, y creer que entiende de todo, y sobre todo de política. Así son los grandes *kefes* que yo *conozca*. La infalibilidad del Papa es una doctrina dificultosa, que a muchos se les hace muy duro. Pero ¡la infalibilidad de los militares! ¡Esa sí que es *krande*!

Tomás Uriarte engalló la cabeza y miró sonriendo al extranjero. Su gran rostro ovalado y fino, de gran señor, cuya semejanza con el de García Moreno se había observado tantas veces, tenía una expresión de desdén en su risible cansancio. Alargó sobre la mesa una mano larga y nudosa y prosiguió su exposición sin responder a la humorada del otro.

—Existe una gran cantidad de jefes y más aún de reclutas que están en la posición diametralmente opuesta, aunque la mayoría la oculte, o al menos la recate. Creen que nuestra causa está perdida, y aspiran al retorno a la paz, aunque no saben por qué camino. No son cobardes, no todos al menos. Muchos han hecho enormes sacrificios y han luchado con valentía. Empiezan a creer que la idea de nación soberana al modo tradicional no es ya viable, a lo menos para este país “abortivo”, como le dicen; y que la religión puede seguir avante acomodándose a la nueva organización del mundo. Por desgracia, muchos dicen también que el pueblo argentino de hoy no merece ser salvado, desde que él mismo no quiere salvarse. ¿Cómo es la copla? “Muchos patriotas de ley - Piensan cansados al alba - Que al que no quiere salvarse - Ni Jesucristo lo salva.”

—En suma, la prédica de Monseñor Fleurette —dijo el Cura—. Ése está muy lejos de ser una Juana de Arco.

—Ésos están moy bien, e para ellos traigo un mensajo moy importantoso —dijo el jesuita.

—Un mensaje que ha divulgado usted ya antes de la reunión de los jefes —exclamó Uriarte— en el Puerto Capital.

—Se divulgó solo, imposible impedirlo —dijo el religioso— El Irreprochable no tener su palabra. . .

—Si no miráramos a que usted es un legado papal... —empezó el soldado.

—El pueblo argentino es un pueblo espléndido —interrumpió el Cura— que lo merece todo. Está ahora aturdido y dopado por la propaganda y la prensa, sometido a un tratamiento metódico de cretinización, éso es todo. Las turbas populacheras que alborotan como una reunión de borrachos, no son el pueblo argentino. Resacas sociales corrompidas no son todo el pueblo argentino, las hay en

todo el mundo. Un pueblo que ha podido dar esta extraña guerra sin esperanza. . .

—Osté mismo confiesa entonces... comenzó el yanqui.

—... sin esperanzas materiales casi, confiando más en las fuerzas del corazón y del espíritu, es decir, en la Providencia, es decir, en el martirio en definitiva, ése es un gran pueblo —decía acalorado el Pelirrojo, como si estuviera convenciendo a Fleurette—. De aquí o de ninguna parte surgirá la salvación de América del Sur, si ella debe ser salvada.

—En Roma confían en la democracia —dijo el diplomático—. O por lo menos ven una indicación de la Providencia en su triunfo evidente en todo el mundo. Simplemente no se puede ir contra todo el mundo a la vez... Obstinarse en el "pasatismo" es imposible —las fórmulas le salieron netas, aprendidas de memoria.

—"*Confidite, ego vici mundum*"¹ —dijo el Loco—. Reverendo Padre, el uso que aquí en la Argentina dan a la palabra "democracia" es un uso religioso; se trata de una nueva religión, de una herejía, la más peligrosa y sutil de todas...

—Purificar esa palabra: ésa es mi consigna —dijo el jesuita—. la teoría del Padre Francisco Suárez, de nuestra Compañía...

—Estamos purificándola con sangre y no con teorías —replicó bruscamente el hombre Pelirrojo—. Siga, Uriarte.

—Perdón, Reverendo Welsh. Hay otro grupo pequeño pero importante que yo llamaría de los desesperados. Son hombres poseídos de una tremenda pasión, que va por todos los escalones posibles, desde el fanatismo religioso por la patria hasta la sed de venganza. Son terribles. El caso extremo y típico es el famoso "Tigre de Cayastá", aunque es verdad que ése caza solo. Yo creo simplemente que es un loco.

—ERA... —dijo el jesuita—. Ha muerto.

—Yo soy de ese grupo —sonrió el Pelirrojo—. Soy un desesperado inofensivo.

—Usted es un gigante y una maravilla —dijo Uriarte—. Sin Usted aquí no habría nada. Todos esperamos hoy su palabra para dar el nuevo timonazo. La misteriosa destrucción de casas en el Puerto y en Marel Plata...

1. "Confiad, Yo he vencido al mundo" (Juan 16, 33).

—Por desgracia —replicó el Cura— ni soy gigante, ni esa arma hechizada dará más de lo que ha dado, porque se está rompiendo en mis manos. Yo soy solamente un hombre sin esperanza alguna, que son los más terribles optimistas. Viva la muerte. Soy un hombre que cree en la próxima Segunda Venida de Cristo.

—Osté, señor, ha caído en esa terrible superstición que está cundiendo en Sudamérica, superstición judaica. Superstición grosera. Poca cultura teológica en Sudamérica —dijo con energía el jesuita.

—Yo he estudiado en Roma, he estudiado teología con Billot y Arnou —dijo secamente el Cura—. No vaya a creer que solamente en San Luis del Missouri hay cultura teológica.

—¿Osté estar en Roma?

—Soy doctor por la Gregoriana. He hecho una memoria sobre Newman y una tesis sobre la evolución teológica del modernismo religioso en los países anglosajones, las dos premiadas... antes del cierre de esa famosa Universidad por el Cardenal Pizzapardo.

—Si osté ha estado en Roma, dígame ¿qué decía el P. De Groot en clase que hacía reír en los alumnos?

—Decía "*reapsa*" en vez de "*reapse*" —rió el Cura. El jesuita lo miró con asombro:

—Yo creía que osté era un pobre cura de una parroquia obrera...

— Soy eso exactamente —dijo siempre riendo el Pelirrojo—. Cuando llegué de Roma no había ninguna vacante de canónigo y la Curia no encontró absolutamente nada que hacer con mi ciencia. El tratado del Cardenal Newman *Sobre los deberes de la Iglesia para con el saber desinteresado*... vaya lérselo usted a Monseñor Panchampla.

—¿No lo nombraron siquiera censor de libros? preguntó con sorna el hombre del Imperio.

—Mis libros fueron mi desgracia... Pero, ¿qué tiene que ver todo éso? ¿Para esto se ha venido usted desde sus prósperas ciudades a estas ruinas? Admiro su coraje, Reverendo *Cófrade*. Corre usted aquí... peligro de muerte quizás.

—Osté principal interés por mí myself acá —dijo el yanqui muy templado, que por momentos perdía la gramática y el "Manual de conversación inglés-español", y recaía en el cocoliche—. Y, ¿qué es osté ahora no siendo canónigo? —agregó con malicia.

—¿Yo? Un hombre enteramente loco por el honor de Dios, el decoro y la honradez de Dios. Y la honradez de Dios, como usted sabe, es

que Él exista... Y que viviendo en esta época y esta nación, hace el purgatorio en vida.

—Y otra cantidad de cosas raras algunas bien discutibles —dijo el jesuita que se había puesto decididamente en juez— Por ejemplo, dice misa tranquilamente, y está suspendido por su Ordinario...

Uriarte y Edmundo seguían atentos el picoteo, Uriarte excitado, Edmundo boquiabierto: era un mundo nuevo para él. El Cura lanzó al religioso una mirada de desafío. Después bajó la cabeza, y se rascó el aladar con la zurda.

—Los que ni han pisado el camino de la santidad exigen a los que están en él que sean perfectos de golpe —dijo con aire abstraído—. Los que andan por ese camino, como saben lo arduo que es, no suelen ser tan exigentes con los comenzantes, ni tan severos con los tropezones.

El jesuita lo miró con enojo:

—Según eso, osté va por el camino de la santidad, y yo todavía no lo he pisado. Y como todavía no es perfecto, osté puede hacer cosas mani-fiesta-mente —dijo con dificultad— pecaminosas y escandalosas.

—¿Y qué autoridad tiene usted, señor —intervino Uriarte— para meterse a juzgar vidas ajenas, máxime no conociéndolas ni por las tapas?

Mas el Cura exaltándose de golpe, dijo:

—Yo he trabajado más que todos ustedes. Dos veces he luchado con las fieras, me he caído de un Eroplano, he sido apaleado por un grupo de obreros mis feligreses, he resistido al poder del gobierno, tengo mi cabeza puesta a precio y moriré cualquier día de un tiro o lo que es peor, torturado en Tierral Fuego; me he escabullido de la policía, he resistido a las sugerencias terribles del error, he evitado el contagio de la herejía, he vencido las tentaciones de la carne; y lo que es más difícil, me he sobrepuesto al desánimo y a la desesperación y he mostrado gozo en el rostro cuando tenía el corazón hecho pedazos, por amor de los débiles y los pequeños... ¡He respondido por Dios ausente como si fuera yo mismo un Vice-Dios, siendo como soy un poco de basura! ¡Y ahora vienen ustedes con sus manos lavadas a devorarme vivo de un bocado!

—No yo, sino la gracia de Dios conmigo... Admirable modestia —dijo el otro—. Y alargando con humor la mano, le tocó con el índice un bulto redondo que tenía debajo de la quijada... —¿Qué es ésto?

El Cura separó con disgusto la cabeza.

—Una cicatriz, por si Usted no lo sabe —contestó por él Uriarte.

—Osté, señor —dijo el yanqui— osté disculpa ¿no? parecer a mí, osté estar un hombre *témero* ¿cómo dicen? ~~temerioso!~~ —osté perdona.

—Soy un temerario quizá —respondió Uriarte—. Oiga usted, Reverendo Welsh: en todas las grandes crisis del mundo, los que han salvado la civilización han sido un pelotón de soldados con un jefe temerario. Mas usted no tiene autoridad ninguna para juzgarnos a nosotros.

El religioso diplomático metió la mano en el bolsillo de su levita, y de una especie de pitillera de plata sacó un delgadísimo pergamino plegado, que extendió bruscamente delante del otro sacerdote. Uriarte inútilmente quiso leerlo, estaba en latín. El Cura se demudó todo, y dijo:

—Me extraña muchísimo este documento. No puedo menos de reconocer esa firma y esos sellos. Pero no puedo comprender cómo le han dado a usted esa misión, que no se compagina con otra de que tengo plena constancia. ¿Qué pasa allá en el Vaticano? Ese Pizzapardo, ¿es seguro o es un falsario, como dicen? Sus manos temblaban en el esfuerzo de la perplejidad.

—Un momento —dijo—. Permítanme retirarme un momento a consultar con Dios —y salió. El jesuita se volvió a Uriarte, y dijo:

—Pero, ¿qué es este hombre? ¿Es loco?

—Será loco para ustedes, pero es mil veces más hombre que usted... y que yo. Es un hombre Singular, de esos que hay uno solo, un Único.

—¿Cómo se explica su situación, sus aventuras, sus... homicidios?

—Es un hombre incapaz de tomar un alfiler ajeno, de una mentira leve, de una palabra ociosa. ¿Quién es usted para pedir explicaciones? Todo lo de él tiene que tener explicación. La sabremos cuando él quiera darla... en la hora de su muerte, me dijo él una vez.

—Pero, pero, osté disculpa ¿no? ¿Cómo puede hallarse un sacerdote haciendo guerra y bandolerismo? Su conducta es manifiestamente imprudente, por lo menos. Ha hecho la... la... ¿cómo decir ostedes?... la mar de disparates. No se puede ir contra Norteamérica y contra el Vaticano.

—Menos se puede ir contra la conciencia —replicó vivamente Uriarte, que allí se sintió seguro—. Mire: el crimen más grande que se ha perpetrado en el mundo, fue perpetrado por una nación

sojuzgada, Israel, bajo un gobernante títere, Herodes, por una nación extranjera, Pilatos. En un estado de cosas semejante, toda monstruosidad es posible —como estamos viendo aquí todos los días; y contra ese estado de cosas luchamos ahora los argentinos. Ésa es la razón RELIGIOSA de nuestro “nacionalismo”. Usté no es ~~de este país, y no siente este país. Nosotros defendemos algo que~~ es más grande que nuestra vida... y también nuestra vida, canejo.

Edmundo se levantó con ganas de meterse y hasta de pegarle al inglés; pero lo inmovilizó una voz detrás de la puerta demasiado conocida. Entraron de golpe el Cura y Dulcinea, ésta a medio hacer su tocado y su peluca rubia. El mulato entró también diciendo: —Los jefes están reunidos y los esperan. Están rezando el rosario en el Viñedo.

El Cura levantó la mano y dijo: —¿Pueden salir por favor un momento *ustees* dos y dejarme solo con el Legado? Esta mujer queda acá como testigo... —y volviéndose al Jesuita después de cerrar la puerta, declaró:

—Los que saben el punto exacto en el cual se debe DESobedecer, éstos son pocos, y les va mal en esta vida —dijo con rostro humoroso y enteramente tranquilo—, pero son grandes bienhechores de la Humanidad. Sin embargo, ahora voy a obedecer. Podría callarme la boca tranquilamente... “*Omnia mihi licent, sed non omnia mihi expediunt*”². Voy a obedecer libremente a ese papel dudoso, que lo autoriza a usted a tomarme cuenta: pregunte.

—Es un extranjero, Padre —se alzó la voz aguda y vibrante de Dulcinea—. Es de la nación que nos ha atropellado y envilecido. Por naturaleza es enemigo nuestro. No hable.

—¡Oh, no! Yo estar hermano de la fe, amar mucho esta país católica, yo católica antes que toda...

—Bien —dijo el Cura—, hable.

—Tres preguntas: primero, por qué desprecia osté a los *Obispocos* y obra al margen de la *Ierarjía*...

—No desprecio a los Obispos ni los aprecio tampoco. Dos de ellos me han calumniado, han hablado horrores de mí a espaldas mías y sin conocerme. Los demás no sé si lo han hecho o no, no me consta. Como no los necesito, cumplo mi vocación tranquilamente sin ellos. El día que los encuentre en mi camino, los veneraré como es debido.

2. “Todo me está permitido, pero no todo es conveniente” (I Cor. 6:12)

Pero no los encuentro. Ellos van por otros caminos, posiblemente más fáciles que los míos. Otra pregunta.

—¿Cómo es eso de que “no los necesita”? —frunció el ceño el otro.

—La otra pregunta por favor...

~~—¿Con qué conciencia hace osté la guerra al gobierno de su país?~~

—¡Con la conciencia del patriota que defiende su patria contra un usurpador extranjero! —rompió la voz de clarín de Dulcinea.

—Yo no hago la guerra a nadie —replicó mansamente el Cura—. Soy asesor especial y Padre Espiritual de esta porción del rebaño de Cristo que hace la guerra, ¡valiente guerra!, desesperada defensa propia más bien que guerra. Cuyas almas, justas y pecadoras, y primero las pecadoras que las justas, me están directamente encomendadas. Cuyo oprobio y cuyos trabajos he elegido ante Dios compartir en remisión de mis pecados. Cuya suerte y cuya ruina quiero que sean mías por afecto de pura amistad, y por estar donde están mis amigos. Pregúnteles a ellos por qué hacen la guerra; y... lea otra pregunta.

—¿Cómo puede osté en conciencia seguir diciendo misa, predicando y “sacramentando” estando suspendido por su legítimo Ordinario?

Aquí faltan tres páginas suprimidas por la censura, que conocerá quizás la posteridad.

Como dijo uno: —Yo no escribo para los de ahora sino para la posteridad... —¿Te leerá la posteridad? — ¡No! — NOTA DEL EDITOR.

El Cura Pelirrojo suspiró profundamente.

—Es una situación insólita y deplorable, de la que no tengo la culpa —suspiró—. Pero es comprensible. Gracita, dame tu Lignum Crucis. —Y volviéndose al Legado:

—Queda entendido que lo que voy a revelar ahora, se lo declaro en secreto de confesión, ¿estamos? Bien. ¿Conoce este relicario de oro?

—Sí. Pertenece al tesoro Vaticano.

—Perteneecía. Ahora es mío...

—Es una reliquia insigne de la Vera Cruz de Nuestro Señor! —exclamó el Jesuita asombrado—. Lo he visto en Roma. Es de propiedad personal del Papa.

—¿Y el Curaloco lo habrá robado, no? Eso dirían Monseñor Panchampla y después todos los grandes diarios de esta nación el día que me lo vieran. ~~¿No cree usted que lo debo de haber robado?~~ ¡El salteador volatinero se atreve a todo!

—No saber, señor. Osté habla. Yo pregunta. El Cura abrió la joya con una sonrisa amarga y del interior cayeron un rico anillo, una llavita de oro y un pliego minúsculo, de ese finísimo pergamino sintético que fabricaban en el Palacio Vaticano. Besó el papel y lo desplegó con cuidado ante los ojos del otro. El juez apostólico leyó y dijo:

—¡Nooooo!!!!!!

Volvió a leer lentamente silabeando el latín. Dulcinea sonreía con tristeza.

—*That's impossible! That's impossible at all! Heavens!!!!* —balbuceaba el yanqui. Cayó de rodillas.

—Es el mismo sello y las mismas firmas —dijo el Cura haciendo una mueca de payaso—. Y otra firma todavía, ¿no?

—Pero entonces, Altísimo... —musitó el otro.

—Pssst —ordenó el Cura—. Los títulos para el Irreprochable, yo soy bajísimo. ¿Ha visto usted bien?

—*Oh, yes! Okay!* —tartamudeó el gringo—, pero mí no entender nada. Ni medio. Mí callar secreto, pero entender... ni medio.

—Tampoco yo —dijo el capellán de los cristeros—. Pero son hechos. Es mi destino. No es fácil. He hecho lo que he podido. He obrado con toda sinceridad en medio de las circunstancias más difíciles que hombre nacido ha topado... movido a veces por un impulso incomprensible, e irresistible. En verdad le digo: si yo no sintiera en mí algo que no es humano, que me parece superior a toda potencia humana, yo no podría ni moverme ni vivir... no hubiera vivido hasta ahora. Por lo demás, sé que estoy destinado a una muerte próxima...

—¡No digas eso! —clamó la hermosísima doncella a su lado—. Y poniéndose de hinojos sobre la crujiente seda celeste de su miriñaque, le besó las manos—. Yo he de morir, que ofrecí mi vida y soy ya una muerta. Tú has de vivir hasta el triunfo de nuestra patria...

El Cura negó las manos al Jesuita, que quería también besarlas, y se puso en marcha hacia la puerta.

—La gran reunión de los Jefes nos espera —dijo—. ¡Que el Espíritu de Dios nos ilumine, que no erremos esta última decisión definitiva! —Y salió a la noche.

Dulcinea se volvió al jesuita y le tendió un rollito de papel: “Vd. —le dijo—, que dice que mi hermano es un bandolero, lea ~~estos versos que él ha compuesto estos días... a ver si es capaz de~~ entenderlos!”, y salió también al campo.

En la tibia noche de otoño, bañada por la luna llena, brillaba el cerco de antorchas y faroles de motocicletas que rodeaba el lugar de reunión de los que se llamaban... “¡JEFES! ¡JEFES!”

IX

DULCINEA

—El que ha armado este tablado tiene el genio de la "*mise-en-scène*" —pensó Edmundo al entrar con sus compañeros en el lugar de los Jefes—. Esto parece la reunión de una tribu india, y es el perfecto escenario de un ejército el más pobre y perseguido; y el más audaz del mundo.

Cuatro aviones juntos sostenían una especie de estrado. Detrás de él se alzaba algo como un solio o púlpito, hecho con el fuselaje de un aeroplano de transporte. Todo alrededor, como una especie de corral de palo a pique, se extendía un círculo formado por motocicletas, cuyos faroles encendidos apuntaban al suelo, iluminando el campo con una luz pareja que apenas aumentaba la de la luna. Una gran cantidad de hombres de todas edades, vestidos de monos grises, pardos y azules, arrodillados dentro del cerco, rezaban a coro el rosario. Dos grupos de mujeres lujosamente vestidas estaban de pie a los dos lados del estrado. Un sacerdote joven, con el pelo enteramente blanco, dirigía desde otro púlpito los rezos. Edmundo reconoció al nuevo recluta cristero, que llamaban el Fiscalito.

Uriarte se había puesto su banda azul y blanca con borlas de oro y confundido en un grupo de oficiales, con el uniforme del antiguo ejército suprimido, tomaban todos asiento apresuradamente. Edmundo se ganó hasta la primera fila de soldados, buscando con los ojos al Cura y a Dulcinea. De repente se hizo un revuelo en las filas, y se vio subir lentamente las escaleras del solio vestida de azul y con una riquísima corona en la cabellera rubia, con una especie de deliberada majestad o imperial desgano, a la mujer misteriosa a quien viera un año antes en una reunión parecida, y que de golpe le había arrebatado el corazón, y quitado las ganas de ser espía o denunciante. Una voz clara y nítida, extrañamente fría y tranquila, reforzada sin

duda por un megáfono, acompañaba la subida con una especie de melopea:

"Dulcinea argentina, nuestra Reina. Ella representa a la Reina del cielo a quien acabáis de invocar, representa a la Patria, representa a la Iglesia, y representa la Hermosura, que es uno de los nombres de Dios, por el cual nos batimos. Es una realidad, es una mujer real, que aunque intangible a todos, es de todos nosotros. Ella corre peligros mayores que los nuestros, ha hecho hazañas mayores que cualquiera, y sufre en su corazón la desolación y la ruina de este país en el cual nació como nosotros, peor que todos nosotros juntos. ¡Doblad todos la rodilla izquierda, no delante de una pobre mortal, sino delante de lo que ella divinamente representa! Comienza el juramento de los nuevos reclutas y el besamanos de los soldados condecorados, antes que se abra la deliberación de los jefes... ¡Nómbrese a Dios!", se levantó la voz de golpe; y la muchedumbre repitió por tres veces: "¡Nómbrese a Dios!" fragorosamente.

Edmundo formó en la fila de reclutas que había de subir al solio para las juras, sin quitar los ojos ni un momento de la figura que lo arrobaba. Aun quitado lo que debía al maquillaje y al calculado juego de las luces, la mujer era una hermosura indudablemente. Debajo de la túnica y el ancho manto de seda azul semejante al de las imágenes de la Inmaculada, se adivinaba el cuerpo perfecto, prócer, estatuario, erguido como una lanza. Tenía la mano derecha apoyada en una especie de rico "*prie-Dieu*" nielado en plata sobre caoba; y la izquierda sosteniendo sobre el pecho la cruz de una gruesa espada medieval, cuya punta tocaba el suelo; la cabeza y los ojos levantados, la tez de una transparencia de nácar, la boquita entreabierta, anheloso el labio inferior un poco desdeñosamente salido, la gran cabellera desplegada que tenía el color y hasta el peso de un lingote de oro. Uno a uno subían los soldados condecorados y besaban su mano derecha; los reclutas besaban sobre su pecho, temblando, la cruz de la espada. Una charanga tocaba en sordina el Himno de la Muerte Limpia. La voz del megáfono lenta, incansablemente repetía la fórmula: "Dulcinea Argentina, nuestra Reina. Ella representa..."

Edmundo sintió llenársele de golpe el pecho de una decisión inmensa: él libertaría a esta mujer maravillosa de su falso cuento de hadas y la restituiría a la realidad del amor y de la vida de este mundo. Para eso no había vacilado en ser traidor a la Hermandad de la Policía Federal. Todo esto no era más que una locura, una

noble locura... pero una insania al fin... Bastaba oír las oraciones y los sollozos que partían de las filas de abajo, el llanto manso de las mujeres del séquito feérico, el silencio absorto cortado de suspiros de los oficiales superiores. Pero cuando llegó cerca de la Reina erguida, inmóvil, lo ganó el magnetismo de la situación y empezó a temblar.

~~Cierto que era más que una criatura humana:~~ era el símbolo de todos los viejos ideales del hombre, hoy maldecidos y muertos. Dobló una rodilla y besó una mano de largos dedos tersos. Alzóse después, y besó la fría espada sobre el duro pecho de la doncella. Pero entonces lo venció la emoción, y venciendo la cabeza sobre el pecho de la niña, dijo con un sollozo ahogado: —Serás mía un día. Yo te ganaré.

Entonces sucedieron en un instante las cosas raras que Edmundo caviló después tantos meses. Sintió que la cabeza de ella se doblegaba sobre la suya y el calor de un rostro bañado en lágrimas, y una voz ternísima y desolada que decía: "Nunca, Edmundo, nunca, nunca"; y al mismo tiempo un olor fétido y otra cosa más rara aún que le hizo levantar bruscamente la cabeza y tender los brazos, a la vez que era rechazado reciamente por la mujer (¿mujer?) y la espada caía con estruendo al suelo. Edmundo bajó las gradas con la cabeza que le estallaba. Aquella mujer parecía un hombre disfrazado. Todo era misterio entre estas gentes.

Pero ya la voz del locutor anunciaba los discursos de los jefes. Hablaban tres en nombre de todos los grupos, después de haber deliberado éstos y votado separadamente; y cerraba el debate el Cura. Uriarte se adelantó al púlpito, Dulcinea le entregó la espada y posó las dos manos sobre el pecho, bajando la cabeza. La gente chistó hasta que se hizo silencio, y Uriarte dijo:

—¡Hermanos! Nosotros no somos "democráticos", pero resolvemos nuestros asuntos en asamblea pública y por votación, a los pies de esta egregia criatura que sabéis fue la iniciadora del Movimiento. El cual está en este momento tocando una crisis grave.

Respiró hondo y miró lentamente a su gente en silencio.

—Han pasado tres años, muchas glorias, muchas muertes y muchos dolores. Actualmente no tenemos muchas esperanzas de llegar a tomar por asalto Marel Plata o el Puerto, y bombardearlos no queremos. Os lo anuncio francamente: aunque dominamos alrededor de las dos urbes una vasta zona, sin un ejército regular hemos de descartar la toma de una gran ciudad. Ésta es la situación. Además muchos temen que el gobierno del Irreprochable...

—¡Ha muerto! —gritó uno—. ¡Lo mató Cayastá ! ! ! ! !

—...del Nuevo Adelantado, el sueco ése... haya recibido bombas atómicas del gobierno "amigo" de los Estados Unidos...

—¡Maldito sea! —clamó una multitud de voces.

—...y sea capaz de hacer cosas atroces...

—¿Y las bombas nuestras, las derribacasas? —preguntó la voz primera.

—Ésa es la tercera cosa que debo anunciar. El arma secreta de que dispone nuestro Conductor el Cura Namuncurá se está por acabar. Se acabará pronto.

—¡Imposible! ¡Hay que fabricar más!

—No se puede. Ésa es la situación. Yo haré lo que los jefes decidan —concluyó Uriarte—. Cedo la palabra al representante de los... "optimistas" —añadió con un dejo de ironía.

Un joven capitán muy moreno, con un brazo enyesado, subió a la tribuna y empezó a perorar, con grandes molineos del otro brazo. Retroceder era cobardía. La situación estaba para modificarse a favor nuestro. Llegaban noticias de sublevaciones de toda América Hispana, y en Estados Unidos mismo la situación obrera estaba delicada. El Gobierno Federal no podía con las huelgas, las crueldades de los Federales tienen horrorizado al pueblo. Norteamérica está a punto de luchar con Rusia, mejor dicho, todo el Occidente con Asia. El mundo tiene que reaccionar, no puede seguir así. Ya van dos guerras mundiales, se prepara una tercera. Cada guerra mundial la hacen en nombre de la Justicia y cada vez dejan aumentado el número de las injusticias, con que siembran una nueva guerra peor que las otras. La Iglesia Católica tiene que triunfar un día, se tienen que cumplir las profecías.

¿He dicho que retroceder es cobardía? Retroceder es imposible. Nos darán la muerte, ya ejecutan ahora a todos los prisioneros; y a los que no ejecuten, los mandarán a pelear a la Siberia por cuenta de Yanquilandia. ¡Mejor es rendir la sangre a su propia tierra, semilla de un tiempo mejor que no veremos!... ¡o quizá veamos! ¿Por qué no? Dios está con nosotros. He dicho.

El representante de los conciliadores, coronel Jauretche, era un hombre maduro, fornido y pesado, con muchas condecoraciones. Dijo que la prudencia mandaba a las situaciones feas buscar un remedio antes que fuesen irremediables. No se puede negar que este gobierno ha tenido algunos aciertos notables; será mala la manera con que los ha hecho, pero los ha hecho. El traslado de la Capital a Marel Plata, la centralización de todos los impuestos, la federación

con el Paraguay, Uruguay y Bolivia, la superindustrialización del país, la unificación de la enseñanza, la liberalización de las operaciones bursátiles... todo eso era un hecho. El país ha dado un salto adelante en su progreso. Se ha exagerado la malignidad de la Ley Damonte, la cual nosotros quizás hemos exacerbado con nuestra oposición. La economía va bien. Yo NO creo —dijo alzando mucho la voz y con gran firmeza— en los que dicen que si lo económico prospera, mas lo moral se viene abajo, después se viene abajo también lo económico. Yo creo que lo económico es absolutamente primordial, y en el caso de nuestro país, lo moral depende de ello...

Hemos hecho lo que hemos podido —clamó con un gran grito—. La Iglesia Católica nos ha fallado de medio a medio: después de animarnos a defender hasta con las armas la soberanía, se acomodó con el Gobierno apenas cayó sobre el Puerto la primera bomba yanqui. ¿Qué estamos defendiendo aquí entonces? ¿La fe? ¿Qué fe? ¿La fe de los sacerdotes? ¿Y ellos por qué no se mueven?

Uno gritó de abajo: —¡No permitimos...

—¡Silencio! —gritó Uriarte—. Hoy es menester decirlo todo.

El preste yanqui se adelantó a grandes trancos, subió al estrado y habló en secreto con Uriarte. El Gran Jefe movió negativamente la cabeza. El coronel Jaureche concluyó diciendo:

—Si hay que morir, yo moriré como cualquiera; a ver quién es el que me va a negar coraje. Estaré a lo que resuelva la votación. Pero creo firmemente que hay que tantear ahora si el Gobierno en este momento, en que todavía nos tiene miedo, no pactaría con nosotros. Hay que resignarse a la democracia. La fe cristiana puede vivir en cualquier régimen político...

—Eso mismo —gritaron abajo algunas mujeres.

—¡Tenga un propósito muy mucho importante a jonorables soltatos cristeros argentinos! —gritó en ese momento el sacerdote Yanqui, tan excitado que perdió toda su gramática.

—¡Insensatos!!!! —vociferó subiendo a la tribuna de un salto inverosímil y haciendo a un lado a los otros, una especie de energúmeno que estaba en primera fila—. ¡Pactar con "ese" gobierno! ¡Esperar en Rusia! ¡Venganza y muerte, es lo único que nos queda! ¡Serán trucidados todos los que se rindan, si no por el gobierno, por nosotros mismos! ¿Es ésta una empresa de juego y broma? ¡Yo mismo mataré al primero que huya!

Era un hombre enormemente grande, enfundado en un chaquetón negro que le quedaba grande y unos pantalones flojos que parecían

vacíos, con una metra enorme al cinto. Se ahogaba al hablar; y por momentos no daba sino gritos inarticulados.

—¡Neuquén! ¡Acordaos de las matanzas del Neuquén! ¡Ya *vos* habéis olvidado de lo que hicieron los mercenarios en Choele-Choel, de las enormidades de Huin-Pireró! ¡Qué pactar ni qué ejército regular! ~~¡La disciplina ahora ya está de más y estorba!~~ ¡Debemos volvemos todos como el Tigre de Cayastá! ¿Es un loco? ¡Debemos volvemos todos locos! ¡Debemos morir todos! —gritaba el desdichado.

Pero la gente ya no lo oía, atenta a un caso nuevo. Dulcinea se había llevado las dos manos al rostro, y parecía que iba a caerse. El Cura subió a su lado y le habló muy agitado. Ella le tomó una mano y empezó a bajar tambaleando. Cuando llegó al pie del estrado, le hizo una gran reverencia al Cura, una profundísima cortesía, y desapareció. A Quiroga Quintana, el energúmeno, lo habían hecho retirar Dios sabe cómo. El Cura impuso silencio con un gesto de la derecha y pronunció el discurso... que leerán ustedes en el capítulo siguiente, si es que no prefieren saltarlo entero, y seguir la acción de esta fenoménica fábula.

X

EL SERMÓN DEL CURA LOCO

El pelirrojo vestido de obrero habló con la cabeza y los brazos en alto, como si estuviese hablando con Dios, él y Dios solos. Éstos son los discursos que le valieron fama de loco, pero que ejercían tanta influencia en la gente. Su silueta accionaba como si quisiera nadar o volar, recortada en la luz lunar, entre las clarísimas estrellas y la tierra desolada, como un gran pajarraco en el aire; o un ángel volatinero.

—Heme aquí otra vez pensando en voz alta para decidir el rumbo de una vida que nunca lo ha tenido. ¡Oh mi Dios, hasta cuándo! Heme aquí otra vez teniendo que impulsar y dirigir a otros, yo que ni siquiera comprendo el gobierno de mí mismo. ¡Me acuerdo cuando era niño que estaba subido a un árbol de cerezas comiendo cerezas hasta no poder más y cantando! ¡Oh Dios, cuántos caminos extraños y solitarios desde entonces, por qué me has cargado con tantos mundos y el peso de tantos siglos, como si yo no fuese una caña rota y frágil, como si yo fuese un espíritu inmortal de los que tú gobiernas directamente! Yo no soy un ángel, Dios mío... ¡levanta tú esta carga!

Y bien, supongamos que me he equivocado, que el paso que di en 1949 no fue inspirado por Tí, fue una cosa temeraria, un acto de política y no de religión —y de mala política, como diría Monseñor Fleurette—. Mi respuesta sería que me fue simplemente forzoso, que no me era posible en conciencia hacer otra cosa. Tenía sobre mí el deber hacia mi familia y el deber hacia mi patria, que son previos y no son contrarios al deber religioso. Mi familia había sido destrozada en el Neuquén, y había que salvar a dos miembros de ella, heridos en cuerpo y alma y descarriados; pero para salvarlos tuve que perderme primero con ellos. Yo estoy hecho de tal manera que no puedo amar a Dios sino a través de las criaturas, es decir, de los

prójimos, ¡y todos vosotros estáis hechos semejantemente, y todos los cristianos —menos Monseñor Panchampla!—. Me atrevo a decir que la raíz de los males de la Iglesia Argentina ha sido el olvido de este principio: se ha desencarnado, se especializó y eclesializó demasiado, olvidó en la práctica que la gracia supone la natura, y ~~se ha vuelto una sociedad demasiado artificial, siempre la Iglesia~~ será una sociedad artificial, o mejor dicho “cultural”, pero ahora se volvió una sociedad ARTIFICIOSA.

—¡Los curas cobardes! ¡Los curas avarientos! ¡Los curas licenciosos! —gritaron de abajo varias voces.

—¡Los conozco mejor que ustedes! Son menos, y menos culpables de lo que ustedes piensan; pero los pocos o muchos que haya, con el apoyo del Gobierno empeñado en dividirnos, son la cabeza de puente de la Herejía entre nosotros. Tomad por ejemplo a los jesuitas...

El imponente preste yanqui hizo un movimiento de protesta.

—Dejemos por el momento a los jesuitas —dijo el orador, después de un breve silencio recapitativo—. ¡Que Dios los ampare, lo mismo que a nosotros, que buena falta les hace, quiero decir NOS hace! Reverendo *cófrade*: ya le voy a decir esta parrafada a usted en particular...

Los ojos de los oyentes se volvieron hacia el gringo rubio, espigado y alto, parecido al finado Eisenhower.

—Estaba hablando de mi fatal conexión con los revolucionarios peludistas o peralistas o cristeros —clarineó el Cura—. No puedo menos de creer que fue determinada por la Providencia. Empecé a asistir espiritualmente a los católicos más necesitados, conforme a la parábola del Buen Pastor, muchos de los cuales por lo demás, me eran íntimamente cercanos; y esa asistencia espiritual me llevó muy lejos, porque se dobló de una ayuda temporal, lo cual en el caso era inevitable: injustamente oprimidos por la herejía, eran los elementos más sanos del país, y en parte los más distinguidos ¡en todos los órdenes! Aun sin entrar en la discusión de la licitud de la escarapela Damonte, yo tenía que tener compasión (y no me tendría de no por discípulo de Cristo) de los que sufrían por razones de conciencia al no querer llevar la escarapela sospechosa. No tienen necesidad de médico los sanos sino los enfermos. Por lo demás, al no necesitar para nada de mi larga preparación intelectual y mis títulos académicos, antes bien mirarlos con umbrosidad y suspicacia, la Curia los dejó libres para usarlos como Dios mejor me

diera a entender. Porque ¡usarlos debía! Nadie toma una linterna y la pone adentro del "canastro" de la ropa sucia. El caballo de carrera que no corre, se pone neurasténico...

Supongamos que todos nos hemos equivocado y nos hemos lanzado a una empresa sin éxito posible. Pero nosotros no hemos ~~defendido en el fondo una cosa puramente temporal, sino una~~ causa eterna, no desencarnada sino encarnada en un cuerpo carnal y en una patria terrenal. Por eso decimos que Dulcinea es símbolo de la patria y de la hermosura; y la hermosura es figura de Dios. La novela de Cervantes es la más grande novela del mundo, porque ha expresado el núcleo de la filosofía del Cristianismo: la empresa quijotesca por la búsqueda de la hermosura ideal, Dulcinea, que no es una idea, sino una persona humana, llámese por el momento Aldonza Lorenzo... y no sé si digo disparates, Reverendo *Cófrade* —interrumpió el Cura, volviéndose al yanqui, que estaba nerviosísimo—, Dulcinea, aunque fuera de mi "subjetividad" no sea más que una campesina zafia, pero que dentro de mi fe, dentro de la presión heroica de la mente del caballero, que es la fe, no es Aldonza Lorenzo ni es un sueño vano, es real, es más real que todas las realidades materiales, y la prueba está en los grandes hechos que inspira y las hazañas que produce... Concretamente, nosotros los cristeros hemos defendido a una mujer que andaba a caballo por la Patagonia haciendo locuras en defensa, ella, de la patria, por lo cual merecía ser Reina, y lo era; y yo, yo en defensa de ella, yo que me he metido en todo este berenjenal porque tenía de defenderla la obligación más cierta y primitiva!

Supongamos que este movimiento sea ahogado en sangre, como lo fue el movimiento vendeano cuando la Revolución Francesa ¡y tantos otros nacidos con móviles santos, y después fracasados, como la sexta y la séptima cruzada! *Bellum facere cum sanctis et vincere eos*¹. Pero Dios nunca ha pedido al hombre que venza sino que no sea vencido. Si con recta conciencia caemos, con recta intención y evitando en nuestra lucha toda maldad y mentira, hemos dado testimonio de que creemos que lo divino existe en lo humano, hemos atestiguado indirectamente la Encarnación del Verbo, y hemos traspasado a Dios la obligación de la defensa y la venganza. Bien sé yo que los estados son cosas creadas —y creadas por el hombre por cierto— y que un día serán instrumento del Hombre de Pecado,

1. "Hacer la guerra a los santos y vencerlos" (Apoc. 13, 7).

Hijo de la Perdición. Pero mientras no me conste que ya todo está viciado y no hay ya resquicio a la esperanza, tengo derecho —tengo derecho porque tengo deber— de propugnar todos los valores humanos y culturales creados por la Iglesia del Occidente, y que llevan para mí el nombre de República Argentina...

Un vociferio enorme se levantó de abajo: "¡La patria! ¡La patria!", tan unido y fuerte que llegó hasta el cielo.

—Porque yo no defiende ahora sino solamente mi FE —gritó el Cura cuando se apagó el vocerío—, contra la herejía más sutil que existe, la última herejía, dentro de cuyo caldo nacerá el Anticristo. Muchos de vosotros defendéis el ser histórico de esta nación, que habéis aprendido a amar, como Uriarte por ejemplo; otros defendéis o vengáis directamente vuestros bienes arrapiñados, que consideráis con razón requisito necesario de vuestra vida moral y racional; como por ejemplo el tagarote de Quiroga Quintana. Pero yo defiende directamente la fe católica. Porque este democratismo que se nos impone a la vez con la mentira y la violencia, es una cosa religiosa, es el Cristianismo de Cristo transformado en el Cristianismo de Panchampla, adulterado, tergiversado y vaciado de todo su contenido; y rellenado por Juliano Felsenburgh de un contenido satánico...

—¡Obra de los judíos! —gritó uno; y un gongo impuso silencio.

—A la manera que la Iglesia dice: *Extra Ecclesiam nulla salus*², ahora esta Contra-Iglesia o mejor dicho Pseudo-Iglesia proclama: Fuera de la "democracia" no hay salvación. A los que no admitimos esta sublimación ilegítima de un sistema político en dogma religioso, nos llaman peralistas o nazis o cristóbales. El ser "nazi" corresponde a una nueva categoría de crimen, peor que el robo, el asesinato, el adulterio y cualquier delito común; no de balde a la policía que lo persigue llaman Sección Especial. En realidad, corresponde al delito que en otro tiempo se llamó "herejía"; por eso dije que este "liberalismo" triunfante ahora es una cosa religiosa: es una religión falsa, peor que el mahometismo. ¡Se nos quiere hacer creer que la guerra de Norteamérica contra Asia es una Cruzada, una "guerra santa"! Se ha inventado y puesto en acción contra nosotros una Inquisición mucho peor que la antigua, "diametralmente" peor —como sería por ejemplo la inversión sexual con respecto a la simple lujuria—. Se está repitiendo lo que pasó en

2. "Fuera de la Iglesia no hay salvación."

Inglterra en los siglos XVII y XVIII con la palabra "papista", y con los que ella designaba, que eran los cristianos mejores, que fueron extirpados limpios del país en forma total; con la diferencia que ahora el proceso es mundial, y se esconde detrás de una hipocresía mucho más adelantada. ¡Nos matan en nombre de la libertad y en nombre de Cristo!

Toda esta persecución se hace en nombre del Cristianismo, del cual se han conservado los nombres vaciados y los ritos falsificados, llegándose hasta el fingir una adhesión zalamera y enteramente inefectiva al Sumo Pontífice de Roma. Se mantiene el aparato burocrático de las Curias y aún se fomenta su hipertrofia, pero todas las asisas sobre que el Cristianismo Romano se asienta... como la independencia de la familia y la propiedad privada, la justicia social, el principio de legitimidad de los gobiernos, el control sobre los gobernantes, la decencia pública, la convivencia caritativa... la LEY en fin... todo eso ha sido aniquilado, de sobra lo sabéis, lo habéis sufrido en carne propia... haciendo al mismo tiempo mucho ruido con todas esas palabras. Se favorece al clero menos digno, en una diabólica selección al revés, y de hecho se ha creado un cisma en él, con el sencillísimo arbitrio de dar las sillas episcopales, no a los más dignos, que son los más doctos... no a los más inteligentes y espirituales, sino a los más políticos y puerilmente "piadosos". *Sed non in política salvabit nos Dóminus Jesus*³. Pero ¿a qué seguir? Todos lo conocéis por haberlo sufrido, mejor que yo. La adoración de Dios está siendo sustituida imperceptiblemente por la adoración del Hombre; y eso sin suprimir a Cristo, sino reduciéndolo súbdolamente a hombre. El Misterio de Iniquidad, que consiste en la inversión monstruosa del movimiento adoratorio de hacia el Creador en hacia la Creatura se ha verificado del modo más completo posible, sin suprimir uno solo de los dogmas cristianos, como la Virgen Madre, el Santísimo Sacramento, el Crucificado, solamente con convertirlos en "mitos", es decir, en símbolos de lo divino que ES lo humano, como dijo el gran escritor español Unamurri... y yo mismo hace un momento, en otro sentido. De vosotros no sé; de mí sé decir que no hay descanso para mí, fuera de la muerte, mientras esta abominación subsista...

El Cura se detuvo un momento y miró a su gente; y la vio sólo mediocrementemente interesada. El lungo yanqui hablaba acaloradamente

3. "Pero el Señor Jesús no nos salvará por la política"

con un grupo de oficiales, la gente de abajo se movía, de repente se produjo un revuelo en ellos y apareció el Mulato muy afanoso buscando a alguien. El Cura suspiró profundamente, y volvió a disertar, esta vez en tono más grave y atristado:

—El vástago de membrillo de cualquier manera que se lo plante, sale; pero la estaca de higuera hay que enterrarla oblicua, las tres partes dentro la tierra y el cogollo afuera. En todo esto que he hecho yo, no he comprometido a nadie sino a mí mismo; y aunque estoy casi seguro que camino según la mente del Padre Santo, sin embargo no he comprometido a Roma. Para esto ha servido también la hostilidad de la Curia, para darme libertad. Es terrible ser mal visto de los mismos superiores; pero lo que se pierde en favor, se gana en independencia. Ahora hemos llegado al final de nuestra aventura. ¿Qué haremos?

En la gente hubo un movimiento de expectativa, y algunos repitieron la interrogación.

—¿Qué haremos? Vosotros esperáis de mí respuestas de profeta y yo no soy profeta, respuestas de político y yo no soy político, soy solamente teólogo; y aun ni tanto. Un profeta podría responder en forma absoluta, un político en forma conjetural, yo puedo responder en forma condicionada.

El porvenir próximo del mundo depende del problema teológico de si Cristo ha de volver a consumir su Reino antes del fin del mundo o juntamente con el fin del mundo... —dijo meditativamente.

—Si la Parusía, el Reino de Dios, el Juicio Final y el Fin del Mundo —quiero decir, del ciclo adámico—, son cosas simultáneas, como enseña la Facultad de Teología de esta República, es muy probable que antes de esa liquidación total alboree en la historia un gran triunfo de la Iglesia y un período de oro para la religión cristiana —como cree el capitán Arrieta—, el último período por cierto, en el cual se acaben de cumplir las profecías, principalmente la de la Conversión del Pueblo Judío y del Único Rebaño con el Único Pastor. Ese período no podrá ser largo: quizá el tiempo de una vida humana; y después volverán con la fuerza incontrastable de la catástrofe las fuerzas demoníacas tremendas que vemos en acción en estos momentos.

—¡Eso creo yo! —gritó el segundo de los oradores.

—Pero si Cristo ha de venir *antes*, a vencer al Anticristo, y a reinar por un período en la tierra; es decir, si la Parusía y el Juicio Final no coinciden, sino que son dos sucesos separados, como creyó la

tradición apostólica y los Santos Padres más antiguos... entonces esa esperanza de un próximo triunfo temporal de la Iglesia, tan predicado por Monseñor Fleurette, no vale; ni tampoco todas las profecías particulares que se apoyan en ella. Entonces la actual persecución irá aumentando hasta su máximo —y la voz del orador ~~tembló con un íntimo pavor— entonces se afianzará la gran apostasía,~~ sonarán las últimas trompetas derramando las últimas fialas y “la tribulación magna, cual no la ha habido desde el principio del mundo acá”, la persecución externa e interna a la vez hasta el grado de lo insoportable, que deberá ser abreviada para que no perezca toda carne, ¡oh hermanos míos!, está sobre nosotros, y nadie puede escapar a ella. ¡Nadie: ni buenos, ni malos! Se hizo un movimiento de asombro en el auditorio, que estaba ahora pendiente de nuevo del extraño discurso. Una voz gritó estridente: “¿Y tú qué dices?”

Antes que pudiese contestar, se adelantó el Jesuita yanqui y gritó:

—Urge la disolución de esta asamblea, porque parece que hay peligro, aunque no deben alarmarse. Tengo Una importantísima proposición que hacer. Vengo de Roma con una misión del Papa... El otro cura le dio un empujón bastante brusco, y concluyó:

—Yo os digo: *morituri te salutant*⁴. Elijamos la peor hipótesis. Pongamos la esperanza en Cristo y en su Venida, y nadie puede vencernos...

—¡Osté poner a mí una pulga en la oreja! —gritó el extranjero. Se había encaramado en el púlpito y gritaba:

—El Adelantado del Río de la Plata les propone por mi medio la paz, prometiendo ¡amnistía general para todos! y la derogación de los incisos religiosos de la Ley Damonte, principalmente los artículos acerca del insignia, y de la enseñanza obligatoria del Neocatolicismo en las escuelas...

—¿Amnistía para todos? ¿Amnistía para todos! —decían abajo en medio de un garabato de voces.

—El Padre Santo de Roma, muy preocupado por la Argentina, y sin noticias ciertas, me mandó en misión diplomática extraordinaria, rogándome me afanase por conseguir la paz. Interpretando la intención del Santo Padre, yo he negociado con el Adelantado. El Gobierno está ahora en las mejores disposiciones... —leía el yanqui en un papel.

4. “Los que van a morir te saludan.”

—¿Y quién responde del cumplimiento de esa palabra del Gobierno? —gritó Uriarte.

—La palabra de honor del Adelantado y del Señor Arzobispo de Buenos Aires, o por mejor decir, de la Curia Arzobispal.

—¡Nos trucidarán a todos apenas depongamos las armas!!! ¡La palabra de "este" gobierno! ¡Puah! ~~No vos dejéis embaucar!~~ —gritó el Desesperado Quiroga Quintana.

En ese momento se oyó un silbido agudísimo, y el estampido seco de un antiaéreo. "Alarma, el enemigo a la vista, dispersarse en orden", gritaron los jefes. El estruendo horrísono de una bomba cubrió por un momento el estrépito graneado de la defensa antiaérea. Los faros empezaron a barrer el cielo. De todos los puntos del horizonte, semejantes a pejerreyes de plata en la limpia luz lunar, confluían sobre el aeródromo Graffigna los aviones de guerra "leales".

—¡A mí! ¡Salvemos a Dulcinea! —gritó Edmundo. Pero todas las motos habían apagado sus faroles y el desbande se producía en la confusión y en la oscuridad taladrada de gritos. Edmundo seguido del Mulato y algunos reclutas, se lanzó al gran estrado y le prendió fuego.

El incendio alumbró un amplio círculo, pero ni Dulcinea ni el Cura aparecían por ningún lado. "¡Miseria!", gritó Edmundo. Y se tendió en un surco del terreno para escapar al tremendo trabajo de las bombas. Allí, al lado suyo, vio relucir vivamente en el suelo un objeto fulgente, que mostró ser al alcanzarlo el relicario de oro que llevaba al pecho la fantasmal princesa...

El bombardeo de San Juan la Vieja, que fue materialmente arada de bombas de 500 libras, fue un suceso histórico para la Argentina, porque marcó el fin de la rebelión de los cristóbales, deshaciéndoles toda esperanza. El país no supo nunca bien lo que pasó allí, porque los diarios empezaron a tejer tal maraña de mentiras en torno de él, que al poco tiempo se había convertido en un novelón increíble. Por lo demás, la gente no creía ya a los diarios —a no ser los sonsos; los cuales son muchos, pero no son gente.

Quizá el resumen mejor del suceso lo dio un chiquilín correntino llamado Eusapio Berón de Astrada, que estaba enfermo pasando una temporada con una tía en San Juan la Nueva. Cuando volvió a Corrientes le preguntó su padre: —¿Qué tal san Juan? —Son todos locos —dijo el pibe. —¿Por qué? —¡La tía me hizo dormir tres noches debajo de un colchón! —¿Qué había? —Bombas. ¡Bum, bum, bum!

—¿Qué pasaba? —Peleaban los soldados. —¿Qué soldados? —Soldados buenos y soldados malos. —¿Y cuáles eran los buenos? —¿Y yo qué quieres que sepa, si todos estaban vestidos igual? —dijo el pibe muy satisfecho, mirando al padre con los ojitos medio cerrados.

Los versos que la mujer fantasma dio al jesuita diplomático fueron hallados (en su cadáver) y publicados en una revista humorística-pornográfica del Puerto llamada "*El alma de lo canyengue*". Quitados los aditamentos sarcásticos y obscenos que la revista añadió, decían así:

JAUJA⁵

*Yo salí de mis puertos tres esquifes a vela
y a remo a la procura de la Isla Afortunada,
que son trescientas islas, mas la flor de canela
de todas es la incógnita que denominan Jauja:
hirsuta, impervia al paso de toda carabela,
la cedió el rey de Rodas a su primo el de León
sólo se aborda al precio de naufragio y procela
y no la hallaron Vasco de Gama ni Colón.*

*Rompí todas mis cosas, implacable exterminio,
mi jardín con sus ramos de cedrón y de arauja,
mis libros de Estrabonio, de Plutarco y de Plinio
y dije que iba a América, no dije que iba a Jauja.*

-
5. La imagen de una riesgosa travesía hacia una de las Islas Afortunadas corporiza el seguimiento incondicional de Cristo. La búsqueda de Jauja significa, entonces, la vida de la fe: "navegar sobre 1.000 metros de agua en un barco averiado." (*De Kirkegord a Tomás de Aquino*, Cap. XIX) Al igual que los Apóstoles durante la tempestad, quien acepta el Cristianismo Absoluto se encuentra en una situación en la que está humanamente perdido. Pero el cristiano juega al ganapierte: el naufragio permite la llegada a puerto, pues "la fe es la prenda segura de la victoria." Jauja es un símbolo análogo a Dulcinea, pues ella lanza a la tenaz persecución de una realidad *absurda* para la sola razón y que ha llevado a muchos a la muerte "por verla de lejos."

*y las velas como alas de halcón y de ilusión,
quedé sin rey ni patria, refugio ni dominio,
mi madre y su pañuelo llorando en el balcón.*

*Muchas veces la he visto, diferentes facciones,
diferentes lugares, siempre la misma Jauja:*

*sus árboles, sus frondas floridas, sus peñones
sus casas, maderamen del más perito atauja:
su señuelo hechicero de aromas y canciones
enfervecía el celo de mi tripulación
mas desaparecían sus mágicas visiones
apenas la ardua proa tocaba el malecón.*

*La he visto entre las brumas, la he visto en lontananza
a la luz de la luna y al sol de mediodía
con sus ropas de novia de ensueño y esperanza
y su cuerpo de engaño, decepción y folía,
esfuerzo de mil años de huracán y bonanza,
empresa irrevocable, pues no hay volver atrás,
la isla prometida que hechiza y que descansa
cederá a mis conatos cuando no pueda más.*

*Surqué rabiosas aguas de mares ignorados,
cabalgué sobre olas de violencia inaudita,
sobre mil brazas de agua con cascos escorados
recorrí la traidora pampa que el sol limita
desde el cabo de Hatteras al golfo de Mogados
dejando atrás la isla que habitó Robinsón
con buena cara al tiempo malo y trucos osados
al hambre y los motines de la tripulación.*

*Me decían los hombres serios de mi aldehuela:
"Si eso fuera seguro con su prueba segura,
también me arriesgaría yo me hiciera a la vela,
pero arriesgarlo todo sin saber, es locura..."
Pero arriesgarlo todo justamente es el modo,
pues Jauja significa la decisión total,
y es el riesgo absoluto y el arriesgarlo todo
es la fórmula única para hacerla real.*

*Si estuviera en el mapa y estuviera a la vista
con correos y viajes de ida y vuelta y recreo,
eso sería negocio ya no fuera conquista
y no sería Jauja sino Montevideo.*

*Dar dos, recibir cuatro, cosa es de petardista,
Jauja no es una playa —Hawai o Miramar—.
No la hizo un matemático sino el Gran Novelista,
ni es hecha sino para marineros de mar.*

*Las gentes de los puertos donde iba a bastimento
risueñas me miraban pasar como a un tilingo,
yo entendía en sus ojos su irónico comentario
aunque nada dijeran o aunque hablaran en gringo,
doncellas que querían sacarme a salvamento
me hacían ojos dulces o charlas de pasión,
la sangre se me alzaba de sed o sentimiento—
mas yo era como un Sísifo volcando su peñón.*

*Busco la isla de Jauja, sé lo que busco y quiero,
que buscaron los grandes y han encontrado pocos,
el naufragio es seguro y es la ley del crucero,
pues los que quieren verla sin naufragar son locos...
quieren llegar a ella sano y limpio el esquiife,
seca la ropa y todos los bagajes en paz,
cuando sólo se arriba lanzando al arrecife
el bote y atacando desnudo a nado el caz.*

*Busco la isla de Jauja de mis puertos orzando
y echando a un solo dado mi vida y mi fortuna,
la he visto muchas veces de mi puente de mando
al sol de mediodía o a la luz de la luna.
Mis galeotes de balde me lloran: ¿Cuándo, cuándo?
Ni les perdono el remo ni les cedo el timón.
Éste es el viaje eterno que es siempre comenzando,
pero el término incierto canta en mi corazón.*

Oración

*Gracias te doy Dios mío que me diste un hermano
que aunque sea invisible me acompaña y espera,
claro que no lo he visto, pretenderlo era vano,
pues murió varios siglos antes que yo naciera,
~~mas me dejó su libro que diccionario en mano~~
de la lengua danesa voy traduciendo yo,
y se ve por la pinta del fraseo baquiano
que él llegó, que él llegó.*

XI

"LA PAZ REINA EN EL PAÍS"

Tres meses después del devastador bombardeo de San Juan la Vieja estalló la guerra ruso-yanqui; es decir, el ataque simultáneo sin declaración de guerra con bombas atómicas, y la destrucción total con dos horas de diferencia de Leningrado y Nueva York, con la consiguiente acusación ante la ONU de "agresoras y traidoras" hecha por las dos potencias de consuno. La Confederación del Plata fue una de las primeras naciones en unirse a los Estados Unidos en defensa de la civilización cristiana, seguida por el resto de Sudamérica, menos el Brasil, por el momento; y el indispensable nombramiento del Comando Unificado fue el providencial instrumento que logró de un golpe y sin mayores dificultades el ansiado fin de la unificación de la caótica "*South-America*"... Rusia arrastró a sus vasallas, Siberia, India Norte, China Norte y Alemania Oriental. La Liga Europea, encabezada por Inglaterra, se declaró neutral, y tomó la dirección de la ONU.

Para entonces, la guerra civil de los cristóbales había pasado a la historia, si es que había historia entonces, o la había de haber en adelante. Los jefes rebeldes se rindieron, y los guerrilleros volvieron a sus casas, si las tenían, en toda la extensión de la República; y el gobierno cumplió su palabra de derogar o suspender las leyes antirreligiosas y devolver los subsidios a la Curia Eclesiástica.

Mas al poco tiempo empezó a notarse un raro fenómeno: los principales jefes de la guerra cristera, los caudillos más conocidos o más valientes, empezaron a desaparecer en forma casual, pero con una extraordinaria frecuencia. El primero en caer fue el capitán Arrieta, muerto en una riña en un bar de Marel Plata. Era una riña, un atraco, un accidente de auto, una bala perdida, una muerte repentina y misteriosa en un hotel cualquiera. El capitán Uriarte

y numerosos de sus camaradas se ganaron al Brasil, y otros cristóbales emigraron a Chile; pero aun en el exilio se dieron numerosas muertes violentas y "secuestros". El coronel Quiroga Quintana se pasó al Gobierno, y ocupó un alto cargo. Se calculó en 700 el número de "bajas", entre muertos y desaparecidos. Ferdinando Ortiz de Echagua, de la Orden del Libertador O'Brail, el eminente editorialista del diario *La Farola*, explicó el suceso con su brillante pluma, haciendo ver como, gente pendenciera y acostumbrada a la lucha y al "perduelio", era imposible se reintegrase "*ad integrum*" a una vida moral y digna; y tenía que acabar necesariamente por ser eliminada por el mismo orden leucocital de una sociedad progresista, moral y culta como la nuestra.

Después de todo y en el fondo, se trataba de perdularios y asesinos —recalcó *El Tábaro*.

El mismo día que zarpó para la península de Kamchatka el transporte "Spruille Braden" con el tercer cargamento de tropas argentinas, que había de tener tan mala suerte en las Islas Aleutianas, llegó a una hostería de Puerto Madryn un linyera roto y acabado, que mostraba las más inequívocas muestras de cansancio y agotamiento, malamente encubiertas bajo un porte orgulloso. Sacando unas monedas de plata, pidió algo de comer y dónde dormir. Cuando la sirvienta lo acompañó a un cuchitril al lado del gallinero, el vagabundo le preguntó repentinamente:

—¿No ha pasado por aquí una mujer que parece un hombre disfrazado de mujer?

La fámula lo miró y se echó a reír repentinamente.

—Por amor de... lo que más ame, hágame caso. Se trata para mí de una cuestión muy grave. La recompensaré si me ayuda. ¿No se ha hablado en esta ciudad, no ha oído usted nada, de un hombre hermosísimo, o bien de una mujer que parece un hombre, con el pecho liso?

La gorda fámula, cuyo pecho distaba mucho de ser liso, se hizo la ofendida, y dijo: —No sea idiota y vaya a dormir la mona. Usted no tiene nada que hacer con las mujeres de ninguna clase ni con ningún hombre hermosísimo.

Y volviendo a la cantina, puso un dedo en la sien, y lo retorció, designando con el otro al vagabundo: —Parece mentira la cantidad de pitichuflis de éstos que hay ahora... —dijo.

Éste había cerrado la puerta y se había tirado sobre el jergón: —¡Dios mío! —exclamó—. Cientos de leguas y miles de posadas sin hallar el menor rastro de ella ni de su hermano. Debe haber muerto... Pero no debo morir antes de asegurarme.

Y sacando de los andrajos del pecho una riquísima joya de oro, la ~~besó con reverencia.~~

FIN DE LA PRIMERA PARTE

Ésta es la parte del libro escrita en 1946, exactamente del 15 al 26 de marzo, en la Parroquia Sagrada Familia, de Mar del Plata, Puerto. Si alguna de las cosas imaginadas entonces se verificaron después en forma idéntica o parecida (cosa que el lector y no yo juzgará), el autor protesta que no tiene la culpa: que no ha modificado ahora en nada sustancial su manuscrito [aquí está para quien desearé revisarlo] y que no posee, que él sepa al menos, el don de profecía; y si lo poseyera tendría que saberlo, según enseña Santo Tomás de Aquino.

El don de profecía consiste en decir con mucho tiempo de antemano lo que va a suceder; y después poder explicar por qué no sucedió (como hizo el profeta Jonás y Don Orione).

NOTA DEL EDITOR

PARTE SEGUNDA

EN POS DE DULCINEA

*"Cuando no sé de antemano cómo acaba la comedia,
no comprendo el primer acto..."*

Alejandro Lamberto de Borja.

De amor la llaga, quien la hace la sana.

Proverbio español.

*Me gusta mi novela - Porque no es mía - Hubo
un sueño y espuela - Mandato y gafa...*

Ramón Lull.

I

UN BAÑO DE MAR

En la gran transformación que había sufrido Marel Plata en poco tiempo, el Club Náutico era posiblemente lo único que había quedado idéntico como hacía 50 años.

Su playita, arruinada o desmejorada por los espolones del puerto, que la había convertido casi en laguna, había escapado a la codicia del gobierno y de los ricachones, en parte también porque había sabido defenderla el Presidente del Club, Di Falco. Pero el Golf Club, el Ministerio de Marina y la Corporación de Empleados del Ministerio de Agricultura (sociedad que reunía 37.000 socios, y eso que no incluía a todos) le habían echado varios zarpazos; por suerte, infructuosos. Eso sí, se había aplicado allí, como en todas partes, las leyes eugenésicas inspiradas en las enseñanzas del Director del Instituto Super-Antropológico, Dr. Liebensohn: desnudo integral en las playas separadas de hombres y mujeres; la malla bikínica y los zaragüelles "*shorts*" se permitían solamente en las playas mixtas.

Un día sábado de los comienzos de la terrible guerra continental que se llamó de la Libertad (porque cada uno de los inmensos contendientes se intitulaba defensor de ella) un hombre alto, flexible, casi del todo calvo y terriblemente rengó se dirigía desnudo a la alta roca de la parte "*Men Only*" para tirarse al agua fría de aquel día de entrado otoño. La playa estaba enteramente desierta porque el día era lloviznoso y de viento sur. La temporada había acabado. De repente se volvió bruscamente, porque oyó gritería en la entrada del vestuario: vio a lo lejos una especie de vagabundo discutiendo a gritos con Josué, el encargado. El hombre rengó se encogió de hombros y ascendió el trampolín. Era una especie de atleta. Si hubiera estado en la playa mixta hubiese llamado la atención por su gallardía, al menos mientras no caminase o volviese la cabeza; porque la cara era deforme, le faltaba un ojo y la cruzaba de parte a parte un enorme

chirlo violáceo. El vagabundo estaba luchando a brazo partido con Josué. El bañista alzó los brazos y acuchilló el agua en una zambullida limpiísima, salió a flote y empezó a nadar a la perfección, mucho mejor de lo que caminaba, hacia la más lejana de las balsas. La cabeza saliendo apenas del agua, el cuerpo tieso, los pies batiendo como una hélice, ~~el bañista se deslizaba sobre el agua oscura y en~~ "piel de gallina", como una lancha o como un cetáceo.

Llegó a la balsa y se tendió sobre ella, cansado. Se ve que tenía gran velocidad y poco aguante. Largo rato quedó inmóvil aguantando los fríos chicotazos del viento; como si su intención fuera quedarse allí todo el día. Al cabo de un rato amainó el viento y el cielo pareció querer aclararse. Empezaron a aparecer personas sobre la arena de la playa mixta; y cuando salió el sol algunas empezaron a entrar despacio al agua. El hombre sobre la balsa parecía dormido, presa de una lasitud infinita, muerto.

Lo despertó el sacudón de la balsa abordada por un bote. El vagabundo de hace un rato abordó zurdamente en un chinchorro viejo que apenas sabía manejar, y dejó caer un remo al agua. Empezó a echar maldiciones por lo bajo y a examinar con impertinencia al bañista. Éste le dijo:

—¿Qué pasa? ¿Qué quiere Ud.?

—Luis Namuncurá ¡El Cura de los cristeros! Yo soy Edmundo. Lo reconocí al cruzar el baldío, ¡por desfigurao que esté! ¡Dios! ¡Mire que lo he buscado! ¡A Ud. y Dulcinea! ¿Dónde está Dulcinea?

El hombre rubio dijo:

—¡Edmundo el Policía! Mala suerte...

—Buena suerte para mí. ¿Dónde está Dulcinea?

—Eso quisiera saber yo. —Y después añadió—: Señor, está usted muy equivocado y yo no lo entiendo. Sépalo. Yo no soy cura, ni cristero, ni hermano de mujer alguna llamada Dulcinea. Yo soy Simeón Rojas, cajero de la casa Satanowski and Co., Santería General Consolidada y Trust Panamericano para la Fabricación y Venta de Objetos de Culto. Sépalo, recuérdelo, y no lo olvide. El cura que usted dice era gallardo y sano. Yo soy rengo y deforme. —Y después sonrió al otro que lo miraba desconcertado, y dijo—: ¡pobre Edmundo!

El otro lo miró con ceño y dijo:

—¡Pobre Cura Loco!

El hombre desnudo se tiró al agua de un salto y empezó a nadar en torniquete, girando como un huso, alrededor de la balsa. Después se encaramó en ella y dijo:

—¡Pobre yo! Que estoy gozando aquí de esta inmensa criatura de Dios que nunca entenderá el hombre. No me canso de mirar el mar. Aquí en el agua yo estoy en mi elemento, ¡y también en el aire!

—¿No es inmoral andar todo desnudo? —le dijo el otro.

El Cura ensombreció su rostro y dijo:

—Es verdad que soy pobre, mucho peor que vos. Vos has perdido una mujer que al fin nunca ha sido ni será tuya. Yo he perdido mi patria, mi esperanza y mi razón de ser. Y la pierdo de nuevo cada minuto, porque de las ruinas de este país, que llevo edificado sobre mis espaldas, cada rato me cae un ladrillo al corazón. ¿Quién se enferma que yo no me enferme? Dios me ha hecho el órgano sensible de todas las vergüenzas de la patria, y lo que es peor, de cada alma que se desmorona. ¡Pobres de nosotros! La patria anda más desnuda que yo... —Y continuó—: No sé dónde está Dulcinea. Si vive, me tendría que haber mandado noticias. La he buscado desesperadamente en el Puerto y aquí. Creo que es lo único que me mantiene atado a la vida. Pero ésa es una zorra y no pierdo las esperanzas.

—Yo la he buscado por toda la República —dijo Edmundo.

—Pero ésa es una cabra montés, no puede haber muerto mi hermanita salvaje.

—Si es verdad que es su hermana, su hermana carnal, ¿por qué no lo dijo cuando los diarios lo calumniaban?

—No lo dije. Ahora tampoco lo diría. No sé por qué. Probablemente, porque no valía la pena y no tenía tiempo. Quizá porque era inútil, los diarios hubieran calumniado lo mismo. ¿EL TABANO usted cree que es capaz de respetar nada? O más bien, pensándolo bien, por una especie de furor y desdén (Dios quiera no haya sido orgullo) ante la vileza de esos miserables, como dijo el poeta correntino: "A un hombre que se quiere engañar — ¿Qué castigo le hemos de dar? — ¡Dejarlo que se engañe, ch'amigo! ¡No hay peor castigo!" Sí. Justo el afecto que Jesucristo debió sentir cuando decía: "A esta generación yo le hablaré en parábolas, para que viendo no vean y oyendo no oigan y así no se arrepientan y se condenen."

Edmundo dijo:

—Dañó la fama de ella. Eso no es razonable,

—Yo no soy razonable. Poco me ha servido la razón en mis apuros —dijo el cura—. Me guía una especie de instinto, como a los gatos y a las grullas, que se orientan de noche. Me pongo a Cristo delante y ~~hago lo que él hubiera hecho; después pienso y~~ veo que tenía razón. Yo siempre caigo parado.

Edmundo sacó del pecho el relicario de oro.

—Yo encontré esto —dijo—. En el campo del bombardeo. ¿Qué querrá decir esto?

Con una exclamación el Cura manotió para agarrarlo, y el muchacho lo esquivó.

—Es mío —dijo el Cura—. Se lo di a Dulcinea para consolarla y porque estaba más seguro con ella. Me lo dió el Papa en Roma. Es un *Lignum Crucis*. Adentro hay un documento importantísimo, aunque ahora, ¿qué me importa todo? Pásemelo, mi amigo.

—Se lo daré si me dice dónde está Dulcinea.

—Se lo diré cuando lo sepa...

—Se lo daré a Dulcinea entonces. ¡Dios! ¡Cómo puede estar aquí tan tranquilo sin saber nada de ella... sin ella! Yo la salvaré. La amo con toda mi vida. ¡Con tal que no esté en las minas de Tierral Fuego! Pienso en ella desde el despertarme hasta el dormirme, y cuando duermo. Yo seré su esclavo, su servidor, su bestia de carga, lo que ella quiera. ¡Dios! ¡Cómo sueño con ella!

—Usted no cree en Dios y siempre nombra a Dios —dijo el Cura con expresión burlona. Y añadió duramente—: ¡Olvídela!

—¡Imposible! ¡Jamás! ¿Por qué?

—Se lo digo por su bien.

—¿Mi bien? —dijo el otro con amargura—. Nadie más que yo sabe cuál es mi bien.

—¿Cómo puede usted desear utópicas felicidades en medio del estado en que está este mundo? Aún suponiendo que Dulcinea no fuera inaccesible. Hay todavía rincones de paz. Hay lugares donde se puede vivir. Hay que hacer como esa gente que ahora llega a la playa, olvidada de la guerra y de las huelgas. NO hay más que una vida.

El sol había roto las nubes y desde la balsa el paisaje húmedo y colorido acariciaba otoñalmente los ojos: la gran mansión roja del Golf sobre la tierna pradera verde. El mar se había azulado y serenado. La finísima línea del horizonte celeste...

—Eso les pasa por querer meter en la guerra los métodos de la democracia —rió Edmundo—. Ustedes haciendo discursos y “asambleas” y los aviones enemigos volando hacia San Juan...

—Te equivocas —dijo el nadador—. La asamblea atrajo a los bombarderos al Viñedo, donde había antiaéreos y donde la dispersión era fácil, de modo que se salvaron los habitantes de San Juan... y nosotros también: cuando después se bombardeó la ciudad, los habitantes habían volado todos... con la costumbre que tienen de los terremotos...

—¿Me va a decir Ustedé que fue premeditado? —hizo Edmundo con asombro.

—A medias... Antes de iniciar la asamblea, Uriarte y yo suponíamos que probablemente una fuerza enemiga volaría a San Juan, y la hicimos lo mismo, por esa consideración que he dicho... y yo alargué mi discurso adrede. Confiamos en nuestros antiaéreos; y sobre todo, no nos hubiesen hecho el menor caso en San Juan si amanecemos allí gritando que se vayan todos. No nos hubiesen creído. Es la primera vez que se bombardea por argentinos una ciudad argentina.

—¡Con tal que prosperen Marel Plata y el Puerto! —exclamó Mundo—. ¡Hay que ver cómo está el resto del país!

—Pocos rincones como éste quedan —dijo el Cura—, que yo sepa. ¿Cuántos has visto en tu peregrinación por el país en pos de Dulcinea? El país está empobrecido y oprimido. Y este mismo rincón propicio, ¡miren!

Un hombre había llegado nadando hasta la playa de las mujeres, las cuales con agudos chillidos se metían en el agua y le tiraban objetos de baño.

—Hay que cumplir la ley. El Dr. Abraham Liebensohn asegura que la malla estorba el efecto sanitario de la acción mecánica de las aguas del mar sobre la piel... De esa manera conseguiremos pieles lindas, pero mire la miseria biológica de los cuerpos.

A lo lejos se divisaban los rebaños de bañistas, casi todos petizos y monstruosamente rechonchos.

—Hipopituitarios —dijo el hombre desnudo—. El síndrome adiposo genital se ha generalizado en forma de epidemia. Los médicos no saben qué hacerse.

—Hace diez años que se viene hablando —dijo Edmundo— Es cierto. Las porteñas se vuelven petizas y panzonas...

—Degeneración de la raza —dijo el Cura—. Han mordido el árbol de la ciencia y han perdido el árbol de la vida. Entre los doctores y la "eugenia" están haciendo más daño que la misma bomba atómica.

—Sin embargo existen reservas en el Sur, de donde vengo. Aunque pocas. ¡Qué tiempos desgraciados! He ido a su pueblo. Ni recuerdo de ustedes queda. La estancia de su padre ha desaparecido. ¡Qué triste es lo que he visto en esta nación!

—¿Qué ha visto?

—Como especie de dos razas, a cual más antipática. La raza de los miserables, de los que trabajan, cada día más enconados y embrutecidos; y la raza de los ricos, prepotentes y ciegos. Desaparece rápidamente el espléndido tipo del argentino de antes; como por ejemplo, el suyo.

—Yo soy más danés que argentino —sonrió el Cura—. Castigo de la vida a la soberbia técnica del hombre, ocupada en hacer máquinas de matar. ¿Qué hay de la destrucción de Buenos Aires?

—No se verificará —dijo el otro—. Lo aseguran los diarios grandes. La vigilancia aérea frustrará el acercamiento del bombardero atómico. La armada yanqui nos guarda.

—Sin embargo, los asiáticos han destruido ya Nueva York y cuatro capitales hispano-americanas, además de Portoalegre. Se ve que su designio es aniquilar por lo menos todas las capitales. ¡Pobre patria!

—Y aquí la gente divirtiéndose todavía...

—¡Y si usted viera el Casino!

—Y usted haciendo natación... con su hermana desaparecida.

—Ya aparecerá... y es conveniente que entonces no me encuentre en el Manicomio. Me baño para equilibrar mis nervios. No hemos de perder la razón. Yo la vida la tengo jugada pero la razón es inmortal, no quiere Dios que la sacrifiquemos ¡Si me gustaría diez mil veces más estar rezando que estar bañándome aquí! ¿Y vos no sabés nadar?

—No.

—¿Qué vas a hacer?

—No sé. Seguir buscando a Dulcinea.

—Quédate aquí, unamos fuerzas, entre los dos la encontraremos. Busca trabajo.

—¿Cómo voy a buscar si no conozco a nadie?

—Preséntate esta noche a las diez en esta dirección: calle Tomás Alba Edison, 113; y al portero dile la palabra: catecumenado.

—¿Cómo?

—Catecumenado. Confiando en ti, te haré entrar en una reunión de católicos; no de neocatólicos, sino de viejos católicos.

—Ésos que la policía disuelve... los cristeros.

—Esos mismos. Pero no peleamos más.

—¿Y por qué me voy a exponer a ese peligro?

—Hay un retrato al óleo de Dulcinea —dijo el hombre desnudo risueño.

—¿Y por qué Dulcinea tiene que serme inaccesible? ¿Está casada con otro, por ventura?

El Cura lo miró largamente con tristeza, movió rumiando los labios y al fin sacudió la testa.

—No me atrevo a decirte la verdad —dijo.

Y todo indignificado en su desnudez total, empezó a perorar como cuando peroraba en las asambleas cristeras.

—Esto anda muy mal —dijo—. La fe está casi extirpada y está sustituida por una herejía sutil. Del Papa de Roma no se tienen noticias, dicen que ha huido, por España, no se sabe. El último Cónclave fue sumamente sospechoso. Nuestra nación está al borde del abismo. Esas huelgas que hacen por todo los obreros quedándose en las usinas, las hacen por puro cansancio más que por ira; la prueba está como se dejan maltratar o masacrar inmóviles. Pero, ¡guay el día que se convengan y se organicen! Y esta guerra continental que recién comienza, si sigue adelante, será el fin del mundo. ¡Doscientos millones de hombres en el frente, "*vicies milies dena milia*"! Luisito Namuncurá, a vos te han roto la cara y la pierna y te han destruido la familia; pero estás bien vengado de la herejía. Han dejado a Dios y han hallado el infierno. ¿Y qué van a hallar? Estos tiempos son muy buenos, porque son eficacísimos para hacernos renegar de lo que Jesucristo llamó "el mundo".

Pegó un manotazo, y antes que Edmundo pudiera percatarse, le arrancó el relicario y se tiró al agua.

—¡Traicionero! —gritó el muchacho y empezó a afanarse con los remos en pos del fugitivo. De repente lo vio desaparecer como un

1. "Veinte mil veces diez mil" (Apocalipsis 9, 16).

plomo, los pies arriba. Cuando llegó al punto donde se había hundido, el cura surgió por la popa, le dió un empujón al bote y lo tiró al agua.

—Así es la situación en que te tiene Dios a vos, abombao —le gritó cuando vio que el policía, escupiendo y gritando, se asía a la quilla del bote dado vuelta—. Así vas a aprender a nadar. no hay cuidao.

Y dejándolo colgado de su bote, empezó a nadar tranquilamente, sistema trinquete, hacia la costa.

II

INFORMACIONES

A raíz de la traslación de la Capital del Virreinato a Marel Plata, la ciudad balnearia desenvolvió rápidamente una división que en este tiempo ya se había hecho neta: el casco de la Ciudad alrededor del Casino con prolongación norte y sur lungoplayas aquende; y los suburbios allende, a saber, Camet, Las Chacras, Las Canteras, el Puerto, Las Pescaderas, Valle Huincó... que la rodeaban en semicírculo sórdido.

En el casco existían los edificios más lujosos de Sudamérica y algunos, como el Palacio Botana y el gran Bazar y Modistería del Círculo de La Prensa, quizá del mundo entero. La traslación de las Oficinas Gubernativas, que había sanado de golpe al Puerto de Buenos Aires de su obesidad hipertrófica ya insoportable, había originado por contragolpe en Marel Plata el alarde de una opulencia extravagante, que el arquitecto Degas-Boivenel, en su libro *"Une Ville de Plaisir aux Plages Australes"*, había calificado de "exhibicionismo infantilizante progresivo".

Desde el alto minarete de pórvido verde del Palacio Botana se podía divisar con toda claridad, como la división colorida del Atlántico y el Río Laplata en Punta del Este, los límites de la ciudad suntuosa y su circunvalante zona escuálida. El rancherío se extendía por cuadras y cuadras, y hasta kilómetros, mellado y sórdido, sin árboles ni quintas y tanto más desolado cuanto aún quedaban en medio de las taperas, inhabitadas en su mayoría, algunas de las lindas casitas de piedra y tejas que habían edificado en otros tiempos la clase media ya desaparecida de pescadores y picapedreros acomodados.

—Aquí es —dijo el Cura Loco, parándose ante una de las casitas de piedra—. Te voy a presentar un amigo mío, que fue librero y editor en Buenos Aires, allá por mediados del siglo. Era rico y después se arruinó. Buena familia. Son judíos fervientes. Es el que puede

contestar, y lo hará con gran gusto, ya verás, a la pregunta que me hiciste ayer; y yo también necesito oírlo, porque yo tampoco lo sé. ¡Lo que pasó en este siglo! Yo nací a mediados de él; y pasé toda mi juventud sumergido en mis estudios y libros, estudiando y escribiendo; y desde que llegué a mi patria, sé una sola cosa: mi ministerio, es decir, mi martirio. ~~¡Cómo para leer historias~~

“Argentinas” estoy yo, que además son falsas todas! La historia de Ernesto Palacio, que era más o menos segura, está como sabes en el Índice Civil de Libros Prohibidos. No, el viejo está dentro seguro, pero hay que esperar un rato que abra.

Habían tocado el timbre y nadie abría.

—Eso sí, no le *hagas* caso a sus “fanatismos”; es medio fanático. Está lisiado hace años en una sillita con ruedas, y hoy Domingo las dos chinitas que lo cuidan se van de farra. La familia vive aquí, pero él quiere vivir solo con sus libros; tiene un hijo fenomenal. El pescador Mándel; y un nieto fenomenal, que es de los *nuestros*...

—Pero, ¿cuántos años tiene? —dijo Edmundo.

—Nació en 1901... saca la cuenta.

—¿Por qué dice usted que es “fanático”?

—No tanto como yo... pero ES... —rió el cura—. Por ejemplo, en seguida te va decir que yo le sané *milagrosamente* una nieta suya adolescente... No le creas, es superstición. Él era medio curandero, era rabino y curaba con yuyos y con su “Talmud”; así que somos medio colegas con él. Además, a él lo han echado de la Sinagoga, y a mí también...

Tocó el timbre otra vez. Se oyó ruido dentro de la casa, se oyó funcionar la pantalla cinemática donde se reflejan adentro los que están a la puerta de casa.

—“¡Voy!” —dijo una voz lejanísima—. “¡Bienvenidos!”

—¿Cómo fue? —preguntó el policía.

—¡Ah! ¿La cura? Simplemente, unos médicos de aquí querían matarle a la nieta, y yo no los dejé. Estaba empleada con Fermín Chávez hijo. Diagnosticaron “tumor cerebral” y querían trepanarla, ¡si serán bestias! Le estaban quemando el cuero cabelludo (tenía la calota hecha una ampolla) con rayos beta-tron y emanaciones de cobalto; y la chica andaba cada vez peor... Me bastó una lupa para verle en la pupila que no tenía el síndrome de Skeer. Les dije que no la dejaran operar ni a palos, y la tuvieron que esconder, a causa de la Ley. Yo tengo varios escondites... incluso uno en la

casa del padre de ella, el pescador Mandel. Son de origen español, a pesar del apellido, que, en alemán, significa "almendro".

—¿Y la curó usted?

—SE CURÓ —dijo impaciente el Cura—, tenía un poco de histeria leve. Unas cuantas conversaciones... y listo. Ya la verás —dijo el Cura—, ~~pero no aquí, algún día. Es una preciosa chica.~~

La puerta de duralumín se corrió sin ruido y se encendió al mismo tiempo adentro la luz lunar. En el medio de una elegante salita, amueblada de poltronas cromadas y con una especie de rieles debajo del techo, aislada del calor y los ruidos con Dummipast, apareció sentado en el medio un barbudo más viejo que Matusalén con una chiva blanca larguísima, una calva de pergamino, y la cara más arrugada que un higo paso, que parecía uno de esos grabados de Rembrandt. Tenía delante un tablero escritorio con un teclado de botones eléctricos, sostenido por caños curvos, revestidos del delicado esmalte verdemar de uso corriente. El matusalén saludó con la mano y una sonrisa rara, y tecleando unos botones cerró la puerta, aumentó la luz lunar y el refrigerador, e hizo correr las finísimas cortinas de seda artificial que protegían del polvo las paredes, atestadas hasta el techo de libros en fila. Parecía magia.

—Me hace mal a los ojos la luz del sol —dijo.

—¡Un momento, Israel! —dijo el Cura—. Deje que mi amigo vea sus tesoros. Además, yo necesito un momento el *Diatessaron* de Taciano... si lo tiene Ud.

El Viejo se asió de un cordón de seda que pendía a su lado; y a pura flexión de brazos trepó hasta uno de los rieles o barrotes cromados de arriba. Las dos piernas paralíticas colgaban como las de un tuyango muerto, envueltas en seda transparente, y descalzos los pies sarmentosos. Allá arriba se colgó de un brazo y les hizo un grito de contento, como un pájaro. Edmundo no quería creer a sus ojos.

—¡Noventa años! —les dijo.

—¡Temeridá! —dijo Mundo.

—Peso pluma —advirtió el Cura.

—¿Quiere el texto siríaco o el texto griego? —preguntó, colgándose de la zurda y hurgando con la derecha en la biblioteca.

—¡La versión latina!

El viejo tomó un librito encuadernado en pergamino y lo arrojó sobre el tablero color salmón, cubierto de caucho muelle y suave como un cutis humano:

—¡Bah! —dijo—. No tiene autoridad. La traducción es del siglo VI. —Y descendió por la sogá con la misma cachaza con que había subido—. Así puedo andar por toda la casa —dijo—. Y además tengo un motosillón con ruedas. Los domingos me voy a pasear al faro. Hoy no fui por casualidad.

—Mi amigo —dijo Edmundo, no sabiendo cómo empezar, porque el Cura había metido el hocico en el libro—, me dijo que para mí era interesante conocerlo a Ud.... ¡Canario! ¡Ya lo creo! Las cosas que se ven hoy día...

—Yo vivo solo. Mi familia me viene a ver de vez en cuando, pero yo no quiero serles de molestia. Claro que algún día... Pero yo creo que no voy a envejecer nunca —dijo el matusalén sonriendo—, y que me voy a morir de repente... sin dar trabajo a nadie.

—No escribe nada, no hace más que leer —dijo el Cura, que había hecho una notita y había dejado el mamotreto latino sobre la mesa—, y de lo que lee no saca nada en limpio. Al contrario... Si no hubiese leído tanto...

—Les voy a hacer café —dijo el viejo; y una mesita con utensilios encima vino corriendo a su lado como un perrito, apenas oprimió una tecla.

—Este amigo quiere que Ud. le explique la Argentina. Yo también. Ud. ha vivido todo el siglo veinte... La última vez que lo vi me dijo algo que me hizo cavilar: "El mundo no ha sido cambiado nada; lo que ha cambiado son las palabras; las cosas son las mismas; claro que han avanzado las cosas; pero los *movimientos* son los mismos..." , eso me dijo Ud.

El viejo se animó extraordinariamente, y se dirigió al policía:

—Yo solamente le puedo dar información... ¿Qué quiere saber? Filosofía no sé nada.

—Todo —dijo Mundo riendo—. Explicarme todo esto de ahora, que no lo entiendo... Nací en 1951. Yo lo único que sé es que los argentinos caímos un buen día unos sobre otros y nos *matamos* hasta llegar a medio millón de muertos; y que en ésa, en achurarnos mutuamente, andamos todavía ahora...

—¿Y cómo ven Uds. todo esto de ahora? ¿Qué hay ahora, para Uds.? —preguntó el curioso vejete.

—Yo veo esos "movimientos" que Ud. dice —dijo el Cura— Eso sí.

—Una especie de guerra civil insensata. Éstos —dijo Edmundo, señalando al Cura—, que están sublevados contra el gobierno de una manera insensata, los "crístóbales", puesto que nada pueden

contra él; y el Gobierno que ha hecho contra ellos una cantidad de leyes que son claramente injustas. No sé quién empezó. Pero es el cuento de nunca acabar... Es una cosa atroz; ¡mire que estos dos, él y su hermana, han sufrido ya lo que no hay idea! Y no cejan. Al revés, cada vez parecen más seguros...

~~—Bueno, esto del gobierno de ahora se llamaba "liberalismo", y~~ lo de éstos otros se llamaba religión católica o "iglesia" cuando yo era muchacho. Ahora se llama neocatolicismo o vitalismo cristiano por un lado; y a éstos los llaman cristóbales, viejo-católicos, nazis, aliancistas, rosistas o radicales...

—Todas las cosas feas tienen muchos nombres —dijo el Cura, sonriente.

—El eje de la historia argentina es la pugna entre el liberalismo y la tradición española. Y el liberalismo ha vencido. Eso es todo —dijo el judío—. La francmasonería, que es una creación de nuestra raza, fue su instrumento o brazo derecho; y egregiamente que trabajó, por cierto.

—Y así como aquí el liberalismo vino de afuera, también venció con el auxilio de afuera —dijo el Cura—. ¡La expedición Brail!

—Así es si Ud. quiere —el viejo prosiguió con su voz de pájaro—, pero a mí me parece que ahora ya no hay "afuera". El mundo se ha *unificado*. Lo que no pudo conseguir la Iglesia, lo hizo la Democracia: la unión de las naciones.

—El mundo se ha unificado en tres grandes porciones, dos de las cuales están ahora en la guerra más atroz que han visto los siglos —dijo el Cura, sombrío—. Valiente ganancia: las guerras nacionales convertidas en guerras "mundiales".

El vejete contrajo todo el rostro en un rictus amargo.

—Mala suerte —dijo—. Desastrosa suerte. Faltó el hombre grande, capaz de hacer la última ligazón. Pero ese hombre aparecerá; y será de mi raza. Esto está en los escritos de los Profetas, que tú, Luis admites como inspirados de Dios. Todas las cosas van hacia allí: incluso esta misma guerra espantosa, que es el rescate que hay que pagar. El comunismo puro debe ser extirpado. El Asia tal como ahora está organizada es un peligro fatal para la Humanidad. La Unión Europea entrará de nuestra parte y decidirá la contienda, no lo duden... No puede tardar mucho; pues todos ven claramente que de no, con las nuevas armas, el mundo se acabaría...

El Cura no respondió. Su mirada vagaba pensativa por la coqueta salita decorada en tonos claros que eran un encanto para los ojos,

por los libros encuadernados en colores diversos, las brillantes cortinas verde primavera, el delicado asbesto de los muebles, las poltronas con sus cojines de aire comprimido. Edmundo rompió el silencio:

—El liberalismo no lo conozco ni de nombre —dijo—. ~~¿No es acaso una doctrina del siglo pasado, conectada con el capitalismo,~~ que ya ha desaparecido? ¿Cómo dice Ud. que el liberalismo triunfó aquí? ¿No es el catolicismo el que ha triunfado?

—Más o menos cuando tú naciste —dijo el rabino mirando a Mundo como a un chiquilín— el antiguo liberalismo se fundió con el comunismo en todo el Occidente: eso estaba predicho en el libro de Werner Sombart sobre el *Neocapitalismo*. Parecía que eran dos contrarios a muerte, y sin embargo se hicieron uno. Eran contrarios, pero no eran contradictorios —el rabino tomó un tonito de conferencista—. Yo he vivido ese tiempo, era diputado radical, actué en política un tiempo, no por afición, más bien como experimento, para “vivir peligrosamente”, como decíamos los muchachos de entonces. ¡Qué farsa era entonces ser diputado! Mi padre el Sefardita me dejó una pequeña fortuna; y mi cadena de librerías y mis tres grandes editoriales, eso sí era afición...

—Afición al comercio —socarroneó el cura— no podía mentir la sangre... Hiciste plata.

—Y después la perdí... —dijo el viejo—. Yo tenía que hacer algo. El partido radical se dividió en dos porciones: una que pretendía seguir el pensamiento de sus fundadores, que fue prohibida por “nazi” y se sublevó, uniéndose al final a los cristóbales; la otra, donde yo pertenecía, que se fue decididamente al “izquierdismo”, como se decía entonces. Yo me salí entonces...

—Y el “liberalismo” se fundió con el “comunismo”... —repitió Mundo— ¿Cómo?...

—Un fundente religioso —explicó el conferenciante—. Había en la religión de éstos —dijo señalando al cura— un movimiento llamado “modernismo” que éstos condenaban, pero inútilmente. Ese movimiento impregnó toda la llamada “cristiandad”, empezando por el mundo anglosajón; e hizo la síntesis de las dos grandes fuerzas políticas del mundo, el capitalismo y el socialismo. El socialismo puro o comunismo permaneció en Rusia, y por ella en toda Asia, el capitalismo puro en algunas pequeñas naciones atrasadas, como el Congo, Siberia y el Afganistán; mas la parte más civilizada del mundo se volvió neo-católica o vitalista. En América es donde el movimiento

tiene más cohesión y unidad; el admirable libro de Felsenburgh lo hizo. ¿Lo conocen?

El Cura hizo una mueca de desprecio. Mas el judío se asió de nuevo al cordón de seda y trepó a su biblioteca. Le tiró un grueso volumen a Edmundo, que lo abarajó al aire. Preciosamente encuadernado.

—*The Peace's Soul* —dijo— tengo solamente la edición inglesa. Al español lo han traducido con el título inepto de *Condiciones de posibilidad de la paz mundial*. Ud. debe haberlo visto...

—Claro que sí, está por todo —dijo Edmundo—. Pero no pienso leerlo...

—¡Nunca un hombre ha escrito como ese hombre! —exclamó radiante el rabino volviendo a su silla.

—¡Ud. No tiene 90 años! ¡Es imposible! —gritó Mundo.

—Noventa y uno cumplidos, mocito.

—¿Cuántos idiomas sabe Ud.?

—Siete solamente. No necesito más.

—¡Ud. es un milagro viviente!

—Es la raza —dijo el vejete mostrando los dos brazos reciamente musculados—. Y trece años de ejercicio ímprobo —la lucha encarnizada contra mi enfermedad. Si me hubiese rendido, ahora sería una piltrafa... yo soy curandero como éste... Éste me curó a mi nietita...

—Mentiroso —dijo tranquilamente el Cura, arrellanándose en los blandos neumáticos del sillón.

—No se puede discutir con él nada —y guiñó el ojo—. Es inútil... Es hasta insultador a veces...

—Vos estás lleno de argumentos, a mí me das mil vueltas. Yo no tengo más que la vida... —refunfuñó el Cura.

—¡La vida! ¡Admirable vida la tuya! Pues, como les digo, el movimiento vitalista cristiano, que va a hacer un día la unificación del globo terráqueo, en América donde nació es uno solo, pero está con diversos nombres difundido por la haz de la tierra, y crece cada día: en España se llaman orsianos, en Francia chardinianos, en Italia neogibelinos, y hay diferencias entre ellos, pero el fondo es el mismo. En Francia por ejemplo, rechazan la autoridad del Papa, y en España la admiten; lo malo es que disputan cuál de los dos papas es el verdadero. . .

—¡El de Jerusalén! —dijo el Cura levantándose y golpeándose el pecho como un gorila—. ¡Doy testimonio! ¡Cecilio Primero es un impostor!

—El Papa de Jerusalén ¿es ése que *excomulgó* la bomba atómica? —preguntó el rabino riendo.

~~—Excomulgó a todos los católicos que usasen la bomba H, que la fabricasen, o que ayudasen a fabricarla ¿y qué?~~

—Como el Papa Inocencio I que excomulgó ¡las ballestas! Ése sí que era “inocencio”. No surtió efecto alguno...

—Surtió efecto. España obedeció.

—Por eso la ONU aplastó sin dificultad la rebelión carlista. Todos ustedes son “inocencios”...

—No importa —dijo el Cura—. Cuando salió la bula *Horrisonum*, justamente entonces empecé a pensar que León XIV era el verdadero Vicario de Jesucristo.

—¡Vicario de Jesucristo!... No hay hoy día en el mundo entero un hombre que realmente y con fe inquebrantable y segura crea en el Hombre-Dios, fuera de este hombre aquí —dijo el rabino mirando a su amigo... Es un fenómeno.

—¡Muchísimos creen en Cristo todavía, Israel! —dijo el Cura resentido.

—Sí, pero ¿cómo? —preguntó el judío. Tocó un botón y una de las cortinas de seda se corrió con la suavidad de la mano de un hada, y apareció una gran pantalla convexa de televisión de dos metros por tres, empotrada en la pared lateral, iluminada.

—¡Qué! ¿Me va a mostrar a Juliano Felsenburgh de cuerpo entero?

—No —dijo el rabino—. El programa religioso de hoy.

Apareció un cuadro vivo del Nacimiento: el Niño-Dios en un pesebre, una estrella de Hollywood que hacía de Virgen María, envuelta en gasas muy transparentes, un viejo muy garufo y apuesto, pastores y Reyes Magos, y una cantidad de ovejitas; y todo en torno una cantidad de niñas escueleras yanquis, vestidas con el nuevo uniforme de falditas cortas y “solera”, en medio de la delicada música del antiguo villancico *Heilige Nacht*.

—¡La fiesta de la Familia! —se oyó la voz imponente de Monseñor Fleurette:

“Estas niñas extasiadas ante el retablo hogareño del Nacimiento —dijo pausada y devotamente el orador— encarnan la dulce imagen de la paz, en cuya esperanzada búsqueda se movilizan las

voluntades de todos los habitantes del Mundo Libre, cuyos sentimientos se rigen por los eternos principios del gran moralista de Nazareth... Hermanos, amémonos... Hermanos, amémonos..."

—¡Idiota! —exclamó el Cura.

El judío rió, y apagó el aparato, al tiempo mismo que el Dignatario ~~Eclesiástico repetía su alocución. —Éste —dijo señalando al Cura y~~ mirando a Edmundo— es el último y el único cristiano; el único que cree que el profeta de Nazareth fue el Creador del Mundo! ¡Un hombre, Creador del Mundo!

Y la Iglesia de ustedes se había vuelto un estorbo para la cultura, digamos la verdad —prosiguió el judío. Culturalmente estaba en lo más bajo... Mire: yo conocí allá en mi juventud un cura que el mejor pintor argentino le ofreció decorarle gratis su iglesia, y él rechazó la propuesta y le pagó una suma redonda a un mal pintor italiano para que le atestara las paredes de bodrios al fresco... —le dijo a Edmundo.

—Yo conocí como seis curas de éstos —replicó el Cura.

—La Iglesia de Cristo parecía fundada para levantar a los idiotas y hundir a los entendidos. ¿No hay algo así en el Evangelio?

—No. Eso es cosa del demonio.

—Entonces ¿el demonio entre ustedes tiene más poder que Dios?

—En los pueblos que tienen la ira de Dios encima...

—¡Pero tú eres un pesimista absoluto, Luis! Tú eres un desesperado.

—Quizás. La desesperación y la esperanza andan siempre juntas en el pecho de un hombre religioso¹...

—Primera vez en la vida que oigo semejante cosa.

—Es que usted no es un hombre religioso.

—¿Que yo no soy un hombre religioso?

—No. Ni siquiera un hombre "ético"... "Has tenido demasiada plata, Israelillo." Tú eres un hombre estético, tu hijo es un hombre ético, y tu nieto es un hombre religioso...

1. De la fe total brota una esperanza "mayor que la razón": la certeza absoluta en la Providencia y el fruto del martirio, pero tal confianza va a caballo de la desesperación con respecto a los remedios naturales. "Hay casos en que el filósofo tiene que limitarse a constatar un proceso de precipitamiento (el retroceso y muerte de la Nación) limitándose a poner obstáculos -ideales- que lo retarden; y dejando abierta la eventualidad remota del *milagro*; como es el caso del Cura Loco, en el relato fantástico -y ojalá disparatado- de *Dulcinea*." (*Decadencia de las Sociedades*, en *Seis Ensayos y Tres Cartas*; Dictio, Bs. As., 1978, p. 108)

—¿El Chacha es un hombre religioso y yo no? ¡Zambombas!

Eso sí que no lo entiendo...

—Por eso digo —concluyó el Cura sonriendo.

—¿Tú eres el único hombre religioso que existe?

—Y mi hermana, y el capitán Uriarte, y todos mis pobres cristeros, y todos los cristianos diseminados en todo el mundo, ~~perseguidos~~ ciertamente, pero con la prenda segura de la victoria, que es la Fe...

—No me parece —dijo el judío—. Tú crees que Jesús-ben-Nazareth, que fue un gran profeta de nuestra raza —aunque no todas sus profecías se cumplieron, ojo— es el Creador del Mundo, lo cual es absurdo —el único hombre del mundo que lo cree. Y tu hermana cree en ti, y todos los demás creen en tu hermana. Lo que llaman ustedes "Fe sobrenatural", es el antiguo sentimiento del patriotismo exacerbado, el antiguo "nacionalismo", que ha desaparecido del mundo como tenía que desaparecer después de cumplida su misión, lo mismo que el fetichismo, la esclavitud, el imperialismo, el mito de la propiedad privada, el derecho divino de los reyes, la democracia y el concepto de "Iglesia"... No hay duda que la "Iglesia" de ustedes hizo mucho, al proclamar que todos los hombres eran hijos de un mismo Padre, para eliminar esa pasión absurda por la propia nación en detrimento de las demás naciones; pero fue mi raza en definitiva la que cumplió la obra. La misma idea de "nación" es un absurdo; nadie hasta hoy la ha podido definir. Es cierto que en un período de la historia tuvo razón de ser; pero ya acabó su cometido...

El Cura, que estaba con los ojos vagantes, torció de golpe la conversación.

—¿Saben lo que le pasó a mi hermana en Bs. As.? —dijo— Les voy a contar, es gracioso. Un día —hace tiempo ya— un vejete muy peripuesto —con un terno de supernylón gris perla de ésos que cuestan un dineral, me dijo mi hermana, un panamá riquísimo y botas de cristal hilado —la siguió por la calle Cochabamba y después Bernardo Irigoyen y después Caseros (que cómo se llaman ahora, no me acuerdo) como nueve cuadras seguidas; y ella creyó que era policía, naturalmente, y se asustó un poco, y se metió en un rascacielos de Tacuarí que tiene un laberinto de puertas y salidas, para darle el esquinazo. Mas en el momento de entrar, el viejo la alcanzó y le dijo: —¡Ud. es la reina del Barrio Sur! —Mi hermana entonces se volvió, lo miró y le dijo: —Si no fuera por la cara. —Y el vejete dijo: —¡Setenta años tengo ya, princesa, y la vi

y me arrastró usted diez cuerdas, setenta años que tengo los ojos abiertos y nunca he visto una mujer como Ud.! —Si no fuera por la cara —le repitió mi hermana que andaba sin la dentadura postiza; y se metió riendo en la casa de su amiga. ¿Qué me dicen?

—Y a propósito de la cara —dijo Mundo que se revolvía nervioso ~~en el sillón— ¿Cómo hace Ud. para suprimir cuando quiere el chirlo~~ de la cara, el ojo tuerto y la renguera del pie derecho?

—Eso es juego de niños —dijo el otro desdeñoso.

El judío dijo tranquilamente.

—Estás cambiando la plática, porque eso que tú llamas “blasfemias” te dan rabia, y no querés pelear conmigo, ¿te conozco! —dijo el Rabino—. Pues como les iba diciendo (no “blasfemo” más, perdón, Luis, hemos quedado que de Jesucristo no hablamos), el fondo del movimiento vitalista es el mismo en todas partes; y es la cosa más razonable y sensata que puede existir... puro sentido común...

—¿Cuál es el fondo! —preguntó Mundo.

—¡Aquí está! —dijo el otro posando unos dedos como sarmientos de viña sobre el riquísimo tafilete rojo del libro yanqui—. Se puede resumir en un axioma muy simple y evidente de un escritor del pasado siglo, a saber: “Una religión es verdadera en cuanto produce belleza; y el Cristianismo ha producido mucha belleza. Pero una religión es falsa en cuanto produce fealdad; y el Cristianismo ha producido mucha fealdad. ¿Qué hay que hacer, pues? Sin tocar las palabras de nuestros Credos y Misales, hay que cambiar el significado que está detrás; cambiarlo de acuerdo con la razón...” Y así se hizo. Yo he presenciado una “misa cantada” en Barcelona, y les aseguro que es un espectáculo espléndido, que ninguna ópera se le puedo comparar, suprimida aquella pequeña superstición de la “transubstanciación”, que llamaban... “¡Cambiar el sentido de las palabras rituales!”, decirlo es fácil; pero hacerlo es gigantesco. Felsenburgh tomó toda la historia de las religiones y con una erudición imponente, un análisis filosófico finísimo y las galas del decir del más grande de los poetas —ha sido comparado a Claudel, a Walt Whitman y al Dante juntos— produjo este portento literario, que es un monumento, les aseguro. Toda la riquísima literatura inglesa, la novelística, la poesía y el ensayo, se han volcado y fundido en él. Es un verdadero prodigio. No me canso de leerlo. Sólo éste aquí no lo quiere leer...

—Yo lo leí —dijo el Cura fríamente— y prohibí su lectura a mis “ovejas”.

—¿No le dije yo que los demás *creen en él*? —dijo el judío mirando a Mundo—. Es el Buen Pastor, que hace lo que quiere y no deja a los demás hacer lo que él hace. Así ha sido siempre el viejo Cristianismo.

—Mis amigos Fleurette, Panchampla y Papávero hacen eso —dijo el Cura muy serio.

~~—¿Cómo se impuso el nuevo-catolicismo?~~ —preguntó Edmundo—. Yo he venido aquí a instruirme, y no a oírlos discutir a Uds. sobre Jesucristo...

—Con la mayor facilidad —dijo el judío—. El país estaba preparado...

—¡Por la expedición Brail! —dijo el Cura.

—La tienen montada en las narices ustedes. Fue una intervención armada extranjera... bien. Mucho peor era la sucesión interminable de revueltas militares de mediados del siglo, que no dejaban al país dar un paso adelante. Aquí era *indispensable* una mano fuerte; y si esa mano fuerte fue yanqui, o mejor dicho, panamericana, ¿qué importa? Brail fue en exceso duro... hasta la crueldad, al principio; y yo opino que el decreto obligando a todos a usar las "markas" fue un error, éstos aquí las tenían por "blasfemas"; pero tomado el actual régimen en conjunto, se debe aprobar, me parece. Yo repruebo las torturas, los campos de Tierra Fuego y la parte religiosa del Código Damonte; y me dan una lástima inmensa los pobres cristeros, empezando por éste; pero todo eso es transitorio. Yo estoy seguro que éste, que es inteligente, acabará por refugiarse en su terruño patagónico, y dedicarse a la aviación, la mecánica o la medicina, a lo que le guste. Su hermana se casará y se dejará de reinados y castillos en el aire...

El Cura estaba haciendo una cantidad de muecas cómicas, y Edmundo nervioso otra vez, como cada vez que tocaban a Dulcinea. Dijo:

—Pero las sublevaciones de generales no se han acabado...

—La de los cristeros fue la última —replicó el informante— que efectivamente la iniciaron los militares. Pero ya "sonó", en el bombardeo de San Juan; las guerrillas que quedan son insignificantes. Eso tenía que terminar a cualquier costo: era una vergüenza.

Recuerdo haber leído en 1965 (cuando el gran triunfo electoral del comunismo en Italia) un resumen jocoso de la historia argentina de un gran escritor de nuestra raza, Mario Puccini, que salió en el *Figaro* de París, de la que recuerdo este párrafo: "...*Et alors, le général Urriburu*

sortit son revolver, et chassa le général Irigoyen... Mais après, quoi, un autre général, Agustín Justo, sortit son revolver et chassa le général Uriburu; et puis après, le général Rawson chassa le général Castillo, le successeur de Justo; et le général Ramírez chassa Rawson, Farrell chassa Ramírez, Perón chassa tous les autres, Lonardi chassa Perón, Aramburu chassa Lonardi... et ainsi de suite..."

Era una vergüenza. Estábamos en ridículo ante todo el mundo, y no se podía ir adelante. Era una mezcla continua de tiranía y anarquía, ninguna ley tenía fuerza, la Constitución había sido derogada y vuelta a sancionar no sé cuántas veces...

—Pero, ¿cómo se afirmó el gobierno actual, entonces? —interrogó Mundo.

—El gobierno panamericano —al fin y al cabo el primer Virrey del Río de la Plata fue un uruguayo— tuvo el acierto de resolver de entrada los grandes problemas nacionales con una serie de leyes acertadas, el núcleo del Código Damonte que hace ahora de Constitución Nacional. Los grandes problemas nacionales eran patentes y su solución era clara; sólo que no se podía actuarla a causa de las revueltas de los Generales. Tome por ejemplo el traslado de la Capital del país; era una cosa obvia, era un bien para todos; los cristeros mismos sostenían que había que trasladarla a Córdoba. Y así la Ley de Pobres, divididos en tres categorías (los antiguos "asilos" horripilaban a los pobres porque había una sola categoría), las Pensiones a la Vejez, el Reparto de las tierras, la supresión práctica de las Herencias, la Regularización Razonable del Divorcio, la Ley de Libertad de Capitales, la Sindicación Obrera, la Protección a la Iglesia Oficial...

—La quema de libros prohibidos —insinuó el Cura con malicia.

—Bueno, eso fue un error, no discuto. No porque me haya medio arruinado a mí —yo vendía muchos libros católicos— sino porque fue un error y nada más; pero no un error capital...

—La Ley de Prensa... —añadió el otro.

—¿No es una cosa obvia que la prensa de un país debe responder al gobierno del país? Lo otro es una pura anarquía —objetó el judío excitándose—. Actualmente la prensa grande, está idiotizada y las hojitas pequeñas no pueden salir, de acuerdo; pero es una etapa de transición, y no hay que olvidar que estamos en guerra... en la Guerra Última y Definitiva...

—Un amigo mío, gran estanciero de aquí de Balcarce —dijo el Cura—, vendió todos sus campos para aplicar su fortuna al periodismo... se le había metido que era un acto de caridad fundar

un diario "decente", como él decía. Creía que Jesucristo era el Hombre-Dios... Creía además que podía atenerse a la Ley de Prensa, que la iban a respetar... Bueno, se fundió: ahora es guarda de tranvía; pero todavía conserva "en pruebas" el último número de su última hojita humorística, "El Indio", que dice él podía salvar al país... Pero no lo salvó. Una tras otra se le hundían todas las "hojitas" que fundaba;

y eso legalmente, dentro de las pesadas condiciones de la ley... Amenazas a los canillitas, multas a los agencieros, "inspecciones" a las imprentas, y hasta el Correo, que se negaba a expedir las hojitas, o "perdía" paquetes enteros. Yo le dije... Es inútil. Ahora la verdad sólo puede propagarse oralmente, como en tiempo de Jesucristo, y como estamos nosotros haciendo ahora —confluyó risueño.

—Bien, el caso es que el Código Damonte, tomado en su conjunto, imprimió al país un progreso enorme —dijo el rabino—. Estábamos edificando todavía con ladrillos, aquí, figúrense, no habían entrado los nuevos materiales sintéticos, ¡no se conocía ni el cristal poroso siquiera! ¡El Perú y el Brasil estaban más adelantados que nosotros! El gobierno emprendió de inmediato una serie de obras públicas grandiosas, palacios y bloques de edificios, como el pueblo argentino no había jamás soñado. ¿Ha visto el Panlatreuticón de aquí, que levantó Rotondaro? ¿No es un ensueño? Es un edificio de las mil y una noches.

—¡La noche está adentro! —dijo el Cura—. Todo eso son cosas accesorias. Éste es un mundo sin caridad. La masa del país está empobrecida, y hay miseria como nunca. El 99 por ciento de los argentinos gana apenas para comer, y no está seguro del mañana; y los que creemos en Jesucristo no ganamos para comer. Éste es un fastuoso y alocado mundo sin caridad —concluyó con un dejo de tristeza.

—Quizá; pero hay más justicia —dijo el judío.

—¿Justicia? —dijo Edmundo.

—¿Ud. lo duda?

—Yo lo niego —afirmó el policía—. Yo he sido administrador de la justicia actual, y no la he podido soportar.

—¿Y había más justicia en el Vaticano de antes que en la Argentina de hoy? —preguntó con malicia el rabino.

—Si lo dice por mí —respondió vivamente el Cura—, va muerto. Ud. no sabe un pito de "mi caso", como lo llaman, nadie lo sabe. Ellos hicieron una iniquidad atroz, quizá un sacrilegio, porque me condenaron por cosas falsas; pero el Espíritu Santo, que gobierna

misteriosamente la Iglesia (la gobierna todo al revés, como si dijéramos), el Espíritu Santo me hizo justicia; es decir, me ajustició —dijo con una risita amarga—. ¿Acaso Jesucristo no fue un ajusticiado? ¿Y por ventura Jesucristo no se sometió al tribunal que lo condenó, a pesar de que sus miembros eran canallas? Había un designio oculto y *justo* en esa condena, que Jesucristo sabía y los otros no... No es que yo quiera igualarme a Jesucristo —añadió.

—Cuando sale con la mística, siempre tiene razón; pero yo no me lo explico —dijo Edmundo.

—Pero en el fondo me entiendes —replicó el Cura—. Yo soy difícil de explicar, pero fácil de entender.

El judío miró a su amigo un rato, moviendo los labios...

—Ud., Luis Namuncurá, me parece... a ratos se me hace... es un hombre que esconde un inmenso secreto... ¿no?

—Si le respondiera que sí o que no, ya empezaría a no ser secreto del todo... —repuso risueño el otro.

—¿Lo dejará Ud. en sus memorias?

—¡No!

—Yo también soy un poco místico —dijo el rabino.

—¡*Pur troppo!* —dijo el cura—. Pero todos los místicos siempre se han desconfiado unos a otros. ¡Edmundo, vámonos! ¡vámonos a comer! ¡Este eremita de aquí come solamente leche, aguardiente y yuyos! Ya tienes bastante "información" para entender lo de esta noche. Tú quieres venir, yo te prevengo formalmente que hay peligro. A los argumentos de éste yo no puedo responder: respondo con la realidad, con mi pobre existencia, con la realidad de mi pobre existencia, que a ti se te ha metido querer conocer. ¡Veremos cuánto tiempo eres capaz de compartirla! Te prevengo que es peligrosa...

—Mayores peligros pasa Dulcinea que usted —musitó Edmundo—. Eso es lo que me enloquece. Hasta que aparezca Dulcinea, yo lo sigo a Ud. Adoro al santo por la peana.

El simpático pajarraco israelita se había puesto de pie asido a su cordón y levantaba una mano en señal de saludo.

—Todo esto que hay aquí es de ustedes —dijo—. Y yo soy de ustedes. Me han complacido mucho. Espero verlos pronto.

—No nos veremos nunca más —dijo el Cura. Y ante el asombro del otro, añadió—: No porque yo lo repugne o no lo quiera, sino porque así es no más. Fatalidad. La vida es corta. He venido hoy

aquí solamente a despedirme de Ud. Usted es un viejito muy bueno, pero tiene en la cabeza un corso a contramano.

Y levantando a su vez el brazo, trazó una gran bendición sobre él, musitando latines.

III

CATACUMBAS

Aquél que en el crepúsculo del mismo día en que Mundo y el Cura departieron con el sabio judío, hubiese sido invitado a las grandes jaranas y juergas cotidianas del Palacio Botana y hubiese dirigido desde el minarete del Casino un largavista a la región de las Canteras, situada entre las calles Thomas Jefferson y Thomas I. Trabi, hubiese visto una colección de individuos de las más variadas pintas que como hormigas se dirigían muy callandito a una casita aislada, plantada en medio de una especie de laguna; lo que no hubiera llegado a distinguir era cómo franqueaban el agua encharcada, pisando con pericia sobre piedrones diseminados en fila, perdiéndose dentro de la casa abandonada. La laguna se había originado en una antigua cantera, en donde los caleros persiguiendo la caliza blanca habían cavado en todas direcciones y volado a dinamita los intermedios, originando una gran depresión, llena ahora de agua llovida. El sol caía rápidamente detrás de la casita, y un concierto de sapos y ranas cubría el ruido de la cautelosa banda que se dirigía a sus puertas.

Tres o cuatro controles detuvieron en el camino al Cura y Edmundo, surgiendo de entre las matas de paja escobera, bruscamente; hombres harapientos y armados. El Cura les daba la contraseña "*martyrii fides*". Edmundo notó que el último, delante de la casa, tenía una mano cortada: era un negro mota de rostro duro, vestido de oscuro y con una boina negra sobre la porra blanquísima. El Cura le dijo:

—¿Todo en orden, Ramón?

—*Olrái* —dijo el negro—. *Very gut*. Pero ha venido el grupo de Mafone. Tenga cuidado... Mejor hubiese sido...

—No hay cuidado —dijo el Cura—. Si busca camorra, lo echo. Pero Mafone no es mal hombre. Está tentado... No hay que olvidar los servicios pasados. Yo lo voy a arreglar.

La casa abandonada estaba en la más densa oscuridad. Apenas franqueada la puerta, que volvió a cerrar, el Cura sujetó a Edmundo por el brazo: "¡Cuidado!" dijo, al mismo tiempo que encendía una linternita. Edmundo vio con asombro que la casa no tenía piso: a sus pies se abría un abismo casi a pico. "Antigua cantera" —dijo el Cura. —~~¿Hay escalera?~~ —~~No, hay que tirarse~~ —sonrió el otro. —¿Cuántos metros? —Nueve. —¡Miseria! —¿No ha visto esos chicos que han entrado antes que nosotros? Ésos se han tirado ya... —y sin añadir más que una risita cachadora, el Cura levantó ambos brazos con la linterna y se lanzó de un salto al vacío. Edmundo quedó en la oscuridad, y se espantó más de no oírlo caer; cuando sonó de aquella sepultura, desde muy lejos, la voz risueña que le decía: "¡Haga como yo!" Con un estremecimiento helado, Edmundo saltó; y después de tres pavorosos segundos, se estampó de lado contra un algo blando y rodó a un lado. "¡Colchones!" —exclamó. Su compañero estaba a su lado con su linternita; sonriente. "Por aquí —le dijo—. Atención, hay un pasadizo estrecho. Sígame sin asustarse y pisándome los garrones."

—¿Qué es esto?

—Antiguas canteras de granito... convertidas en mi catedral.

—¡En tumba! —dijo el policía, rezongando en la oscuridad.

—Yo siempre he tenido vértigo en las catedrales —rió su amigo.

Edmundo dio un encontronazo tremendo con un muro frío. El Cura lo tomó de la mano y lo tiró hacia la izquierda, donde apareció una débil claridad. Un momento después la galería los dejó en una especie de vasta caverna de techo abovedado y piso irregular, débilmente alumbrada con cirios y lámparas de petróleo: repleta de gente.

—Quédese allí en ese rincón, ya que quiere presenciar nuestras reuniones. Confío en su lealtad —le dijo el Cura; y se abrió paso hacia el fondo de la caverna, cuajado de cirios, donde había una especie de estrado y una especie de altar. Edmundo lo vio volverse hacia el público con un cierto imperio y saludar sin una palabra, con los brazos extendidos y después un signo de cruz. Y sin más empezó a vestir sobre su mameluco y su chaqueta de aviador una vestidura blanca. Los viejo-católicos celebraban todavía el Domingo; y no el Jueves, como los neo-católicos.

Edmundo jamás había visto una ceremonia viejo-católica, su padre fue masón y su camino había ido por otro lado. Frente a él se alzaba contra la pared una inmensa cruz de palo, que tenía

dos extremos chamuscados o quemados y sobre los brazos colgada como una sábana o mortaja; no había más imágenes que ésa, no había flores ni adornos: un viejito encendía laboriosamente un montón de velas sobre una larga mesa que tendría unos cuatro metros. En el centro de ella había una gran piedra curiosamente ~~labrada con figuras y letras~~; y alrededor del ara había canastas, jarrones, legajos de papeles, una máquina de escribir; y otros objetos que no distinguía bien.

Detrás de la mesa, el Cura se vestía: se puso un poncho de vicuña medio recortado, un cordón púrpura en el antebrazo derecho cerca del codo, y al cuello una especie de collar rojo del que pendía un pesado objeto de oro; sobre la cabeza un cucurucho bordado de oro, como los que se ponía el Irreprochable en sus oficios, pero con dos puntas en vez de tres; y tomó en su derecha una larga caña metálica con una rosca en la punta. A su lado un señor joven, prócer, de bigote rubio y vestido con distinción le alcanzaba las vestiduras, al lado de una señora vestida de negro y con mantilla, arrodillada. Al otro lado del oficiante había un militar cristóbal a quien Edmundo reconoció con sorpresa; y otro hombre vestido de blanco que salió de la oscuridad de la izquierda con una especie de gran vaso plateado —copa de sport— y la puso delante del otro. También lo reconoció Edmundo, aunque con dificultad, pues tenía todo el pelo blanco. Era el Fiscalito. El otro era el capitán Uriarte.

Edmundo se volvió a su vecino de la derecha, un mocetón grandote, jetón, de bigotitos negros mochos; y le preguntó:

—¿Quién es ése? —por el Fiscalito.

—Es el cura encargado de esta cédula. ¿De qué *cédula* es usted?

—¿Célula?

—¿Usted es *catecúmano*?

—Soy amigo de aquél, del que ahora se está poniendo el cucurucho dorado.

—¿La mitra? Ajá, entonces usted es de los finos. Aquél es el Obispo.

—¿Al Cura Loco lo han hecho Obispo?

—Aquí está reconocido. Claro que loj otro dicen que es *cimástico*.

—¿Quiénes son los otros?

—Loj hereje.

—¿Quién es el señor que está al lado, que le falta un brazo?

—¿El manco? Ése es un señor de los nuestros, que antes tenía 2.700 *estáreas* de campo hace no má diez años, la estancia Santa

María; allá en Guanaco, p'al Oeste. Es don Pedro de Ocampo, hijo de un francés de por allá.

—¿Y ahora?

—Y ahora es tambero. Al lao está la señora. Tres hijos perdieron ya en la guerra, el otro está juído, las muchachas están con ellos; en lo de Abransón.

—¿Quién es Abransón?

—El dueño de ahora. Tiene quincemil *estáreas*...

—¿Me quiere decir usted que...?

—¡Chist!

Una cantidad de rostros se volvió hacia ellos reclamando silencio. El Fiscalito había empezado a leer en voz alta el Evangelio de ese Domingo, al lado del Obispo.

Más acostumbrados los ojos y con más luz, Edmundo empezó a observar el auditorio; la mayor parte estaba de pie, los sentados eran mujeres y chicos; gentes inverosímiles, de todas clases, algunos a la última miseria, harapientos, enfermos y baldados, algunos picapedreros en traje de trabajo, otros con traza de pescadores y peones, un bañero oficial con sus pantalones cortos, dos o tres marineros, y de vez en cuando un hombre de terno pueblera o una señora bien vestida, con mantilla. Edmundo se dijo que nunca había ni soñado una reunión más extravagante. "La Resurrección de la hija de Jairo" —gritaba en el ambiente pesado la voz del Fiscalito.

—¿Qué es aquello? —preguntó bajito a su intérprete.

—¿Cualo? ¿Aquello? El rincón de los enfermos.

—¿Y los del frente?

—¿Aquellos bancos? Ésos son los que comulgan.

—No, aquel banco solo, con gente disfrazada.

—No hable tan fuerte. Ésos son los arrepentidos. Tienen una corona de espinas en la cabeza. Pero son de papel —dijo el otro con una risita—. Hasta que mueran tienen que hacer penitencia.

—¿Cómo? ¿No les perdonan los pecados?

—Perdonar les perdonan, si se confiesan: pero si son pecados públicos, quiero decir, los tres pecados más graves, aunque más les perdonen, lo mismo tienen que estar en la misa con esa vestimenta, en el banco de adelante. Son los tres pecados graves.

—¿Cuáles son?

—Ahora los va a decir el cura. Siempre los dice. Son *homecillo*, o sea, muerte de hombre, adulterio y reniego de la fe. Siempre

que reniegue del todo, y después se arrepienta. Hasta la muerte tiene que recordar. No hay salida. Si no lo cumple, lo echamos de la *cédula*, y ninguna otra lo admite más. Hay que cumplir. Algunos, que hacen un gran hecho de valor, les dan la indulgencia plenaria.

Edmundo rió por lo bajo. En ese momento, una voz ronca ~~interrumpió al Fiscalito, que estaba comentando el Evangelio de la hija de Jairo:~~

—Ahora ya no hay más milagros.

—Hay, pero todos son contra nosotros —dijo otra voz.

—El Señor Nuestro Padre Namuncurá ha hecho milagros —terció una voz de mujer—. Puede voltear casas, si quiere.

El Obispo levantó una mano y se hizo un profundo silencio. La voz primera insistió:

—No hay Cristo. Cristo no ha existido. Es un mito. Todos los diarios, todos los libros lo dicen. Si Cristo *existiría*, ahora *habería* también milagros a favor nuestro.

El Obispo levantó en la izquierda el relicario que tenía al pecho: “En esta cajita de oro —dijo—, además de otras cosas, hay un pedazo de la verdadera cruz en que murió Jesucristo, nuestro Salvador. Esta cajita me la dio personalmente el Papa... Esta cajita de oro ha sido labrada por un gran artista del Renacimiento del siglo XVI, como nuestro hermano aquí, el que labró el ara. En el siglo XVI, no hace mucho, todos los diarios y libros decían que Cristo era una realidad, no un mito. Este pedazo de Vera Cruz lo heredó este Papa del otro Papa anterior, y éste del otro, y así en fila sin interrupción hasta el siglo III. En el siglo III el Emperador Constantino y su madre Santa Elena hallaron en Jerusalén la verdadera Cruz. Hay miles de testigos de que esta es la verdadera Cruz; y ha estado siempre a la custodia de todos los Papas.”

—Ahora hay dos Papas —pronunció la voz ronca—. ¿Y cómo sabemos cuál es el verdadero? ¿Y cómo sabemos que allí hay un trozo de la Verdadera Cruz?

—Mafone —gritó severamente el Obispo—, no estamos aquí para discutir contigo. Si has perdido la fe, vete y denúncianos a la Policía, si te atreves. Diez veces te he explicado los fundamentos de la fe...

—Nosotros creemos —gritó la mujer—, pero la fe se ha vuelto muy dura. No podemos más.

—Ya lo sé —respondió el Obispo—. Yo tampoco puedo más. Pero creo que me falta poco. Esperad un momento más, y el que ha de

venir vendrá, y no tardará. ¿Quién de ustedes puede saber qué suceso fabuloso puede ocurrir mañana mismo? ¿Creen que Dios no tiene fuerza para fulminar a sus enemigos, si quiere? Justamente porque sabe que tiene fuerza, por eso se calla. Así como destruyó siete ciudades el mes pasado de un solo terremoto, así puede hacer temblar al mundo entero...

—¡Se calla demasiado! —chilló la mujer.

—Habla por medio de nosotros —respondió el aviador Obispo.

—Yo creo —rugió Mafone—, porque mis padres creyeron, cada vez que hablo con Ud.; pero apenas salgo a la calle no creo más. No se puede.

—Hay que recomenzar cada día a creer. Lo mismo me pasa a mí.

—Su conducción de Ud. es muy dura. Yo no tengo nada contra Jesucristo, pero su conducción de Ud. es muy dura. ¡Déjenme hablar! ¡Es la última vez que hablo! ¡Nos persiguen como a perros y no podemos vengarnos: siempre aguante, aguante y aguante! Nos echan de todas partes apenas saben que somos viejos católicos; todos saben que la ley no vale para nosotros, que está contra nosotros, y así todos nos patean impunemente. No se puede negociar, no se puede comprar, no se puede vender, ¡no se puede vivir! ¿Y todavía nos prohíben que hagamos sabotaje, que saquemos mercaderías, que nos defendamos a tiros? No puede ser.

—Es que eso es peor y no conduce a nada —dijo el otro— En otras partes están muchísimo peor.

Levantó un papel de sobre la mesa.

—No puedo leer muchas epístolas hoy —dijo—. Pero aquí hay una de Norteamérica. Allá la fe está peor que aquí. Han dado una ley obligando a todos bajo penas gravísimas, incluso la silla eléctrica, a asistir tres veces por año al menos a las ceremonias de la nueva religión idolátrica; lo cual es apostatar; a raíz de la voladura del templo masónico de Massachusetts. ¿Qué han ganado con volar el Templo Masónico?

—¿Y usted no ha volado casas por si acaso? —dijo la mujer.

—Desintegré dos casas sin muerte de nadie cuando creí que eso podía servir a la causa de los cristófilos. Pero eso se acabó. No tengo posibilidad de hundir sino una más. ¿Creen ustedes que eso se hace con un soplo, con una palabra? Es un invento del finado ingeniero Rotondaro, el que murió junto con el Irreprochable; pero es necesario que la casa esté cruzada de cañería secreta por donde lanzar los

vapores de mercurio y un motorcito oculto, y la mar en coche. No es tan sencillo. Saben Uds. que fue arquitecto del gobierno antes de ser de los nuestros. *Preparó* una cuantas casas, pero aquí en Marel Plata no hay ya más que una preparada.

—¿Qué espera Ud, que no la hace saltar?

~~No lo sé. Espero la voluntad de Dios~~ Es un asunto entre Dios y yo.

Edmundo escuchaba con el mayor asombro. Una multívoca discusión se enredó entre los oyentes. Oyó que se reprochaban mutuamente falta de caridad y la escasez de las colectas. El Obispo gritó y dominó el tumulto.

—¡Les ruego por amor de Dios y Nuestra Señora que cada uno se saque la mitad del bocado que tiene en la boca para darlo al prójimo, al más cercano y al más necesitado! Mi Tesorero aquí (dijo, señalando al señorón) tiene la caja vacía, pero no se aflijan: la Providencia no nos olvida. Ud., Mafone, no tiene fe porque ha dejado la caridad: de los de su grupo, Ud. es el que podría llamarse rico, y es el más agarrado de todos. Obligación no digo que tenga; pero no se queje después...

—Usted quiere que nos muramos todos —gritó la mujer—. ¡Tenemos hijos!

—Por eso mismo —respondió el oficiante—. ¿Y los que están peor? ¿Y estos enfermos y lisiados, el tesoro de nuestra Iglesia? ¿Y las nueve divisiones de muchachos argentinos que están en la guerra? ¿Y los que están en la cárcel? ¿Y los que mueren mártires cada día? ¿No recuerdan quién fue linchado en esta cruz —dijo medio volviéndose a los maderos imponentes del fondo—, que todavía conserva rastros de sangre y de la hoguera? ¡Él era mucho mejor que todos nosotros, el jefe anterior de esta célula 26 ¡Es un mártir! Y el actual Jefe, Don Pedro de Ocampo, ha perdido más bienes que todos nosotros... ¿De qué podemos quejarnos? Nosotros tenemos la esperanza de la vida eterna; sin contar el triunfo próximo de Cristo en este mundo, conforme a las profecías...

Levantó un papel que tenía al lado.

—Aquí tengo una —carta de Santa Fe: una matanza cerca de Laguna Paiva; doce guerrilleros presos y muchos muertos; pero parece que han hecho estragos en los federales. Si no fuera por la continua molestia de los guerrilleros, el Adelantado Schnöckel hubiese mandado veinte divisiones de argentinos en vez de nueve a los frentes de Siberia; del Sud de Alemania y del Caribe. Mejor es morir aquí

que en Siberia, por eso no puedo desaprobarnos, aunque combatir con ellos no puedo ya. Mi vocación no es matar.

—¡Mejor es no morir! —gritó Mafone—. Yo tengo aquí un grupo que está conforme conmigo y está disconforme con Ud. Hoy hemos venido a decidir esto: si usted no levanta el reglamento de prohibiciones, nos vamos hoy mismo. ~~No podemos ser guerrilleros,~~ y no podemos seguir en el trabajo en estas condiciones. Asaltar negocios judíos no es robar; es la guerra; ellos nos han robado todo lo que tenemos, ¡Que lo diga el doctor Ocampo!

El señorón manco que estaba detrás del altar dijo con tranquilidad:

—Hoy tienes que ser juzgado, Mafone, después de la comunión. Has hecho un delito.

—¡Me han denunciado! ¡Maldito sea el infame alcahuete! —gritó el italiano.

—Nadie te ha denunciado —respondió el Obispo—. ¿Crees que se puede matar a un sacerdote sin que nadie lo sepa?

—¡Era un apóstata! ¡Se me abalanzó! ¡Lo maté en defensa propia!

—Eso lo dictaminarán los jueces después de la comunión.

—¡No lo permito! Me voy. Jueces por todos lados, ¡dónde vamos! Nos vamos ahora mismo.

Un grupo numeroso, con dos o tres mujeres, se le arrimó; y volviendo grupas todos, se encaminaron a una puerta o boquete. Toda la caverna, notó Edmundo, estaba flanqueada de boquetes de galería del tamaño de un hombre. El negro de la entrada se plantó delante de la salida con una pistola en la mano.

—¡Dejarlos salir! —ordenó el Obispo.

—¡Nos van a denunciar, Reverencia! —dijo el negro.

—¡No! —dijo el Obispo—. No pueden hacerlo sin gran peligro. Déjenlos. Mafone no es un Judas.

Edmundo creía que soñaba. El grupo desfiló en fila por el boquete negro, que llevaba quién sabe dónde. La colina debía de ser una red de galerías, eso estaba arreglado. Mientras el policía cavilaba y consideraba la extraña escena, se había procedido a la bendición de los enfermos, a la concertación de matrimonios y a una cantidad de papeleos en grupos, en algunos de los cuales Don Pedro entregaba dineros, pobres pesos argentinos por lo común, pocos trúmanes plata. De repente el Obispo pidió silencio:

—Me olvidaba —dijo—. Antes de la Consagración tengo un asunto importante, ese pobre siciliano me distrajo. He perdido la

comunicación con las células 20, 41, 63, 213, 455; los chasques habrán sido presos o muertos. Necesito voluntarios. Ustedes saben qué trabajo es ese, ¿no? No podemos darles más que el viático.

El mocetón rubio que estaba al lado de Edmundo cruzó a codazos hasta el altar.

~~—Yo puedo pedir quince días de licencia —dijo.~~

Detrás de él se movieron otros cinco o seis más.

—No —dijo el Obispo—, necesito mucho más tiempo.

—Yo, Reverencia, con lo que me den de viático y mis ahorros puedo vivir —dijo otro.

Don Pedro de Ocampo se apoderó de él; y de los otros, que exponían sus ofertas. El Obispo prosiguió:

—Necesito ordenar un sacerdote para la célula 455.

—Y bueno —dijo el mocetón rubio adelantándose de nuevo—, dejo el trabajo no más. Total, me escapé de la última leva, y lo mismo no más me van a llevar. Sé un poco de latín. Morir por morir...

—El Domingo próximo, si vivimos, te ordenaremos. Voy a consagrar —dijo el Obispo—. Gracias en nombre de Dios.

—¿Y Dulcinea? —gritó una voz, y Edmundo se estremeció.

—No me pregunten eso —dijo el oficiante—. Voy a consagrar.

—¿Vive? —gritó Edmundo.

—Vive no sé cómo, pobre hermana —muequeó el Obispo— pero nadie debe saber dónde está. Basta, es tarde.

Pocos minutos después Edmundo vio por primera vez una "comunión": los dos curas repartían por orden pedacitos de pan, que mojaban antes en la cratera con vino, la cual parecía ser una de esas "copas" de premio de fútbol. Algunos de los que recibían el bocado, lloraban. La ceremonia parecía interminable. Edmundo pensó si no debía acercarse él también; pero en ese momento fue arrojado a un lado de un empujón, y el control morocho corrió al lado de los curas y musitó rápidamente unas palabras. Un movimiento de espanto se hizo en las primeras filas. "¡La Policía!"

El Obispo recogió con calma las migas de pan, las echó a la cratera, y la pasó al Fiscalito. "¡Calma!", ordenó. —Hay tiempo. El primer control los detendrá todo lo que pueda, aún a costa de la vida. Es un "arrepentido". Salir todos por las galerías laterales, sin prisa, sin luces. Cuidado con los niños. Ustedes, retirar los colchones, y apaguen todo, menos la lámpara del centro. ¡Despacio! *Benedictio Dei Omnipotentis, Patris, et Filii et Spiritus Sancti ...*

En ese momento sonó un disparo lejos, y después una descarga en la puerta. Una voz enérgica gritó fuera: "¡Escaleras! ¡Hay un pozo! ¡Traigan los gases!" Edmundo se puso rápidamente al lado de su amigo, que plegaba tranquilamente las vestiduras.

—¿Y usted? —le dijo.

~~—Yo apago la última luz. ¿Ve este boquete de al lado? Salga~~
inmediatamente, no tenga miedo a la oscuridad ni a los recovecos: tendrá que caminar un rato largo, saldrá al lado de dos sauces, espéreme allí.

—Ud. primero —dijo fríamente Edmundo.

El Cura hizo un movimiento de impaciencia y se le cayó la lámpara de petróleo. Edmundo gritó y manoteó en el aire, corrió al boquete y dio contra una pared. En ese momento irrumpieron dos hombres en la caverna, y brilló el rayo de un reflector. El Cura había desaparecido. Edmundo se precipitó al boquete, pero sintió los chasquidos de las pistolas anestésicas y que una de las ampolletas de vidrio se le estrellaba en la nuca. Sintió el olor dulzón del metilo, sintió que las piernas se le doblaban y extendió las manos delante al caer exánime en la puerta de la galería.

IV

BANQUETE DE CURAS

El martes 27 de marzo tuvo lugar en el Palacio Botana un banquete en celebración del nombramiento de Monseñor Eustoquio Egidio Panchampla como Cardenal Primado Arzobispo del Virreynato del Río de la Plata de Panamérica. Al final de él se supieron varias cosas; y sin contarlas no podemos seguir adelante. Lástima...

Tuvo lugar en el Salón de Actos, vasta sala recubierta de ónix verde de San Luis, interrumpida con grandes cuadros al óleo de los próceres de Panamérica. En el escenario, una mesa ricamente colgada con un micrófono al lado acogía a los cuatro próceres de la fiesta: el nuevo Cardenal, enorme y poderoso, Monseñor Fleurette, capellán del Adelantado, el Rector del Seminario Hans Rinchytes y Cuitiño, el Jefe de los Federales, en representación del Gobierno. Detrás de ellos resplandecía en la pared de mármol incrustado el enorme signo de la Unión Panamericana; y debajo de él una pequeña Virgen de Luján con una mariposa encendida al pie.

Toda el ala izquierda del Palacio Botana, al lado del Hiper-Panlatreuticón, había sido dedicada a la sacristía del gran templo y a la Curia Eclesiástica. El templo de Marel Plata, aunque menor en dimensiones que el Latreuticón de Córdoba, era el más elegante y suntuoso de la República; en él debía celebrarse el primer Domingo de Abril la Consagración solemne del sabio y virtuoso Prelado cuyo nombramiento hoy se festejaba en fiesta de familia.

Los invitados, casi todos eclesiásticos, estaban sentados en dos filas a lo largo del salón, una mesa pequeña con otras cuatro dignidades estaba en el centro y otra mesa transversal cerraba en el fondo la herradura, donde estaba la gente joven, los más aventajados alumnos de las últimas promociones del Seminario. Allí reinaba la jarana, y de vez en cuando surgían interrupciones chistosas al espíker del micrófono, que los Optimates del escenario miraban con el ceño fruncido. Más de la mitad del salón sobraba;

y en ese espacio vacío se enjambraban los carritos con los platos y circulaban con dignidad los mucamos uniformados. De vez en cuando un sonido agudo y melodioso interrumpía la conversación y el espíker daba noticias u órdenes; por momentos, el micrófono transmitía fragmentos de la conversación de los cuatro Optimates de arriba. El "maitre" del Worlds King Hotel, de gran uniforme, vigilaba cuidadosamente el proceso de la suntuosa fiesta, un menú en la mano.

..."comprobación de los documentos —decía en esos momentos el locutor— ha sido hecha ayer por S. E. Dignísima Dr. Helbing Schnöeckel de la Universidad de Upsala, dignísimo Adelantado, Virrey de esta región de nuestra gran América; el cual ipso facto ha dado su «*exequatur*»... *Ergo habemus Pontificem!*¹ y la sede vacante tanto tiempo después de la tardía muerte de nuestro anterior Prelado (que Dios haya perdonado), ha caído donde el dedo de todo nuestro país señalaba inequívocamente (*con tono extático de locutor de fútbol*), en las manos del sabio y virtuoso Prelado que todos conocéis y para el cual pido el más caluroso aplauso!"

—¡Gol de Boca! —dijo una voz de la última mesa, medio desapercibida entre el ruido de los aplausos.

—¡Muchas gracias! —terminó el locutor sentándose.

En el silencio que siguió, se hizo audible en todo el salón la conversación de los cuatro grandes, que cambiaban entre sí noticias de Estado.

—Ciertamente —decía Cuitiño—, hemos liquidado eso. ¡Es un gran paso adelante! La caverna y las galerías han sido inundadas por medio de la laguna que estaba al lado, y esperamos incluso que algunos de los rebeldes hayan sido ahogados; aunque esta gente son como ratas; y los maulas tenían centinelas: el primero dellos murió por no ceder el paso. Dos o tres han sido alcanzados por las balas, uno de ellos, figúrese, vestido de sacerdote (de sacerdote de ellos, naturalmente), un mozo de pelo todo encanecido, que llevaba, imagínense qué, un gran tacho lleno de vino, que se derramó allí a la salida de la ratonera, mezclado con su sangre. Un sacerdote con un montón de vino, qué me dicen ustedes. Cismáticos al fin y al cabo. Murió al instante. Es lamentable, pero no siempre se puede tirar con las dormiditas, el alcance de éstas es corto: veinticinco metros. Tenían orden de agarrarlos vivos... Pero, Reverencias... Eso sí, la gran captura ha sido la del traidor salvaje inmundado ex policía Edmundo Florio, el causante de la

1. "Por tanto, tenemos Pontífice."

muerte del Irreprochable, ¿recuerdan? Se creía que había muerto en el bombardeo de San Juan. Estaba allí, convertido en cristóbal, ¿qué me dicen sus Reverencias?

—Hay que lamentar estos pequeños incidentes —dijo Fleurette—, pero el orden y la paz de la República...

—¿Y el Cura Loco? —preguntó Panchampla.

—Si vive o no vive, lo sabremos ahora por Edmundo. ¡Oh, ése hablará, no se aflijan ustedes, Reverencias, ése hablará! Tenemos medio de hacerlo hablar.

—El Cura Loco vive y se ha proclamado a sí mismo Obispo —exclamó el Rector Rinchytes—. Se ha organizado para sí una iglesia subterránea y rebelde. Cismática, desde luego; y además impía e idolátrica. Adoran a una mujer.

—No puede ser —retrucó majestuosamente Panchampla— ¿Quién lo va a seguir a ése? No tiene arrastre. Desde que murió la bruja aquella, que él manejaba...

—La llamada Dulcinea Argentina vive —replicó Rinchytes—, tengo desde ayer información secreta y fehaciente. Está de cajera en la Casa Central de la gran santería Satanowski, en Bs. As. Muy bien disfrazada, por supuesto.

—¡Zambomba! ¿Cómo sabe Ud. eso? —clamó Cuitiño, alzándose en pie—. ¡Tengo que hacerla apresar de inmediato! Desaparecida ésa, desaparece todo. Es un notición. ¿Cómo lo sabe usted? ¿Y por qué no me avisó al instante?

—Deje, no se moleste, Jefe, voy yo —interrumpió el locutor a Cuitiño, que estaba excitadísimo—. Telefonaré al Jefe de Bs. As. Anda mal el larga distancia por los saboteos; pero yo consigo línea siempre, aunque sea un poco complicado.

—Dígale que se ponga ya en marcha. Orden mía. Reverendo Padre Rector, usted me ha fallado. Éstos son listísimos. No hay que perder un minuto.

—Al contrario, lo he servido a Ud. dándole un notición que era de su deber desenterrar...

—¿Lo sabe bajo secreto de confesión? —hizo Cuitiño con una mueca sardónica.

—Lo sé y basta —dijo el otro.

En la sala reinaba un absoluto silencio. Una voz exclamó: "No la van a apresar." Otro de los convivas dijo: "¡Son todas patrañas!", e inmediatamente la conversación retornó en tumulto, en medio del bochinche de los cubiertos.

—¡Pido la palabra para una moción de orden! —dijo uno de la mesa del centro—. Una sola palabra: propongo que nos declame

su poema a la Virgen de Luján nuestro eminente poeta Monseñor Papávero. Esos asuntos de policía no son para estos momentos. Estamos cansados de bolazos. Yo no leo más los diarios.

En la mesa del centro estaba Monseñor Papávero con su capa violeta, recientemente nombrado Arzobispo *inpártibus* de Rosario, junto con el director de "*La Tribuna de Doctrina*", el Deán de la Catedral, y el dueño de la Editorial Católica "*Días y el Papel*", que es el que había hablado, y tenía un pique con el otro papelerero.

—Eso a los postres —exclamó Fleurette, y Panchampla hizo un majestuoso gesto de asentimiento.

—A los postres —anunció por el micrófono Cuitiño—. Esperen un momento, quiero saber el resultado del telefonazo. Verdaderamente, debería ir yo mismo.

En ese momento entró por bambalinas el locutor radiante:

—¡Hecho! —dijo.

—¿Habló?

—¡En seguida!

—¿Con él mismo?

—Sí.

—¿Toda la maquinaria de calle Moreno... ?

—Toda la maquinaria de la Policía mejor del mundo en movimiento.

—¡Escapará si es bruja! —comentó rudamente Cuitiño; y se frotó las manos.

—¿Qué hay de la guerra? —preguntó el Gran Editor—. El papel anda por las nubes ...lo mismo que Dios.

—Dentro de un momento, las últimas noticias —respondió el espíker—. La guerra la ganarnos nosotros, no se apuren. Aunque la Unión Europea entre a favor de Rusia y China. Que no entrará, no se apuren, Inglaterra es muy lista.

—Esos bárbaros —se elevó la voccecita aflautada de Monseñor Papávero—, están destruyendo el sentimiento primordial de todos, que es el patriotismo; digo esos bárbaros de los cristóbales. Por eso yo me he dedicado a la devoción a la Virgen de Luján, y he puesto a sus pies mi pobre y humilde lira. Suprimido el patriotismo, no queda ni religión, ni familia, ni propiedad, ni nada. La Virgen de Luján, con su vestido blanquiceleste y la escarapela de Panamérica sobre su materno y tierno corazón, es lo que necesitamos... La imagen que necesitamos contra el comunismo de estos bárbaros que siguen al Cura Loco, ¡peores que los bárbaros de más allá de los Urales! El pueblo no tiene patriotismo, hay que reconocerlo; son las clases dirigentes que deben enseñárselo. ¿Y

cómo? Por medio del arte. Por eso yo, en estas breves estrofas que ustedes me hacen el gran honor de pedirme...

—No —exclamó Panchampla desde arriba, concitado—. Ahora no. Después de mi brindis.

—ÚLTIMAS NOTICIAS DE LA GUERRA—se intercaló hábilmente el Locutor—. En resumen, grandes noticias: en el frente de Siberia, batalla de aviación con rotundo triunfo americano; 200 aparatos MIG 9 derribados. Sobre las ruinas de Berlín: prosigue el atrincheramiento de nuestra infantería y el emplazamiento de nuestra artillería. En el frente del Caribe: numerosas excursiones submarinas exitosas, excepto en un caso. Pero la gran noticia es ésta: las bombas nucleares no se emplearán más. Está ya *adquirido* que los dos bandos se abstendrán de ellas, los estragos son demasiado monstruosos y el equilibrio es perfecto. ¡La voz de la humanidad ha sido oída por el cielo! Después de la destrucción de casi todas las urbes del mundo, y en eso la Providencia nos ha realmente privilegiado, librando a nuestro Puerto, *laus Deo*, los ejércitos no harán más uso del uranio ni del hidrógeno, cuyas provisiones por lo demás se les deben haber agotado.

—¡No te fíes! —gritó una voz de la última mesa—. Yo no lo creo. ¡No creo nada!

—¡Doscientos millones de hombres en el frente! —exclamó otra voz penetrada—. ¡Y nosotros aquí comiendo!

Panchampla levantó la mano, y dijo:

—¡Anticipamos la victoria, que ya alborea! El Espíritu Santo, por medio de nuestro Santísimo Padre Cecilio Primero...

—¿Quién nos asegura que el Papa que está en España es el verdadero? ¿Y en qué ciudad de España está, qué sabemos...?

Otra vez se hizo en la sala un ominoso silencio.

—¡Dejemos eso ahora! —ordenó el Cardenal Arzobispo— No es el momento.

—El Papa que está en Jerusalén, es el verdadero, aunque haya sido musulmán cuando joven, "*De medietate Lunae*", nuestro Padre León XIV —clarineó la voz de la última mesa. Un sacerdote rubio, extremadamente alto y muy joven, se había puesto de pie con los puños apretados—. ¡Este es el momento de decirlo!

Cuitiño se levantó impetuosamente.

—¡Salga Ud, de esta sala! —dijo—. Padre... Padre...

—O'Neill, calláte —gritó Monseñor Fleurette—. Lo dije yo que no había que invitarlo. ¿Lo ven ahora? ¿Lo conocen?

—La Dirección —se entremetió hábilmente otra vez el locutor— ruega al señor Sacerdote Padre O'Neill que se sirva retirarse de este

fraternal convite, que ha turbado por tercera vez con sus importunidades. En cuanto a la ofensiva falta de respeto que ha *infligido* a toda esta venerada concurrencia, y al nombre de nuestro Santísimo Padre y Pastor Cecilio Primero, en presencia mismo de las más altas. . .

—¡Cecilio Primero es un Antipapa, qué quieren! —clamoreó el otro.

—¡Que se quede! ¡Que se quede! —gritaban todos los jóvenes de la última mesa, pateando sobre la alfombra, como en las clases del Padre Rosanas.

Panchampla estaba rojo como la grana, tumbado sobre el respaldo y haciendo rapidísimos gestos nerviosos con las manos, justo como el Padre Rosanas. —*Pas de scandale, pas de scandale, ah, ça non!*—, decía. El locutor intentó de nuevo hacerse dueño de la situación.

—¡Su Excelencia Monseñor Papávero leerá su poema a la Virgen! —anunció. Papávero se puso de pie con un montón de cuartillas.

El "*maître d'hôtel*", que estaba corriendo de un lado a otro muy afanado, se hizo oír con desesperación:

—¡Señores, no puedo introducir el cuarto plato, pavita al horno! ¡No respetan el programa!

—El poema de Papávero es un bodrio —dijo O'Neill y se sentó tranquilamente.

Panchampla hacía bondadosas señales de apaciguamiento en todas direcciones. El locutor tornó un botón y "puso en el aire" el primer movimiento de la Sinfonía a Haffner de Mozart. Una oleada de trinos cubrió el ambiente. Los mucamos se reían a socapa. Sólo el ruido de los cubiertos traspasaba la música; pero en la última mesa se hablaba en voz baja concitadamente.

—¡Qué escándalo! —decía Fleurette secándose la cara con un pañuelo de seda malva—. ¡Qué desorden! Todo por culpa de un loco...

Pero O'Neill mismo arregló la situación. Se levantó otra vez tranquilamente y trompeteó: —"Me retiro voluntariamente de este festín de Sardanápalo. He dicho lo que tenía que decir. Irlanda no ha reconocido al Papa Cecilio, Portugal tampoco, ni Polonia, ni el Reino de Israel, ni otras naciones, o cachos de naciones, como las llaman ustedes. Todo lo que llega de allá de España es muy oscuro, y en cambio el Papa de Jerusalén, León XIV, manda emisarios personales, que son abiertos y convincentes, y que arriesgan su vida incluso. ¡Ahora me voy! Y pueden suspenderme todo lo que quieran, ¡pero yo no les creo!"

Se dio vuelta y cruzó lentamente el gran salón, seguido de dos o tres. Los camareros se pusieron en dos filas, llenos de curiosidad. Monseñor Papávero sacó su libreta y empezó a anotar los nombres de los que se iban. "¡Otro! —decía—. ¡Cuándo se van a acabar estos cismas!" El banquete quiso continuar, pero ya estaba echado a perder". el "maître" suprimió el séptimo plato e hizo servir apresuradamente los helados y el champán. El Cardenal Panchampla, no del todo tranquilizado, hacía notitas apresuradas en el menú. Luego, a una seña del locutor, se puso de pie y con las manos pidió silencio.

—¡Amadísimos hermanos e hijos muy queridos en Nuestro Señor Jesucristo! —dijo—. El Espíritu Santo me ha elegido para gobernar esta porción escogida de la viña del Señor, este vasto Patriarcado eclesiástico que es la porción escogida de su redil... Yo soy muy democrático, yo soy como uno cualquiera de ustedes, ustedes saben que yo soy como uno cualquiera: el Espíritu Santo podía haber elegido a uno cualquiera de ustedes, a Monseñor Fleurette nuestro insigne orador, a Monseñor Papávero nuestro insigne cultor de las Musas, al Excelentísimo señor Deán, águila del Derecho Canónico, incluso a uno de aquellos jóvenes que tanto nos preocupan y a quien tanto amamos (*aplausos fragorosos en la última mesa*), supliendo los años naturalmente, porque "*malitia supplet aetatem*". Podía haber escogido a cualquiera, y yo sería su más rendidísimo súbdito; pero he aquí que ha sucedido esto que aún me sorprende "*che mi fu tolta e il modo ancor mi sorprende*", como dijo el Poeta del Medievo. Y desde el momento que el Espíritu Santo inexplicablemente ha elegido a mi humilde persona (*aplausos*) y que Dios me ha dicho: "¡Siéntate a mi diestra!", es evidente que lo que cumple ahora para cumplidamente llenar las voluntades de lo Alto, es la sumisión más absoluta, la obediencia de fe sobrenatural, la abnegación perfecta en mis manos de todas voluntades y juicios, —eso es—, que a mi vez y correlativamente será correspondida con...

—¡Muy bien! —gritó con profunda convicción Monseñor Papávero...

Mas estaba escrito que Papávero no iba a leer su poema ni el Cardenal acabar su brindis. Como si su grito fuese una señal, se oyó arriba un estruendo de vidrios rotos, y a través del vitral de la izquierda, que representaba las 27 naciones de América arrodilladas ante la bandera de la ONU, describió una fulmínea parábola una gran piedra, que fue a parar a la mesa del centro, rompiendo una jarra de "clericó". Atada a ella venía una especie

de pergamino, que el director de *TRIBUNA DE DOCTRINA* desató rápidamente y desplegó al aire. "¡Una comunicación a Su Eminencia, en papel con las armas episcopales y un gran sello rojo con una bola de plomo!", anunció. "¡Que la lea!", dijeron muchísimos. "¡Que se lea!", y antes que la mesa directiva hubiese podido atinar a impedirlo, el periodista leyó solemnemente en voz alta las siguientes palabras:

"En virtud de la autoridad que él sabe (o debe saber) que NOS tenemos, declaramos inválido, írrito y nulo el nombramiento de Eustoquio Egidio Panchampla; y avisamos con toda seriedad que no dejaremos realizarse la Sacrílega Consagración que para el próximo Domingo se proyecta. Mucho ojo, y atenerse a lo dicho. Firmado: Luis cardenal Namuncurá (a) El Cura Loco."

A partir de este momento, y a pesar de que Cuitiño anunció a gritos que iba a meter en el calabozo por ocho meses al miserable irlandés autor evidente de ese atentado, y a todos los que lo seguían o consentían, la fiesta se acabó y el desbande fue general. Panchampla estaba medio desmayado de congoja y pasmo. Comenzada bajo tan alegres y solemnes auspicios, la fiesta había resultado un desastre; Papávero tenía lágrimas en los ojos y las cuartillas en la mano. El final fue opaco y gris, alborotado y confuso. Lo único de él que podemos añadir aquí, son las primeras estrofas del "*Poema a la Virgen de Luján*" procedentes de las primeras cuartillas que Papávero desconcertado y no dueño de sí dejó caer a la salida...

(Suprimido por la censura el poema de Papávero;
y con razón, pues aunque escrito con buena intención,
en el fondo es "papaveráceo", es decir,
irreverente a Nuestra Señora).

V

PRISIONES

Cuando Edmundo despertó, no sabía dónde estaba, ni en qué parte del día ni en qué día. Poco a poco un dolor vago en todo el cuerpo lo despertó y despejó su memoria obnubilada. Se sintió en una cama dura, en un pozo oscuro y sórdido; y se sintió muy mal de salud; él que siempre había tenido buena salud.

La sesión en la "Sección Especial" había sido como una muerte, de la cual resucitaba lentamente; lo había hecho olvidar que lo habían traído a Buenos Aires en un coche celular, y llevado de inmediato al interrogatorio, sin reposo, sin comer, sin un vaso de agua. Ahora le parecía venir de región lejanísima y abolida, de otra vida.

"¿Osté, quién te decó dentrar acá?". ¿Dónde había oído él estas palabras?

Del tío Battista. Eran las palabras que decía el tío Battista cuando el Rubí entraba al comedor. El tío Battista...

El dolor se había ido localizando: una quemadura en el muslo, las uñas, el costado... ¿Qué querían estos idiotas que les dijera, si no sabía nada de lo que le habían preguntado? Aunque hubiera sabido dónde estaba escondida Dulcinea... Sentía un furor enorme, furor y miedo. ¡Qué injusticia! ¡Y qué vergüenza! Las torturas. Sabía que existían las torturas, pero nunca había tenido que ver con ellas, era pesquisante, y no carcelero ni verdugo. Sin embargo, él había trabajado para esa gente. "¿Sabía Ud. que todo hombre tiene un pie mayor que el otro?" Esta frase había leído una vez en una revista: ahora él sentía el pie derecho enormemente grande y el izquierdo como si no existiera. El tío Battista había muerto. Los cristianos iban en contra de la vida. La policía era una cosa abominable... Quitarse la vida, si lo torturaban otra vez, tenía que quitarse la vida; pero ¿cómo? Sus pensamientos se perdían,

tenía un hervidero de pensamientos, como una gusanera. Su cabeza parecía una matadura.

Intentó incorporarse y se dejó caer de nuevo. Esto no era nada, dolores nerviosos; en todo el cuerpo no lo habían torturado: era la sorpresa, la furia y el miedo, un miedo abyecto y atroz. La picana eléctrica... "Esto es para empezar...", le había dicho el odioso Secretario de Cuitiño. Él había trabajado con esa gente... Su odio a la injusticia... Nunca había sufrido corporalmente, nunca había estado enfermo. Era más la nerviosidad que otra cosa, seguramente. Esos cristóbales, algunos habían sufrido cosas atroces. A uno en Marel Plata el pueblo lo había clavado en una cruz y habían prendido fuego abajo. . . hacía mucho. . . en los tiempos del Irreprochable.

Se incorporó y miró alrededor. Tenía hambre. El calabozo no tenía más que otra cama. . . un armazón de cama; y un cajón hediondo en un rincón. Las dos camas llenaban casi todo el espacio, ¿con qué iba a matarse? Era una locura matarse. Pero tenía miedo, miedo atroz y abyecto; y un furor enorme. Lo habían torturado. Lo habían torturado para nada. Recordó al Secretario con los seis hombres alrededor de la mesa, con libretas en las manos, el interrogatorio absurdo: ni siquiera entendía lo que querían de él, a ratos no lo seguía, hablaba el otro solo... Esa boca sin labios, como un pico de lagartija, la cara pálida y estirada, cara de muerto; el tic nervioso que levantaba una parte del labio superior hacia la nariz. Idiota. Nunca había podido soportar a los idiotas. Lo que él decía no lo tenían en cuenta: "Nunca he sido cristóbal, no creo en Dios, no sé dónde está Dulcinea, estaba en esa reunión por casualidad." No hacían el menor caso; y era la verdad. Al final se había levantado, le había gritado al Secretario, lo había insultado y amenazado. Lo sujetaron y lo llevaron a... sus recuerdos volvieron en montón. Recordó la odiosa tortura y tuvo furia otra vez. Intentó pensar en otra cosa. Si al menos le trajeran de comer. Tenía sed. Se acostó.

Los cristianos eran gente que parecían querer vengarse de la vida; evidentemente iban contra la vida. Cuando tenía once años lo mandaron a la estancia del tío Battista un año: estaba flaco, había crecido de golpe, dormía mal. El tío Battista decía esa frase cada vez que entraba el perro en el comedor: "*¿Osté, quién te decó dentrar acá?*", con la cual había estado soñando. El tío Battista le explicaba el Evangelio después de cenar, abría el libro en cualquier punto, y le explicaba; le había hecho leer todo el Evangelio. El tío Battista era "evangélico", así lo llamaban, protestante. Tuvo una temporada un entusiasmo febril por todo eso, por las historias de ese libro, el tío

lo llevó a reuniones en que discutían el sentido secreto de algunas frases muy oscuras. Todavía tenía el librito que el tío le había dado; pero pronto vio que todo eso no podía ser. Evidentemente si los hombres hiciesen lo que allí se mandaba, el mundo andaría mejor; pero no lo hacían. No se podía hacer, era como un hermoso sueño, nada más, era poesía. En el Liceo un compañero le explicó la religión viejo-católica, que también se basaba en el Evangelio. Le contó que los ángeles habían traído volando la casa de la Virgen María desde un lugar en Asia, y la habían plantado en el suelo de una ciudad de Italia, Loreto; le había dado una estampita de la Virgen, una medalla, qué sé yo. Eran poesías. Pero los católicos de ahora eran gente terriblemente obstinados, y terriblemente tristes. Era una especie de suicidio. Recordó la reunión en la caverna; esa noche le había parecido una cosa curiosa, ahora le parecía horrible. Eran traidores a la patria, no respetaban la patria. Los secuaces de un hombre que había predicado el amor a los hombres, mataban a tiros a otros hombres... en defensa propia. ¿Qué defensa? ¿No era lógico defenderse sometiéndose al gobierno? Iban en contra de la patria, se obstinaban en pretender una independencia personal que sería muy linda si fuera posible; pero cuando se vive en sociedad, hay que resignar parte de la propia independencia a favor del Estado, y más en tiempo de "tan grandes acontecimientos históricos."

Frases enteras de los editoriales del *EL TABANO* le vinieron a las mientes, donde se razonaba la necesidad de las medidas coercitivas en contra de la "pervicacia" de los cristóbales. Verdad es que los cristóbales odiaban la injusticia lo mismo que él; pero su rebelión era insensata. Dulcinea. Si pudiera salvar a Dulcinea... El Cura Loco era simpático y era un buen hombre; pero evidentemente estaba loco. Tenía mucho arrastre, pero es que hay siempre muchos locos en una nación. Esta nación hacía tiempo que estaba medio loca.

La sublevación de los estancieros de la provincia contra la ley Damonte, él había contribuido a dominarla; y no se podía decir que él hubiese sido cruel, al contrario. Allí murió el tío Battista; él no lo supo sino hasta la carta de la tía. No sabía cómo diablo se había metido el tío allí, éstos eran contrarios a él. Se metió y por ahí, murió. No se sabía cómo. Mala suerte.

Ahora todo dependía de quién ganara la guerra. Si ganaban los rusos, el mundo se iba a convertir en un infierno, pero no podían ganar. "El infierno está en esta vida", decía doña Magdalena, su abuela italiana. Evidentemente si hubiera Dios, sería mucho mejor;

pero no podía haber Dios. Tal como estaba el mundo no podía haber Dios. Si había Dios, Dios estaba ausente del mundo y no se preocupaba de él. El mundo estaba lleno de injusticia; desde chico había odiado la injusticia, recordaba la gritería tremenda que le había armado al Rector del Colegio, a causa de las injusticias, lo habían hechado de tres Colegios. Era muy sensible y tímido, se replegaba en sí mismo cuando lo lastimaban, pero la lastimadura comenzaba a brotar y a trabajar adentro, y un día estallaba. Entró en la policía después de haber sido tambero y mayordomo de Estancia, para luchar contra la injusticia; pero en seguida vio que el gobierno no perseguía todas las injusticias, no perseguía las injusticias grandes; y a veces estaban ellos al servicio de la injusticia; a veces perseguían lo que no es injusticia, sino lo contrario. Si Dios existiera, tenía que hacer volar este mundo. Pero ¿no era eso lo que estaba pasando ahora justamente? Cuarenta años... Cuarenta años y no sabía dónde estaba, y su vida había sido inútil e incomprensible, un engaño toda ella. Y ahora pensaba en quitarse la vida. Si lo torturaban otra vez, de alguna manera iba a quitarse la vida, les iba a dejar un cadáver entre las manos.

Después del asqueroso asunto con la Aurelia, una ex-monja, no había querido saber nada con mujeres. Eran todas lo mismo, prostibularias... malos bichos... bichos ridículos. Creyó que había acabado con las mujeres hasta que la vio a ella... esa mujer... en una reunión de rebeldes donde había entrado a espiar. Quedó como enloquecido. Traicionó a la patria, o por lo menos traicionó a su oficio. No pudo denunciar, mintió. Después comenzó a seguirla, lo cual le era fácil por su oficio. Estaba enamorado; pero eso le pasaba a una cantidad de gente que había allí; sólo que él tenía más derecho que todos ellos juntos, aunque todos pensaban lo mismo. Pero eran locos. Cuando Cuitiño descubrió que la famosa Zorra y Dulcinea eran lo mismo, él consiguió salvarla. Creyó que con eso estaba ganada, pero no fue así. Traicionó de nuevo a su país; pero su país ahora no le importaba un rábano, los asquerosos torturadores de ayer (¿o fue anteayer?), eso era el país. El bombardeo de San Juan. . . El cadáver del Jesuita yanqui hecho pedazos por una granada. Su viaje por todas las cercanías en busca de Dulcinea y su hermano, si era su hermano... sintió un tremendo dolor que no era físico, aunque también físico. Se levantó y dio unos pasos por el pasillo entre las camas. Oyó chirriar la cerradura.

El carcelero entró con una pistola en la mano, y en la zurda la comida en un cajoncito sucio. Las cárceles de la Nación no habían progresado en cien años, habían ido para atrás. Edmundo se sentó con una mirada de hostilidad. El otro hizo una mueca que quería ser simpática.

~~—Está lloviendo lindo—dijo. Era un criollo de bigotes grandes,~~
con una permanente sonrisa un poco estúpida. Edmundo alzó los ojos a la claraboya.

—¿Qué hora es? —preguntó.

—No lo quieren matar —dijo el otro—, por ahora. Quieren que hable solamente.

—¿Dónde estoy?

El otro se sentó en la cama y comentó irónicamente, hablando con ninguno:

—Me pregunta dónde está... —y quedó mirando al aire.

A pesar del hambre, Edmundo apartó con disgusto la ollita sucia con porotos y repollo, fría. Tomó el pan y lo partió en dos. Cuando partió el pan, el carcelero sonrió, se levantó con prisa y salió, sin soltar la pistola. Edmundo rió: el suicidio era factible y fácil. Un hombre con una pistola en la mano, aunque fuese un atleta: o me mata o se la quito. ¡Qué imbéciles! Sintió que le entraba una especie de alivio, y se llevó el pan a la boca.

Vio en la miga del pan una cosa como un gusano grande, blanquecino. Resultó una especie de capsulita larga de celuloide, del tamaño de un mondadientes por la mitad. Adentro había dos píldoras pequeñísimas y un papelito de seda. En el papelito decía: "Trague estas píldoras apenas las reciba y tenga confianza en mí. DULCINEA."

El corazón le dio un golpetazo. Leyó de nuevo. ¿Sería una traición? Había píldoras de Pentotal para enloquecer y hacer hablar; de sobra lo sabía. "Este país está lleno de traidores", había dicho el Obispo Panchampla. El mismo era un traidor, salvaje, inmundo cristóbal, rosista, nazi y aliancista, se lo habían gritado diez veces ayer (¿o era anteayer?). Miró de nuevo el papel y reconoció la firma; era la misma que estaba al pie de las litografías de Dulcinea con traje real, corona y armiños que circulaban entre los cristóbales, y él mismo tenía una, bastante mala por cierto. Tomó las dos píldoras y las tragó, con un sorbo de agua del jarro. Al rato le entró una profunda somnolencia, se acostó y se durmió.

Cuando se despertó, le parecía haber hecho un sueño de años, entrecortado por ensueños confusos: el tío Battista, Dulcinea, el Cura Loco, el Secretario, todos bañados en una atmósfera refrescante y celeste. Se sentía muy bien. Se incorporó y vio al carcelero sentado en la otra cama, con su sonrisa eterna.

~~--¿Qué hay?—le preguntó—. ¿Qué pasa?~~

El otro dijo:

—Ha estado desmayao, lo mismo que muerto, como dos días, casi un día y medio. Creen que es a consecuencia de las torturas. "Se nos fue la mano", dicen. Tienen orden furiosa de Cuitiño de que no se muera; yo tengo orden de tirarle a las piernas si se me abalanza. No lo van a torturar más por ahora. Coma.

—¿De dónde viene esta comida?

El otro tomó sonriente el pan, y se lo alcanzó. Adentro había otro papelito tela de cebolla muy recio, escrito a mano. "Lo voy a salvar de la cárcel —decía—. No sé todavía cuándo; pero pronto. Si lo torturan, hágase el muerto, trate de desmayarse. Obedezca en todo al carcelero; por raro que sea lo que le mande. Lo voy a salvar porque usted me salvó la vida, a mí, aunque en nada aprecio esta vida. Creen que Ud. es uno de los jefes de los cristeros, que es de los nuestros, y usted no es de los nuestros"... Y después la conmovedora firma. Y luego: "Usted es mío"...

Edmundo le empezó a latir el corazón de manera que se ahogaba. Miró al carcelero sin poder decirle nada. El otro siguió hablando tranquilamente:

—Además hay grandes noticias, se han olvidado de usted un poco. Parece que Inglaterra entra a favor nuestro y ganamos la guerra, una fija. La gente anda enloquecida de contento. Aquí cada día hay manifestaciones: mejor para nosotros. El gobierno ha indultado una cantidad de presos, no de los nuestros, eso no, no te aflijás. Ahora va a venir la paz perpetua, y un progreso enorme. Van a repartir las tierras entre los pobres apenas termine la guerra... incluso la pescadería de mi padre, que la ha ganao con su trabajo, seguro...

Parecía hablar con tono de burla. Edmundo preguntó:

—¿Usted es de ellos?

—Como usted —confesó el otro—. Yo soy de la Reina. A mí téngame confianza, pero no podemos hablar mucho. Yo fui guerrillero, y eso me gustaría más. Pero me han dao esta "misión". Todo hombre en esta vida tiene su misión, así es no más. Ahora se me acaba, porque yo "rajo" con Ud....

Y después sonriendo siempre:

—Si es que no quedamos los dos en la puerta, hechos un cedazo. ¿Qué me importa? Yo soy solo. Pero no. La Reina hace bien las cosas. Anteayer se salvó de la Policía casi de milagro. Su hermano el Cura no se equivoca nunca.

Se levantó de golpe y salió. Edmundo se precipitó sobre la comida. A la tarde lo llevaron a un nuevo interrogatorio. En vez de responder secamente con la negativa (después de la cual venía un bofetón), Edmundo empezó a responder macanas; estaba alegre. Los seis hombres de la mesa apuntaban rápidamente. En un momento urdió una cantidad de cuentos, bastante trabados entre sí: las "células", la célula 455, el capitán Uriarte, el jesuita yanqui... el Fiscalito... Les dijo que estaba vivo, en Santa Fe, y se asombraron enormemente, de donde se enteró él que el Fiscalito había muerto. Al salir el Secretario, sin mudar su faz de muerto, dio orden:

—Le dan doble ración y una manta. Muy bien, Florio, lo felicito. Sabíamos que Ud, iba a cantar.

Al salir de la sala, Edmundo le dio ganas de reír. En la comida de aquel día encontró otra cápsula, donde se le decía simplemente:

"La evasión está preparada. No tiene más que esperar en paz. Hágase fuerte contra las torturas, más de una sesión no tendrá ya. Haga lo que le diga el carcelero. Pueden morir los dos, pero no importa. Quiero decir, peor es lo otro. Pero es casi seguro que saldrán. Encomiéndose a Nuestra Señora, no a la de Luján."

Edmundo besó la firma y se durmió tranquilo colmo un niño. A la mañana siguiente lo llevaron a la sala temprano. Habían comprobado la inexactitud de varias cosas que les había dicho ayer; pero habían constatado otras. Edmundo se enojó repentinamente, se levantó y empezó a gritar.

—¡Yo les digo lo que sé, qué culpa tengo yo si las cosas han cambiado, cambian continuamente!

El Secretario Páez, experto del otro enojo en el primer interrogatorio, trató de calmarlo.

—Siéntese —le dijo—, y tenga paciencia. Hablemos como amigos. Yo he admirado mucho los grandes triunfos de su carrera. Su carrera puede continuar mejor que antes. Traigan café... Hay una gran noticia que Ud. no sabía —prosiguió— viene la paz. Es casi seguro que Inglaterra entra a favor nuestro contra Rusia y China; y con ella toda la Unión Europea. Ha aparecido un hombre que se va agrandando día a día: Juliano Felsenburgh. Hace mucho que yo sabía su nombre, pero ahora ocupa toda la primera plana de todos los

diarios. Es sabido que los diarios hacen escombros, pero esta vez va en serio. Parece que de una sola palabra de él depende que Inglaterra deje la neutralidad o no. Felsenburgh es americano, es presidente del Consejo de Estado; es decir, manda en Washington más que el mismo Presidente; aunque algunos dicen que es judío, nacido en Rusia, aunque ha vivido muchos años en los antiguos "Estados Unidos". Ese hombre va a salvar al mundo de la guerra: hoy tiene una reunión con Winston Churchill Segundo... La gente está que arde. Ahí tenemos la radio prendida todo el día, por eso. Fíjese: es un hombre que anda solo por todo el mundo, en un avión fenómeno, un avión atómico que parece que es invento de él. ¿Sabe que han llegado a Buenos Aires los primeros autos atómicos?... Después de esto que le digo, espero que Ud. nos querrá ayudar. ¿Qué gana con obstinarse, compañero Florio?

Edmundo se esforzó en responder más hábilmente, en urdir mejor su cuento. Tenía la alegría de un novelista que compone, le importaba un bledo la paz del Mundo, pensaba sólo en contar algún día su invención a la mujer que lo iba a salvar. El Secretario lo despidió muy satisfecho de su mezcla de mentiras con medias verdades.

En su pocilga estaba la comida y el carcelero zarco. Ningún mensaje hoy. En vez de comer, Edmundo se sentó en la cama, apretó las dos manos entre las dos rodillas, y dijo:

—Mandel, necesito como la vida que me haga un favor. Mire, estos cochinos me han confiscado la plata que tenía en el banco, pero tengo dinero escondido, lo menos 120 trumanes oro. Todo eso será suyo en cuanto yo le ponga la mano encima. No, no proteste, eso es suyo ya, ¿entiende?, ¡hoy ya! Es preciso ahora que Ud. repita a su Reina, cuando la vea, cuanto antes... esto que le voy a decir ahora. Escuche bien.

Comenzó tartamudeando el monólogo que había compuesto la noche antes:

—Dígale que yo soy de ella: eso es seguro; ¡y en qué forma! Dígale después que ella es mía. Yo soy su esclavo, eso es cierto; yo soy también un señor, un gran señor, por ella. Dígale esto: que su carta me ha transformado en otro hombre. Siento una fuerza adentro que sería capaz de volar adonde ella está, de derribar estas paredes que me oprimen. Eso se hará, pronto la encontraré y la veré. Y así como ella me ha salvado de la cárcel, yo la sacaré a ella de todos los peligros, yo la arrancaré de la injusticia y la estupidez de este mundo. Hay lugares donde se puede vivir, en el Sur hay regiones

tranquilas, en la Provincia de Corrientes no cumplen las leyes del Gobierno desde hace tiempo, y el gobierno ha tenido que tolerarlo. ¿Me sigue? Yo haré lo que ella quiera hacer por supuesto, pero estoy seguro que la convenceré ¡Podría hablar un día entero sin parar! Vendrá la paz, y el gobierno no tendrá que apretar tanto a los... a ustedes. Ustedes podrán ir a los cultos de los nuevos católicos sin inconvenientes, ellos también creen en Jesucristo; y por dentro, creer lo que se les antoja. No sé para qué se obstinan...

—No se puede —interrumpió el carcelero.

—Yo no creo en Dios y sin embargo soy un hombre bueno —dijo Edmundo—. Nunca he hecho mal a nadie, pudiéndolo evitar, Y si he matado a algunos, fue siempre en actos de servicio. Bueno, esto no se lo diga, empezando por "yo no creo en Dios", todo eso no se lo diga. Ud. me hace perder el hilo. Dulcinea, hay una vida para ti que tú no conoces porque estás extraviada por recuerdos tristes; todos esos recuerdos me toca a mí hacerlos desaparecer, yo sé, yo sé, yo conozco una fuerza más grande. Dulcinea, yo te suplico por lo que más quieras que me escuches un momento todavía...

Edmundo se interrumpió anhelante. El carcelero rió muy alegre.

—No, esto está mal, y es muy largo. Voy a hacerle un resumen. Escuche bien atento.

Empezó otro monólogo enteramente diferente, bastante más volcánico. Cuando le pidió al otro que lo repitiera, salió un desastre. "¡No poder escribir!", decía el cuitado. Al fin quedaron de acuerdo en la frase: "Yo soy de ella. Eso es seguro. Pero Ud. es mía. Yo soy su esclavo, pero soy también un señor", y en otras frases que Mandel alcanzó a retener, aunque "dificulto mucho que le haga efeuto, porlomeno el efeuto que usted quiere", meneó la cabeza el carcelero; y Edmundo tuvo ganas de darle un puñetazo.

—Yo no creo en Dios —recordó Edmundo. Eso no se lo diga todavía, aunque ella lo sabe. ¡Mejor dicho, no sé si creo en Dios o no, no sé nada de ese asunto! Recordó cuántas veces había discutido, y cuántas había pensado hasta cansarse en ese asunto, hasta que el pensamiento se perdía en una especie de garabato. No podía haber Dios simplemente porque este mundo era una porquería; no se comprendía la existencia de un Creador todopoderoso y benigno y la existencia de las atrocidades que él había visto en la tierra desde que nació. Si había Dios, o era un perverso, que se alimentaba de nuestras lágrimas y se divertía con nuestros lloros, o bien simplemente no se ocupaba de nada. Pero yo, ¿qué lloros he derramado? La primera vez, el otro

día con la picana eléctrica. ¿Habrá que llorar mucho para poder ver a Dios? Dulcinea había llorado mucho.

Pensó que le gustaría llorar.

La acción de Dios estaba ausente del mundo; no se veía ninguna acción de Dios, de modo que si existía o no, era lo mismo. Pero eso mismo en cierto modo, postulaba a Dios; esa oscuridad, esas tinieblas,

esa angustia; porque si él, Edmundo, se angustiaba de las injusticias del mundo, eso era algo positivo. ¿Y quién lo había puesto en él? Eso no era del mundo. Los animales no se angustiaban de nada. No podía expresarse, sus pensamientos se enredaban, pensó que no sabía nada de filosofía, como le había dicho el Cura Loco, maldijo su ignorancia. Pero había en el mundo algo positivo, muchas cosas positivas, y esas tenían que tener un origen —retornó el pensamiento sutil que se le escapaba. He aquí, digámoslo así: yo digo que no hay Dios porque no se explica la injusticia en el mundo; pero sin Dios, no se explica absolutamente nada; y eso no puede ser. Todos seríamos fantasmas, apariencias, yo no existiría, no sabría si existía o no. Pero hay muchas cosas que son positivas, reales. ¿Por ejemplo? Qué se yo, la música, por ejemplo, la Novena Sinfonía. Tenía cuatro "*long-play*" de la Novena Sinfonía, por Toscanini, por Stokowski, por Crammer, y la más estupenda, por Seitmueller. Había caído en una especie de arrebato la primer vez que la oyó. La música era algo positivo; y tenía que tener explicación. Esta fórmula era estúpida, pero él sabía que detrás había un pensamiento macizo.

El amor, su amor: eso era una cosa positiva. La frase que le escribió la Reina de los cristóbales: "*Ud. es mío*" era una declaración de amor. Desde que la leyó empezó a desarrollarse en su alma una especie de proceso como nunca se lo había soñado. Todo lo que había sentido antes por Dulcinea, que cuando la vio quedó como un pajarito ante una serpiente, se puede decir que no era nada; al lado de esto, como un simple capricho. Ahora eran como unas oleadas, que lo levantaban como un pajita, como las olas en la playa de Marel Plata: oleadas de alegría y de pena, sensación de fuerza, poder de desafiar la muerte. Empezó a querer analizar lo que era y no pudo. Y cada día era nuevo y más poderoso. Esto era algo positivo, esto era real, más poderoso que él. Cómo se conectaba esto con la existencia de Dios, no lo sabía. Esto era algo que existía, que era natural y no inventado por los hombres, por los escritores de novelas. Por esto seguía en el mundo la vida de los hombres, con todas sus miserias, pero seguía. Los cristóbales mismos también se casaban; había visto que el Obispo aquella noche trataba de disuadir a algunas parejas lamentables,

les decía que era mejor no casarse; pero si insistían, él callaba; y Don Pedro de Ocampo los anotaba. El amor era algo positivo, y si Dios no existía, ¿qué explicación tenía? ¿Qué podía ser?

Comprendió que esto era pésima filosofía, que jamás se hubiera animado a argumentar así en el café, a decírselo por ejemplo a su antiguo amigo Páez: y se durmió sonriendo.

Al otro día vino la respuesta de Dulcinea:

"He recibido oralmente y por interpósita persona su declaración de amor. ¡Qué pena me ha dado! Pero se la agradezco lo mismo. Ud. sabe ya cuál es la respuesta. ¿Cuántas veces no se la he dado?

"Hoy Dios me inspira que le diga una cosa más. No sé si sabré decirla. La historia de Abraham...

"Ud. la debe saber: un hombre justo, que tenía un solo hijo, que era el compendio de las promesas divinas a él y a toda su raza. Y un día *'Dios habló a Abraham: Toma a Isaac, tu hijo único, a quien amas, y vete de aquí en la tierra Moriaj, y sacríficalo allí en sacrificio de fuego sobre una montaña que yo te mostraré.'*

"La Biblia no dice cómo habló Dios y cómo supo Abraham que eso era un mandato seguro de Dios, un mandato horrendo; pero él cumplió el mandato de Dios.

"Dios nos puede mandar cualquier cosa, lo que quiera, sea moral o sea inmoral. ¿Qué duda hay que matar a su hijo y quemarlo sobre un monte, es inmoral? Dios puede mandarnos lo que quiera; pero esos mandatos 'de Abraham' no los hace sino a muy pocas personas, a las cuales Él ama con predilección; las cuales por el mismo hecho quedan como bajo el peso de una maldición hasta el fin de su vida. Yo creo que yo y mi hermano somos... no sé si poco de presunción vana... somos, hemos sido así bendecidos y maldecidos por Dios, el cual nos ama. Terrible amor.

"Abraham debió sentirse como maldito de Dios; no solamente al subir al monte Moriaj, sino después, toda su vida, aún después de haberle sido devuelto Isaac: maldito y bendito al mismo tiempo. Él no pudo explicar a Isaac y a Sara lo que había pasado; no se podía, era un secreto inexplicable, su secreto, que para empezar no era creíble; e Isaac había visto a su padre con el cuchillo desenvainado sobre él después de tirarlo al suelo, y con su rodilla sobre su pecho; y al ángel de Dios, Isaac no lo había visto. Hasta el fin de su vida entre Abraham y su mujer y su hijo se interpuso un muro invisible, un muro de angustia; y ese muro era Dios. El que ve a Dios, muere.

"Ud. me dirá que Dios 'probó' a Abraham y que después le devolvió su hijo. Sí, pero no vaya a creer que fue un juego. Dios no está obligado

a devolvernos lo que nos quita, no siempre lo devuelve, A MÍ NO PUEDE DEVOLVERME LO QUE ME QUITÓ; y a Abraham no le devolvió lo mismo que le quitó, le devolvió un hijo muerto, para él muerto. YO SOY UNA MUERTA, ya se lo dije la otra vez. Pero a Job Dios le devolvió en esta vida, tres veces más de lo que le había quitado. Sí, porque quiso, porque resolvió hacer un milagro.

Pero Dios no siempre quiere hacer milagros. Y eso es en cierto modo un milagro mayor, cuando un hombre aguanta sobre sí el peso de Dios en seco: siendo un efímero mortal, aguanta sobre sí la eternidad. Eso es el milagro de la fe. Abraham es el padre de los creyentes.

"Le mando una poesía sobre 'Abraham' que hizo mi hermano cuando estaba en el Seminario. Él dice ahora que es pueril, pero a mí me gusta. Creo que a Ud. no le gusta leer poesías. A mí me gustan, las de Fermín Chávez más que todo.

"No sé para qué le cuento a Ud. estas cosas, que Ud. no cree. Pero Ud. las conoce, su tío Battista se las leyó. Haga cuenta que son una especie de comparación. Mi hermano y yo somos dos seres infinitamente débiles, digamos enfermos, y angustiados y perseguidos (el otro día un amigo locutor de Radio me avisó por teléfono a la «caja» de Satanowski que estaba descubierta, y yo desaparecí antes que llegase la policía, porque quería salvarlo a Ud.), somos seres que se puede decir que están muertos y que son nada, y sin embargo hacemos milagros. ¿No dice eso la gente? La gente dice 'brujerías', es lo mismo. Es el poder de Dios que los hace a través de nosotros; pero, ¡qué caro hay que pagar eso, no lo puede imaginar Ud.! Hay que morir para que el poder de Dios pueda hacerse en uno; y sin embargo, es el Dios de la vida.

"Yo no me puedo casar con Ud., ni con nadie..."

Edmundo cortó la lectura lanzando un juramento desesperado. El carcelero había desaparecido.

"Yo no me puedo casar con Ud., ni con nadie, porque no se casan los muertos, sino los vivientes. Ése es el sacrificio de Abraham que Dios le pide a Ud. Me tiene que sacrificar a mí dentro de sí mismo, con la seguridad de que no habrá devolución, como en el caso de Abraham, en esta vida. Yo no me puedo casar con Ud. No vaya a creer que depende de mi voluntad: es imposible, es físicamente imposible. No vaya a creer que he hecho votos o esas cosas..."

"¡Ojalá que fuesen solamente votos!"

Edmundo se detuvo ante esta expresión enigmática, y la leyó cuatro o cinco veces. La carta se hacía de más en más oscura, e implacable.

"Tenga lástima de mí. Mate sus sueños implacablemente. ¿Ud. se piensa que yo no he sido también muchacha, no he tenido sueños, mundos de sueños? ¡Ay de mí, los tengo todavía a veces, son mi tormento! Son una pura ilusión del demonio. Así son los suyos, que el carcelero Mandel trató de expresarme hoy con graciosa elocuencia. Son un engaño del demonio. Puede que al mismo tiempo sean una especie de trampa de Dios. Si no hay otra vida, crea que ellos son un engaño del demonio, el cual demonio no existiría tampoco en ese caso, es gracioso. Si hay otra vida, sepa que no se verificarán allá en la forma en que Ud. los sueña acá; aunque en ese caso son reales.

"La evasión está preparada para el viernes a las dos de la madrugada. No tiene más que seguir al carcelero Mandel. Mi hermano el Obispo me ha mandado una orden muy rara y enorme, que no sé cómo voy a cumplir: estoy en ascuas; pero en eso no me puede Ud. ayudar en nada. Si no, se lo diría. En lo que puede ayudarme, es en salvar su vida.

"Yo no tengo en nada a la vida, cada día deseo morir, pero esta temporada he estado muy animada pensando en quererlo salvar a Ud. Una vez hecho eso, no le debo nada, estamos a mano. Nunca intente verme, sería peor para los dos.

"Sincera y rendida amante (como decían en 1810). Dulcinea Argentina".

—Si esto es así, no comprendo nada; pero si esto es así, no me queda ninguna razón de vivir —exclamó Edmundo.

El rubio Mandel había entrado a retirar las latas y se quedó pasmado al ver que el preso no había tocado la comida.

—La evasión está preparada para el viernes a las dos de la madrugada —le dijo—. No tiene más que seguirme a mí.

Edmundo tiró con furor el pliego de papel al suelo.

—¡La evasión ya no tiene objeto!

Y maldijo su existencia.

JUSTICIA

"Suum cuique tribuendum, justitia est"
(Santo Tomás, S. Th. II-IIae., q. 58)

El collado Moriaj era triste y horrendo.

Un viejo de cien años lo tramontaba exhausto

Con un niño gracioso que decía riendo:

¿Y dónde está la víctima, Padre, del holocausto?

El medio día ardía bajo el astro llameante.
Corría un soplo flácido. Se tostaban las eras.
Y con el calor acre y esa luz aplastante,
Parecían las cosas dolorosas y austeras,

Y sobre los espinos y las rocas calcáreas
~~Descoloridos, muertos, bajo el sol abrigado~~

Y sobre el polvo plomo de las peladas áreas
Pesaba un vaho espeso de disgusto y de sueño.

Violentemente el viejo mascullaba entre dientes
Con voz tan seca y áspera como el polvo, un misterio,
Mas el chico volvía sus ojos inocentes
A veces, y pensaba qué diría tan serio.

"Señor, tú eres el dueño de todo. Es la verdad.
Lo que pidas es tuyo; pues como eres el fuerte,
Tu querer es más fuerte que la Paternidad
¡Y más fuerte que todo! ¡Que la vida y la muerte!

"Y tu boca lo dijo... ¡Mi esperanza!... Lo dijo.
Y no obstante, Señor, y no obstante es la única.
¡Ah, me vuelvo a mi hogar, y que viva mi hijo!
Pero ¡no! Caiga, y manche con su sangre mi túnica.

"Y lo haré, haré ese cúmulo desastroso de males,
Y con todas mis fuerzas... Señor, ¡tú lo verás!
Con la fuerza increíble de las cosas fatales
Que han de ser sin remedio, y han de ser, y no más.

"Pero, ¿por qué?... Señor, yo no sé la razón.
Pero, ¿por qué?... Señor, con tu gracia me asiste.
Que desfallece en estos «¿por qué?» mi corazón...
Pero, ¿por qué?, Señor, porque Tú lo dijiste."

Y rompió en un quejido de repente: "¡Isaac!"
El niño, que corría tras un lagarto, dijo:
"¿Qué quieres, padre?" El padre, quitándole el colbac
Dijo, por decir algo: "Lleva la leña, hijo."

Y reanudó su torvo monólogo temblón...
Unos buitres volaban en espirales suaves,
Y él: "Señor, Tú dijiste que iba a ser mi nación,
¡y ahora dices que muera, que lo coman las aves!

"De él saldrían las gentes como arenas del mar
Y el Cristo de él saldría como un pimpollo ardiente...
Yo no puedo dudar... y no puedo esperar...
Imposible esperar ¡e imposible negar!
¡Mas él nació de Sara miraculosamente!

~~"Yo no puedo dudar de que Tú lo dijiste~~
Ni de que ahora dices que debe perecer.
Dios verá lo que hace, Dios verá... ¡Qué hora triste!
Dios verá... A mí me toca creer y obedecer.

"Y lo haré aunque sea un cúmulo desastroso de males
Y con todas mis fuerzas... Señor ¡Tú lo verás!
Con la fuerza increíble de las cosas fatales
Que han de ser sin remedio, y han de ser, y no más.

"Y se alzaré mi brazo, rígido como el Hado,
Y se alzaré el cuchillo, sujeto a tus antojos
Volveré a mí la víctima su rostro conturbado...
Más caerá mi brazo... Yo cerraré los ojos."

Y dijo: "Ya llegamos, ya llegó la sazón,
Señor, en que te muestre que eres el dueño. ¿Ya?"
(Estaban en el monte que llamaban "Visión"
Y de que allí adelante se llamó: "Dios verá").

Abraham como un autómatas disponía la leña
Y el niño se la daba, reidor y parlero.
Abraham andaba torpe, como un hombre que sueña
Y el niño se reía, pues no había cordero.

Pero en sus labios niños se heló la risa fácil
Cuando dijo su padre que era en él el degüello
Y levantó el cuchillo sobre su testa grácil
Agarrándola bruscamente por el cabello...

VI

LA EVASIÓN

Edmundo se reclinó en un sillón. La herida del hombro le dolía y el brazo estaba tieso. Pero se sentía infinitamente bien.

Entró la patrona, menudita y grácil.

—¿Levantado ya? ¿Con qué permiso? —dijo.

—Estoy sano —respondió—. La cicatrización marcha rápido. No ha hecho más que rozar el hueso, por suerte. Un pedacito de hueso menos... ¿Dónde está el carcelero Mandel?

—¡Ay!, mi hijastro, no lo sé. Nunca sé esas cosas. Sospecho que ha volado al Norte, hacia Santa Fe, donde usted también estaba destinado, si no lo hubiesen herido. Mi marido quiere hablarle a Ud., tiene que llevarlo a una parte.

—¿A qué parte?

—A una parte. Nunca sé esas cosas, o ellos creen que no las sé. Hoy se desayuna Ud, en el comedor, con nosotros. —Gracias, señora. Antes de sentarse, Edmundo acarició a los chicos, un varón y tres nenas, la mayor de 13 años. Todo respiraba paz y alegría allí. Una rubiecita preciosa, Raquel, la tercera, una gran melena rubia con bucles, un porte de reina... Entró el viejo Mandel, y saludó brevemente con su manera huraña.

—Su hijo mayor me salvó la vida exponiendo la suya; y usted es judío —dijo Florio, la frase que lo había obsedido estos días.

—Israelita... Pero soy argentino de dos generaciones, y mi hijo mayor tiene toda la pinta de un criollo.

—Cierto, Tiene toda la pinta... —La pescadería —dijo el otro—. Eso lo hace la pescadería. ¿Qué noticias hay? —Lo de siempre. Hacen mucho ruido con la entrada de...

—Dice su amigo que ésos son cuentos. Su amigo, sí, ahora lo vamos a ver en seguida. Se ve que se fía enormemente de Ud. Me extraña. Eso va contra las reglas de ellos... Vamos.

El viejo Mandel, al revés del hijo, era serio y ceñudo, retacón y muy robusto. Tenía una barba rubia un poco canosa, sin bigotes.

Arrastraba una pierna al andar, la explosión de un motor le había destrozado la rótula cuando joven. Edmundo se asombró del aspecto de la casa cuando salió, no la había visto de afuera: estaba aislada en medio de una loma de arena medanosa, combatido el médano por todas partes por plantaciones de árboles. Un camino con ~~pedregullo conducía al puerto, sobre el camino esperaba una~~ camioneta. Mándel era dueño de una flotilla de vaporcitos de pesca, que ahora dirigía; pero se la había hecho a fuerza de puños, empezando como pescador. Él había conducido el avión que los levantó en la costanera de la cárcel a su hijo y a él. Edmundo no acababa de asombrarse de lo que veía. Esta gente se sacrificaba asombrosamente por el prójimo con la mayor naturalidad; y éste... no era cristiano ni cristero ni cristóbal...

—¿Dón-de-me-lleva?

—Su amigo el Cura trabaja aquí desde hace muchos años. Yo le fabriqué un escritorio seguro, ¿Sabe Ud, que ese hombre curó a mi nena mayor? No sé cómo, pero la curó. Tenía una cosa pertinaz, una especie de alergia, que los médicos no sabían lo que era. Aquí estamos.

Era un monte de pinos y eucaliptos muy espeso, que había fijado un médano. El viejo lo guió a través de un sendero tupido, casi invisible, hasta una especie de invernadero o depósito, un galponcito con vidrios por paredes, algunos rotos, que estaba encombrado de cajones, barricas, muebles viejos y toda suerte de instrumentos de jardinería. Mandel hizo girar un cajón, que parecía de un peso enorme, con solo apoyar la mano en un canto, debajo se abrió una trampa, con una escalerita vertical. "Aquí trabaja y descansa su amigo —dijo—, por temporadas. Hasta hoy, esto ha sido seguro; refugio seguro para él. Mañana, no sabemos. La policía anda más brava cada día..."

Después de cruzar un pasillo estrecho, entraron en una salita con luces encendidas, ventiladores arriba, y dos puertas a ambos lados, que llevarían sin duda a otras piecitas; pero Edmundo lo único que vio al entrar fué al Cura Loco sentado ante un amplio escritorio, al cual al principio no reconoció; tenía la cabellera color rufo y una barba rala; y el cutis era blanco y rosado como el de un alemán. Vestía correctísimos pantalones de franela gris, con un ropón de seda encima. Parecía.. qué sé yo... un empresario o alto funcionario gubernativo de Marel Plata. Se levantó y saludó inclinándose:

—*Morituri te salutant* —dijo—. Ya nos contará su evasión. ¿Y qué podemos hacer con Ud. ahora? Ése es el problema. Edmundo se quería deshacer en frases de gratitud, pero no lo dejaron: lo instalaron en una amplia poltrona de cuero, y le dieron un cigarro. El cura levantó un papel de la inverosímil cosecha de ellos que había sobre el cristal de su escritorio.

—Noticias de mi hermana —dijo—. Muy bien por ahora. Pobre hermana. ¡Qué vida! A ésa hay que tenerla siempre en vilo. Lo mismo que a mí. Le he enviado una orden tremenda. Mucho trabajo. Éste es mi trabajo verdadero, tiene Ud. hoy un privilegio de que muy pocos pueden gloriarse, conocer mi trabajo secreto. Lo que conocen de mí, son las “vacaciones”: tirar al suelo casas y huir en avión. Pero la organización de todas las células viejo-cristianas del país, es mi trabajo verdadero. Es una red, no se imagina Ud. Suerte que es un trabajo que se ha hecho casi solo, pero ahora precisa una cabeza, una cualquiera. Esos estancieros de la Provincia de Buenos Aires me han sorprendido: tenían pasta de jefes y aspecto de frívolos. Ud, vio a Don Pedro de Ocampo. Ahora casi todos son “inspectores”, diseminados por todo el país.

—¿Inspectores?

—Es decir “Obispos”. Obispo significa “inspector”; “*episcopéin*” en griego.

—Pero, ¿son verdaderos Obispos? ¿Los nombra Ud.?

—Mucho más Obispos que Panchampla, pierda cuidado —rió—. Se creyó que con la supresión de los Colegios de religiosos iban a perder la religión; y resultó que la acrecieron. Dios me perdone, pero los Colegios de religiosos les hacían perder la fe. Los estancieros de la provincia, quiero decir, perdieron todas sus tierras por la “Ley Damonte Amendment 6”, después de la sublevación, naturalmente; y la mayoría de ellos, que están todos emparentados entre sí, se lanzaron a otra lucha, sin cuartel... y sin esperanza... terrenal —añadió mirando a Edmundo—. Pero, ¿para qué estoy diciendo ésto? —Por charlar y no trabajar. ¿Cómo fué la evasión? Mi trabajo es muy importante, pero ahora no es apurado. Mi hermana hace bien las cosas, se puede descansar en ella...

—Veo claramente por no sé porqué, que Ud, está preparando una trastada... un golpe de los suyos. Lo huelo —dijo el viejo pescador.

—Uds. pueden saberlo —dijo el otro—, me fío de ustedes. Sí. El Domingo voy a hacer saltar el Panlatreuticón de aquí. Lo voy a hacer polvo blanco.

Los otros se miraron azorados.

—Y en este mes voy a hacer evacuar a Buenos Aires...

—¿Qué cosa? ¿Cómo? ¿Con qué? —balbuceó Edmundo.

—Voy a hacer saber a la población, Dulcinea se encargará, que el Puerto-Capital va a sufrir un ataque atómico. Edmundo miró al judío y vio que éste estaba inmóvil con los ojos clavados en el Cura, tirándose la barbicha rubia.

—Pataratas —prosiguió éste—, eso que dicen que no habrá más bombardeos atómicos; y pataratas lo de la entrada de Inglaterra a favor “nuestro”, de ellos. Cada vez que hay una campaña de prensa abrumadora, hay otra cosa detrás, muchas veces la contraria. ¡Ojo alerta!

—¿Ud. va a anunciar que Buenos Aires...? Y Ud., ¿de dónde lo sabe?

—Lo sé. Y así como Dulcinea me obedece a mí, yo obedezco una orden superior, tengo que obedecer. Si no se cumple mi predicción, hacemos un papelón atroz, el más terrible de los papelones: ¡adiós prestigio! Pero si se cumple, como se ha de cumplir, salvamos la vida de muchísima gente, de los nuestros primero de todo, de todos los que nos crean. Calculo una tercera parte de la población, quizá más. Bien vale exponer la vida. Por lo demás, expuesta la tenemos siempre.

—¿Y cómo lo ha de anunciar Ud.? ¿No sería mejor anunciarlo al Gobierno?

—¡Déjeme de cuestiones técnicas! ¡Dulcinea sabe!

Levantó de sobre el bufete una estampilla común de correos.

—¿Qué hay detrás de esta estampilla?

Edmundo la escudriñó con atención.

—Un grisado —dijo—. Suciedad parece. ¿Qué tiene esto que ver?

El Cura le pasó una gran lupa.

—Hay una carta a máquina fotografiada micrográficamente. Con esto Ud. podrá distinguir las líneas, pero no leerla. Con microscopio tampoco, porque está cifrada. Pues bien, éste es un truco abandonado: la policía lo ha descubierto.

El policía se despertó en Edmundo.

—¿Cómo hará Dulcinea para mover la población?

—Ella tiene sus técnicos. Yo supongo que desparramarán papelitos, cedulitas, con el anuncio y su firma. Los nuestros la conocen y la respetan, así que todos harán correr oralmente la

noticia. El Gobierno querrá contrarrestarla, y con eso, con lo torpes que son, la sembrarán más. El que crea, que crea... ¿qué más podemos hacer?

—¿El que tiene orejas para oír, que oiga? —glosó el mozo con una sonrisa—. Dígame, ¿el Papa se lo mandó?

~~—Hay dos Papas —dijo el Cura, sin responder—~~

—Y Ud. sigue al de Jerusalén —dijo el judío—. ¿Por qué sigue al de Jerusalén?

—Basta verlo. Yo estuve con él una hora y me bastó. Arregló mi asunto y sobre el pucho, me cargó una misión pesadísima. Mejor dicho, desde que entré me miró, y me la cargó. Es un gran hombre, aunque es un hombre pequeñito, moreno, ratonil... En latín hablamos. Es un gran hombre: árabe de nación.

—El Reino de Israel lo sostiene —dijo el judío—. Mejor dicho, se negó a acceder al pedido de expulsión que le hizo la ONU. Es curioso.

—Lea en sus libros de usted —le dijo el Cura—. Lea al Profeta Daniel. Pero la verdad es que ahora el Papa verdadero vive oculto, su gente de allá ha tenido que ceder un poco. Está en Palestina, no saben dónde.

—¿Usted es israelí? —preguntó Edmundo al pescador.

—Yo soy de aquí, pero mi religión es la israelita.

—Uds. son de aquí y de allá, de las dos partes, y de ninguna parte —reprochó Edmundo sonriendo.

—¿Qué le va a hacer? ¿Acaso a todo el mundo no le pasa algo por el estilo hoy día?

—Cierto —dijo el Cura—. Hay la patria de la tierra y la patria del cielo; y cuando hay que preferir entre las dos...

—"*Je préfère également tous les deux*"¹... —cortó Edmundo, citando a Napoleón—. ¿Y si uno no tiene patria del cielo, como yo? Y Edmundo comenzó a exponerle el razonamiento sutil que había hecho en la cárcel acerca de la existencia de Dios. El Cura rió.

—Puede que sea bueno. Trabájelo. Pero en realidad, la existencia de Dios es también un acto de preferencia, no está al final de una ringla de silogismos. En cuanto a mí, nunca se me ha ocurrido probarla, fui educado religiosamente... Y pensar que en la Gregoriana defendí una tesis que "Hay cinco argumentos válidos

1. "Prefiero ambas por igual."

de la existencia de Dios y cinco solamente!" Ahora me parece que hay o cincmil, o ninguno. ¿Qué se habrá hecho mi vieja Universidad Gregoriana?

—Después del triunfo del social-comunismo en Italia, es un museo —informó Mandel—. Un museo o una gran biblioteca pública, no recuerdo. ~~Cuéntenos su evasión, Edmundo. Estamos aquí para eso.~~

—Su hijo se portó muy bien, por eso la voy a contar. Salió todo conforme a las instrucciones que él me dió. "Ud. tiene simplemente que seguirme a los garrones —me dijo—. Tenemos que pasar tres puertas en la oscuridad pretendiendo yo que llevo un colchón, que será Ud. mismo, con su permiso. (Me había traído un traje negro de federal y una funda de colchón). Ya me arreglaré yo para quemar un fusible. Después tenemos que cruzar un patio corriendo a cuatro patas, pero como bala, por debajo de la luz de los focos. Nos tirarán quizá, pero si no alza la cabeza o el lomo, no nos darán. Después hay la puerta, que si llego a abrirla en menos de 5 segundos, salimos; y si no, nos fríen con las tartamudas. Después hay que disparar en zig-zag a toda furia por el prado Y la calle Las Heras, hasta las obras que están cerca del río. Allí hay una moto y un hombre esperándonos; y después, muy lejos, el avión de mi padre. Cuando estemos en la moto, estamos libres..." Pues bien, todo salió así, excepto el balazo que recibí en el hombro al llegar a la puerta, simple rasponazo de bala, y un incidente curioso en la oscuridad: un centinela tocó el "colchón"; y en vez de denunciarme (yo me quedé frío) dijo bajito: "Ajajá Mandel, te envidio. Buena suerte y hasta nunca..." Y estoy seguro que tienen que haber castigado después a los tres centinelas. Una suerte loca...

—Mi hermana hace bien las cosas —repitió el Cura.

—Hablando de Daniel —dijo Mandel...

—A propósito de su hermana, perdón —intercaló Edmundo—, por favor, ¿por qué no la suelta Ud.? Ésa no es vida para una mujer.

—¿Que la suelte? ¿Que me suelte ella a mí! Ud. no la conoce. Desde que la saqué en avión medio muerta de las ruinas de nuestra casa, y la curé, ella me lleva a mí como esa corriente de aire que entra ahora por la banderola: ella me tiraniza. Fíjese este pájaro muerto aquí en el suelo. Pasan por delante del boquete y el aire del ventilador los arrebatá y los tira adentro muertos. Ud. cree que ustedes dos son como dos palomitas que vuelan juntas y en

realidad ella es como una fiera enferma, y Ud. es, perdóneme, Ud. es un sentimental.

—Es decir, soy una mujer —dijo Edmundo—. ¿Cómo lo sabe Ud.?

—¡Bah! Perdóneme. En esta época la gran inmensa mayoría de las gentes son sentimentales. Esta época cultiva las emociones... y el disparate. Antes de la guerra del 14 eran las emociones finas, frívolas y graciosas (¿ha leído Ud. el teatro de Capus?), después fueron las emociones violentas. Por eso hay tantos histéricos hoy día, digo yo, creo que puede ser eso... En realidad...

—Hablando de Capus —insistió el judío, cortando la cháchara del fraile—, quiero decir, hablando de Daniel, ¿cree Ud. que hemos llegado al “tiempo de las naciones”, en que será hecha la restauración de Israel?

El Cura lo miró largamente y dijo:

—Usted debería leer los libros nuestros, el Apocalipsis. Ud. desprecia los libros nuestros.

El judío se encogió de hombros.

—En mi pueblo, es decir, en mi raza —dijo—, hay actualmente tres divisiones, mejor dicho, hay muchísimas divisiones, pero hay como tres direcciones: una, los que han agarrado estas religiones nuevas de Occidente, este Movimiento Vital Católico, o como se llame, que está por todo el mundo; otros, que aceptan al Cristo de Uds. como el Mesías, pero rechazan el Cristianismo, los dos Cristianismos, que según ellos se han desviado, son como los protestantes, vamos; y otros, que permanecen rígidamente fieles a nuestra antigua religión mosaica... Ateos no hay casi ya ninguno, ¿no es notable eso? Y más o menos están hoy día los primeros con América, los segundos con Inglaterra, y los terceros con Rusia. ¿No es curioso? Yo creo que el pueblo israelí, hoy día una nación potente con la anexión de toda la Siria y el Egipto, es el que va a decidir esta contienda, volcándose a un lado. ¡Tenemos los mejores estadistas; los mejores financistas y los mejores soldados del mundo!

—Volcándose primero a un lado y después al otro, quizás —dijo el Cura—. No hay más que dos lados. Primero hacia el Anticristo y después hacia el Cristo. Quizás. —Yo espero al Mesías —dijo Mandel—. Ud. también espera al Mesías. Si el que esperamos los dos es la misma persona, ¿qué diferencia hay entre Ud. y yo?

—El falso Mesías —respondió vivamente el Cura—. Para reconocer al Mesías cuando vuelva, han de prepararse Uds. reconociendo que ya ha venido. De otro modo, harán el mismo error que la otra vez, o

un error mucho peor. Perdón, Ud. me ha tirado de la lengua. Hemos quedado que nunca discutiríamos... Ud. es uno de mis grandes bienhechores, desde que lo conocí...

—Ud. es mi bienhechor —se inclinó cortésmente el judío— desde que lo conocí. No crea que me puede ofender... al contrario. Su sinceridad me agrada.

—Y un vaso de agua que diéreis a uno de estos pequeñuelos... no sé como sigue —dijo Mundo—. Me estoy acordando de todo el Evangelio del tío Battista. Y pensar que yo estoy en "la existencia de Dios", y éstos aquí (extendió las dos manos) saben seguro lo que ha venido, lo que debería venir, y lo que vendrá. Pero hablando en serio, ¿no se podría libertar a Dulcinea Argentina? No, no se enoje. Pero, ¿de veras piensa Ud. hacer saltar el Templo Neo-Católico?

—Haré lo que pueda. Eso es cosa de Rotondaro, que es finado. Fíjese que "la patria" le rechazó el invento, por inservible, un invento para demoler casas, ¡y caro por añadidura! y él de rabia le dió por "preparar" casas. La única que conozco ahora es ese Templo, que pensaba dejar en paz; pero como protesta a la consagración de Panchampla, que es un sacrilegio... ¡Oh, avisaré con tiempo para que salga la multitud, las puertas correderas abarcan todo el frente, les daré mucho tiempo! El que no va a salir, me parece, es Panchampla. . .

—¿Tanta rabia le tiene Ud. a ese nombramiento?

—Es un dolo —dijo el Cura, bajito.

—Es hora de marchar —dijo Mandel—. Tendré en cuenta su consejo, Reverencia... Tendremos que hablar más.

—El Apocalipsis es Daniel puro —observó el fraile—. El segundo Daniel. Léalo. Este mozo aquí tiene el brazo cansado. Temo que te van a atrapar, Edmundo. Sobre todo, no vayas al Panlatreuticón el Domingo; eso va a estar hirviendo de federales.

—Sé disfrazarme mejor que Ud. —rió Edmundo—. Es mi oficio. Me parece que va a tener Ud. necesidad de mí. Pero, ¿de veras no puede Ud. liberar a Dulcinea? ¿Cuanto va a durar esta pesadilla?

El Cura lo miró un largo rato.

—Les tengo muchísima lástima a Uds. dos. Y a mí también —dijo.

—Ud. ¿cuántos años tiene? —preguntó Mundo al salir.

—Como Ud., más o menos.

—Pero Ud. ¡ha hecho y pasado de cosas! Ud. ha vivido como dos vidas...

—Tres —sonrió el Cura—, por lo menos. Tengo una tercera vida secreta, que ni Ud. conoce ni nadie puede conocer, incomunicable, soledad absoluta. He vivido con gran rapidez. Estamos en los tiempos del avión. He vivido en el aire. Cuando tenía 14 años piloteaba el avión mejor que mi padre, aunque él no lo quisiera reconocer. En mi avioneta me fui a Jerusalén; cuando pude, cuando se me hizo necesario. Algún día le contaré... Algún día o ningún día, no sé. Mis días están contados. Presiento que moriré pronto, lo cual no es nada extraño, por lo demás. ¿Cómo será mi muerte, Dios mío? Con tal que no me torturen... Pero en fin, Dios lo sabe.

—Ud. me asombra —dijo Edmundo, remoloneando con muchísimas cosas que decir—. Pero ustedes los cristeros están equivocados. Esto es muy duro.

El Cura sonrió largamente y saludó con la mano.

—¡Es un bárbaro! —comentó el pescador cuando subieron a la camioneta.

VII

LA CONSAGRACIÓN

Edmundo dio el último toque a su disfraz y salió a la calle, disfrazado de viejo, uno de sus trucos maestros. En eso sí que era sabio. Para disfrazarse bien, lo esencial era el gesto, el porte, la actitud, los movimientos: nada de bigotes postizos y barbas postizas. Se endosó un uniforme viejo de federal, demasiado ancho. Tenía la chapa, aunque no la tarjeta, naturalmente.

La plaza Roosevelt y los alrededores del Latreuticón era un hormiguero de gente. La mañana era calurosísima, y sin embargo el sol casi no se veía, velado en una especie de neblina negruzca. Había venido una ola de calor, inexplicable en otoño: los diarios hacían mil conjeturas y los meteorólogos se rompían la cabeza. La gente se apresuraba hacia el ambiente refrigerado del Templo, con sombrillas y sombreros de paja y haciéndose aire con pantallas y diarios; circulaban incesantemente carritos de helados y de coca-cola. Una cantidad de fenómenos extraordinarios se anunciaban en esos días en todo el mundo; y los peores de ellos, los frecuentes terremotos, la gente los atribuía a los efectos de la bomba atómica. Esta ola de calor era insuportable; no se podía vivir ni de día ni de noche; morían muchos de insolación y sofocados; y había peste. La luna aparecía de noche de un color raro, cárdeno y muy brillante, a pesar de que el sol casi no se veía de día. Aquí no habían caído bombas atómicas. "Emanaciones fuliginosas telúricas de origen todavía no investigado", decía hoy la *TRIBUNA DE DOCTRINA*.

Edmundo entró con la multitud sin dificultad —se había procurado un ticket— y se instaló en un rincón, al lado de la pila con agua colonia, que sustituía a la antigua agua bendita. Dio un suspiro de alivio, su uniforme negro casi lo había sofocado. Previó que la multitud no iba a caber en el templo, a pesar de sus inmensas dimensiones; por eso en las grandes ceremonias siempre se controlaba la entrada.

Pensó en lo que iba a pasar al final, no tenía ninguna duda de la palabra del Cura de los Cristeros. Nunca le había oído una mentira. Ese hombre lo atraía a la vez y lo repelía. Era un hombre de decisiones fulmíneas, lo mismo que él, pero de mucha más flexibilidad; era incansable, parecía de hierro, y sin embargo él le había sorprendido a veces signos de una lasitud infinita. Era un desesperado; en suma.

Pero él, ¿era otra cosa que un desesperado? Pensaba en Dulcinea —en Gracia, que era el nombre verdadero— desde el minuto en que se despertaba hasta el minuto en que se dormía. Pensaba en todo lo demás en función de Gracia, y sus pensamientos se confundían cada vez más. No encontraba el eje rector de su vida pasada, la línea de fuerza principal en torno de la cual se ordenaran las otras; su vida había sido un desastre, un puro azar. Maldijo la mala educación que le habían dado. Su padre había abandonado a su madre cuando él era chico, y su pobre madre fue una pobre mujer. En el colegio no le habían enseñado nada, fuera de un pastel de nociones inconexas e inútiles, que había olvidado apenas salió; ¡sacaba sobresaliente en Mineralogía!, memorismo; y lo que es peor, le habían enseñado una cantidad de cosas falsas, como iba constatando cada día. En casa de su hermana leyó una cantidad considerable de literatura francesa, novelas y teatro, toda la biblioteca de la tía Margot: aprendió francés leyendo las novelas de Michel Zevaco, que le habían picado la curiosidad. Todo eso no le servía ahora para nada, no eran la realidad, venían a ser algo así como música, ¿de qué le servía ahora la música?, algo así como ese estúpido ballet que se desenvolvía ahora en el altar mayor.

¡Pensar que eso lo había encantado en otro tiempo! Las danzadoras y bailarines se deslizaban armoniosamente por la pista y por los aires, entrecruzando las más fantásticas figuras, como un enjambre multicolor de mariposas, perseguidas por los focos, vestidas de ángeles, demonios, pájaros, flores, reyes y reinas, gauchos y chinas, vestidas de bailarinas, vestidas de bañistas y algunas vestidas *pas du tout*. La civilización del último siglo había enseñado por fin a los hombres que la danza era esencialmente religiosa, y el cuerpo humano era sagrado, decía la *TRIBUNA DE DOCTRINA*, de hoy. “Putería ridícula”, exclamó Edmundo disgustado. Un viejo que estaba al lado de él se volvió y lo miró con curiosidad. El recinto estaba atestado de cabezas de punta a punta. Los dos órganos se perseguían en un complicado contrapunto: la música había progresado enormemente en la Argentina. “Este país tiene demasiada música y poca lógica”,

decía su amigote el Cura. Era insoportable a ratos ese hombre. ¿Sería posible que ese hombre fuese un impostor, un falso? Ciertamente ni él ni su hermana lo parecían: podían haberlo dejado morir como un perro en la cárcel, ninguna obligación tenían con él; y se habían expuesto por salvarlo, o por lo menos habían expuesto su ~~organización; el carcelero Mandel había expuesto su vida.~~ ¡Patética y miserable organización, conmovedora sin embargo! ¡Esa gente pretendiendo resistir al mundo entero, sin armas, sin medios eficaces, con la reprobación del mundo entero contra ellos, echados de todas partes y cazados como conejos!

La música cesó y la voz del locutor llenó todos los ámbitos: a Edmundo no le interesaba, no le interesaba nada de todo esto. El altar, decorado con una brillantez suntuosa, era una réplica en grande del altar de la Chacarita (o Chirusita) que tantas veces había visto: El Cristo Vital de Siqueyros, de bronce negro, y a los dos lados la estatua de la Fecundidad (antes Virgen María) y del Amor Conyugal (antes San José). La única innovación litúrgica que había en este Latreuticón y que él deseaba ver, eran las efigies anatematizadas de los tiranos que habían gobernado la Argentina; y la de los grandes próceres de la Unión Panamericana.

Las efigies de los próceres estaban en semicírculo o arco a los dos lados del Cristo Vital: Colón, Washington, Lord Canning, Jefferson, Abraham Lincoln, Roosevelt, Miranda, Plutarco Elías Calles, el Mariscal Francia, Batlle y Ordóñez, Rivadavia, José Mármol, y otro que Edmundo no distinguió. Eran todos autómatas Higgins policromados, de una realidad asombrosa; se movían y tomaban actitudes dignas y nobles, correspondientes al desarrollo de la ceremonia. Se había discutido mucho la inserción de otros próceres, como Belgrano, Lavalle y Sarmiento, pero al fin, el Honorable Senado los había vetado, por haber sido débiles, y de ideas totalitarias, sobre todo el último. Más arriba de los próceres y más visibles que ellos, en exquisitos vitrales que tocaban el comienzo de la cúpula, estaban las figuras horribles de los tiranos que habían oprimido la Argentina, cabeza abajo y con una gran flecha que les atravesaba el corazón: Mamerto Esquiú, Juan Manuel de Rojas, Hipólito Peludo y Simón Perales; junto a los cuales había una innovación que golpeó a Edmundo y lo obligó a dejar su lugar y encaminarse como podía hacia adelante para verla mejor: estaban el Cura Loco y su querida Dulcinea, atrocemente caricaturizados... ¡Imbéciles! —barbotó el policía.

Todo esto le iba pareciendo de más en más una enorme mistificación. Las noticias de la guerra que daba en ese momento el locutor, en su vibrante tenorino, parecían sospechosas; en realidad no decía nada, se despachaba en palabrería sonora sobre “la civilización mundial, ahora en su plenitud, que defienden en estos momentos nuestros valientes boys en Siberia, en Europa, en el Caribe, más allá del Atlántico, más allá del Pacífico, más allá de la Península de Kamchatka!” Monseñor Fleurette había terminado la bendición del pueblo y la bendición de las fuentes de agua colonia, y se iba a proceder al descubrimiento del busto, en uno de los altares laterales, del gran Poeta Nacional, Alejandro Lamberto de Borja. El locutor explicaba todo, los ritos y las oraciones, “no como los tiempos antiguos en que todo se hacía absurdamente en latín, ¡en una lengua muerta!, verdadero símbolo de la religión viejo-católica.” El poeta de Borja, muerto a mediados del siglo, había sido el verdadero precursor de la religión vital-católica, única verdadera. De él derivaba la escuela poética actual, protegida por el gobierno, la “escuela metafísica”. Existía otra escuela rival, despreciable por lo demás, la “escuela concreta”, que se reclamaba de los nombres de Almafuerte, Iván Díez y Sesostris Canaro (hijo), en tanto que la “escuela metafísica” derivaba directamente de José Hernández, Leopoldo Lugones y Dante Sierra. El Filósofo Oficial del Reino, doctor Vaquero, había hecho una interpretación genial del *Martín Fierro*, que probaba con toda evidencia que en ese poema de la pre-historia argentina se encontraba ya —en la medida en que lo permitía la barbarie de aquellos tiempos— los gérmenes principales del Movimiento Vital Católico, “cuya culminación gloriosa estoy viendo en estos momentos desde mi púlpito en esta muchedumbre radiante y festiva, en esta multitud ilustrada y culta, en este pueblo regio. ¡Sí, regio!, donde todos gobiernan y todos obedecen, bajo el imperio de la legislación social más adelantada que ha visto la historia!” Aquí cayó el velo que cubría el “busto” y apareció la cara de un hombre de aspecto tímido y un poco amujerado, que tenía en una mano una pluma de ganso y en la otra una lira.

—¿Qué hay de la guerra? ¿Cómo va la guerra? —gritaron en ese momento algunas voces, interrumpiendo una oración de Monseñor Fleurette. Un federal intervino rápidamente y echó a dos o tres personas.

“El pueblo rey, que manda y obedece a la vez...”, pensó Florio. ¡No sabemos nada! Sí, todo esto era una tremenda mistificación y

nada más... Faltaba todavía el desfile de los funcionarios, la oración de Monseñor Panchampla y su solemne consagración por el grupo de los Obispos Neocatólicos; Edmundo no tenía ya nervios sino para el estallido final, que esperaba con impaciencia: nada lo anunciaba por cierto. Esto era una completa mistificación. Él no sabía cómo ~~había evolucionado la religión en el país, jamás le interesó, no sabía~~ si esto había sucedido de golpe o lentamente; lo que sabía era que todo esto le repugnaba inmensamente, y le había comenzado a repugnar de hacía mucho tiempo, aunque él no se daba cuenta. Era propaganda y nada más. Había algunos Obispos notables por su ciencia, según decían, como Monseñor Lezaún, Deán de la Catedral; y él había conocido entre el clero alguna gente simpática y bien intencionada; pero el conjunto no era más que una aña-gaza y una patarata.

"...estériles y abominables demoledores del país, esos rebeldes, condenados por la conciencia sana de todo el Universo", decía el locutor. Los cristeros, los cristóbales, los nazis, los rozistas, los aliancistas, evidentemente. Ésos eran peor, pensó Edmundo; éstos eran terriblemente serios, pero terriblemente duros y tozudos. Si se miraba bien, lo que ellos defendían era la independencia personal, la conciencia, la libertad de pensar y creer lo que a uno le parecía verdad; pero los medios eran abominables, y la mentalidad era enteramente descabellada. Parecían enemigos de la vida, gente resentida y envenenada contra el mundo que quería marchar a contrapelo de todo, que quería detener el progreso del mundo. Edmundo estaba seguro que era gente perfectamente buena en un sentido, eso lo había visto con sus ojos; pero jamás podría él unirse a esa gente. Se echó a reír: "Aquí lo que parece es que todos son locos menos yo", dijo.

Un coro agudo de trompetas de plata anunció el Desfile de las Autoridades. El Super-Préside o Adelantado no oficiaba nunca, desde la muerte deplorable del Irreprochable a manos del Tigre de Cayastá, hacía mucho tiempo, "en uno de los días más negros y luctuosos de la historia del país"; siempre delegaba sus funciones en el Canciller o Matasellos o bien en el Alcalde Mayor de la Ciudad; pero hoy oficiaban Panchampla y los Obispos Neocatólicos. Una trompeta lanzó las primeras notas del tema de Lohengrin, señal de que salía en ese momento el Canciller, seguido de su séquito, por la puerta de la sacristía, que estaba en la mitad de la nave derecha. En un momento los federales despejaron el camino en ángulo recto

de la Sacristía al Altar, y se alinearon a los dos lados de la alfombra roja, en rígida y fastuosa columna negra y escarlata. Edmundo estaba bien situado para verlos a todos.

Pasó lentamente bajo su baldaquín el Canciller, contraalmirante Harry Robertson, que había sido enviado para Sub-Super-Présidente o Matasellos directamente por la ONU, con derecho a la sucesión, después de una leve herida recibida en el frente de Crimea, arrogante hombre de armas de quién se decía que era el que gobernaba en realidad; cuya designación fue confirmada poco después por un abrumador plebiscito. Detrás de él, en dos filas, iba toda la plana mayor del país, en un deslumbramiento de uniformes, de medallas y de charreteras; los tres ministros del Ejecutivo, los miembros de la Junta Política Consultiva, los dos Representantes de los Católicos-Sin-Partido, los Jefes de la Federal antiguos generales del disuelto Ejército, el Alcalde Mayor de la Capital, los Corregidores, Regidores y Tribunales del Pueblo, y todas las señoras de estos Dignatarios en "*toilettes*" fascinadoras. Seguía el guión del Templo, llevado por el Subsecretario de Asuntos Técnicos, con dos sacerdotes de dalmática con incensarios, y una turba de acólitos. Finalmente venían de dos en dos los diez y seis Obispos, con sus mitras, cayados y capas pluviales recamadas de oro: el Obispo de los Obreros, con su gran capa verdemar, el Obispo de las Empleadas, el Obispo de los Comerciantes... y Monseñor Naguila, en su soberbio manto de terciopelo negro y mitra roja, el Obispo de los Federales y gran amigo de Cuitiño. Cerraba la marcha Monseñor Papávero, vestido de color malva, nombrado poco hacía Cardenal "*in partibus*" de la ciudad de Rosario, capital de la vasta región desolada por la guerra civil y la epidemia, que se había "reestructurado" poco hacía con el nombre de "Gobernación de Santa Fue", incluidas la desdichada Córdoba, y una parte de la antigua San Luis. La procesión se dividió majestuosamente en dos alas al llegar al presbiterio y tomó asiento en los tronos corales del Capítulo. Monseñor Panchampla, el nuevo Patriarca de la América del Sur, bajó de su altísimo trono al lado del Cristo Negro arrastrando el manto de púrpura, y salió al encuentro de sus hermanos en el sacerdocio.

A Edmundo una especie de garra le apretó el pecho. ¡Qué podía la pobre Reina Dulcinea contra todos éstos! Esto era el poder, el poder verdadero y no de mojiganga y burla como el de ella, el poder temporal y espiritual juntos, "conciliados cordialmente por obra de

la Razón y la Vida por primera vez en la historia de los pueblos", como clamaba el locutor en ese momento. Dulcinea era como una mosca parada en la platina de una inmensa maquinaria que rodaba imperturbablemente llevándola con precisión fatal a ser aplastada. Entonces sintió como un choque en toda el alma que lo hizo como ~~tambalear: se rebeló contra la maquinaria, y se puso de parte de~~ Dulcinea. Era el choque del criollo que ve que se está peleando con ventaja, el impulso irresistible de ponerse de parte del débil, sea quien sea: "... Cruz no consiente - Que se mate así un cristiano." Las brumas de su mente se disiparon y del tembladeral de su voluntad brotó una especie de impulso inmenso total y definitivo de consagración y de inmolación, de ser en adelante una sola cosa, clara y límpida como una espada: el servidor incondicional de Dulcinea, su guardia de corps, su perro fiel, sin pedir nada en retorno. Adondequiera que fuera y cualquier cosa que hiciese. Sabía que ella tenía que ser derrotada, pero él sería muerto primero. Se irguió orgullosamente contra los federales que estaban a su lado, contra el mar de cabezas que se extendía debajo de él, contra todos los Dignatarios que bromeaban en sus sillones, contra el Cardenal Panchampla que de pie en su trono iniciaba en ese momento su oración: "Ovejas de Cristo y hermanos míos en el pastoreo vital-católico: ¡salud, paz y fraternidad bajo el signo de la patria y de la democracia!"

Edmundo decidió no escucharlo. Había iniciado su democrático exordio del otro día (es decir, no él, sino el alambre magnético, grabado con la voz argentina del Tanguista Oficial, él hacía majestuosamente los ademanes) ; aquello de que "Dios le había ordenado, por medio de N. Santísimo Padre y Señor Cecilio Primero, Pontífice Único Verdadero, SI ÉNTATE A MI D I E S T R A; y desde ese momento, despejada la incógnita, no quedaba más que la sumisión absoluta, la obediencia ciega y la abnegación sobrenatural, como a Cristo, de todas nuestras voluntades y juicios...", "¡El que a vosotros oye, a Mí me oye!" había dicho el Dulce Nazareno y Edmundo decidió taponarse los oídos y sumergirse en la revelación que repentinamente le había sido dada. "Su vida no tenía eje vector, porque él nunca había tenido a quien servir." Dulcinea era la patria, era la imagen viviente de la patria, por ella él haría portentos, junto a ella. Una emoción extraordinaria lo dominaba, haciéndole temblar manos y piernas. Con razón le dijeron que él era un sentimental.

Lo ofendió aquello que le dijo el Cura que él era un sentimental. Fue al día siguiente a preguntarle qué quería decir, y el Cura, después de pedirle perdón con rostro humoroso, le dio una larga explicación de cosas que él jamás había soñado y que sin embargo eran verdaderas, que le hizo ver que en el Liceo lo habían simplemente estafado, ~~no enseñándole nada de las cosas reales de la vida, sino~~ un montón de macanas, y que era un perfecto ignorante, con toda su literatura francesa, Capus, Portoriche, Berstein, Bataille y Compañía. Quiso recordar la "clase" del Cura; pero tenía mala memoria. En ese momento, una salva de aplausos rubricó el final del exordio de Panchampla: "a la cual sumisión seguirá la correspondencia correlativa de la total dedicación a la felicidad económica, política y religiosa, de este grupo de nobles y prósperas naciones americanas, que Dios coloca hoy día bajo mi dominio!"

Él era sentimental como todos los argentinos —le dijo el Cura—, como el Cura mismo. Todos los hombres vivían en uno de tres planos, el plano sentimental (que el Cura llamó "estético"), el plano moral (que se puede llamar "ético"), o el plano religioso o "místico". El plano sentimental estaba bajo el signo del placer; y todos naturalmente nacemos bajo el signo del placer. Éste era el plano de las impresiones, de las sensaciones y de las pasiones o afectos: la mayor parte de los hombres vivían hoy en él. Era como la vida de los niños y los animales, vivían en lo inmediato, *au jour le jour*, respondiendo con reacciones a las acciones del medio ambiente, sin reflexión, sin eje de vida. Vivir en el "plano estético" no quiere decir propiamente "ser artista" o "vivir vida de artista", aunque hoy la mayoría de los artistas por desgracia vivían en ese plano; y por eso, no eran grandes artistas. No quiere decir tampoco que no tuviesen "moral" o "religión"; había hombres "morales" y hombres "religiosos" en ese plano; pero su moral y su religión permanecían en "lo estético", en la superficie como si dijéramos, en la imaginación. Panchampla era uno de éstos, Panchampla era un hombre muy "piadosito" —dijo el Cura. Edmundo interrumpió sus reflexiones para escuchar un párrafo que en ese momento Panchampla debitaba acerca de "la divina excelencia del Arte". Renegó de no haber puesto enseguida por escrito la lección del Cura Loco. Sentía que lo mejor se le escapaba. El plano estético: tantas explicaciones le había dado el Cura que al fin le parecía haberlo entendido: Alfred Capus, un dramaturgo francés que él había leído todo, por ejemplo; sus personajes eran todos gentes del plano estético.

El autor mismo, Capus, estaba en el paso del plano estético al plano ético, cuya señal era la ironía.

Él, Edmundo, por ejemplo, según el Cura Loco, estaba también en el paso del plano estético al plano ético; mil señas lo demostraban, incluso esa tendencia a hacer reflexiones irónicas acerca de todo. El plano ético era el estado de los hombres cuya vida interna estaba regida por la pasión de lo moral: Don Pedro de Ocampo, por ejemplo. Su signo era la lucha y la victoria. El hombre ético pisaba en tierra firme, no era llevado por correntadas; no vagaba al azar como una mariposa, sino que iba por un sendero y tenía un norte; y un plano completo de la vida. Ese horror a la injusticia que sentía él, eso era la médula del plano ético... "Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia..." Don Quijote era el tipo ideal de los hombres que viven en el plano ético, en el culto de la justicia, y por ella, de las otras virtudes; pero su amor a Dulcinea, su transfiguración de la zafia Aldonza Lorenzo en Dulcinea del Toboso, eso era el prenuncio del paso del estadio ético al estadio religioso, que no era un paso sino un salto: el cual Don Quijote dio solamente a la hora de la muerte. Edmundo se estremeció cuando nombró a Dulcinea.

Del plano ético al plano religioso se pasaba por un salto: el salto se llamaba "*metánoia*" o "conversión". Aquí había varias cosas que no entendió bien. El gran escollo del hombre ético era el dolor; no podía entender el dolor. Entendía el dolor como castigo de faltas, como estímulo para la lucha, como alimento vital de la energía; pero no podía entender el dolor sin esperanza, el dolor sin compensación, el dolor perpetuo. El hombre ético hoy día sucumbía al dolor; a semejanza de "la semilla que cayó entre zarzas, que prendió y creció, pero al final las zarzas la ahogaron." Esto no lo entendía bien. El hombre ético sucumbía a la persecución.

En ese momento Panchampla hablaba de la persecución. "*Si me persecuti sunt et vos persequentur*", dijo el Divino Maestro: "si a mí me han perseguido, también a vosotros os perseguirán..." Panchampla se aplicaba a sí mismo esas palabras y se quejaba plañideramente de las persecuciones que había soportado, a semejanza del Divino Maestro. A él lo habían denigrado, lo habían calumniado, ya desde los tiempos en que fue conferencista del "Curso de Estudios Superiores sobre Vitalismo Cristianismo", desde que fundó la Obra Pontificia para la Protección de las Viudas Vergonzantes. Claro que todo eso venía de los cristóbales, de esa peste virulenta que asolaba al país, de esa verdadera cizaña que guadañaba los campos ubérrimos del

Señor de la Viña; pero él lo había soportado todo para asemejarse a su divino Salvador y Señor Jesús, el Gran Moralista de Nazareth. Si ahora mencionaba esos trabajos, que le habían acongojado el alma, era solamente para cumplir el mandato del Evangelio que dice: "*Curam habe de bono nomine*": ten cuidado de tu buen nombre. "Ay hermanos, pedid a Dios que no os haga tragar, como a mí, el yugo insostenible de la persecución; y más de la persecución que se hace en nombre de Dios..." Si eso fue persecución —pensó Edmundo—, entonces, la que soporta Dulcinea y su hermano el Cura, ¿qué es?

El hombre religioso sufría persecución; y su vida estaba bajo el signo del dolor —le dijo el Cura—; no del dolor como accidente o prueba pasajera, sino del dolor como estado permanente, estado interno, más allá de la dicha y la desdicha. No era que los católicos amaran "el dolor por el dolor" o enseñaran que hay que buscar el dolor, pues no hay que buscar el dolor; era un cosa diferente; pero la diferencia el Cura no la explicó; o él no se acordaba. A él le parecía enteramente igual. Pero, ¿por qué? Porque la vida del hombre religioso estaba dominada por la fe.

Lo que le dijo acerca de la fe se le había traspapelado todo: le dijo que la fe era algo así como un injerto de la Eternidad en el Tiempo; y por tanto la vida del hombre de fe tenía que ser una lucha interna continua, como la de un animal fuera de su elemento. La fe era creer lo que Dios había revelado; y lo que Dios había revelado era superior al entendimiento del hombre, era "absurdo" por decirlo así. Era "sobrenatural"; pero esa palabra había que evitarla, porque había sido ensuciada y profanada, como tantas palabras hoy día. (En ese momento oyó que Panchampla exclamaba patéticamente: "hasta la plenitud de la vida espiritual y sobrenatural que mora en nosotros"). El Cura le dijo que ellos habían abandonado gran parte de la liturgia moderna, y retornado a la liturgia de la primitiva Iglesia, porque la liturgia era cautiva del enemigo; había sido manoseada, vaciada por dentro, y llenada de una substancia indigna y aún satánica. ¿No se da cuenta Ud, lo que hay en el fondo de esos cultos que comienzan a parecerle ridículos? Es la Adoración del Hombre —el pecado más grave que pueda cometerse en la tierra—, porque el odio a Dios ya no es propio de la tierra, ¡es del infierno! Es una herejía sutil, que domina hoy por todo el mundo. Aquí se internó el Cura en una disquisición teológica que él no seguía, habló de Bajus, de Molinos, de Hegel, de Loisy, de Keyserling, de Samuel Butler, y del gran novelista teólogo alemán contemporáneo, Christian Rudder. Esa

herejía estaba definida en los libros teológicos; pero en forma incomprensible al público. Era la abominación de la desolación, la última Herejía. Ciertamente es que un gran poeta francés, nacido en 1953 y muerto en la guerra el año pasado a los 35 años, Boniface Brondel, había develado y perseguido despiadadamente en sus libros esa herejía, que era el fondo del Movimiento Vital Cristiano, pero, ¿dónde estaban sus libros? Habían sido sepultados bajo la balumba de literatura estúpida o perniciosa que reinaba en el mundo, habían sido prohibidos en varias naciones, apenas se conocían en Francia: prácticamente no existían. Él sin embargo tenía varios y se los prestaría algún día. Edmundo recordó que él meneó la cabeza y dijo riendo: "No tengo tiempo de leer, hace años que no leo nada."

Panchampla estaba hablando con gran rapidez, como gato sobre brasas, del "verdadero sentido alegórico de la resurrección de la carne". La feligresía comenzaba a cansarse; cuchicheaban entre sí, sobre todo en los sillones del coro: de la carne sabían ellos mucho más que Panchampla. El ambiente se estaba poniendo sofocante a pesar de la refrigeración, las potentes máquinas del aire acondicionado no alcanzaban a dominar el inexplicable calor que reinaba en todo el Sur del país desde hacía una semana. El enorme público amontonado se movía por secciones, como el resuello de un animal enorme. Edmundo recordó lo que había oído acerca de la "Paradoja de la Fe". ¡La resurrección de la carne! Eso era increíble, por consolador que fuese. El Cura había dicho que aunque el paso a la fe era como un salto, una ruptura, un nacer de nuevo, sin embargo la fe no era irracional, estaba fundamentada en la razón; a pesar de que la razón moría cuando la fe era plena, moría para resucitar. El Cura le había expuesto las razones que hay para creer que la resurrección de Cristo fue un hecho; y había deshecho con una verba endiablada mechada de puntas humorísticas las razones de los que lo negaban, con salidas irónicas que lo hacían reír a él o sonreír todo el tiempo. Esas razones eran prodigiosamente fuertes, según su maestro, y se podían extender a nunca acabar. Pero aún después de saberlas todas, quedaba el Salto. En ese momento Panchampla dio un salto: había resonado en el inmenso recinto un golpe de gongo fortísimo, y luego otro, y otro. Se hizo un silencio profundo.

Edmundo se sobresaltó y puso la mano en su arma. Mi amigo el Cura Loco está por intervenir —pensó—. ¿Qué va a suceder?

VIII

DESCALABRO

Panchampla estaba en la peroración final: "Llegó el momento cúspide; dentro de un momento la voluntad de Dios y del país será hecha; las bulas que han sido leídas de nuestro Santísimo Padre y Pontífice Único Verdadero Cecilio Primero, aprobadas por nuestro dignísimo Adelantado y Super-Préside, el glorioso Adelantado de este país..." Aquí sonaron tres golpes metálicos ensordecedores, estaba escrito que los sermones de Panchampla terminaban mal, y una voz ronca y ruda dijo: "Oíd: habla la Voz de la Honradez. Os va a comunicar tres noticias importantes el que jamás ha dicho una mentira en su vida..."

En los sillones del coro hubo rápidas interpelaciones: ¿era eso una parte de las ceremonias? En el público corrió una rumor sordo, seguido de un silencio absoluto. La voz prosiguió:

"Primera noticia: el Adelantado o Virrey de este país ha sido esta mañana herido de muerte en su escritorio por la espalda, con una bala explosiva. Actualmente agoniza en su casa. La prensa mentirosa de este pobre país pregonará esta tarde que ha sido un crimen de los cristeros o viejo-católicos. Sabemos que una manga de sonsos lo creará: no importa. El que tenga oídos de oír que oiga. El disparo ha sido fruto de una intriga palaciega. El asesino está aquí mismo y lo conocemos. No diremos su nombre porque no queremos meternos en las porquerías de ellos..."

El Gran Canciller Robertson se alzó de un salto, arrojó su capa de seda y se precipitó por una puerta del presbiterio, seguido de dos o tres funcionarios; Cuitiño, en su brillante uniforme, cruzó el transepto y empezó a hablar concitadamente con un oficial de los federales. Algunos hombres del público se habían levantado, y señalaban en todas direcciones el lugar de donde parecía venir la voz. La voz parecía venir de todas partes.

“Segunda noticia: Inglaterra con la Unión Europea no entrará en la guerra a nuestro favor, como decía la prensa mentirosa de este pobre país. La Unión Europea ha entrado hoy en la guerra del lado de Rusia y China. Juliano Felsenburgh ha traicionado a su país, si es que ése tiene país. Juliano Felsenburgh se ha dado vuelta, si era verdad que él con una sola palabra podía decidir a Inglaterra, como decían. Queridos compatriotas míos, debemos temer lo peor.”

“Tercer noticia, más importante: antes de tres meses, Buenos Aires sufrirá un ataque atómico y será destruido. El que tenga oídos de oír que oiga. La evacuación más rápida posible...”

La sala se había encrespado toda y una cantidad de gritos y voces de mando cubrieron en parte el trueno del nuevo locutor. Los federales corrían, y un grupo de ellos apuntaba al gran vitral que representaba al Enemigo Número Uno del país, con su rostro repelente, las cejas aboscadas, los ojos desvariados, la nariz torcida, el chirlo en la mejilla y el asqueroso belfo pendiente como de loco. Sonaron los chasquidos de dos o tres atómicas y el gran vitral empezó a desmoronarse con un gran crujir de vidrios rotos.

La voz se alzó en un grito supremo:

—¡Voy a deshacer y convertir en polvo ahora mismo este sacrílego local!

El silencio se hizo de nuevo, imponente.

—¡Tienen 15 minutos para desalojarlo! ¡Abran todo el frente corredero! Tengan orden, cuidado con los niños; si no, será un desastre. ¡Yo no puedo hacer más, de ustedes depende! ¡Calma, por amor de Dios!

La muchedumbre se había dado vuelta y pechaba con enorme fuerza hacia la salida. Se alzó un griterío ensordecedor. Por suerte, la forma trapezoidal y la amplitud de la salida favorecían la evacuación. Edmundo, a codazos y aprovechando las marejadas favorables, ganó el dintel; pero fue para darse vuelta y repetir a gritos las órdenes del Cura. Un hombre se debatía en mitad del tumulto como un demente, a puntapiés y puñetazos; sonaban quejidos desgarradores de mujeres y niños. Edmundo apuntó tranquilamente la dormidita, sonó el disparo, y la ampolla de anestésico se estrelló en la cara del energúmeno; el cual se venció y quiso caer de lado. Un banco había sido arrojado fuera por la multitud en su disparada. Edmundo se trepó a él y disparó tres veces más, gritando: “¡Al que falte al orden lo bajo! ¡Y si me apuran tiraré con bala!” Un federal que salió escupido como bala,

se volvió y se trepó a su lado. El pueblo rey, el que manda y obedece a la vez, se había convertido en una manada enloquecida; peor que un manada.

En pocos minutos Edmundo se encontró solo; los federales huían como todos los otros. Edmundo entró despacio al Templo vacío. ~~El desparramo era espantoso, los bancos habían sido arrojados en~~ todas posiciones y en parte despedazados. El calor era espantoso. Edmundo bajó la palanca de las correderas y cerró el local, sofocado. Y cerca de la puerta, esperó la serie de relámpagos rápidos y el ponerse color perla translúcida de las paredes. Nada sucedió; y el plazo de quince minutos había pasado de lejos. De repente distinguió allá arriba, por la cornisa embarandada que corría en la linde de las cúpulas, una figura diminuta que le hacía gestos con las manos. ¡El Cura Loco! De repente el bárbaro ese se puso de pie sobre la baranda y empezó a caminar haciendo equilibrio, como un volatinero. Edmundo le gritó, y sintió vértigo él mismo, corrió hacia el pie del púlpito; pero su amigo ya se descolgaba rapidísimamente por los complicados y gruesos adornos que cubrían la pared superior de la nave. En un momento ganó el púlpito, bajó corriendo, y estuvo a su lado.

—¡No me funcionó el dispositivo! —gritó entre alegre y rabioso,

—Yo creí que nos había perdonado la vida —dijo Edmundo.

—¡Ningún otro sino tú hubiera sido capaz de lo que hiciste a la entrada! Lo ví todo. Por eso te conocí. Estás muy bien disfrazado...

—Yo le dije que me iba a disfrazar de viejo...

—¡Ese gringo loco de Rotondaro! Dejó las cosas a medio hacer. El genociclótron de mercurio funcionó, pero la cañería debe estar obstruida. ¡El megáfono no me funcionaba, lo tuve que arreglar, he sudado tinta, la cúpula está candente! De no, hubiese dado el grito mucho antes, cuando el locutor profirió esa blasfemia espantosa contra Jesucristo... —el loquito estaba excitado como un niño con juguetes—. ¡La primera vez que ha mentido el Cura Loco! Con esto voy a perder prestigio. Pero le he aliviado el trabajo a Dulcita, la noticia del bombardeo futuro de Buenos Aires va a correr como una chispa. Dios me castigó. Yo decía: "El Cura Loco nunca miente", y la Escritura dice: "Todo hombre miente." Dios me castigó... —y seguía charlando como un lorito, muy excitado.

—¿Qué es aquello? —exclamó de pronto Edmundo—. ¿Un herido?

Corrieron los dos al altar.

—¡Panchampla! —exclamó el Cura—. ¡Desmayado!

Levantaron al gordísimo Primado de las Américas. Éste abrió los ojos, y cuando vio al Cura Loco, pidió auxilio a gritos y casi se desmayó de nuevo.

—¿Qué hacemos? —interrogó Edmundo—. ¿Lo mato? A los otros los han llevado. A lo mejor lo alcancé a éste con la dormidita —rió,

—Te va a denunciar —dijo el Cura—. Eso es lo malo, ¡Panchampla! ¡Despierta! Si te matamos en este momento, como parece lo prudente, ¿adónde irías a parar? ¿Te queda todavía un poco de fe?

—¡Misericordia! —clamó el Prelado—. ¡Haré penitencia!

—¡No te vamos a matar, no matamos a nadie, aunque estamos en guerra, no lo olvides, estamos en guerra! Te voy a mostrar lo que te va a pasar después que mueras si no abandonas este camino desastroso y estúpido. ¡Mordaza! ¡Atarlo de pies y manos! ¿Te acuerdas cuando estábamos en el Seminario? Eras un muchacho guapo, bueno y vanidoso... y tonto.

—Éste es un malvado —dijo Edmundo, ocupado en hacerlo un fardo de pasto con gran limpieza.

—No. Simplemente no tiene conciencia... no tiene conciencia *bastante* —replicó el Cura haciendo un nudo.

Panchampla parecía un fardo de grasa. Se ahogaba bajo sus vestiduras.

—¿Qué es la conciencia? Conciencia es simplemente conocimiento —charlaba el Cura muy nervioso—. ¿Qué es lo que pasa cuando se pone un conocimiento poco en un cargo alto? Que no alcanza, y así no hay conciencia; como si se enciende un fósforo en un sótano. ¡Te vamos a dejar en el sótano! —le gritó a su exánime compañero—. ¡No te vas a morir de hambre, tienes reservas de grasa para rato! ¡De allí te sacarán tus seides, quizá para tu perdición total! ¡No tienes conciencia del daño que haces! ¡Pero atención, serás castigado lo mismo! ¡Despierta, bestia!

—Si no hay conciencia, no hay pecado —gimió Mundo, que jadeaba intentando mover el bulto. El Cura acudió a su ayuda.

—“Aunque no tengan conciencia del daño que hacen, serán castigados conforme al daño que hicieren, porque están obligados a acertar, como cada hombre en su oficio...” Esto dijo mi patrono San Juan de la Cruz, hablando de los malos confesores. ¿Te acuerdas, Panchampla? La conciencia es como una luz; y si hay poca luz,

quedan oscuros los rincones; y allí se esconden los bichos y la porquería. Vamos adelante, no te hagas el duro.

—Pero el que no puede más, no está obligado a más —objetó Edmundo, pensando en su vida pasada... en los errores que había hecho.

~~—Todo hombre está obligado a poder lo que debe —gruñó severo el otro—.~~ O si no, a renunciar. Hay deberes que no son para todos, no hay que entrometerse. ¡Dios mío! ¡Y yo! Bueno, a mí no me dejan renunciar. ¿Y podría yo en cualquier caso abandonar a mi Grande Hermana?

—¿Dónde está Dulcinea? —insistió Florio.

—No lo sé, pobre hija.

—¿Cómo se comunica con ella?

—Ella cambia continuamente de cueva, como la zorra cuando le han visto la cría. El chasque lo sabe. Su amigo el carcelero Mandel.

Edmundo sintió un movimiento de celos. Después contó al Cura su "voto", el juramento solemne que había hecho durante la ceremonia: "que se case o no se case conmigo: lo mismo...". Los dos dejaron su fardo contra una baranda. Panchampla daba gemidos ahogados.

—Hum —dijo el Cura—. Ella es arisca como un churrinche. ¡Guardia de corps! No creo que acepte. Lo que harías sería atraer la Policía sobre ella, mas ella sola se escurre como una anguila, No quiero meterme en eso, ustedes dos se arreglan, son bastante grandes. Tengo miedo de este amor que ha nacido, que es de ésos que llaman *impossibles*.

—¿Por qué demonios *impossible*?

—No quiero hablar, no puedo hablar, ni es el lugar de hablar. No quiero acordarme de la masacre de Huin-Pireró, que destruyó a toda mi familia, destruyó nuestros bienes y en cierto sentido nos destruyó a nosotros dos; porque el odio ciego renace en mi pobre alma. Mi padre colgado de un árbol, mi madre muerta a culatazos, mi hermano segundo acribillado, la casa y los trigales maduros incendiados, las furias del infierno... yo herido y furioso y sin saber qué hacer...

—El infierno está en esta vida —dijo Edmundo—. ¿Y Dulcinea?

—La maltrataron. La... —la voz del Cura se estranguló y cerró los ojos. ¡Horror! —dijo—. Cuando la alcé en el avión estaba casi muerta, y ella hubiera preferido estar muerta.

Panchampla los miraba a los dos con los ojos muy abiertos, olvidado de todo.

—¡Nunca podré contarle todo! —dijo el Cura con resolución.

Edmundo agarró al enfardado por los sobacos con brusquedad.

—¡El primer Patriarca Primado de las tres Américas y Europa por añadidura! —dijo el Cura agriamente alzándolo de los pies—. Panchampla, querido, figúrate cómo te van a tratar en la otra vida. Ahora vas a tener tiempo de reflexionar, ~~en la oscuridad, en las~~ "tinieblas de allá... adentro". Éramos dos niños inocentes, una familia santa, y mira cómo nos trató Dios... cómo permitió Dios que nos trataran tus amigos...

Edmundo lo zamarreó con furor. El eclesiástico estaba lívido.

—Apuremos... Van a volver —dijo el Cura para distraerlo.

—No, tienen miedo del derrumbe, ¡Ay, Dios! ¿Eso es el "estadio religioso", que Ud. dice? ¡Ay, Dios! ¡Qué espanto!

—¡Qué espanto! —dijo el Cura—. Ése es el estadio religioso, Pero no a todos...

—Abraham —dijo Edmundo.

—Abraham. La fe incomprensible y tremenda de Abraham. El milagro de la Fe, porque es un milagro, te lo aseguro.

—No entendí bien lo que me dijo el otro día sobre el estadio religioso —y dejó de nuevo el fardo.

—Cuando uno anda con chicos se vuelve sabio —dijo el otro, sonriendo triste—, porque con sus preguntas le recuerdan a uno. Pero no vas a pretender que ahora aquí te dé otra lata... Apuremos. Aquí está el sótano.

—No hay peligro —dijo Edmundo.

Como si eso hubiese sido una señal, se abrieron las puertas de la sacristía y aparecieron hombres armados. Resonó el chasquido de las pistolas. Los dos se tiraron al suelo, dejando tumbada su presa.

—¡Por aquí! —musitó el Cura—. Arrastrarse. Hacia los sillones. Rápido. Sígueme. Se cubrieron tras los muebles entre una granizada de balas anestésicas. Los federales tiraban desde la puerta, sin entrar. "Aquí está" —susurró el Cura. "Hay un escape secreto. ¿Dónde diablos...? Aquí —apretó el canto de un sillón y se abrió en la pared un boquete que dejó ver una escalera abajo. Los dos se precipitaron por ella y la puerta se cerró silenciosamente. Se oyó el tiro de una pistola común, y después un gran griterío...

—Panchampla se va a morir —dijo el Cura—. Ese gringo Rotondaro parecía vizcacha. Por suerte. Yo conocía esto, siempre tengo una

salida. He aquí lo que le pasa, caro amigo, por meterse a guardia de corps del Cura Loco. Atención aquí. ¡No le va a faltar quehacer en esta vida!

Se perdieron los dos por un pasadizo interminable.

IX

"Y DONDE FUE BUENOS AIRES..."

En el pozo donde fue Buenos Aires andaban ese atardecer dos hombres vivos, pero que parecían dos fantasmas. Estaban envueltos en monos de lienzo blanco, con botas; y capuchones con anteojos ahumados que cubrían las cabezas.

Después del bombardeo atómico, la ex-capital de la Argentina se había convertido en un algo que todavía no tenía nombre en ninguna lengua: en un desierto, pero un desierto lleno de ruinas, de rúderes, de taperas, de cuevas y laberintos, de paredes rotas, de subterráneos, de montículos de escombros, de vastas cavernas, de lagunas, de médanos de polvo y de cuantos horrores se puedan imaginar, salpicados de manchas de vegetación salvaje. Ni el menor ruido se escuchaba allí, ningún animal entraba en la Zona Maldita, solamente los cristeros perseguidos se animaban a cruzar la línea, solamente momias se hallaban por todas partes. No se sabe por qué, los cadáveres que no fueron reducidos a cenizas por el fulminante incendio de la Bomba H, no putrescían sino que se momificaban.

—¡Campos de soledad, mustio collado
Fueron un tiempo Itálica famosa...

gritó uno de los dos fantasmas, que llevaba un soberbio perro policía atado a una corta pihuela. "¡Quieta, Chiquita, no te excites!"

No se sabe por qué tampoco, el Río de la Plata se había retirado a raíz de la catástrofe, dejando a pérdida de vista una extensión bañadosa y tosqueña hasta cerca de Martín García; y después había retornado con tremenda furia, un tarde de *suestada*, invadiendo los escombros y dejando lagunas y cisternas imponentes por todas partes. Si no fuera por la perra, en ese momento hubiesen caído en un pozo a pico lleno de agua fétida.

—Esto es peor que Itálica famosa —prosiguió el fantasma jefe, para romper el opresor silencio—. Esto es el infierno. Ni Doré ha pintado cosa parecida. Y eso que no es la primera vez que ando por aquí... ¿Cómo va ese ánimo?

—Mal —respondió el otro, ceñudo—. Y esto que veo no es para reconfortar a nadie.

—Hay que vivir, Edmundo —dijo el otro.

—Si usted me pudiera decir para qué...

—¿Estás bien de salud ya? Pues entonces, para ir a Corrientes.

—¿Está decidido ya eso?

—Orden superior improrrogable —rió el Cura Loco—. Si te encuentras bien, mañana partes. Cuidado. Aquí hay que trepar.

Los dos se encaramaron por un montículo de escombros que se desmoronaban. La perra ladraba alegremente.

—Mañana parto, si la policía me deja —refunfuñó el otro.

—Los perros son muy sensibles a las emanaciones atómicas —dijo el Cura Loco—, por eso los traemos. Ésa no siente nada por lo visto y nosotros tampoco, ¿no?

—A lo mejor mañana amanecemos todo pelados...

—Mejor para disfrazarse —dijo el Cura.

—¿No podríamos traer el "jeep"? Por aquí no se puede andar.

—Estás loco. Nos hundiríamos en cualquier trampa. Si te caes a un pozo de éstos, no te saca nadie. Es claro que yo te daría la absolución de tus pecados antes de morir: lo único.

—¿Y no moriría usted conmigo?

—Puede que sí. Fácilmente. Yo y la perra. Pero no te aflijas. Irás a Corrientes y nos veremos antes de morir...

—Y usted se queda aquí expuesto a los peores peligros. Y sin Dulcinea...

—De ésa no hay —y la voz se le atracó—, no hay noticias. Pero en cuanto sepa algo, te lo diré. Te lo juro. En Corrientes puedes hacer una gran obra, hay muchísimo que hacer...

—No veo. A no ser que quiera usted nombrarme... ¿Cómo dicen ustedes?, que quiera "consagrarme" Inspector.

—No se puede —dijo gravemente el Cura Loco.

—Yo no puedo. No creo en Dios.

—Eso no sé —dijo el Cura—. Por ahora no me preocupa. Pero si te hago Inspector, ya no puedes más casarte. Para mí eso sería lo mejor, pero para vos, no sé como piensas... Cuidado aquí —dijo el Cura, que había tocado un punto demasiado sensible, a juzgar

por el gruñido del otro—. Por aquí salimos al claro, a la antigua Avenida de la República. ¡Qué República! Mira un momento ésto. La primera bomba cayó cerca de aquí.

Estaban en un claro que aparecía enmarcado en todos sentidos por colinas de casas rotas y montañas de escombros, un marco espectral, para el cual no hay descripción posible. El sol se ponía, y sin embargo reinaba el mismo calor de todo el día. Los antiguos palacios y rascacielos que encuadraban la avenida mayor del mundo se habían derrumbado en todo o en parte; y los que quedaban en pie parecían gigantes siniestros y amenazadores. Parecía que echaran humo, a causa de las nubecitas de polvo reseco que alzaba el viento del Oeste.

—Aquélla es la casa —dijo el Cura—, aquélla toda cuarteada, que parece se nos quiere venir encima. Tenemos que ir al sótano. Ésta se ha roto hace poco, estaba quebrada. Antiguos departamentos de lujo. Mi pobre hermana estaba escondida en el sótano, protegida por una familia de la planta baja, una señora salteña. Ya han visto todo esto los hermanos, pero yo quiero verlo por mis propios ojos. Mira que departamento de lujo.

—Esto es un burdel —dijo Edmundo.

—Es un símbolo de lo que era antes —dijo odiosamente el Cura.

—¿Y desde entonces ningún rastro?

—Ni el menor, Dios mío.

—Dulcinea ha de... ha de haber muerto, maldita sea mi alma.

—No lo creo —dijo el Cura—. Eso no se parece a ella. Escapa de todas. Ésa va a vivir muchísimo más que yo... "desgraciadamente", diría ella. Si hubiese muerto, yo también estaría muerto.

—Y a mí me lo hubiese dicho mi corazón.

—Ojo con el corazón. Es muy mentiroso.

—Pero no es mudo. Ella ha escapado de peores. Y ahora estaba avisada.

—*Sfido io* —dijo el Cura—. Pero eso es justamente lo que me extraña. En fin... En fin, en fin, en fin, no hablemos más de eso, ¿no?

—Los Obispos que usted consagra ¿se casan? —dijo voluble el otro.

—Los "Inspectores", si ya están casados, conservan sus mujeres. Si no están casados al consagrarse, no se pueden casar más. ¡Es la Ley, es la Ley! —rió el Cura—. ¿No has visto a Don Pedro de Ocampo?

Edmundo guardó silencio.

—Ésta es la habitación donde moraba Dulcinea entonces —dijo el Cura—. Los nuestros han hecho aquí grandes trabajos: han saltado las puertas y han removido todos estos escombros.

Los dos se habían descolgado por un boquete en el piso, o sea, ~~en el techo del sótano. La perra se quedó arriba olulando.~~ El Cura encendió una potente linterna.

El cuarto era limpio y gracioso, con algunos pocos muebles sencillos, oleografías de santos en las paredes, un escritorio pequeño con una gran carpeta de cuero. El Cura andaba por allí oliscándolo todo.

—¡Ningún papel! —dijo—. No haberme dejado siquiera un aviso, no entiendo nada. Cada vez que se mudaba de casa, me dejaba la nueva dirección en cifra. Aquélla era su cama.

Edmundo se aproximó con reverencia. La cama estaba deshecha, las sábanas y fundas usadas. En la mesita de noche había dos fialas con drogas.

—¿Qué remedios son éstos? —dijo Edmundo.

El Cura tomó uno, leyó la etiqueta, y lo tiró con furia al suelo.

—¡Remedios! —dijo—. Dulcinea tiene que cuidarse continuamente; tiene que cuidarse muchísimo.

—¿Qué tiene? —dijo Edmundo. El Cura dio la callada por respuesta. —¿Le han comido la lengua los ratones? ¿Oye lo que le hablan? —insistió con impaciencia.

El Cura se sentó en la cama y se cubrió el rostro con las manos. No se sabía si lloraba o pensaba.

—Es imposible que no haya dejado nada —dijo—. Es señal que se había mudado de casa. Aquí no tenemos ya nada que hacer.

—¿La ropa? —preguntó el otro.

—Ya he mirado. Ropa blanca limpia, y dos o tres disfraces. Ni un solo papel. Vámonos, que se nos acabará la luz. Llévate aquel cuadro de Santa María Magdalena, aquel pirograbado al cromo. Es de un gran artista catalán. En realidad, no es la Magdalena, sino Santa Taís de Alejandría. Algo muy raro tiene que haber pasado aquí, para que mi hermanita no se lo haya llevado. Salvémoslo de este lugar de muerte. ¿En el baño no hay nada? Nada. Tiempo perdido.

—¿Qué es aquello? —dijo Edmundo.

Debajo del ropero encontraron una cajita de plata vieja maciza, pesada.

—La caja de la abuela —dijo el Cura—. Mira: es del siglo XVII, trabajo genovés. Dulcinea siempre la llevaba consigo. A mí no me la dejaba ni tocar.

En la tapa había grabada finamente una escena de caza del jabalí. Adentro no encontraron otra cosa que una cantidad de papelitos ~~color cera engomados, muy sutiles y muy recios, donde estaba~~ impreso: "BUENOS AIRES SERÁ BOMBARDEADA. EVACUARLA. ORDEN DE..." y debajo en tinta roja la conocida firma de Dulcinea, con una D grandísima y las últimas letras que descendían hacia abajo.

—Llévatela para recuerdo. Eres como un chico a quien hay que dar juguetes. Así no se te antojará llevar esa maceta con begonias secas, supongo. Es un recuerdo de familia. Yo tengo demasiados recuerdos de familia adentro. La perra anda loca; Dios quiera que no nos muerda. No es mía.

—Pero, ¿vivía sola Dulcinea?

—Con una sirvienta, la india Chuna, una india ona. Ésa estoy seguro que ha muerto —dijo lacónicamente el Cura.

La luz moría sobre la desolación de la ciudad muerta. Edmundo se sentía cansado, atacado de los nervios. La visita a las otras dos casas donde podía haber estado Dulcinea no dio ningún fruto: una de ellas era un montón de polvo, apenas quedaban más que los cimientos. Los cristeros los habían precedido; limpiando todo.

—¿Por qué se obstina usted en tantos trabajos inútiles? —dijo Edmundo.

—Hay que hacerlos, de todas maneras. Alguno los tiene que hacer. A falta de otro, los hago yo.

—Usted es un desesperado. —Sí —respondió sobriamente el Cura—. Y tú también. —Y después añadió riendo—: La desesperación es la enfermedad de muerte. Todos los hombres nacen con ella, aunque algunos no se dan cuenta en toda la vida. Ojo, estás caminando en dirección contraria: el "jeep" está para allá.

—Estoy desorientado —dijo Edmundo.

—Ciertamente y desde hace mucho tiempo; pero te vas orientando.

—¿Cómo es eso de que todos los hombres...?

—Así es no más. Todos los hombres son desesperados, de una manera u otra. Los que no los son hoy día, no merecen llamarse hombres, los que viven el plano estético. Ésos no son capaces ni siquiera de hacer un pecado, como Panchampla. Tienen la cabeza

llena de malos pensamientos y hacen toda clase de pequeñas porquerías; pero ¿pecar? Pecar es una cosa seria...

—Siempre sentí decir que la desesperación era pecado —articuló Edmundo, jadeando y tropezando a cada momento.

—Así es no más. Por eso te dije que la desesperación es la enfermedad mortal. ~~Mi padre se paraba la vida leyendo un filósofo~~ danés que dice eso; y yo lo he verificado en mí. Mi padre era danés, hijo de daneses, sabía bien el danés. Bastante raro el hombre. La desesperación es la enfermedad, pero —y aquí hay una cosa importante que quiero recuerdes porque te servirá algún día: la desesperación es la enfermedad, pero la desesperación *es también el remedio*.

—¿Cómo diablos es éso?

—Algún día lo entenderás.

—Yo a usted no le entiendo absolutamente nada. Eso.

—Ahora estás cansado. Te he hecho hacer hasta acrobacia. Yo soy acróbata, pero tú no. Has estado 38 días en cama, no lo olvides y yo te hecho hasta escalar paredes. Pero embrómate, tú has querido venir.

Edmundo se sentía exhausto, cansado como jamás en su vida. Habían tenido que escalar una pared como de cuatro metros, en medias, estribando en los ladrillos rotos, después de haber tirado las botas al otro lado, e izando al animal. Diez veces se sintió caer y tenía los dedos del pie destrozados: su mono de lienzo blanco, barnizado con amianto contra las emanaciones atómicas, lo enredaba y sofocaba. El cansancio se le había entrado adentro, en los nervios, y sentía una irritación espantosa, contra el Cura y contra todos. ¿Qué sabía él de este hombre? ¿Adónde lo llevaba? Porque evidentemente cada día lo llevaba más. Pero era bueno, aunque enteramente loco. Había estado enfermo del hígado después de la destrucción de Buenos Aires y lo habían cuidado con una solicitud infinita, Mandel y su familia, la señora Raquel, los chicos, el viejo Mandel con su pata tiesa, el Cura que caía a las cansadas, pero estaba siempre en todo. “Usted para nosotros es una cosa preciosa”, le había respondido Mandel un día. “Reverencia lo dijo.” Mandel se sentaba al lado de él horas enteras, hablándole a ratos de religión, y leyéndole sus librotes hebreos. Se curó muy lentamente. Pero todavía debía tener afectado el hígado, melancolía negra. Sentía un desgano infinito, y no sentía ninguna razón de vivir.

—Tenemos que apurarnos sin embargo. Tú eres uno de esos enfermos que no tienen "*animus sanandi*", y éso es muy malo —dijo el otro, como si le hubiese adivinado los pensamientos—. Así no se sana. Así estaba mi hermana Gracita después de la masacre.

—Pero se sanó. . .

—Todavía no. . .

* Edmundo calló ocupado en sortear obstáculos, y con una especie de puntada en el corazón. Sentía cada vez más rabia hacia su compañero, y se ahogaba de calor dentro de su mortaja blanca. Se había alzado el capuchón, indiferente a los efluvios nucleares, que decía la gente atacaban los ojos. El Cura era el que lo mantenía lejos de Dulcinea, cada día sospechaba eso; y ahora quería expedirlo a Corrientes. Ésa respuesta que le había dado hacía un momento era típica: "hay que hacerlos de todas maneras, aunque sean inútiles." Ésa era la actitud mental de los católicos: se obstinaban en cosas imposibles. Iban contra la corriente continuamente; y eso no puede ser. Ahora estaban en lucha con el mundo entero, su lucha no era dar golpes sino recibirlos, cuitados. Iban contra la vida, habían renegado de la ley de la vida: este Cura le habría hecho hacer a su hermana promesas, juramentos, votos, no sabía cómo se llamaban, de no casarse nunca. Mil veces le había oído aconsejar a personas diferentes que no se casaran. Este hombre que era profundamente bueno, era un fanático increíble, duro como hierro. Pero lo que es, si tenía engañada a la joven con esa matufia de los "votos", se las iba a ver con él. Solamente, primero encontrarla.

—¡El "*jeep*"! —exclamó el Cura. La perra había arrancado la pihuela y corría en la oscuridad a saltos dando alegres ladridos. Al rato volvió y se restregó alborozada contra los dos hombres.

—Tienes necesidad de trabajar, si no se te enredan los pensamientos —dijo otra vez como si supiera sus pensamientos—. En Corrientes tendrás "*plenty of work*". No hay cosa mejor para la melancolía. Los tapes correntinos te van a volver loco, te van a sacar la murria. Los tres sobres que te he dado: el primero abierto lo leerás todo con mucha atención en el avión. Irás con dos de los nuestros, como jefe. El segundo, cerrado, lo leerás después de llegado, y después de haber conocido al Inspector de Corrientes,

1. Deseos de sanar

2. Mucho trabajo

Epifanio Sosa. El tercero cerrado se lo darás al Inspector y esperarás respuesta; y según sea la respuesta, obrarás en consecuencia. Es menester que te aprendas de memoria la clave antes de salir: ésa nunca la damos escrita. ¿Estamos? ¡Orden superior, señor inspector!... de policía. Te pareces bastante a mi hermano Carlitos; el que mataron los federales, el que venía después de mí, mayor que Dulcinea. Yo a Dulcinea le llevo diez años.

El "jeep", sorteando obstáculos y montando lomas, había agarrado por la que antaño fue calle Rivadavia. Edmundo pensaba con todas sus fuerzas si no se negaría al día siguiente a partir. ¿Qué conocía él en el fondo de este hombre? La opinión pública le achacaba verdaderos crímenes. Muchas veces le había prometido, pero nunca jamás le había contado su vida; a veces se le escapaban recuerdos del pasado en forma fragmentaria; pero éstos no formaban un todo, eran rasgos sueltos con grandes lagunas. Había nacido en la provincia de Santa Cruz, de padre dinamarqués y madre de la sociedad salteña, patricia, con algunas gotas de sangre diaguita o huarpe. Los dos hermanos sobrevivientes, no se sabe por qué, llevaban el nombre de la madre.

El padre había sido aviador del ejército, después aviador privado, luego estanciero en el Sur. Parece que fue obstinadamente cristero, por lo cual sufrió innumerables exacciones y atropellos, incluso de los vecinos, que lo odiaban. Se empezó a poner ideoso y huraño, hasta que llegó un día en que mató de un tiro de escopeta a un federal. La guarnición de federales de la cárcel de Rawson hizo una de sus famosas "expediciones punitivas" y arrasó con todo el establecimiento Olaf Nielsen, pillando; talando y tratando a cuantos toparon delante, incluso a gente que no tenía nada que ver, como las tres sirvientas y a la madre de una de ellas que había llegado a verla el día anterior desde Santa Rosa. Los diarios del país contaron el "caso Nielsen" tergiversando los hechos en tal forma que los "Nielsen" aparecían como locos, malhechores, y casi verdaderos monstruos. Quizá por eso Dulcinea y su hermano se habían cambiado el nombre. El nombre de su madre era Vélez de Zárate Nemocurúa, apellido vasco; pero la gente empezó a decirles "Namuncurá" y ellos se hicieron a eso. El Cura estaba en su Parroquia de Cristo Obrero cuando pasó la masacre de Huin-Pireró, voló en avión a su casa y encontró a su hermana moribunda; al quererla salvar, fue atajado por el control antiaéreo y herido en la cara; perdió un ojo, y al aterrizar, se averió un poco una pierna.

El Cura había pertenecido a una orden religiosa, había estudiado en Roma, había tenido un lío fenomenal con sus Superiores, había estado "recluido" (es decir, preso) dos años, se había fugado, había sido echado de los Jeromianos y excomulgado por el finado Arzobispo. Parece ser, según decía él, que el Papa León XIV le había ~~arreglado el asunto según él decía; y debía ser verdad. Los dos eran~~ sinceros, eso sí; tenía la impresión de que nunca le había dicho una mentira. Eso era todo lo que sabía del Cura. De Dulcinea no sabía prácticamente nada. La había visto dos veces, en su lujoso atuendo de Reina, y le había jurado fidelidad sobre la cruz de la espada, posada sobre su pecho, cuando había sentido esa fetidez, esa mezcla de agua colonia y carne podrida. Había viajado con ella en un avión, y la había visto disfrazada de Zorra, cuando estaba de espiona en la policía, y disfrazada de vieja una vez en una ceremonia del Panlatreuticón de Buenos Aires. Allí habían hablado largamente en voz baja. . . terribles palabras. . . y después. . . ¡adiós!

—Antes de morir te voy a contar mi vida, por lo menos lo fundamental, eso te lo debo —oyó con sorpresa que le decía en ese momento el Cura. El Cura había estado hablando en voz alta todo el tiempo mientras él pensaba; pero él no había escuchado. Todo eso lo pensó en un instante, lo había pensado tantas veces, pero ahora con una intención enorme, echándolo en un platillo de la balanza, a ver si obedecía o no al Cura, al día siguiente, en aquello de ir a Corrientes. El Cura algunos días charlaba por los codos, los días que tenía una fuerte preocupación; pero no hablaba de su preocupación sino de otras cosas, decía mil macanas, estaba ocurrente y chistoso como un diablo. Ahora había estado contándole la destrucción de Buenos Aires y mil macanas. "Antes de tres meses habrá en el mundo un suceso colosal" —dijo—. "Tenemos que pararnos un momento en las barracas, tengo que hablar con Fermín Chávez hijo, preparar una asamblea..."

—¿Qué? ¿Juliano Felsenburgh?

—Ni me nuembres ese bicho —contestó el otro—. De ése no sé nada.

—Usted sabe todo. Lo que pasa es que no quiere decir. Dice lo que no se le pregunta, se sale por peteneras.

—Saber todo es imposible. ¡Ojalá! Estoy bastante bien informado, sí, mi servicio de radiotelefonía. Tengo que estarlo. Tenemos muchísimos cómplices entre la gente pobre, no te creas, incluso entre los que no son cristeros, podemos mucho, puedes confiar en

mí, por ahora. Ni te agarrará la policía, ni te pasará nada en Corrientes. Aquí sí, aquí te agarrará la policía a corto plazo; eres muy imprudente. Ésa es la razón porque te mando a Corrientes, razón capital ella sola. La gente pobre de todo el país, incluso los judíos, simpatiza con nosotros y la gente pobre es casi todo el país. ¿Quién no es pobre hoy en el país? Fuera de los altos funcionarios, los oficiales de la Federal y las doscientas familias de nuevos ricos que poseen prácticamente toda la tierra laborable, ¿quién no es pobre, dime? Los pequeños propietarios poseen sus tierras a título precario; en cualquier momento el Fisco puede apoderarse de ellas, por el artículo 543, inciso 3° y 4° del Código Damonte, sin trámite ni control válido ninguno: eso que llaman "apelación enfiteútica" es una filfa; nunca funciona para los enemigos políticos. Así que todos somos pobres. Yo vivo hace quince años de limosnas y nunca me ha faltado nada. Todos somos pobres... menos los oficiales de la Federal... —dijo con malicia—, De sobra sé que tienes un montón de trúmanes de oro escondidos, ¡que no te los hubiese aniquilado la destrucción de Buenos Aires! Bueno, guárdalos si quieres, te doy permiso. Puede que los necesites dentro de poco... aunque sea para comprarte un caballo.

¡La destrucción de Buenos Aires! Al principio no se supo nada cierto, reinó la confusión más grande en el país, él estaba enfermo, el gobierno se mostró bárbaramente ineficiente y brutal, en el interior reinó el espanto y pasaron cosas extraordinarias y muy graves. Poco a poco se fue sabiendo todo.

La primera bomba atómica cayó en la noche del viernes 24 de Noviembre, pasada media noche. La explosión iluminó la ciudad por un instante con una luz diez veces mayor que la del sol, seguida de la oscuridad más absoluta y de un baladro espantoso, como truenos sucesivos. Todo el ambiente se llenó de polvo y humo. Cayó en la calle Belgrano cerca de la plaza "Confraternidad", que la gente seguía llamando todavía "Miserere". Allí estaba ahora el inmenso cráter, de profundidad desconocida, que se había convertido en una laguna fétida. Esa explosión agrietó edificios a una distancia de hasta 13 kilómetros. Pero las quemaduras e incendios cubrieron solamente unos 5 kilómetros de radio. La segunda bomba fue más potente y cayó en Belgrano norte. Su cráter se había unido con el Río Paraná; el cual sufrió una desviación de su curso formando allí como una profunda bahía. Los dos aviones supersónicos que habían traído las bombas fueron

inapercibidos, vinieron a una altura inmensa, volando a ciegas. De cada uno se desprendieron sendos aviones hijos, que descendieron en espiral y soltaron las bombas con un pequeño paracaídas. Cuando la defensa anti-aérea se enteró, era tarde: los artilleros murieron todos en sus puestos, hasta los que estaban situados en Vicente López. ~~Los aviones-madres volvieron grupos de inmediato, pero uno de los~~ hijos fue abatido en el Río de la Plata, al querer acuatizar, por la flotilla del almirante Robertson. Fue una mera casualidad que un reflector lo hubiese depistado. El otro fue apresado en el Brasil, en Río Grande. De los dos pilotos rusos uno se suicidó al ser apresado, el otro habló, desobedeciendo la consigna. ¡Ah! si todos los porteños hubiesen obedecido la consigna de Dulcinea, empezando por ella misma!

—¿La evacuación? —preguntó Edmundo.

—Salió mejor de lo que podíamos esperar. Más de la mitad de la población salió a tiempo y de los que quedaron, no todos murieron —dijo el Cura—. Dulcinea y yo... más de lo que hicimos no podíamos hacer. Pero los que se salvaron, tú sabes cómo quedaron. Tú ya has visto los hospitales de la Línea...

Claro que sí. Edmundo recordó con un escalofrío su visita al hospital Don Orione de Témpereley. Las emanaciones atómicas habían hecho un fantástico trabajo en esos cuerpos míseros: caída total del cabello, grietas en la piel por todo el cuerpo, hemorragias continuas, partos monstruosos, quemaduras que no cicatrizaban y resistían al ácido oxálico y a cuanta pomada se había inventado, cáncer en todas las mucosas de adentro y fuera, pulmones tocados que goteaban lentamente sangre por dentro como el techo de una caverna... Casi era mejor morir abrasado que sobrevivir a una oleada de fuego atómico...

La evacuación comenzó el mismo día que el Cura "habló" en la Catedral de Marel Plata, y fue prohibida y resistida por el Gobierno hasta que no pudo más. Largas caravanas de gente de toda clase y en toda clase de vehículos, hasta carricoches de leche tirados por vacas, comenzó a salir como ríos por las cinco salidas principales de la ciudad, y por todos lados, en abanico. Se intentó detenerlos por todos los medios, pero fue imposible; los Federales ametrallaron algunas columnas, pero fueron arrollados al fin.

Cuando el Almirante Robertson, que Dios confunda —dijo el Cura— vio que era unánimemente desobedecido, ordenó un escarmiento ejemplar. Un río de gentes que salía por Liniers fueron segadas por

las ametralladoras apostadas a los dos lados de la ruta, y obligados a retroceder... los que quedaron; se habló de 15.000 muertos; no lo creo, pero murieron centenares y miles. El éxodo se detuvo unos días y comenzó de nuevo; el segundo ametrallamiento, el de la salida Montes de Oca, les salió mal: la muchedumbre enloquecida se lanzó hacia adelante, en masa compacta, empujando los de atrás y disparando los que tenían armas. Y dejando literalmente alfombrado el camino de cadáveres, llegaron a las piezas e hicieron pedazos a los Federales que no huyeron a tiempo. Uno de ellos lo tengo yo todavía prisionero. Ésa fue la columna que se estableció primero en Avellaneda y después en 25 de Mayo.

—Uno de ustedes hizo un gran papel en uno de esos tumultos, creo —interrumpió Edmundo.

—Sí, un Inspector nuestro, Blas Herrera y Obes, un uruguayo. Con su arrojo salvó a una columna de ser ametrallada, y perdió la vida. Se adelantó a la columna con bandera de parlamento; y al estar cerca del grupo de los oficiales federales les arrojó una granada de mano Mills de gran potencia, que los mandó al aire. Fue fulminado a tiros inmediatamente. Pero los policías, que ya sabían lo pasado en Montes de Oca, abandonaron sus piezas y huyeron. Salvó la vida de millares de hombres.

—¿Fue un mártir? —preguntó Edmundo con sorna.

—No tanto como yo —contestó fríamente el Cura.

Edmundo se calló de nuevo y lo dejó charlar. El otro comenzó a describir las peripecias del éxodo: el establecimiento de campamentos de barracas y toldos, a lo gitano, en un círculo alrededor de la Capital que iba desde Quilmes por Adrogué, Lomas, Lanús, San Justo, Morón y San Martín hasta morir en San Isidro, círculo que fue evacuado a su vez después del bombardeo, hasta convertirse en la actual "Línea". Edmundo pensaba con fastidio en la apatía de este hombre; contaba las cosas más horripilantes sin inmutarse. Eso sí, en lo que él sabía, nunca le había pillado una mentira. Corrían acerca de él narraciones de cosas prodigiosas; pero él nunca le había visto ninguna. Sus gentes habían tejido en torno de él una leyenda. Contaban cosas y cosas, chistes, anécdotas y hazañas, uno había visto esto, otro había visto lo otro, todos habían visto, y Edmundo no había visto, propiamente prodigioso, nada. Hazañas, sí, hazañas de hombre desesperado y temerario, en eso sí lo admiraba. Pero era un hombre como los demás, con defectos como todos los humanos, no era un santo. Algunos días

estaba de un mal humor espantoso y se encerraba el día entero sin hablar con nadie. Era simplemente un hombre de una actividad prodigiosa, un "excitoide". ¿Qué edad tenía? A Edmundo le parecía que este hombre no tenía edad. A veces parecía de sesenta y a veces parecía de veinte años. Era notable: hablaba con los niños como si fuese un niño, y con los viejos como si fuese viejo. Una vez lo había oído hablar muy gravemente con dos chicos de 11 ó 12 años, y les hablaba exactamente como si fuesen personas de su edad, con una seriedad y gravedad absoluta, y al mismo tiempo en la lengua de ellos. Con cada persona que hablaba, se acomodaba. No hablaba a dos personas de la misma manera. Excitoide. Así era Napoleón, que fue epiléptico.

El *jeep* volaba por la región maldita. Todo lo que rodeaba a Buenos Aires hasta cuarenta o cincuenta kilómetros en torno, había sido retomado por la Pampa, pero era una pampa maldita, sin pastos, sin potreros, sin ombúes, tachonada de manchas de cardos y cicuta, con inmensas sabanas de polvo ceniciento, que se levantaba con los ventarrones en tormentas de tierra imponentes. Solamente los cristeros y los merodeadores se atrevían a ingresar en la región maldita; corrían acerca de ella supersticiones inverosímiles, se narraban cosas de más en más fantásticas, la gente de la "Línea" había tramado una especie de mitología atómica, decía el Cura. Decían que en las ruinas andaban fantasmas, que se veían luces, que se oían voces que precedían cosas espantables, que muchos que habían penetrado a buscar tesoros habían caído muertos de puro espanto... "En realidad, hay fenómenos eléctricos —dijo el Cura—. ¿Viste la especie de relámpago blanco que brilló cuando subimos al *jeep*? De eso tiene que haber mucho; fuegos fatuos también; los gigantes que se mueven que ha visto la gente, son simplemente ruinas de rascacielos mal iluminadas. Las voces son los merodeadores. Los ladridos de la Chiquita hoy día, si alguno andaba por ahí, ¿en qué especie de diablería se habrán convertido? La gente que está excitada tiene mucha imaginación; y la gente que entra en la antigua Buenos Aires, tiene que estar excitada. Hay muchas bandas que van a pillar a las ruinas, a buscar tesoros, las cajas de los Bancos; como si ésas no las hubiese pillado ya el Gobierno. Yo he dado orden a los míos de que nadie se apropie de cosas de las ruinas, aunque las encuentre por caso: orden que fue resistida, y es mal obedecida por desgracia. La razón que les di es que sería vil hacer eso; que son cosas de los muertos, que están malditas... Hay otra razón y es que los objetos de allá, sobre

todo los metales, están contaminados de rayos actínicos; y el pobre cristero angurriento que se lleva a casa trúmanes oro, creyendo llevar un tesoro, puede llevar en realidad un foco de peste..."

Edmundo oía y callaba. No sabía dónde estaban, iban a campo traviesa, la oscuridad era total, y sentía un vago temor y su irritación que aumentaba.

—Estamos entrando en la Zona —dijo el Cura—. Por aquí hay cardo mucho y garabatos. También taperas. Voy a andar con cuidado. El foco de la izquierda está fallando. Todo esto es tierra que no tiene dueño, hemos vuelto a los tiempos de la Conquista. Fue lamentable, pero no tenía remedio. Las muchedumbres cubrieron todo como mangas de langostas, se apoderaban de alimentos y de ropas, y los propietarios renunciaron a sus títulos por no renunciar a la vida. Algunos por desgracia renunciaron a la vida. En el Tigre hubo verdaderas batallas. La turba empezó a apoderarse de las mansiones de la gente rica a mano armada y los vecinos se organizaron y resistieron. Hubo siete días de luchas de guerrillas y sitios de casas en el antiguo Tigre, después Ciudad Harding y hoy día Santa María. Se llegó a un acuerdo al fin, a un pacto entre los dos bandos, gracias a la intervención de Fermín Chávez; pero mucha gente rica, que no quiso convivir con la "chusma", emigró a Pergamino, a Rosario, a Montevideo y a la lejana y suntuosa ciudad de Walt Whitmann (antes Resistencia) capital de la Gobernación del Paraguay. El Tigre fue rebautizado "Santa María". Ahora aquello es un verdadero hervidero de católicos.

—¿Está ocupado por los cristeros?

—No. ¡Ay! —dijo un tremendo barquinazo el coche—. He agarrado un bache o un pedazo de mármol. No. Casi todos estos miserables que huyeron se han vuelto católicos, o cristóbales, como usted dice. ¡Ay, otra vez, qué es esto! ¡Cuidado Mundo! ¡Tirarse al suelo! ¡Los merodeadores! ¡Ponen trampas en los caminos!

Un estruendo sordo había resonado a la derecha, un tiro seguido de una descarga cerrada. El auto frenó de golpe y casi tumbó, y el Cura se dejó caer al lado por la portezuela de la izquierda. —¡Tírate! —gritó.

—¿Está herido? —gritó Edmundo.

—Creo que no. Me han pinchado una goma. ¡Tírate y cúbrete detrás del auto! ¡Los merodeadores! ¡Quieta, Chiquita!

Ni la perra ni Mundo obedecieron. El animal se lanzó a los brincos y ladridos al sesgo hacia atrás del auto. Mundo encajó su metra en la culata y acurrucado en el fondo del chasis apuntó cuidadosamente y mandó una ráfaga de balas al punto donde partía el fuego, una larga ráfaga que tronó tartajosa como una sierra desafilada. El fuego de la cuneta cesó de golpe. “¡Tocados! —gritó Mundo—. ¡Ya verán!”

—¡Cúbrete, te digo! —gritó el Cura desde abajo del auto—. Por suerte tengo el trebuchador oxilhídrico, en diez minutos arreglo este trasto viejo y después *rajamos*. Cuidado Mundo, cúbrete. Mundo, que había saltado del auto para llamar la perra, se encogió cuidadosamente en el fondo y apuntó a la derecha la metra.

—No hay cuidado que ninguno se arrime. Por mí, usted no se aflija. Arregle rápido.

—Diez minutos o quince. Son “merodes”. Tiran con escopeta de caza y revólveres viejos —rezongaba el Cura desde abajo.

—Hay un policía desertor entre ellos, sin duda. ¡Zape! —dijo Mundo bajito—. Ya verán.

Un tiro solitario surgió de muy cerca y la bala le zumbó por la cabeza. La perra se lanzó de nuevo al asalto, ladrando con furia, pero ahora hacia adelante. “¡Atrás, Chiquita!” —pero era tarde. Sonó un tiro y un aullido lastimero. Sobre el tiro, Edmundo apretó el gatillo y mandó cinco o seis balas: sonó otro aullido, esta vez humano.

—“¡Una boca de fuego enmudecida!” —Edmundo citó cantando al Reporter Esso de *EL TABANO*, que hacía crónicas de guerra en verso. —Esto está lindo, se me ha pasado el sueño. Nos quieren cortar la delantera y se han abierto en círculo, marchan separados. —Disparó de nuevo—. ¡Otro chingolito! —dijo—. Pero en esta forma me van a gastar todas las municiones.

El fuego graneado había cesado y reinaba un pavoroso silencio. “¡Imbéciles! —dijo Edmundo, avizorando la oscuridad. —¡Vaya una emboscada! No saben nada...”

—Se han ido, ésos son siempre cobardes. Yo estoy terminando esto. Ojalá que tuviera un fierro de hacer tatatá, como vos. ¿La perra está herida?

—No —dijo Edmundo.

—Yo tengo algunos perdigones debajo del cojinillo, me parece, que me están haciendo cosquillas.

—Cállese y quédese quieto allí un momento que tengo que hacer una operación importante. Con sus gritos usted nos está localizando.

El Cura oyó que se acomodaba entre las latas como en una poltrona y apuntaba respirando fuerte. Una retahíla de tiros partió al fin alanceando la oscuridad, una ráfaga interminable, hasta que se le acabó la cinta.

—¿Qué has hecho? —gritó el otro—. ¿Fuegos artificiales? ¡Has agotado todas las municiones!

—¡El jefe! —gritó triunfalmente Edmundo—. ¡Lo agarré! ¡Ahora disparan todos! ¿No oye el galope?

—¿Cómo sabes que era el jefe? —El del centro: tenía un Remington 44 fenomenal ¿no oyó?; ése debe ser un desertor de los federales.

Lo interrumpió un ruido sordo y dos gritos furiosos.

—¡Cuidado Mundo! —había gritado el Cura que estaba acurrucado a la izquierda rueda delantera, y había saltado como una víbora hacia adelante, en el golpe que llaman "de la serpiente" en el jiu-jitsu; y alcanzando los pies de una sombra allí surgida, la había tirado de espaldas. Sonó un tiro ensordecedor de arma corta y Edmundo sintió un dolor vivo y desgarrante en la mejilla. El Cura y el malevo se debatían en el suelo hechos un solo bulto.

—¡No tires! —chillaba el Cura—. Lo he desarmado. Nos sorprendió por el otro lado. ¡Ah maula! ¿Sabés morder también? Un prisionero, Mundo. ¡La sogá! ¡Ecco! Un derechazo a la mandíbula y listo. Ya está. Un izquierdazo por las dudas... Atálo, Mundo.

Mundo estaba delante del faro del auto, mirándose la mano llena de sangre. El Cura dejó su presa y acudió solícito.

—Me ha salvado la vida —dijo—. ¿Qué tengo en la cara?

El Cura miró con espanto, todo jadeante. —Poca cosa por suerte —tartamudeó después de un momento—. Una esquirla de lata de la carrocería; yo desvié el disparo. Eso sí, te ha tajeado feamente la mejilla. Un momento, te vendo enseguida.

—¡El otro! —gritó Mundo— ¡ataje! El Malevo, un bruto membrudo cubierto de harapos, se había levantado penosamente y tomaba el portante al trote. El Cura se echó a reír:

—¿Qué estás gatillando, si tienes el arma vacía, y además un ojo tapado? Déjalo que *raje*. Un incordio. De éstos no podemos sacar nada. Son unos infelices. Además, si nos ven llegar así, con armas y con ese harapiento en el coche, nos asan a tiros... los centinelas de la Línea. Tenemos que estar en la Línea cuanto antes. Va a amanecer. ¿No se podrá salvar la perra? ¿No? ¡Listos! Mucho es que no hayamos muerto los tres. ¡Pobre Chiquita!

Hizo girar los focos hasta encontrar el cadáver del animal, meneó la cabeza diciendo: "Total, no era mía" y saltó al manubrio. Un momento después el coche picaba con el fierro a fondo por los campos desolados. "¡Aquí está la huella!" —dijo de golpe el Cura, tomando el camino. Edmundo sentía en la cara un dolor insoportable.

Poco después estaban ante un centinela con arma larga. Estaban en la puerta de la Línea; los lineros, se habían organizado como pudieron, y se defendían y gobernaban como un aduar de árabes en Africa. La Línea, poblada con los fugitivos de Buenos Aires y muchos cristeros que habían acudido de todas partes se extendía en semicírculo por Irreprochable, Einstein, Richmond, Eisenhower, Wendell Willkie y Baltimore, que habían recobrado sus antiguos nombres de Punta Colorada, Varela, Monte Grande, Merlo, San Miguel y Tigre —convertido en "Santa María".

—¿Los papeles? ¡Que lo tiró! ¡Me los ha robado el vagabundo! —chilló cómicamente el Cura.

—Suelte esa arma, señor —intimó el escucha.

Edmundo se la tiró a los pies. —Está vacía —anunció—. Merodeadores. Un jefe con un rifle fino. Huyeron aunque no todos.

—Ése es el Zurdo Picazo. ¿Y quién son ustedes?

—Se me perdió la cartera jugando con un bestia de éstos —dijo jocosamente el Cura—. Pero ¿conoce usted este relicario de oro?

—¡El Cura Loco! —gritó el otro—. Perdón: ¡Su Reverencia el Inspector General! ¡Con esa facha, envuelto en sábanas! ¡Perdón, Reverencia! —Se llevó a la boca y sonó un silbato estridente.

—¿Pero usted está cambiado, verdad? Así no era la última vez que lo vi.

El Cura que se había despojado del mono blanco, reía con risa histérica como había reído todo el tiempo desde que le curó la cara a Edmundo.

—Voy a llevarlos a la Inspección —dijo—. El Maestro Fermín los esperaba; pero mucho antes. ¿Sabe la gran noticia?

—¿Qué noticia? ¿Buena o mala?

—No sé si es buena o mala. Miren.

En el laberinto de callejuelas, ranchos, barracas y bungalows que se extendía delante, ardían fogatas y cantaban grupos de gente ubilosa, hacían rondas los niños. Se oían clamores por todas partes.

—¡Qué diablos de Sabbath es esto? —perplejó el Cura.

—Festejan la gran noticia —dijo el Centinela, entregando los viajeros a dos hombrachones uniformados que habían caído. —El Inspector

se las dirá. Llegó ayer tarde pero no la creíamos, pero parece que es verdad no más...

—¡Mañana! —dijo el Cura—. Ahora no puedo más. Estoy muerto de sueño y tengo el traste como una perdiz.

—¿Cómo?

—Muníciones —dijo—. Una perdigonada en la cadera. Válgate que tenía encima esa ropa fuerte...

Y se internaron los cuatro por las callejas hacia el centro, iban meditando; y tropezaban por todas partes con gente alborozada, fogatas de San Juan, corrillos nutridos, en los cuales un orador arengaba. "Les habemo preparao dos casas —dijo uno de los mocetones—, la de usted, Reverencia, está al lao el Palacio Inspectoral. ¿Se quedan mucho aquí entre nosotros?"

—Yo no sé todavía; éste, parte mañana tarde para Corrientes.

—Lástima —dijo el mozo.

Edmundo se paró y dijo con gran determinación.

—Reverencia, el asunto es de esta manera, lo he venido pensando: usted es un hombre de mando y yo también soy un hombre de mando; pero usted es de más mando que yo. Por eso yo le tengo respeto por un lado y por otro me da rabia (El Cura rió). Cuando el asunto de los merodes, yo repelí el asalto, pero usted tenía la situación en la cabeza, pensó una eventualidad en la que no pensaba yo, tenía el plan en la cabeza, va, y daba órdenes. Estando con usted, yo obedeceré sus órdenes; pero ir a Corrientes no voy.

—¿Por qué? —hizo el Cura.

—Yo no soy de ustedes, yo soy de Dulcinea. Y donde esté Dulcinea, allí tengo que estar y no en otra parte.

El Cura se detuvo y lo miró largamente: —¡Cuitado! Ya llegarás, ya, aunque no quieras y antes de lo que piensas; pero donde está Dulcinea ahora no puedes ir...

—¿Lo sabe usted por si acaso?

—De cierto, cierto no lo sé —dijo y le saltaron dos lágrimas, con una mueca amarga y burlona—. Pero píamente se puede imaginar —añadió—. Ya te avisaré cuando lo averigüe.

X

VILLA DESESPERACIÓN

Temperley se llamaba ahora Villa Desesperación. O mejor dicho, la antigua Temperley subsistía, medio abandonada por sus habitantes, que emigraban de más en más, amedrentados por las "excursiones punitivas" de los Federales contra los míseros habitantes de Villa Desesperación, la cual estaba enchufada con Temperley en forma que no se podían delimitar y la cercaba en todas direcciones, sobre todo hacia el Oeste. Desde la plaza Lincoln hasta el arroyo Long-Meadows se extendía el inmenso campamento que los fugitivos de Buenos Aires en el primer momento habían denominado "Desesperación", que cubría chatamente una extensión enorme y embarullada: calles en todos los ángulos, y casitas chatas de madera, zinc, barro, demolición, ladrillos, cemento, piedra y hasta mármoles, traídos de la región maldita. El Hotel de Dios había sido empezado con mármoles y terminado con lo que cayó: la parte central estaba suntuosamente enchapada en ónix, un ala era de ladrillos, con una punta de adobes, la otra ala de cemento con ladrillo picado y piedra. El Hotel de Dios, lo primero que vio Edmundo al salir el sol —no se acostó, se sentó en un banco a reflexionar, la mejilla le dolía fuertemente— era un símbolo de Villa Desesperación: vastísimo hospital, asilo y hospedería, en cuya construcción había intervenido toda la población, por turnos diurnos y nocturnos, domingos incluso, bajo la dirección del arquitecto Lattanzi —munido de poderes dictatoriales—, así le habían contado. Al lado suyo se había sentado un hombre esquelético, pelado, macilento, le pidió limosna y empezó a contarle cosas y responder a sus preguntas. Era un "tocado".

La parte de hospital, que era vastísima ("yo estuve en la sala 19, usted se imagina"), estaba atestada de víctimas de la explosión atómica, las más graves solamente, porque no había lugar para todos: Edmundo ya había visto una sala así. Los casos leves se arreglaban como

podían: cada momento se veían por las sucias callejas hombres cadavéricos, de cráneo pelado y cabezas caídas, mujeres momificadas o espantablemente hinchadas que pedían limosna, hacían "changuitas" o recitaban en voz alta en los corrillos, lamentables romances o letras de tango. El Hotel de Dios tenía además dos escuelas y un colegio, y la Sede central de la Justicia de Paz.

Aquel barracal multitudinal y heteróclito era una vista que no se había visto jamás en el mundo, ni el Shanghai o el Singapur de las leyendas podían dar una idea; ni nada. Edmundo se decidió a recorrerlo hasta la hora de comer, oteando cuidadosamente para no perderse: el Cura lo había citado para las doce.

Los cristeros habían contribuido enormemente a organizar y crear una especie de orden. Organizados en cuerpo, cuando llegó la catástrofe tomaron en seguida iniciativas; y las manadas alocadas y desesperadas obedecieron de grado y aún con gratitud. En poco tiempo se establecieron los lineamientos de una civilización primitiva y aún bárbara si se quiere, pero firme: con enseñanza, asistencia social, distribución del trabajo, empresas, títulos de propiedad y hasta fuerzas de policía, uniformadas pintorescamente y armadas a la diablo, hasta con cachiporras. Edmundo vagaba por las callejas y las plazas (¡qué plazas!) sin caer de su asombro. Cada escena que veía, comparándola con la del viejo Buenos Aires, le parecía cosa de la Luna o Marte. "¿Así es por toda la Línea?" —preguntaba al esqueleto ambulante que lo acompañaba. "Más o menos. Hay villas que no son tan católicas. Aquí somos muy católicos." La muchedumbre había aceptado sin gran dificultad el culto viejo-católico —modificado de las maneras más inesperadas y chuscas, a veces —al imperio de las circunstancias.

Se celebraban "cenas" en las casas de los "jefes de grupo" (o sacerdotes) y de tanto en tanto el inspector Chávez oficiaba una cena solemne en el Hotel de Dios, que se abarrotaba de asistentes. Dos horas después de anochecer se disparaba el "toque de queda" con un cañoncito y todos estaban obligados a apagar las luces, menos los "serenos" y "vigilantes": la fiesta de ayer noche había sido un desacato total a la ley de queda; pero no se había podido contener la alegría de la muchedumbre y se hizo la vista gorda.

La "convivencia", la "vecindad" o como se quiera llamarle a lo que no existía ya en Buenos Aires (Edmundo recordaba la campaña de la *TRIBUNA DE DOCTRINA* "en pro de una mejor convivencia vecinal" que no había dado resultado alguno), la amistad humana

lo la humanidad en suma, había renacido. En Buenos Aires un "vecino" era por definición "un ser del cual se recibían molestias" y al cual comúnmente se odiaba; recordó el fastidio continuo y el horror de los bloques de departamentos. En donde él vivió, ni se conocían, ni se saludaban ni se ayudaban, ni (por sueños) se amaban. Aquí la súbita catástrofe y las comunes apremiantes necesidades habían acercado a los hombres; recordó lo que le contaba el tío Battista acerca de la solidaridad de la gente pobre en Italia y en España. Aquí pasaba lo mismo. Aquí, si no estaba alegre, la gente parecía por lo menos tener paz; vio docenas de escenas risueñas o conmovedoras. ¡Ah! los Juzgados de Paz, vio uno por casualidad. Las diferencias entre vecinos las arreglaba el jefe de grupo o un delegado suyo con un código bastante arbitrario de sentido común e improvisaciones humorísticas. Vio en una calle ancha este espectáculo: un hombre disfrazado de burro sobre un burro verdadero, muy serio, seguido de una patulea de chiquillos y vagos que alborotaban como mil, con un cartel en las espaldas:

—¿Qué es éso? —dijo.

—Este hombre ha de'ber dicho que no hay Dios, o algo por el estilo. Es la Ley —dijo su macilento compañero—. Se pué pensar todo lo que vos quieras que no hay Dios, pero no se puede decirlo en público.

Edmundo miró las espaldas del hombre cuando pasó: el cartel decía: "No existe Dios; pero hay burros como vos."

—Castigar con el ridículo, como en la Edad Media —pensó—. Es más eficaz que la cárcel; pero lo que es aquí no hay ni pizca de libertad de pensamiento. ¡Qué mundo! Esto no es viable hoy día.

Cuando entró en el Juzgado, porque le pareció vislumbrar una cara conocida, su esquelético compañero hacía rato que lo había abandonado, sentándose en un poyo, exhausto, y poniéndose a conversar animadamente con un grupo de comadres, que repetían cada momento el nombre de Juliano Felsenburgh. Una de ellas agitaba un libro que rezaba: "La verdadera vida de Juliano Felsenburgh". Se detuvo un momento, pero no hiló nada en firme. ¿Qué había?

El "Juzgado" estaba abierto de par en par, y un juez dictaminaba a gritos, coreado por carcajadas estentóreas, aplausos y protestas. Miró al juez y lo reconoció de golpe. ¡El negro del Subterráneo!

—¡Vos aquí! —dijo.

—¿Usté quién es?

—Edmundo Florio. ¿No me conoces?

—Lo reconozco ahora a gatas, pero ha cambiado de pinta. Está vejentao. ¿Y yo quién soy?

—¡El negro del subte!

—Alto: ~~el doctor Pedrito Jordán Cáceres, delegao provisorio pa~~
la sesta, por más seña.

—¿Te has vuelto doctor de golpe?

—¿Y no? En leyes, en código, en reglamento y en toditas las picardía.

La concurrencia prorrumpió en risadas, se ve que venían a reírse más que todo, y se reían hasta de vicio. El morocho dijo muy digno:

—¡Silencio en la sala! Usté siéntese aquí, mi general, porque es de mayor graduación. Yo me siento aquí en el suelo al lao, y a gritos no má me los manejo a todito. Ya verá usté.

Otra carcajada general. Había un montón de gente de todas layas, incluso "tocados" (como llamaban a los lisiados de la Bomba; y muchos lo eran en efecto) sentados en sillas, de pie y hasta tumbados. En un rincón del frente, custodiados por un jayán de garrote, estaban los detenidos, los pleiteantes y los testigos.

—¿Usté ha venido a inspeccionar nuestra justicia de la sesta, general? Bien hecho; es famosa. El otro día vino a vernos nada menos que Su Eminencia, y salió contento. ¡Aquí todo salen contento! Menos. . . claro. . . es natural. . . ¡Pase el caso cuarto! Dispense, no puedo perder un minuto.

—Este señor, Juan Galinde, le hace a este otro señor, Manuel Sciacca, ruido a la siesta. Además le ha robado un caballo —dijo el policía, introduciendo a dos vecinos.

—¡No adrede! —dijo el acusado.

—¿El caballo lo robaste por distracción?

—Es mentira, Juez. No robé nada.

—Está probado —dijo gravemente un hombrecillo de negro que sentado en un pupitre hacía de secretario.

—¿Qué hay en el Código contra esto, Usía Secretario?

—Para el robo, devolución y multa. Para la siesta, nada —dijo el otro, después de revolver varios papelotes.

—Ma pero —dijo el otro—, prefiero que se yeve el cabayo, ma que no me haga ruido en la siesta.

—¿Ofste? —dijo el morocho—. Se arreglan entre ustede. ¡Buen trato! Vó, Manolo Chaca, ¿pa qué querés el cabayo? Y éste tiene familia, che, ¡tiene familia! Se arreglan entre los dó.

—Lo mismo que el Irreprochable —pensó Edmundo—. Han copiado la justicia pública del Virreynato; pero le han agregado la caridad, según veo.

—Así me voy a armar yo de un caballo —comentó una mujercita risueñamente—. Con no dejarla dormir a la vecina...

—Al primero que haga ruido de gusto, le fajo yo una ley nueva. Éste es un caso *épcecional*, ¿comprenden? Fue el dueño del cabayo el que quiso. . .

—Lo mismo que el Irreprochable —dijo Edmundo.

—¿Qué hay, patrón? —dijo el juez.

—Que va muy bien esto... ¡caso quinto! —gritó él mismo agitando la campanilla de la cátedra.

El policía introdujo a un mocito flaco.

—Este lee diarios prohibidos: *EL TABANO* y *EL POBRE DIABLO*.

—¡*EL POBRE DIABLO*, no! —gritó el acusado—. Ya ti hei dicho que venía envuelto en una lata kerosén, caraí —dijo el acusado.

—Te traías de Rosario *EL POBRE DIABLO* en latas de kerosén pa venderlo de contrabando, ¡y quién sabe a qué precio! —preguntó el juez.

—Pero no, caraí, cherubichá —corrigió pausadamente el correntino—. Ya ti hei dicho que *EL POBRE DIABLO* estaba por ajuera y la lata adentro.

—La ley es clara: éste tiene que estarse vestido de pobre diablo, y de rodillas, el Domingo en la puerta de la Iglesia, con el cartel que dice... “¡El que lee porquerías — Se ensucia las fantasías!”

El auditorio rompió a reír con alegría.

—Pero no, cherubichái; ya ti hei dicho que lo único que hei léido es *EL TABANO*.

—Entonces vestido de Tábano, de pie, pidiendo limosna pa la Iglesia. Listo. Es la ley.

—Este otro señor italiano ha estafado el impuesto —anunció el policía—. ¡Y me costó un trabajo traerlo!

—¿Hay testigos? —dijo Don Pedrito.

—¡Hay! —aseveró el Secretario.

—Ma, se trata de una oppra ppía: la oppra ppía non pagga impueste, ¿o ppaga?

—¿Qué obra pía tenés?

—¡Cigarrería, peluquería y lustrabota! —atestiguó el policía.

—Ma, ya te dico io, io le doy cigarro grati a lo pobre e a la ermanita de lo Asilo. Non guadaño niente —con un acento nápoli cerrado, que todas las consonantes eran líquidas y las vocales casi del todo iguales.

—¿Cuántos cigarros das a los pobres?

—Ma, al vieco Vega le hai dado lo meno cinco toscano, per esempio...

—¡Son setenta y cinco pesos de multa! —gritó con rabia el juez—, ¡y paga todo lo atrasado! Listo. Gringo agarraro ¡Listo!

—¡Má! L'hanno aumentato entonces, l'año pasato se pagaba no más chincuenta —protestó el tano—. ¡Sembre aumendo! ¿E come vivimo ahora lo poppre?

—Cuando regales cien cigarros por mes, te dispensaremos el impuesto —dijo el juez—. ¡Aura a pagar!

—Ma, me voy a mi casa buscare el danaro...

—¡Cualquier día! —dijo el magistrado—. Sabremo nojotrodó cómo son la gente aquí. Que venga tu señora con la plata y vos quedá detenido.

—¡Lindo no más! —dijo Mundo; mirando el reloj—. Me, voy. Me espera Su Reverencia el Cura.

El auditorio lo miró con estupefacción y admiración, ¡El Cura!

—¡Lástima! —dijo el juez—. Aura venía un juicio de título de propiedad que son bravos. Quédese un momentito ma. Imagínesse que aquel punto allá un tal Kausman, se agarró una *güertita* con una casita en Temperlí de esas lindas que le yaman "*bengalón*"; el dueño era aquel punto allá, que le llaman...

Pero Mundo había saludado cortésmente a todos con la cruz en el aire, como se usaba allí, y se abrió paso entre la gente, que se apartaba con respeto. Encontró al Cura afeitándose tranquilamente, muy fresco: "Los hombres de mando tienen que dormir —le dijo mirándolo por el espejo—, si no, mandan mal; ha hecho mal en no acostarse, cuantimás que esta noche poco o nada va a dormir en la avioneta. Está apostada cerca de aquí, en un campo, yo te llevaré en mi moto." A pesar del tono ligero y del buen sueño, el fraile andaba en una de sus "lunas": tenía el rostro ceñudo y un ojo inyectado. "Aquí están los pliegos: sobre esa silla. Encontré mi cartera: estaba en el piso de jeep. Me alcanzó un tiro de escopeta en el mapamundi al salir yo por la portezuela: suerte que fue más el susto que las nueces. Pero

no me puedo sentar y he dormido boca abajo, como los chanchos." Mundo tomó los tres grandes sobres de oficio, maquinalmente. "Vamos, que nos espera a almorzar el Inspector de la Línea. ¿Cómo va esa cara hoy? Te cambiaron el vendaje, veo." "Sí —dijo Mundo—, pero un momento, pero estos tres sobres..., y eso de ir a Corrientes..., se verá..."

El Cura no le hizo caso. En el camino Mundo dijo:

—He visto Villa Desesperación, es decir, un poco. Es asombroso. Parece otro mundo. Esto no parece la Argentina...

—Creíamos que la Argentina era un país cretino, y era solamente un país en proceso de cretinización —dijo sobriamente el Cura.

—Pero ustedes se han tallado aquí un feudo de la Edad Media...

—¿Quién, nosotros? Son ELLOS los que lo han hecho, los fugitivos, nosotros hemos copiado, ¿entiendes?, hemos hecho "La Ley" eligiendo las buenas ocurrencias que les ocurrían a la gente.

—Esa justicia que tienen es un carnaval... ¡El doctor Pedrito!

—Al porteño le habían quitado todas las virtudes, menos el gusto de hacer chistes —respondió el Cura— y también en el fondo el sentimiento de la justicia. En fin, ya estamos aquí. Cuidado con los escalones.

El "palacio" del Inspector Chávez era una casa blanca revocada, bastante amplia, que tenía delante un jardincito con rosas silvestres, jazmín del país, cola de zorro, malvas, espuela de caballero, alelíes, y un gran palo borracho, todo bastante mezclado y mal cuidado, pero alegre y reposante. Edmundo se llevó la mano a la cara, que le había dolido bastante por la mañana y verificó las vendas.

El Inspector había salido a recibirlos.

—¿Qué es eso de la cara? ¿Dolor de muelas?

—Nada, una lastimadura, un rasguño, ya le vamos a contar.

—¿Qué hay de Dulcinea?

—Nada por ahora.

—¿Y usted?

—Ya me ve.

—¿Cansado?

—No, preocupado. Cansado de la vida, siempre.

—¿Usted cansado de la vida, Reverencia? Tiene más vida que un yacaré.

—Eso sí, Dios sea loado. . . No sabés quién está aquí, Edmundo.

—¡Mandel! —gritó Mundo al entrar en una vasta sala atestada de muebles y de cosas, que más parecía depósito de almacén; allí había

hasta armas de la policía: metras y rifles. Mandel se había rasurado la pera rubia y estaba casi irreconocible.

—Mi escritorio —dijo el mandatario Chávez—, dispensen el desorden... marca Villa Desesperación. Ahí tienen mi nuevo brazo derecho e izquierdo. Todo.

~~El viejo Mandel se había levantado muy alegre de sobre un montón de papeles.~~

—¿Qué es eso? —dijo señalando a Edmundo.

—Nada. Hágale otra cura, ¿quiere?, usted que sabe de todo, que la que le hice yo... —dijo el Cura.

Mandel se apoderó del mozo y dijo un poco lastimero:

—Hago trabajo de escritorio aquí, mire los papeles.

—Hace de todo, no le crea —dijo Chávez—. Es el intendente: intendente de palacio e intendente de la Villa, aquí todo está junto. Esta casa parece un mercado, ni rezar me dejan.

—¿Usted reza? Al Cura este nunca lo he visto rezar...

—Yo rezo todo el día bajito —rió el Cura.

—Comemos dentro de media hora.

—No —dijo el Cura—. Tenemos que preparar la reunión general de inspectores. ¿Recibió la invitación?

—No.

—Porque está cerca. La recibirá. El 25 de Diciembre. Cerca de Jefferson, la antigua Olavarría. Reunión general...

—¿No es muy imprudente eso? ¿Ahora? Las medidas contra nosotros recrudescen. Y este hombre Felsenburgh me parece que va a hacer alguna cosa enorme en la situación interna, no a favor de nosotros, ciertamente. Se va a mover como un tigre, como hizo para la situación externa. Le confieso que tengo miedo. Me parece temeraria esa reunión. Todos los Obispos...

—Es absolutamente necesaria. Es necesaria por eso mismo, cueste lo que cueste. Tengo que tomar una decisión radical. Tengo la impresión de que mis días están contados, y debo terminar mi trabajo, como mi hermana el suyo.

—¿Ha muerto Dulcinea?

—No lo sé. Puede que sí. ¡Dios mío! Pero de todos modos, terminó su misión, eso es cierto. La situación es otra ya, y hay que tomar providencias.

Fermín Chávez era un hombre entrado en la cuarentena, bajo, de pelo, ojos y bigotitos negros y aspecto tranquilo y mesurado. Llevó

a Edmundo a una especie de botiquín, donde hallaron a una niña de unos 14 años, alta y espigada, muy seria, que tenía los ojos inequívocos del padre.

—La hija del Obispo —presentó Mandel—. El título de un novelón antiguo de Benito Mussolini..., o Diderot, ¿recuerda? Tiene doce años. ~~Ahora la gente crece más rápido, sin duda a causa de la~~ energía atómica... —y se sacó la boina, saludando hasta el suelo.

—Y Usted, ¿por qué está rapado? —preguntó Mundo.

—¿Rapado? ¡Pelado! A causa de la misma energía atómica... curando un "tocado"...

—Me parecía a mí que me faltaba mi enfermero —dijo Mundo—. Ahora esta mejilla se va a poner bien en pocos días.

—Esta noche misma —dijo el judío. Y mientras lo curaban, le dieron la Gran Noticia. Juliano Felsenburgh había sido nombrado Presidente Vitalicio Absoluto de América y había ganado tres batallas fulminantes en los tres frentes de guerra al mismo tiempo. Eso prometía la paz a corto plazo. Parece que las masacres habían sido espantosas... media humanidad; pero Rusia estaba prácticamente en el suelo. Cuando ya el mundo rozaba la desesperación, esta noticia había caído imprevistamente del cielo. ¡Venía la paz!

—Un momento... Del cielo no sabemos —dijo Mandel—, de las nubes por de pronto. El mismo personalmente ganó dos de las batallas, la de Francia y la de Alaska-Oregón, viajando en su avión fulmíneo de un polo a otro; la tercera la ganó, con sus instrucciones, mi paisano Kain Schliesseman, el ex-jefe de Estado Mayor del Reino de Israel, en las llanuras de la China. Los diarios de Marel Plata están que deliran. ¡Lo que dicen! ¡Dios! Yo no quiero ni verlos. Blasfeman.

—Sus esperanzas de la salvación del mundo por medio del pueblo de Israel resucitado... —dijo Edmundo— las promesas de las Escrituras. . .

—No las he perdido, no. Eso tiene que venir muy pronto quizá. Están en los Libros Santos. No se ve ahora cómo pueden cumplirse, eso es todo. El Reino de Israel se ha aliado con Rusia, bien. Pero la facción religiosa se mantiene tenazmente irreductible al ateísmo.

—Sus Libros Santos son muy oscuros, Mandel —dijo Edmundo, recordando las largas discusiones con su enfermero cuando estaba en cama.

—Cuanto más oscuros, más creo —dijo Mandel—. Tienen que ser oscuros. Recuerde el sacrificio de Abraham. ¿Quién entiende el sacrificio de Abraham?

Edmundo recordó la carta de Dulcinea en la cárcel y se le enrojeció la frente.

~~—Yo no lo entiendo por mi parte —o lo entiendo demasiado; eso—~~
es simplemente un mito, porque si no, sería simplemente una inmoralidad. . .

—Es una verdad —dijo Mandel—. Es una "realidad absurda", como son todas las cosas de Dios.

—¡Realidad absurda! Usted perdone, caro amigo, pero todos ustedes los creyentes me parecen absurdos, cualquiera sea el Credo que tengan, a cual más absurdo...

—¿Y cuál Credo le parece más absurdo de todos?

—El catolicismo aerodinámico, ese Movimiento Vital Católico de ahora —respondió rápidamente—. Más que absurdo, me parece ridículo. No lo puedo ni ver.

—He ahí —dijo Mandel parcamente—. Vamos por buen camino. Usted llegará a creer en Dios, cuando vea más cosas...

—¿No me va a predicar ahora el Milenio? Mire que me ha leído usted (cuando yo no podía disparar) de profecías líricas y fastuosas. Sus antepasados los profetas fueron grandes poetas líricos, que tenían en la fantasía una excitación...

—¿Por qué no? —dijo Mandel—. Pero esa excitación respondía a una realidad que habían tocado con la fina punta del espíritu y que expresaban como podían, supuesto que no se puede expresar...

—¡Dios... la realidad absurda! —dijo Mundo. Yo no lo he tocado...

—¡Quién sabe! —dijo el judío—. Vamos a comer, ésa es la cuestión.

Una señora alta, de pelo canoso, había venido a suplir a la muchachita seria, que se le parecía un poco, más que todo en el aire. Saludó con la crucecita en el aire, y después de ser presentada —el título de otra novela—, los apuró a la mesa.

—Este hombre es más religioso que el Cura —pensó Mundo—. El Cura nunca me habla de religión. Pero éste me convence menos...

Los dos Obispos disfrazados estaban todavía en la sala maniobrando despachos y pliegos.

—Siéntense —dijo Chávez—, no se enfría la comida, porque es fría.

—¿Es confirmada la gran noticia que me han dado? —preguntó Mundo—. Ahora mienten tanto. . .

—Del todo. Mire todos estos despachos. Éste aquí es... de Jerusalén.

—¿Del Papa?

—El Papa no despacha ya personalmente. Pero aquí está la palabrita autenticante, el santo y seña. Viene de él el despacho.

—¿Qué dice? —Simplemente lo que todos sabemos, con la añadidura de dos palabras: "*Vigilad y orad.*"

—¿Quién es ese Juliano Felsenburgh?

—¡No me hable! —dijo el Cura—. ¡Hay más leyendas encontradas acerca de ese bicho! Los diarios dicen que es el hombre más extraordinario de todos los tiempos, el héroe integral, el Superhombre, la encarnación del Espíritu humano y la plenitud de la Humanidad. Dicen además blasfemias tremendas, las cuales yo no repetiré: me parecen palabras obscenas.

—¡ES hombre extraordinario! —exclamó Chávez—. Eso no se puede dudar. Este golpe de ahora es una cosa tremenda. Todos lo llaman "milagro". No se sabe cómo se ha hecho; no hay en toda la historia... no hay precedentes. Es ahora Presidente de América, dentro de poco será el Padre de la Paz. Sus tropas inmensas persiguen a Rusia en las estepas heladas, y la dominan, primera vez en la historia. Rusia encabezaba la coalición asiática, de manera que... Varias naciones le han ofrecido cargos, y hasta ahora no ha respondido: el Japón, Thailandia, Afganistán, España y Portugal. Francia le ha ofrecido el cargo de Tribuno Perpetuo del Pueblo. Anda por todo el mundo acompañado de sus técnicos, de doce hombres vestidos de blanco, que son la cumbre reconocida de todas las ciencias actuales: Staggerson, que es el Dueño del Atomo, un sabio portentoso que es en realidad el que le ha hecho el sobrehumano avión, que, ustedes habrán oído, la gente lo dice, con un furgón de a remolque de "sol en botellas"... podría llegar a la Luna.

—¡Al infierno! —dijo el Cura Loco—. Pamplinas. Todas las tentativas de llegar a la Luna han fracasado. No se puede salir de la tierra, eso es todo. Dios no quiere...

—Pero la ciencia del hombre progresa continuamente. Eso no puede estar lejos. . . —dijo Edmundo.

—La técnica progresa. La técnica del diablo... Por eso, nombré al infierno. ¿Te parece poco infierno este final de guerra, con las catástrofes que se narran, regiones enteras arrasadas como la palma de la mano? ¿No has visto la región maldita de nuestro país? ¿Y esta paz que se aproxima, para nosotros más amenazadora que la guerra?

—Figúrese —exclamó Fermín Chávez—, que acaba de darme orden de prohibir —"si es necesario *manu militari*, pero mejor por la persuasión", son sus palabras— un laboratorio de física que dos hermanos mellizos franceses estaban construyendo aquí en nuestra Villa... Este amigo nuestro es enemigo de la Ciencia Moderna.

~~El Cura Loco se retrepó en la silla y meneó la cabeza.~~

—Lo siento, porque yo también soy un poco mecánico y el avión es mi caballo, ustedes saben, lo siento. Pero el pueblo, nuestro pueblo fiel, es el que ha inventado eso de que "el diablo introdujo a los hombres en el dominio del átomo." Será "un mito absurdo y negativo", como dice *EL TABANO*, pero yo no se los quito: no podría aunque quisiera. Lo curioso es que ese mito lo inventó en 1945, cuando las primeras bombas atómicas, un buen teólogo alemán, muy ducho en la Escritura y hombre pío, llamado Monseñor Straubinger, aquí en la Argentina, y ha corrido entre el pueblo.

—Si el diablo inventó la fisura del átomo —dijo Edmundo con calor—, ¿dónde se puede tirar la línea? ¿Por qué usa usted maquinita de afeitar eléctrica?

—Porque no es atómica —rió el Cura—. Mire, Mundo, ¿quién inventó la primera arma arrojadiza? Nemrod, el primer conquistador y fundador de imperios. ¿Quién inventó las armas de fuego?...

—Un cura —interrumpió Mandel—, un fraile franciscano...

—¡Esos turcos las inventaron —porfió el Cura.

—Y la bomba atómica la inventó mi paisano Einstein, que fué un excelente hombre, con otros hombres excelentes —dijo Mandel.

—Con el diablo —dijo el Cura—. La técnica moderna representa una desviación diabólica del intelecto del hombre. El intelecto aplicado a la destrucción. . .

—La técnica es espléndida, lo que hay que se la usa mal...

—La técnica es cosa inferior, por eso se puede hacer mal uso de ella. Así decía mi padre —terminó Fermín Chávez.

—¿Quién fue su padre? Ese nombre Fermín Chávez me es familiar —desvió Mundo, al cual la cabeza le daba vueltas.

—Un gran poeta. Usted debe conocer versos suyos.

Dos cabecitas risueñas asomaron por una puerta.

—¿Todo eso no lo podrían decir ustedes en la mesa? ¡Me dijeron que tenían que ver despachos y están charlando! Siempre es lo mismo —dijo la mujer del Obispo.

Los cuatro hombres se levantaron y se acomodaron dócilmente en la mesa.

—Y ahora, los negocios los van a tratar aquí... También lo sé —dijo la dueña de casa.

—Ahora en seguida lo van a llevar a su cuarto, Don Edmundo, usted necesita dormir.

—Más que comer ciertamente. Comer apenas puedo...

—Pues mi padre fue el más gran poeta argentino de mitad de siglo; y digo fue porque hace como cuarenta años que no escribe más, vive en Nogoyá, en su chacra, donde nació hace ya 90 años. Hizo una veintena de libros; ahora le voy a dar uno que tengo *Ocasos y Amaneceres*. Pues bien, no podía editarlos, toda la correntada de la época estaba contra él, la época quiere escritores que les halaguen los vicios, que hagan de bufones y de cortesanas. Pues bien, nosotros los publicamos, los cristeros, en mal papel, pobre tipografía, como usted quiera. No voy a decir que haya sido leído por las multitudes; eso sería mala seña y como una condena. Pero sé decir que adondequiera que es leído, hace bien. No trata de religión: es el paisaje y la gente de nuestra tierra, vistos como nadie los ha visto; pero la honradez con que escribe, eso es religioso, me parece a mí. Fíjese: mi padre fue postergado continuamente, infinitas veces: postergado, humillado, despreciado. Una vez me dijo después de escribir su *Vida de Pancho Ramírez*: "no ha habido en el mundo escritor más humillado que yo." Y sin embargo, escribió su mensaje y ahora duerme tranquilo. . .

—Hizo el "movimiento de la resignación infinita" —dijo el Cura.

—Más aún: escribió para Dios —dijo el otro—. Eso le dió también una libertad infinita, que ningún otro escritor de ese tiempo tuvo.

—Fue un hombre honrado —dijo el Cura cristero.

—ES —corrigió el hijo—. Cuando la expedición Braden, tomó las armas y luchó como un bravo. Lo dieron por muerto en los fusilamientos del acorazado Ghioldo. Pero reapareció vivito y coleando, consiguió un empleo, se casó; y en su casita de Adrogué, ahora desaparecida, escribió veinte volúmenes eximios en poco más de veinte años. Ningún editor los aceptaba y la crítica hacía en torno de él "la conspiración del silencio". —He dicho mi palabra, todo lo que tenía que decir; ahora que Dios se arregle con mi palabra—, me dijo un día, cuando yo tenía 18 años. Se cambió el nombre y con sus siete hijos, desapareció de nuevo. Aportamos a Entre Ríos, y allí fue mayordomo de una estanzuela, con la cual se quedó al fin: el dueño

se la dejó al morir. Allí está, si ustedes lo quieren ver. No se lo puede ver sin oír alguna cosa linda. Dios le quitó todo, y después le devolvió todo "tresdoblado" como a Job.

—Señor Namuncurá —dijo la chiquilla de golpe—, papá no me sabe responder a este caso: el otro día el gato me comió una cabecita negra que yo tenía de llamador para cazar otras, y no era mía. era prestada. Me dio una pena infinita, que no podía dormir de triste. Me la prestó el Barbudo, ese señor malo y rezongón, y rezongó muchísimo cuando se la pedí; tenía un miedo tremendo de confesarle al otro día que la gata negra rompió la trampera y se la comió cuando yo salí con mamá al atardecer, ¿verdad mamá? Le recé un padrenuestro a Santa Teresa para que me ayudara arreglar el asunto. Al otro día se cazó otra cabecita negra en la trampa, una mejor, un machito; y parece imposible cómo cayó, porque no había llamador y no había alpiste: propio como si uno la hubiese puesto con la mano; y yo a nadie le había contado mi desgracia. Me dio una alegría tan grande que no se pueden imaginar, le daba gracias a Dios, me parecía que yo era preferida de Dios. Pero después pensé: "Dios me hizo cazar otra cabecita negra; pero también Dios hizo comer la otra con la gata. Podía haberme ahorrado esa aflicción..."

Rieron en la mesa.

—¿Qué poca cosa basta a hacernos felices o desdichados! —dijo el Cura—. Pero Teresita, ¿y a los que Dios deja que le coman la felicidad los gatos y después no se la devuelve nunca?

—¿Y ellos le dan gracias lo mismo?

—Sí; ése es el movimiento de la resignación infinita.

—Pero, ¿si ellos creen que Dios se la va a devolver?

—Si ellos creen hasta lo imposible, "*in spe contra spem*", si creen hasta lo absurdo, siempre Dios se la devuelve; pero de otro modo que ni ellos ni nadie se podía imaginar; toda cambiada —dijo el Cura; y miró a Mundo.

—Yo no me imaginé que se podía cazar otra sin llamador; estaba desesperada. Pero eso que usted dice, ¿es en el cielo?

—¡Aquí! —dijo el Cura—. Así en el cielo como en la tierra.

—¿Qué se ha hecho su hermana, la señora Dulcinea? —preguntó la señora.

Edmundo susultó y hubo un silencio. El Cura tragó algo que no era comida.

—Ella cumplió su misión —dijo lentamente—. Hizo lo que Dios quería. Lo que Dios le pidió a ella no lo puedes comprender tú... ni yo, ni nadie. Dios no quería que se perdiera del todo el decoro de esta nación, y que esta nación existiera de balde. Y nos llamó a los dos; nos llamó porque nosotros nos habíamos ofrecido; pero para ~~qué, y en qué forma, ¡Cristo! eso no lo habíamos ni imaginado; que si no...~~ Ella fue como el llamador; atrajo a la mejor gente del país, no a vencer, sino a morir con limpieza. Era como la representación viva del Ideal, de la Belleza, de la Fe, qué sé yo...

—ES como un símbolo viviente de la patria —dijo Edmundo—. ¿Por qué ERA?

—Porque ya cumplió su misión. Era la encarnación de la Belleza, del Ideal, del Entusiasmo, de la Poesía, sin tenerlos ella para sí. Ya saben ustedes que yo la maquillaba, no era hermosa sino en apariencia; la cabellera rubia era peluca, le faltaba un trozo de mandíbula y tenía una cicatriz feroz en la cara, la "marka" de los Federales, el 666, como el que le va a quedar a éste, que yo rellenaba con pomadas. Pero eso no era mentir; porque su alma era mucho más hermosa que todo eso; y lo que ella representaba, más todavía.

—Lo que *representa* —arguyó otra vez Edmundo—. ¿Qué nos está ocultando usted?

—Nada —dijo el Cura—. ¡Vete a dormir! ¡Levántate de allí y vete a acostar! Tienes cuatro horas. Te despertaremos Te damos cuatro horas y media, bah.

Edmundo obedeció sonriente, aunque muy lentamente, saludando a todos. Antes que saliera, el cura le chistó:

—Te veré de aquí un mes y medio sin falta. Vendrás a la reunión de Inspectores con el de Corrientes. Te necesito imprescindiblemente. Buen muchacho. Entonces sabrás todo lo que quieras, lo que yo sepa, que por ahora de cierto no sé nada.

—¿Me lo jura? —dijo Edmundo.

—¿Cuántas veces quieres que te lo jure?

Cuatro horas más tarde, los dos mandatarios y el Secretario Mandel estaban terminando de preparar el "Concilio", y discutían minuciosamente los avisos a llevar, los chasques, el alojamiento y las precauciones. Edmundo se presentó muy garrido.

—Es un lugar seguro —decía el Cura—, cerca de Olavarría. Nunca lo hemos usado, y extremaremos las precauciones.

—Tengo miedo de las indiscreciones; y también de los traidores. Hay traidores. Mejor dicho, hay gente que se debilita y cede. Estamos sufriendo algo casi superior a las fuerzas humanas.

—Sin *casi*. Muy superior. Pero no más que la ayuda de Dios. Cuando recorro con la vista mi vida, mis siglos de vida, me espanto: la Providencia se ha portado bien conmigo. ~~Y Dios tiene que decir~~ todavía la última palabra, esperemos un poquito, no puede tardar.

¿El inspector Sosa?

—¿Por qué me pregunta? —dijo Chávez.

—Por saber, miren éste.

—No sé. Sus informaciones están en falla, y no contesta a las cartas, como siempre.

—Edmundo es el que nos esclarecerá acerca de él. Está en sus instrucciones, y he hecho de modo que casi necesariamente el hombre se declarará. Mundo, confío en ti. Mucho ojo.

Los cuatro hombres se pusieron de pie y se miraron con una sonrisa cansada.

—Esperad un poco todavía, que Yo vendré y no tardaré —dijo el Jefe—. Vamos; el avión espera.

XI

EL CONCILIO DE OLAVARRÍA

Edmundo Florio llevó en su moto al Cura Loco desde Marel Plata a Jefferson-Olavarría.

—¿Y Chávez? —preguntó.

—Hace tres días que está allá. El Concilio funciona hace tres días —dijo el Cura.

—¿El Concilio?

—Bueno, le llamamos ahora "Reunión de Inspectores"...

—"Reunión de rabadanes, oveja perdida"...

—Efectivamente. La oveja perdida soy yo. Tóma el camino viejo, el abandonado. Es mejor.

—¡Tres días que está sesionando y usted de rabona!

—Y el Inspector de Corrientes, también. Pero ése, por otro motivo. Yo he tenido una cosa más urgente que hacer...

—Lo que ha tenido usted es una murria de ésas que le dan, que se encierra solo y llora. Me lo contó la Raquelita Mandel. Lo he pillado en una mentira por primera vez en la vida.

—Cierto —dijo el Cura—. "*Omnis homo méndax*", dice la Escritura: todo hombre es mendaz. —Rió y añadió—: Lo que ustedes llaman murria, yo le llamo hablar con Dios.

—¿Se puede hablar con Dios? —dijo Mundo medio burlón; y lanzó la moto por sobre la grama.

Las motos DART, movidas por energía solar en botellas, daban hasta 180 por hora; también así había de gentes que se mataban con ellas. Se había recomendado a los Inspectores preferir ese vehículo en lo posible; y el Cura daba el ejemplo. Mundo había llegado a Jefferson tres días antes y al no encontrar a su amigo, había volado a Marel Plata, y había esperado gruñendo un día, mientras el Cura permanecía encerrado a llave en su cuartoucho,

—¿Qué le parece el lugar?

—Parece seguro. Sin embargo, el Capitán Uriarte me pareció inquieto... receloso. Bueno, es su deber recelar.

—Mejor lugar no tenemos. Las cosas se está poniendo cada vez más tirantes. ¡Dios mío! Suerte que...

Llegaron después de cena: las sesiones del Concilio eran de noche. ~~Nadie hubiese podido sospechar la presencia de setenta y dos~~ hombres, más los guardias, fámulos y centinelas, en aquel caserón del siglo pasado, delante del cual un grupito de gente, el dueño de casa y sus familiares, estaba sentado en torno de un churrasco y un enjambre de chicos saltaban la fogata y jaraneaban. Era Nochebuena. Una parejita de negros mota, muy jóvenes, recién casados, bailaban zambas, gatos, malambos y palapalas a pedido de los sencillos italianos que sentados en troncos o bancos y destrozando trozos de carne caliente con voracidad de lobos, los miraban llenos de admiración. La negrita se movía como una reina —pensó Mundo—. Ninguno hubiese sospechado allí una asamblea de los más grandes enemigos del país, si no es observando los restos de una cena anterior muy numerosa, que las mujeres hacían desaparecer en ese momento.

Todo tenía allí el plácido aspecto de una fiesta de familia la noche del "Niño Dios". Edmundo miró al Cura interrogativamente. El Cura, que estaba saludando sobriamente a todo el mundo, le indicó con los ojos un tupido monte que a la luz del plenilunio se distinguía al Oeste.

—Come algo y vamos —le dijo—. La reunión es a las diez. Yo he tomado mate toda la tarde.

El italiano Brasesco, el dueño de la chacra, quería acompañarlo al galpón del Concilio, pero el otro no se lo permitió.

—Su lugar está aquí —le dijo—. Cuide de la familia. Yo sé el camino.

—Cuidado —dijo el italiano—. Está lleno de trampas de lobo y timbres de alarma.

—*All right* —dijo el Cura—. Vamos.

Una sombra se levantó como un gato del suelo cuando llegaron al pasto alto, a la avena, y los detuvo. El Cura dijo el santo y seña: "Maran-Atha", y se nombró. El indio que estaba allí de centinela se sacó la boina negra.

—Tengo orden de acompañarlo —dijo.

—No —dijo el Cura—. Conozco la picadita, que sorteas los obstáculos.

—Hemos puesto más —insistió el otro—. Hemos hecho pozos cubiertos de tierra contra los tanques y camiones blindados. Está peligroso.

—Es un caminito en forma de 5 —replicó vivamente el Cura—. Lo he planeado yo. Lo sé de memoria.

~~—En la parte curva cuente 97 pasos; y no siga adelante hasta~~
tocar un poste con tres muescas. Hay puntos que pisando, estalla un petardo.

—¡Conozco! —dijo el Cura impaciente.

Hicieron con gran cuidado el sinuoso senderito. El Cura dijo:

—Estoy preparando mi alocución. Será difícil; pero... será la última, *laus Deo*.

El galpón del Concilio estaba perfectamente oculto por una mancha enorme de acacias, plátanos, pinos y eucaliptos, se entraba en un verdadero bosque antes de llegar a él. "Este galpón enorme lo hizo para depósito de cereales el abuelo de Brasesco, y está abandonado", comentó el Cura. "Es ideal para nosotros... no se ve de afuera."

Por el camino habían encontrado cuatro controles. Al llegar a una portezuela casi invisible un centinela armado de metra los controló de nuevo, saludó y desapareció.

El interior del galpón presentó a los ojos de Edmundo un aspecto fantasmagórico: grupos de hombres sentados en bancos, sillas de pajas y rústicos escritorios conversaban en voz baja hasta perderse de vista en el ámbito inmenso, mal iluminado por antiguas lámparas de petróleo o de acetileno. Cuando entró el Cura se levantaron todos, y Fermín Chávez seguido del pelado Mandel corrieron a su encuentro.

—Estábamos con aprensión —dijo el Inspector de la Línea—. Hemos terminado casi las deliberaciones. Admirable concordia. Epifanio Sosa no ha venido...

—Ya lo sé —dijo el Cura—. Que Dios le perdone.

—¿No nos habrá denunciado?

—No puede —dijo el Cura—. No conoce este lugar. Además, nuestras gentes de Corrientes lo han despistado acerca del sitio de la Asamblea. Dios querrá protegernos. ¿Qué le vamos a hacer? Había que obrar. Dios nos ampare.

—Esto ha ido muy bien hasta ahora. Los Inspectores esperan sus palabras y las últimas decisiones. Allá...

Había en el frente una vieja trilladora chata con sillas encima a manera de trono y estrado, muy iluminada y con un micrófono; y a

su alrededor, rústicos pupitres altos de toscas planchas de eucaliptos apresuradamente clavadas: allí sedían los dos Secretarios de la Asamblea, el relator y un venerable anciano a quien llamaban "el Cura Amancio". El Cura Loco y Edmundo subieron una escalerita y se sentaron en el trono-estrado-trilladora, delante de un tosco escritorio. El Cura hizo el signo de sentarse todos y desparramó unos papeles delante suyo. Se había vestido sus hábitos de ceremonia, blancos y morados, con encima el poncho de vicuña recortado, como para la misa. Sobre su cabeza tenía una especie de tiara y a su lado se apoyaba un delgado báculo de plata. Levantó la mano en alto y bendijo. "*Veni, Creator Spiritus*" —bramó con voz argentina.

—Los patos cuando llueve están contentos —comenzó—. Venerables hermanos, os doy las gracias en nombre de Cristo. Estoy lleno de entusiasmo y de viveza, como un potrillo en primavera; pero yo no estoy ya en primavera. Tengo ya como dos mil años de edad. He tomado mate toda la tarde y he orado tres días arreo. Dentro de poco sonará la hora en que nació el Hijo de Dios, que es nuestro Rey, hace dos mil años. El relator va a leer los resultados de las deliberaciones.

Bendijo de nuevo y se sentó.

En vez del relator, fue el viejo Chávez el que tomó los legajos y comenzó a informar con una voz de canto gregoriano sobre el estado de "la causa de Dios" en el país. Edmundo no seguía los tecnicismos eclesiásticos, no le interesaban tampoco esas cosas de gente atrasada y desesperada, aunque buena y pintoresca, que a su juicio tenían que acabar necesariamente, frente al progreso moderno. Lo que le interesaba eran noticias de Dulcinea, de la que un gran cuadro al óleo mostraba a mano derecha la estampa soberbia; y también su amigo de al lado, que escuchaba los informes con aire distraído, escribiendo notitas con un lápiz en un sobre de oficio.

Chávez hablaba de las órdenes religiosas: dispersas de hecho. Los salesianos persisten diseminados en todo el país; y en el sur del país y en Corrientes conservan todavía conventos y sotanas, "lo cual nos parece inútil." En Marel Plata hay un grupo numeroso de ellos, que hacen servicio de "chasques", o sea misioneros. Los Padres de Don Orione se llaman "enfermeros a domicilio" y viven dispersos. —A los benedictinos les han quitado todas sus tierras y subsisten como "ermitaños urbanos" o sea solitarios; los franciscanos han sido exterminados; los dominicos se han fusionado con los Padres

del Verbo Divino y se llaman ahora "Siervos del Verbo"; tenemos uno de ellos de maestro de segunda en la escuela del Hotel de Dios —y muy discretamente que lo hace por cierto—. Los jesuitas se han partido en dos facciones, una que rindió obediencia al Pseudo Papa Cecilio, la más numerosa; la otra que resistió, según nuestras noticias: ~~se alberga como puede en Polonia, España, Germania Superior,~~ Inglaterra y el norte de Italia. De la Argentina fueron expulsados por el Irreprochable; si hay algunos, no tenemos noticias del paradero.

—Los conventos se habían "conventualizado" demasiado —interrumpió con voz débil y cascada el viejito Amancio.

—Oigamos esto —ordenó el Cura.

El Inspector de Santiagolestero se levantó lentamente. A su lado se sentaban otros cuatro ilustres ancianos, Améndola, Inspector de Pergamino, el gran nudo ferroviario después de la caída de Buenos Aires, y ciudad enorme y tumultuosa; Moledo, Inspector de Resistencia, otra urbe, capital de la Gobernación del Paraguay; Sagredo, Inspector de la Paz; Súa, Inspector de Punta del Este. Uriarte, el capitán de la Guardia, se mantenía erguido como un fabuloso pájaro negro con motas verdes en el fondo del escenario. Los centinelas se erguían inmóviles arma al brazo en todas las puertas.

—Las órdenes religiosas se habían "sentado" a mediados de este siglo —dijo el viejo Amancio sonriendo. Tenía una carita redonda y humorosa, con dos pómulos muy arrebolados, parecía uno de los borrachos de Velázquez, una calva perfecta y un cuerpo petizo, rechoncho y movedizo.

—Se habían "sentado" —acentuó—. Los frailes se iban "cortando" de los demás fieles y vivían más seguros y (en cierto sentido) más cómodos que nosotros. Se tenían por diferentes de la demás gente, la gente nuestra los tenía *ipso facto* por santos, y muchos de ellos se lo creían; en suma, se creían "salvos" por una exterioridad, que es vivir enclaustrados. Pero la "salvación" es interior, no exterior. Yo tengo una reverencia enorme al movimiento monástico de la Edad Media... pero ahora ya... no sé, pasaba algo raro que no puedo explicar bien. Les diré: como un chiquillo murrioso, que se esconde de enojo, pero al mismo tiempo procura que la madre lo vea para que lo vaya a mimar, así hacían éstos con respecto al "mundo". Proclamaban que huían del mundo, pero lo proclamaban muy fuerte, de modo que en realidad no huían... ni se escondían.

—La persecución manifiesta y oculta a la vez —dictaminó el jefe— obró eso... El liberalismo triunfante... incluso adentro de algunos conventos.

—La persecución religiosa se aprieta continuamente —prosiguió informando Chávez—. Basta que se pruebe que uno ha sido fraile, pena de muerte que te crió —o las minas de Tierral Fuego—. En las minas de hierro y de carbón de la Patagonia, en los pozos petrolíferos y destilerías de nafta, trabajan millares de los nuestros, y es un martirio peor que el fusilamiento. En Bolivia, en la Provincia de Santa Cruz y en Corrientes, las condiciones religiosas son un poco mejores. En Corrientes por ejemplo la población ha desacatado tenazmente el Código Damonte, y las leyes antirreligiosas Ingegnieri a pesar de tremendas sanciones. Aquello ha sido un hervidero de sublevaciones; aun ahora persisten allá los guerrilleros cristeros, lo mismo que en San Juan, Jujuy y Mendoza. Ha aparecido un caudillo genial entre los correntinos, un tape llamado Protasio; su cabeza está puesta a precio. Parece un estratega genial. Pero dudamos pueda resistir a la presión creciente. Juliano Felsenburgh...

—¿Y qué hay de ese hombre? —preguntó una voz de abajo.

—Está en contra nuestra, eso es lo seguro. Poco sabemos de cierto acerca de él, excepto los hechos resonantes que son públicos. Una amenaza tremenda contra la religión había en su último "speech", aunque oscura; ustedes han visto el entusiasmo frenético que despertó en las turbas la última vez, hace una semana, que habló al mundo entero por televisión. Yo he visto escenas increíbles. Literalmente, muchísima gente lo "adora"; y no solamente entre el populacho. . .

—Hace mucho que el hombre había comenzado a adorar al Hombre —comentó el Jefe.

—Indudablemente tiene un poder estupendo e inconmensurable.

—Ese poder no es suyo.

—¿De quién es? —preguntó el de la orquesta, un Inspector de unos sesenta años llamado Mandrioni.

—Ese poder se lo dan nuestros pecados —aseveró el Jefe—, la corrupción y el cretinismo del mundo. Cuando más penitencia hagamos, menos poder tiene ese hombre sobre nosotros.

—¡Penitencia! —exclamó Mandrioni—. Bonita cuaresma estamos pasando. No se puede aguantar más, usted lo sabe.

—Ésa es la mejor penitencia: es de Dios y no de los hombres.

—¡De todas partes! —dijeron varios del auditorio—. ¡De arriba, de abajo, del frente, de atrás, por todo, de Dios, del Estado, de las turbas, de los falsos hermanos y del demonio, persecución por todos lados... Dios parece haber abandonado a su Iglesia...

—“*Eclesia de medio fiet*” —pronunció el Cura Loco—. Eso lo dijo el mártir Justino, el primer comentador del Apocalipsis, en el siglo segundo... La Iglesia será quitada del medio...¹

Cerrada la interrupción, el viejo Chávez prosiguió informando acerca de los demás temas de las deliberaciones: sobre la organización de las células, la dificultad de consagrar jefes de grupo, y sobre todo Inspectores (el ser Inspector en ejercicio tenía pena de muerte), el problema de las comunicaciones, la incertidumbre que reinaba acerca del verdadero Papa, la imposibilidad de ganarse el pan para todo aquél de quien se olera solamente que era “viejo católico”, el estado de las finanzas... Edmundo creía estar en otro mundo, en un espacio irreal y en un tiempo irreal. Un mundo nuevo aparecía a sus ojos; y ese mundo era lógico y aun admirable... mirado con los ojos de ellos. Había que retorcerse el cerebro para mirar como ellos...

—Los mártires desde la última reunión —pronunció Chávez—. Traigan el libro de oro. Tengo unas listas tremendas. Muertes de todas clases, algunas atroces...

—No hay tiempo —dijo el Cura Loco y se puso de pie solemnemente—. Me están pasando los efectos del mate y me duermo. La noche declina. ¡Qué noche de Navidad estarnos celebrando! Acabemos: no quiero que... no sea el diablo que el demonio de la Policía me elimine de un solo golpe de mano todos mis Episcopos. Al amanecer todos ustedes deben estar lejos. Tienen dispensa para decir misa sin ayuno y en cualquier condición que quieran —con tal que consagren...

¡Pequeña grey! —gritó con voz de clarín. ¡Los he reunido para anunciarles que he dimitido de mi cargo y lo he transmitido a mi amigo y hermano Don Fermín Chávez hijo, Inspector de la Línea!

1. Los cristóbales deben soportar “la última desintegración de la Cristiandad Contemporánea”, y afrontar “el drama de la fe solitaria”, separada casi totalmente de la estructura humana de la Iglesia. “Creer solo contra todos los hombres es una cosa terrible; pero peor todavía es imaginarse que uno cree en el seno de una religión acomodada, es decir adulterada y corrompida.” (*Filosofía Contemporánea*, Existencialismo. Inédito)

Aquí están los papeles —dijo arrojando un rollito de pergamino al Secretario.

—¡No puede ser! —gritó Chávez meneando los brazos como si le hubiesen pegado—. ¿Qué trampa es ésta? Yo soy incapaz, soy indigno y estoy enfermo. No puedo con esa carga.

—¡No hay más remedio, caro Fermín! ~~¡Todo está meditado,~~
consultado y sancionado. En el nombre de Dios...

—¡Estoy enfermo del hígado!

—Tienes que ir a Jerusalén para la elección del nuevo Papa. Nuestro Supremo Pastor León XIV ha muerto —anunció y arrojó al Secretario un mazo de despachos. Un silencio de estupefacción siguió al anuncio.

—*De Medietate Lunae* ha muerto mártir —prosiguió el Cura—. "*De Fructu Olivae*" debe ser elegido. Para nuestra América, la elección se hará en esta forma: los siete Patriarcados de América elegirán cada uno un delegado, el cual junto con el Patriarca en el término de tres meses se reunirá con el Cónclave en... dónde se le dirá en secreto poco antes de partir. Hasta el fin del mundo, la Iglesia de Cristo no quedará sin cabeza.

—¿Cree usted en la profecía del Abad Malaquías? —gritó Mandrioni de abajo.

—Yo no creo más que el Credo —respondió el Jefe—. En esa profecía privada ni creo ni dejo de creer. La uso como mero punto de referencia.

—Pero ¡falta *Flos Florum*, según la profecía! ¡Yo creo en ella!

—Flor de las Flores, puede ser Cecilio Primero, el Antipapa. Ese inglés protestante mal convertido desciende en línea recta del Gran Cecil, el ministro de Isabel la Sanguinaria; tenía su residencia en Flowers Valley y es Duque de Blossom: flor de flores. El lema de *Flos Florum* puede ser irónico.

—Pero entonces, si ponemos que la profecía de Malaquías es una verdadera profecía. . .

—Es un "*falsum*" —gritaron varias voces.

—No hay tiempo para discutir teología —dijo templado el jefe—. Tengo que promulgar las decisiones del Concilio y disolver cuanto antes.

—¿Y Dulcinea, su hermana? —preguntó un anciano del escenario.

—Terminó su misión —dijo el otro sombrío— lo mismo que yo. Este retrato que está allí... cuanto antes lo echan al fuego.

—Eso nunca —dijo Edmundo dirigiéndose al cuadro—. Lo conservo yo. Eso no se quema.

—¡Pequeña grey! ¡El que ha de venir vendrá y no tardará! “¡Vengo pronto!”²

En el nombre de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, invocando sobre todos el soplo del mismo Espíritu y en virtud de la autoridad de que indignamente estoy revestido y vosotros habéis reconocido, escuchad los siete puntos conciliares: CESE DE TODA RESISTENCIA —leyó en el sobre que tenía en la mano—. No es tiempo ya de resistir más. Los que resisten con la violencia acarrean daños mayores a todos sus hermanos. Si te dan un bofetón en la derecha, pon la otra mejilla; y si te corbean cien metros, lleva la corbada doscientos metros. Reprimid a los “resistentes” con todos los medios, incluso en último caso con la excomunión; no solamente a los que luchan, sino también a los que incitan. La única manera de ser cristianos hoy día es el martirio... y el escondite.

—Si nos llevan presos, es la muerte —objetó uno de abajo— y entonces morir por morir... —Y Tierral Fuego es peor que la muerte —añadió otro.

—Un sacerdote no derrama sangre —dijo el Jefe—. Yo, lo mismo que Arsenio Lupin, nunca he matado... ni robado tampoco.

—Tierral Fuego es diez veces peor que la muerte —insistió el joven.

—Jesucristo sufrió cien veces más que la muerte, y yo también —repuso sonriendo el jefe—. Jesucristo puede hacer de nosotros lo que quiera. ¡No temáis! ¡Él está con vosotros! ¡Segundo!: ORDENAR SACERDOTES A CUANTOS LO PIDAN, con tal de que sean de reconocida buena vida, y sepan las fórmulas de los Sacramentos. El que no sepa latín, en vez del Breviario rezará tres Rosarios; sin cuentas naturalmente, de memoria, es fácil acostumbrarse. Los casados pueden conservar sus consortes, aunque aconsejamos se separen de ellas —si hay consentimiento de ellas—; la Iglesia proveerá a la manutención de la familia. Los célibes, no tomen mujer. Ninguno sea ordenado menor de los 33 años.

—Así no tendremos sacerdotes —objetó uno.

—Tendremos todos los que sean necesarios. TERCERO: los pecados irremisibles se reducen a la apostasía pública y notoria

2. Apocalipsis 22:20.

de la fe recibida y aceptada; el homicidio y el adulterio quedan derogados. Los renegados arrepentidos recibirán la absolución, pero harán penitencia hasta el fin de sus días...

—¿Y los traidores? —dijo Mandrioni.

—A Judas lo juzga Dios solamente... —Y después, mirando con lágrimas en los ojos un lugar vacío, dijo—: Más le valiera no haber nacido.

Cuarto: PREDICAR EL CREDO Y EL EVANGELIO SOLAMENTE, sin omitir la Parusía. Por muchísimo tiempo, no sé por qué, cuando yo era niño, se había escamoteado el artículo 12: "y desde allí ha de volver a juzgar...", y el 14: "la resurrección de la carne y la vida perdurable" se habían escamoteado en la predicación, quiero decir. ¡Se predicaba sociología, puah! Por eso quizá defeccionó la Iglesia Argentina, y hubo tan gran engaño y defección cuando sobrevino el Movimiento Vital Católico...

—¡El cual fue lanzado por Felsenburgh y el Papa Cecilio! —chilló el Cura Amancio, con voz impropia de sus años.

—Así es —contestó el orador—. Creo que está averiguado por cierto. Quinto: EL BAUTISMO NO ANTES DE LOS DOCE AÑOS. LA CONFIRMACIÓN DE LOS CATORCE A LOS DIECIOCHO. Los que se confirman serán impuestos de lo más duro que hay en la religión, incluso de la actual persecución, y harán el "voto del martirio". Se había introducido la corruptela de confundir estos dos sacramentos; ¡se daba la confirmación incluso antes de los siete años! Eso no puede seguir así ahora. La confirmación es la iniciación, el paso del niño al adulto, la aceptación consciente de la fe intelectual después de la fe mitológica...

—¿Y los menores de 12 que morirán sin bautismo?

—Dios cuida de ellos. Por lo demás "*in articulo mortis*" se puede dar siempre el bautismo.

—¿Se hace responsable usted de la perdición de esas almas?

—¿Cree usted, Reverendo Saa, que los niños que mueren sin bautismo van al infierno?

—San Agustín en algunos lugares...

—¡San Agustín y un cuerno! Nadie sabe lo que Dios hará en la otra vida, que no nos ha revelado; nosotros, conforme a nuestras pobres luces, tenemos que proveer para esta vida.

Sexto: LOS RELIGIOSOS EXISTENTES EN ESTA REGIÓN de la Viña de Dios son invitados a ingresar en la Orden de Cristo Resucitado que se ha fundado aquí ayer, por indicación de arriba. Los que no

quieran ingresar —*hilarem datorem diligit Deus*³— serán secularizados. Estos religiosos, que existirán en todo el mundo, además de los votos canónicos, pobreza, castidad y obediencia, harán otros tres votos más: el de cumplir cualquier misión que les toque, por trabajosa o peligrosa que sea, salvo caso de probada imposibilidad; el de vivir de limosnas; y el de aceptar el martirio. Verdad es que el martirio nos lo imponen, no hay que buscarlo mucho; pero pedirlo a Dios de antemano con voto es gran mérito y da fuerzas para cuando sobreviene... ¡De sobra sabéis cuántos defeccionan ahora, como Simón Pedro, en la hora de la prueba! —otra vez se anudó su garganta.

El séptimo punto es secreto y lo promulgará a su vuelta el nuevo Patriarca.

—¡HE DICHO! —los miró sonriente.

—¿Y las consagraciones de nuevos Inspectores? —preguntó el Secretario.

—Se postergan —dijo el Cura Loco.

—¡Díganos una palabra de aliento! —gritaron varias voces— ¿Qué va a pasar ahora?

—Hijos y hermanos en Cristo Jesús —articuló el Cura con lágrimas y la voz entrecortada—. Dios solo puede consolarnos. ¡Consuelos vendo y para mí no tengo! El mundo, ya lo veis, ha llegado a una encrucijada, en donde quedan solamente dos caminos; o esto continúa como ahora va, y entonces...

Una gritería lejana lo interrumpió y después un tiro. Uriarte se precipitó a la ventana, henchida de luna llena. Los que estaban cerca de la casa en torno al fuego parecían haberse vuelto locos. Sonaron más tiros y el crepitar de las dormiditas. Todos los oyentes se habían puesto de pie; una lámpara cayó y se estrelló con estruendo.

—¡La Policía! —dijo tranquilamente Uriarte— ¡Abrir todas las puertas del fondo! ¡Apagar las luces!

Un centinela se precipitó a la sala, manchada la cara y la camisa de sangre.

—¡Traicionados! —gritó—. Un camión blindado de los federales. Pero tenemos granadas Miller de gran poder. Un camión, dos y aun tres los podemos...

—¡Prohibida toda resistencia! —gritó el Cura dominando el vocerío—. Hay que huir. ¡Desaparezcan en todas direcciones y que

3. "Dios ama al que da con alegría."

Dios los ayude! No se atropellen, hay tiempo: los carros están lejos todavía y tropezarán con los obstáculos... ¡Los jóvenes que cedan las motos a los ancianos!

—¡El camión ha caído en la trampa-pozo! —gritó Uriarte, que observaba la planicie y la casa—. Por ahora están listos. Tiran con ametralladoras. Inútil.

—¡Nuestras mujeres y niños! —gritaron algunos guardias—. Las llevarán de rehenes. Hay que morir o salvarlas.

Un estruendo horrísono dominó en ese instante el tableteo de las tartamudas, sacudió la sala y eclipsó con su fogonazo a la luna.

—Han tirado la granada. Me lo temía —dijo el Cura—, siempre pasa así. Es insensato. Y ahora la pagaremos los inocentes... Usted y yo. Edmundo ¡vamos a apagar las luces!

—¡Otro camión detrás! —gritó Uriarte.

—¿La moto? —preguntó el Cura.

—Lejos. En la mancha de eucaliptos —dijo Edmundo.

—La alcanzaremos. Usted y Mandel pongan un hombre joven con los más ancianos, ordenen la salida, mire allá, corra. ¡Adiós, la bendición de Dios sobre todos, no pierdan un minuto! —gritó sobre las sombras que se escabullían por el fondo.

Se volvió y encontró al viejo Amancio muy tranquilo.

—¿Usted qué hace aquí?

—¡En toda mi vida siempre me ha gustado ver el fin de las cosas! Yo me quedo a su lado —temblequeó el anciano.

—¡Márchese de inmediato! —y a una seña suya, el capitán Uriarte alzó al viejo casi en vilo y lo fletó por una puerta. Se hizo la oscuridad y el Cura sintió que Edmundo lo tomaba de la mano. Otra granada tronó afuera.

—Es peor —dijo pacientemente el Cura—. Es peor. Mire: la policía llama refuerzos. Las bengalas.

Seis relámpagos rojos y lentos, uno tras otro, surcaron el cielo y explotaron arriba en una lluvia de estrellas de oro.

—Al suelo, Padrecito —dijo Edmundo—. Arrastrarse. Esto es un hervidero de balas.

La mancha de eucaliptos, altos y ralos, parecía estar infinitamente lejos. Cuando el Cura levantaba la cabeza, veía sus siluetas negras y desgarradas siempre en el mismo puesto. El tiroteo continuaba. Ningún grito.

—Aprovechar las matas —ordenó Edmundo—. Cuando lleguemos a la sombra, corremos.

El tiroteo arreció en torno de la casa. Algunos resistían en ella sin duda.

—Ahora —dijo el Cura.

Los dos corrieron furiosamente en el manto de sombra de los árboles. Una ráfaga de metralla partió de muy cerca de ellos y un avispero ~~de balas silbó en torno. El Cura tropezó, cayó, se levantó y siguió~~ corriendo.

—¿Herido? —dijo Edmundo.

—Me pareció que me empujaban por la espalda. Creo que no.

—Allá está la moto. ¡Salvados!

Apenas gruñó el motor, las ráfagas arreciaron, tres o cuatro bocas de fuego a lo menos, silbando y crepitando por los árboles.

—Agárrese de mí —dijo el mozo— sé lo que hay que hacer. ¿Pronto?

El caballito mecánico zigzagueó por el sendero y desembocó en el camino.

—Salvados —repitió Edmundo.

—Me duele la espalda —dijo el Cura—. Sí, estoy herido. No importa. No haga caso. Mientras me quede vida, me sostendré. Estoy bien sentado. Sálvese usted en cualquier caso.

—Ahora lo saco a usted también, como nada y en cualquier caso. Vamos a la casa del Inspector de Jefferson. Agárrese en las curvas.

El Cura dio un profundo suspiro. Su respiración se había hecho pesada.

—¿Duele? —dijo Edmundo.

—Se enfrió la herida —dijo el otro tranquilamente—. Por cualquier caso, te quiero ahora decir esto —tosió...

—No hable —dijo Edmundo—. No se canse. Déjeme la dirección ahora. Yo ordeno.

Sintió que los brazos en torno de su cuello lo apretaban espasmódicamente. El vehículo volaba por el camino, inclinándose peligrosamente en las curvas.

—No nos pueden perseguir —advirtió Edmundo— no tienen más que camiones blindados.

—Siempre tenés el gusto de agarrar por los baches —oyó que le decía el otro. Y no había baches allí, sino campo limpio lleno de pasto.

—¿Esto es morir? —musitó el herido suavemente—. ¿Esto es morir...?

XII

LA MUERTE DEL CURA LOCO

Edmundo sintió que los brazos de su compañero aflojaban y se desprendían; y frenó. El Cura cayó a un lado como un fardo.

—Estoy bien herido —dijo—. No aguanto más. Déjame aquí.

Edmundo avizoró las tinieblas con angustia, escondió la moto en un garabato, y retornando, intentó levantar al herido. —Pobre amigo —exclamó éste— lo van a pillar... —Sonaban todavía disparos a lo lejos.

Edmundo lo levantó en silencio, y comenzó a caminar pesadamente hacia el campo. —Voy a ir campo traviesa a la primera casa que halle —anunció—. Dios me la depare buena. Con tal que no sea de un traidor o un enemigo... Pero voy armado. Prefiero aquella lucecita que está más lejos, allá contra el monte. Ésa del frente debe ser una hostería. Guarda, Pablo: hosterías, no.

Caminó jadeante por un cardal, las espinas le mordían las rodillas, cayó una vez, después metió la bota en un charco; pero parecía animado de fuerza sobrehumana.

—Se enfrió la herida —dijo débilmente el Cura—. Me comienza a doler bastante. ¡Dios mío! Yo sabía... Yo presentía... Pero está bien. Mi trabajo está acabado. Hermana Gracita, Dulcita... Esta vez sí... Mejor. Se acabó de una vez, se acabó la patria. Nadie ha amado a este país como yo. Pero ahora no tengo patria, tengo horror a la patria. Mi patria me ha hostigado y me ha matado... y la Iglesia también. Pero yo había elegido la muerte... había consentido la muerte. *Non habemus hic manentem civitatem*¹. Edmundo, no te expongas por mí; yo... no necesito nada.

Edmundo encontró una huella, con los pies, no con los ojos. Empezó a correr casi. El senderito moría en una verja, rodeada de árboles y

1. "No tenemos aquí ciudad permanente" (Hebreos 13, 14).

de olor a jazmín del país. Empezaron a alborotar dos perros. Edmundo dejó a su amigo cuidadosamente en el suelo, abrió la verja y corrió a la casa. —Un minuto —dijo—. Vuelvo ya. No se preocupe.

Cuando volvió lo levantó, el Cura le oyó una risita ahogada, sardónica. —No se imagina dónde habernos caído —dijo—. Pero ~~no hay más remedio. En la casa del Cardenal de América. Peor~~ podía habernos ido ¿no le parece?

—¿En la casa de Panchampla?

—En la villa de descanso de Panchampla...

El Cura suspiró. —Bien, ahora ya ¿qué importa todo? —dijo—. Para morir, cualquier lao es igual.

Los dos eclesiásticos que estaban a medio vestir en la sala; se quisieron caer de espaldas cuando vieron al "herido"; "un herido —herido grave— aventura en la noche..." —les había anunciado Edmundo.

Cuando luego entró Panchampla, el Cura Loco estaba con los ojos cerrados, muy pálido, instalado en una cama, de costado. Edmundo había tendido debajo su chaqueta, y se afanaba por hacer un apósito en la espalda. Panchampla se agarró fuertemente al respaldo de un sillón, el rostro inmutable y rígido, no se sabía si de odio o de espanto.

—Espantárame yo —comenzó Monseñor Papávero, y no terminó la frase. Entró Monseñor Fleurette en un amplio balandrán—. Han ido por el médico —anunció con voz tonante—. ¡Cielos! —dijo al ver al yacente—. ¡Cielos! ¿Qué es esto? ¿Veo bien o veo mal?

—Interrogación retórica. Creo que es inútil —dijo el herido mirándolo alegremente— el médico. —Cerró los ojos de nuevo, recogiendo. —¿Esto es morir? ¿Esto es morir? —dijo sin abrirlos—. Fleurette, Amadeo, los sacramentos... el Viático. ¿Hay hostias consagradas por usted en la Capilla?

—Yo he consagrado a nuestro Amo esta mañana —articuló Papávero—. ¿Qué hay con eso? ¿Todavía persiste usted en que mi ordenación sacerdotal ha sido inválida?

—La Ex-tre-ma-unción —tartamudeó penosamente el herido, con el rostro demudado.

—¡Traigan los Óleos! —exclamó con gran energía un curita joven, Funes, el Secretario de Rosario—. Hagan como él diga.

Fleurette volvió con los Santos Óleos y su alta figura se inclinó sobre el lecho. El moribundo abrió los ojos y sonrió: —No hay

apuro —dijo—. Hagamos las cosas bien. No se olvide que soy del oficio.

Fleurette estaba haciendo con precipitación las cruces sobre la boca, las manos, los pies, atropellando las palabras latinas,

—Sobre el pecho —indicó el enfermo. Y después repitió suavemente—: ¿Esto es morir? ¿Esto es morir y nada más? Y yo que temía tanto morir torturado por la Policía, entre horrores, venir a morir ahora rodeado de mis... pseudo-hermanos en el sacerdocio —dijo con una mueca amable y pícara—. Edmundo, esto no va. Tengo que hablar contigo... antes del fin. Me duele bastante la espalda y tengo los pies helados. ¡Dios mío! ¡Mamá Reina! Bueno, esto también lo ha arreglado tu Providencia. Y está muy bien arreglado, como siempre, aunque en sí mismo sea la mar de raro.

Su cara mantenía a pesar de todo la vivacidad, sus ojos se movían cómodamente, se diría que una manera de brillo rodeaba su rostro y su cabellera prematuramente cana... que aún conservaba manchas de tinte ¿o era la luz roja del plafón? Fleurette dijo:

—Las oraciones de los moribundos... hay tiempo.

—No, yo tengo mi propia oración de la buena muerte. La digo yo mismo:

Te Deum laudamus: te Dominum confitemur.

Te aeternum Patrem, omnis terra veneratur.

Tibi omnes Angeli, tibi caeli et universae Potestates:

Tibi Cherubim et Seraphim incessabili voce proclamant:

Patrem immensae maiestatis...

Su voz se apagó un momento:

¡Sanctus, Sanctus Dominus Deus Sabaoth!

Repitió una vez el versículo, y sonrió. —Se acabaron los disgustos, Reverencias —dijo dirigiéndose a todos— por lo menos para mí. Voy a hacer aquí mi confesión pública, me siento charlatán como siempre, el silencio me angustiaría... Me siento mejor después de la Extremaunción... como es de fórmula. Lástima que el Viático... —dijo mirando a Fleurette—. Bien, les pido perdón a ustedes de los soberanos disgustos que les he dado, a mí me parecían necesarios, no sé... Hay tres hechos gordos en mi vida de que nunca he estado del todo seguro; y una cantidad de "pisciminutti"... Soy un ansioso constitucional... Estoy siempre dudoso de todo.

—Los pecados inciertos y dudosos no hay obligación de confesar —pronunció Papávero.

—Me confieso públicamente como en la primitiva Iglesia. Me escapé del convento de los jeromianos en las montañas del Piamonte en el auto del Cónsul Argentino y en un avión de Aerolíneas. Creía que me volvía loco, y que moría allí desesperado: por eso lo hice. Y va uno. Segundo: disparé un tiro a matar a un sacerdote que estaba ~~forzando a una desgraciada, el suceso de Luckevile, recuerdan, por~~

el cual me encarcelaron en San Justo. Creí que no había otro remedio, y estaba lleno de furor; pero si yo hubiera sido santo, *hubiese habido otro medio*. Tiré por una claraboya, y herí a la mujer. Fue un acto atroz, quizá me quise sustituir a Dios, no lo sé, nunca lo he sabido... Tercero: le di de bofetadas a un Superior que me estaba jugando una inicua hipocresía, por lo menos así lo creo; también me arrebaté allí en forma impremeditada, perdí los estribos de golpe. Pero Dios se cobró muy caro estos dos últimos hechos... se cobró muy caro. El que a hierro mata a hierro muere; a mí después me abofeteó un hermano. Si pequé entonces ¿quién puede decir la angustia que siento hacia eso, que he sentido siempre?... Déme la absolución, Amadeo.

Fleurette, con el rostro muy demudado, trazó una gran cruz en el aire, barbotando trozos de frases latinas.

—Nunca he hecho un pecado deliberado, sabiendo claro que era pecado, ni mortal ni venial, me parece... "*Domine, ab occultis meis munda me et ab alienis parce servo tuo.*" Pero fui atolondrado y desmesurado en muchas cosas. Nunca he mentido, nunca he odiado a nadie, no me he vengado nunca, aun pudiendo hacerlo. "Benedicid y no maldigáis", dijo San Pablo. Yo tuve el poder de maldecir y no lo usé. Guardé silencio ante la calumnia, silencio desdeñoso; o rabioso quizá. Hice creer a la gente que era un criminal, un monstruo, tenían que creerlo por fuerza, me pongo en el lugar de ustedes: ustedes no sabían y yo no podía hablar. Quizá hice mal en no hablar; pero ¿pero quién podía haberme entendido? Ni el Papa de Jerusalén, cuando hablé con él, me entendió del todo. Pero ahora conviene que yo hable. La Providencia ha arreglado esta suprema entrevista. ¡Edmundo, hermano mío!

—Su voz pasaba entre sus labios con un silbido...— "Está interesado el pulmón, el médico no llega, estamos perdidos, si al menos se quedara quieto y reposara" —musitó el policía; y se adelantó ceñudo.

—El relicario de oro al pecho —dijo el moribundo— sacarlo. —Sus miembros estaban laxos, sus manos temblaban, la derecha cayó blandamente del colchón al suelo. Edmundo sacó la fina cajita

de oro cincelado con su apretado cordoncillo rojo de seda que tanto conocía. El moribundo la besó y dijo con voz firme:

—Hay tres cosas allí dentro: un "*Lignum Crucis*" insigne, que quiero sea entregado a Monseñor Lezaún, que fué muy bueno conmigo cuando fui su alumno, ése es un sacerdote, aunque ahora ~~esté engañado, pero sufre: ése vivirá. Después hay un pergamino delgado, con estigma rojo y una bola de plata... Déselo.. , déselo a ellos...~~

Edmundo desplegó un documento escrito menudamente en latín. Fleurette empezó a leer en voz alta; y después, todo concitado, en voz baja: "*Omnibus has litteras aspicientibus...*"

Panchampla se movió por primera vez, alargó la mano, y mandó: —Déme eso.

—Una bula del Papa de Jerusalén fechada hace... hace seis años, que lo nombra Delegado Apostólico y Arzobispo de Buenos Aires con todas las facultades de Patriarca —vociferó Fleurette espantado—. Una bula del Papa, una bula en forma, una bula de León XIV...

—Del Papa verdadero —dijo el moribundo con energía— como ustedes deben saber si quieren salvarse. La elección del otro, de Cecilio Primero, fué simoníaca y nula...

Panchampla hizo un violento movimiento con la diestra mano, y empezó a articular una palabra, y calló, dejando caer los brazos. —No sé nada —sollozó.

Papávero y Funes se habían puesto de rodillas.

—No se aflijan —dijo el enfermo—. No pude presentarla, no pude exhibirla al Capítulo, había orden de prisión contra mí, quizá yo estaba demasiado rabioso por la suspensión... y me enceguécí. El Cardenal la vio; pero ya estaba chocho. Dios me habrá perdonado... Todo esto ya pasó, por fin... Dulcinea...

—¡Miseria! —exclamó Fleurette—. Esto siempre lo creí falso. Corrió la voz, pero creí que eran invenciones...

—La vieron varios —dijo el Cura—. Pero ¿de qué sirve un Delegado Apostólico que está incomunicado en la Sección Especial? Yo tenía que huir antes que todo de la Sección Especial. ¿San Pablo? Sí. San Pablo... Pero ése... ése es otro caso. Yo no soy San Pablo. Eso salió así, yo doy gracias a Dios que empleó al máximo todas mis habilidades de muchacho, pero la cuestión es que Dios me exigió mucho más allá de mis habilidades: montañas de cosas, un purgatorio

en vida... He hecho lo que he podido, todo lo que he podido, pero no bien del todo... Que Dios supla mis faltas... Edmundo. . .

Acabé mi misión. ¡qué carga! Edmundo, no te desesperarás. Oigan todos, como les dije a los Inspectores, un enorme acontecimiento, una cosa increíble se viene sobre el mundo; pero se viene agazapada, ~~como un tigre en acecho: cuanto más parezca que hay paz, más desconfíenle...~~ Edmundo, hay un anillo, es para ti... —Ya no coordinaba bien el herido y decía palabras ininteligibles.

Edmundo levantó un anillo episcopal de oro. Al borde de la gran turquesa, ardían en forma de cruz cuatro diamantes.

—Es el anillo llamado de San Clemente. Me lo dio el Papa cuando lo vi hace seis años. Nunca lo he usado... El Papa verdadero... —suspiró dejando caer la cabeza a un lado.

Reinó un largo silencio. Panchampla permanecía petrificado, mirando con los ojos vagos de un sonámbulo. Papávero rompió el silencio con su vocecita agria:

—Esto es una tragedia. El médico no viene. Mañana menudo enredo vamos a tener con ese cadáver. ¿No conviene ir previniendo ya a la Policía? ¡Es un descomunal compromiso!

El moribundo se estremeció violentamente y se incorporó, como tocado por un cable eléctrico.

—¡A solas! —balbuceó—. Edmundo, hablar contigo a solas, lo último. . .

Panchampla se había dejado caer sobre una silla y se pasaba la mano por la cabeza. Edmundo verificó la herida mientras salían: no sangraba más; pero en cambio las comisuras de los labios mostraban estrías sanguinolentas. El curita Funes los arreaba a los otros tres.

La luz eléctrica oscilaba y disminuía. El moribundo comenzó a hablar pausadamente, con un hilito de voz muy tranquila.

—Edmundo, debes recibir tú también una herida mortal. Te compadezco. Dulcinea ha muerto.

Edmundo se incorporó, y cayó de nuevo derribado sobre la silla.

—Allí, en ese bolsillo, hay un papel que me dejó hace mucho para ti... Quiere... que lo leas... cada día —dijo ahogándose.

—¿Una oración?

—No. Es decir... según cómo se tome. Puede ser oración también... T O D O puede ser oración. Mis gemidos de ahora S O N oración —y tosió ahogándose.

Edmundo le limpió los labios, y leyó después en la fina escritura de la amazona de los cristeros:

Quiero por ti vivir, flor de las flores.

Quiero siempre descir de tus loores.

Non me partir

De te servir

¡Mejor de las mejores!

—No desesperarás —prosiguió el doliente— yo sé que no. Superarás la tentación de matarte, como la has superado dos veces. Hace mucho que conoces a Dios implícitamente, porque quien se sacrifica por el prójimo, ése conoce a Dios, y su divina gracia está con él; pero antes de morir lo conocerás claramente. Eso sí, morirás joven. Edmundo: te he visto... He tenido una visión. Cuando veníamos en la moto, he tenido una visión de Dios...

Guiñó los ojos, y un rastro de la antigua luz humorosa quiso pasar por ellos:

—Es decir, un sueño —añadió—. Pero estos sueños, estos sueños... especiales, siempre se cumplieron. Cuando el bombardeo de Buenos Aires, el Papa me telegrafió, pero yo primero lo vi en sueños. Y se cumplió. . .

Un hondo ronquido interrumpió su voz débil.

—... Te he visto en sueños... he visto tus luchas futuras... estaré contigo; y no he visto a tu lado a Dulcinea... Eso me confirma que ha muerto... Pobre hermana... Si Dulcita viviera...

—¿Cómo lo sabe? —balbuceó Edmundo.

—El bombardeo de Buenos Aires... la encontró muy enferma. No quiso salir. No lo entiendo. Los dos chasques que yo le mandé... se encontraron con su resistencia... una resistencia extraña. La india Chuca que la cuidaba... fué hallada muerta... La hemos buscado por todo... Sé que mi hermana no se rindió a la desesperación... no se dejó estar adrede... no es posible... no era una suicida. Pobre hija... pobre hija... pobre hija... —dos lágrimas corrieron lentamente por sus mejillas. Su nariz se afilaba, su cara se ponía tirante, su voz se cortaba continuamente. Parecía vivir por un supremo esfuerzo de su voluntad.

—Te he visto... —repitió varias veces—. ¿Y esto es morir, oh Cristo? En tus manos encomiendo, en tus manos misericordiosas... Qué solo he estado, qué solo me dejaste, Cristo. Eso era la noche, la noche, mi vida era la noche... se acaba la noche... Mamá Reina.

Su último susurro fue:

—¿Esto es morir?

Se encogió todo y se quedó tranquilo.

Edmundo sintió un golpe de furor contra los que estaban detrás y entraban hablando fuerte, y su mano fué al arma. "Éstos tienen la culpa de todo —pensó— y este pobre asesinado les ha pedido perdón." Una tormenta formidable sacudía su alma. Pero miró el cuerpo plácido que estaba delante, la cara seria y cérea, y se encogió también todo; y se cubrió el rostro con las manos.

—Muertos —dijo en voz alta—. Todos muertos. Yo también. La desesperación para mí. ¿Seguir viviendo? ¿Para qué? Nada tengo que hacer en esta vida. Y este mundo me apesta. En la luz rojiza, débil y oscilante del cuarto, Monseñor Papávero estaba leyendo con gran rumor unos latines de un libro con tapas rojas y canto de oro. Edmundo sintió ganas de pegarle un tiro.

XIII

EL ENFERMO¹

*(Este capítulo no pertenece a la acción,
aunque sí a la comprensión de esta fábula.)*

El enfermo se dio vuelta en la cama, dio un gruñido y metió el pie derecho entre el borde del colchón y la pesada cobija. De cualquier manera que pusiese el pie derecho, le molestaba. No era dolor, sino nerviosidad, una especie de hormigueo muy molesto, como si el pie tirase hacia sí de todo el cuerpo por un complicado aparato de cuerdas y poleas nerviosas. Hoy no había hecho nada, y sin embargo estaba agotado.

Su petición a Dios había sido rechazada, como era natural y lógico. Era una petición romántica, y Dios no era romántico: "morirme ahora mismo, esta misma noche, o sanarme ahora mismo, esta misma noche." La había hecho durante un tiempo que le pareció una hora, con un ímpetu increíble, con una fuerza capaz de desarraigar una montaña. Ahora sabía que no había sido escuchada, como no lo había sido las infinitas veces anteriores, todo a lo largo de su interminable vida. Era absurdo lo que pedía, la vida no era así: pedía

-
1. En este capítulo el Autor muestra la condición del hombre en la Noche Oscura o purificación a fondo del alma por la potente intervención de Dios. "Ese vaciado, ese drenaje, ese dragado de nuestro fondo (se produce) para llegar al fuego vivo, para hacer plaza a Dios." (Cuaderno del Retiro de mes en Amiens, 13-X-31)

El influjo divino abruma la fragilidad de la criatura "despojando al alma como ladrón nocturno por la secreta escala de todas sus preesas, vestiduras y chiches, dejándola desnuda, atontada y aterida, con más vergüenza que un gran culpable; sin punto de apoyo en la sensibilidad, al contrario, destrozada ésta y convulsionada a veces." (*El Ruiseñor Fusilado*, p.106) Entonces el alma "parece a las presas con algo sobrehumano, sitiada por una incomprensible ausencia y obsesión de Dios." (*Las Parábolas de Cristo*, Parábolas de la Oración Pertinaz)

soñar con un ángel, que le diera la explicación de su incomprensible vida y después morirse; o bien despertarse sano. Comprendió que eso era querer imponer su voluntad a la de Dios, y que la voluntad de Dios no era así. ¿Cómo era? No se podía saber. Nada.

Pero en realidad, aun cuando pedía morirse, quería vivir. Era como un chantaje a Dios, un reproche velado.

Comprendió que su vida tenía que seguir como siempre, bajo el signo del Destino incomprensible: que no tendría ningún sueño aquella noche, ni se curaría, ni moriría; que al otro día se despertaría de humor de perros, con deseos de quedarse eternamente en la cama; que se levantaría fatigosamente sin embargo, e iría al trabajo. Que si avisaba al trabajo que estaba enfermo, no iba a saber qué hacer en todo el día, ni podría leer siquiera. Imaginó vivamente los comentarios irónicos o groseros de sus compañeros, y le dio grandísima rabia y tristeza. Pero en seguida pensó que eso era imaginario, irreal, que quizá no comentaran nada. Pero ¿por qué no habían de comentar? ¿Era él por ventura una cosa, una nulidad, un Inexistente? Le dio rabia y tristeza de nuevo que no comentaran nada.

Pero sabía que iría al trabajo, y lo haría mal, descuidadamente, con la mente en otra parte. Y que aunque nadie comentara nada, él pensaría que todos lo miraban y tendría un sentimiento continuo de culpabilidad, de enojo y de impaciencia; que lo disimularía. Pensó que él nunca había hecho "ni un pecado venial deliberado", como decían en el Seminario, y sin embargo tenía más remordimientos que todo el mundo entero junto. El pecado de Adán, el pecado de haber nacido, los pecados de sus padres y sus abuelos quizás, los pecados colectivos de su país, todo eso... El sabía que todo eso no era locura suya, era realidad. Para los demás no, ciertamente. Para él, sí.

Su petición volvía de continuo a sus labios, a sus labios internos; pero él sabía que era vana, puro romanticismo. No había que contar con Dios. Dios no había llenado nunca ni uno solo de sus deseos concretos... "*et dabit tibi petitiones cordis tui...*"² ni el más insignificante; lo cual probaba que todos sus deseos concretos eran falsos. No hay que contar con Dios; Dios no se ocupa de las cosas fútiles de la vida, o mejor dicho, se las había dejado

2. "Y te concederá los deseos de tu corazón."

encomendadamente a él, para que él sostuviera eso “hasta que Yo vuelva”; que era en definitiva como sostener todo el Universo; porque todo está trabado aquí abajo, y los mediocres incidentes de su prosa diaria lo habían obligado a pensar todo el Universo, hasta los más remotos problemas; como si dijéramos, que para tomar un colectivo, él tenía que resolver primero quién tenía razón en la guerra de Indochina. La Providencia se había retirado atrás con respecto a él, dejándolo en las manos del Destino —que sin embargo, no es independiente de la Providencia—. Él era un hombre del Destino; y el Destino es de bronce. Él no había tenido propiamente madre, por que su madre deliberadamente lo había abandonado a una loba.³

Pensó en la interminable retahíla de desastres que había sido su vida: porque eso era lo que le permanecía en la memoria, “memoria algésica”, que no retenía los placeres ni los éxitos —pequeños éxitos—. Esa retahíla de adversidades hacía ocho o diez años se había acelerado, convirtiéndose en una especie de maldición. “Le daré éxito en todas sus empresas” —se acordaba con ironía de esa “promesa del Sagrado Corazón” que le habían enseñado en el Semi—. Por supuesto que todos sus fracasos y continuas derrotas estaban entretejidos en un cañamazo de favores divinos, porque de otro modo no hubiese podido él durar hasta ahora; pero esos favores eran imperceptibles o “dialécticos”, es decir discutibles, de dos caras. Todos sus planes se habían frustrado siempre, una serie incontable de planes que en el fondo formaban un solo plan; todas sus ilusiones lo habían decepcionado siempre, puesto que ése es justamente el oficio de las ilusiones; pero siempre tuvo ilusiones, pues de otro modo no hubiese podido caminar. Mas esas ilusiones tenían seguro una fuente que no era ilusión: eran como figuras o señuelos de una realidad. Esa realidad le era desconocida, y se desplazaba sin cesar a la lejanía.

3. “El hombre, si debe andar en las tinieblas, experimenta naturalmente terror. ¿Qué hay pues de asombroso que se aterrorice delante del Incondicionado; del cual debe decirse que ninguna noche ni tiniebla es ni la mitad tan oscura; donde todos los postes kilométricos (o sea, los fines relativos) y todos los faroles (o sea los objetivos terrenos) -incluso los sentimientos más delicados y más íntimos de abandono y entrega de sí están apagados- porque de otro modo el Incondicionado no sería incondicionado?” (*De Kirkegord a Tomás de Aquino*, p. 57, cita a Kirkegord, *Diario*, 1854)

“Hemos llegado más cerca de Dios. Respecto al ideal, cada adelanto es un paso atrás. Lo mismo en nuestra relación con Dios, todo

Se dio vuelta bruscamente otra vez en la cama, y pidió a la Virgen Nuestra Señora la salud: ¡Madre Reina! Se rió amargamente de pensar cuán poco se parecía él al hijo de una reina. Le dolía la cintura y los riñones, sentía una molestia como hinchazón en el estómago. Empezó a cavilar qué es lo que podía haberle sentado mal en la cena. Su enfermedad era ridícula, eran pequeños achaques sin importancia; pero sin embargo para él era una enfermedad grave, aunque no fuera más que por el efecto devastador en su espíritu. Era como un signo permanente del abandono interminable de Dios: la espuela que despertaba sin cesar la desesperación de su amor. Era un gran secreto, una enfermedad secreta: no podía decirla a nadie, desde que notó que lo tomaban en seguida por "enfermo imaginario" o hipocondríaco. Un médico se lo había dicho con bastante brutalidad. Otro médico amigo le dijo que era una enfermedad "mística", ¡imbécil! Los otros médicos (¡cuántos no había consultado!) le daban una droga cualquiera, en un gesto que decía que no era nada, o era inevitable, o era incurable, o era una cosa natural, o simplemente no querían ocuparse de él, porque era pobre. Cuando su achaque le producía dolores físicos como ahora, tenía una especie de amarga alegría, porque entonces estaba seguro de no equivocarse. Las tres operaciones quirúrgicas que había sufrido en su vida, lo habían puesto en un estado de regocijo inquieto, o exaltación, parecida a una borrachera: los médicos le habían alabado su "coraje". Después había vuelto otra vez a la "*grisaille*"⁴ del opaco sufrimiento cotidiano.

Todos sus descalabros externos habían dependido de ella; ella lo desarmaba o ponía en desventaja en las luchas de la vida. Puesto que desaparecía del todo por temporadas, era curable; pero de hecho no se había curado, todas sus difíciles y aun heroicas medicaciones habían fallado, sus oraciones y novenas habían sido inútiles. Tenía que estar levantando continuamente su resignación a ella como una gran piedra que rodara eternamente abajo. "Ser derrotado eternamente cansa", dijo un poeta. Se acordaba de Santa Liduvina de Suecia, que había pasado su vida en una cama cubierta

acercamiento es un alejarse, sin dejar de ser realmente un acercamiento; porque una aproximación a la Infinita Majestad, tiene que ser un retraerse o encogerse." (Ibíd., Kirkegord, *Diario*, 1851)

4. Monotonía, desolación.

de llagas y postemas, prodigando ejemplos de paciencia y palabras devotas; y del Hermano Quereda, que conoció en el Semi. Pero en él un mal físico implacable y secreto estaba no fuera sino dentro, como una oculta fuente de un infierno sin pecado. No hay infierno sin pecado; mas en él esto era más que purgatorio.

~~Dios lo había aniquilado lentamente. O mejor dicho, Dios quería~~ que él se autoaniquilara lentamente y activamente en su presencia: ningún tirano pensó nunca nada comparable. Él tenía que aniquilar su entendimiento delante de Dios, no comprender nada; tenía que aniquilar su voluntad, no desear nada; y al mismo tiempo pensando y queriendo formidablemente. ¿Pensando y queriendo qué? La nada. Dios era cada vez más para él la Nada. Pero pensar y querer la Nada, es simplemente aniquilarse. Él tenía que aniquilarse para hacer lugar a Dios. Era como una especie de suicidio con el fin de que Dios existiera —al revés del suicidio de Kiriloff⁵—. De modo que estaba en la presencia de Dios en una especie de relación de adversario: como dos cosas incompatibles. Y en esa relación consistía su religión —y si podía hablarse de eso—, su amor a Dios.

Esa relación, una especie de oscilación continua de arriba abajo, se le hizo presente con una claridad vivísima, y empezó a querer expresársela... quizá se podría poner en forma de cuento. Pensaba con una intensidad enorme una cosa que siempre se le escapaba, desbordaba las palabras. Dios era la Nada: eso era todo lo que podía formular; para él era la Nada, lo cual no quiere decir que no existiera, al contrario. Pero de ahí no podía ir más adelante: cada vez que repetía la fórmula veía una cosa nueva, inexpresable; o mejor dicho, la fórmula se empañaba y enriquecía cada vez más. "Estar en la presencia de Dios sin razón: ésa es mi religión" ("Sin razón" tenía tres sentidos diversos: 1º, dándose tuerto a sí mismo, profesándose equivocado en todo; 2º, la Sinrazón de Cervantes; 3º, no usando de su propia razón). No recordaba quién había dicho así: algún místico. Recordó la multitud de ceremonias religiosas y prácticas de devoción que en otro tiempo había practicado; por imposibilidad física o psicológica, poco a poco habían ido cayendo todas; de donde algunos lo tenían por apóstata y creían que habían perdido la fe.

5. Dostoievski plasmó en Kirillof "el triunfo del voluntarismo: por medio del suicidio quiere destruir de una vez y para siempre la idea de Dios y redimir a la Humanidad del miedo a la muerte: es un Cristo al revés." (*Psicología Humana*, Cap. XI – Las Ideas)

Pero su fe ¿qué era? ¿no era una especie de mezcla de fe e incredulidad? No, eso no podía ser. Era más bien una oscilación continua entre el creer y el no creer, permaneciendo separados ambos y aun opuestos; y condenado con gran esfuerzo siempre el no creer. ¿Era pues una fe "tentada", como le dijera el Padre Espiritual del Semi? Más bien era una pura tentación. ~~Su fe consistía en una~~ tentación, aunque quizá no es esa la palabra exacta; pero no hay otra en castellano. Lo mismo era su razón, tan alabada por algunos ¿y envidiada? Quizás. Era una continua oscilación entre la mayor necesidad y la sabiduría —una sabiduría nunca poseída, imposible—. Él sabía perfectamente los abismos de necesidad de que era capaz; pero la sabiduría —su sabiduría— no era suya. Aparecía solamente algunas veces por contraste —los demás hablaban de ella—, él no creía en ella. Su sabiduría real era la posesión de la nada, de las tinieblas, un continuo echar afuera en todas direcciones todas las cosas, arriba, abajo, delante, detrás, derecha, izquierda. ¡Con razón la gente decía que era pesimista!

Su mente permanecía fija en la necesidad horrenda que tenía él de aniquilarse en la presencia de Dios —para que la presencia de Dios fuera posible. Sus labios internos balbuceaban lentamente: entendimiento, cero; voluntad, cero. La Nada como objeto angustioso de la aspiración más íntima y radical de su alma: la aspiración a disolverse. Pero la Nada que él sentía como objeto de sus facultades espirituales, era en realidad la nada de su naturaleza; Dios era en realidad la Realidad. Había un sentido en él que se lo decía así, un sentido opuesto al sentido humano. Existían en él dos sentidos, igualmente poderosos y tan trabados entre sí que nadie podría trazar la línea en que se distinguían⁶. Evidentemente había dos sentidos, y en la lucha entre ellos consistía la sustancia de su vida interna. Recordó una fábula que había escrito

6. Esta ambigüedad es característica del plano religioso, "en el sentido de que (los hechos de quienes se encuentran en tal estadio) pueden ser interpretados en dos direcciones contrarias. Así por ejemplo, el libro *Attack upon Christendom* de Kierkegaard, que estoy leyendo ahora, puede ser interpretado perfectamente (por mí mismo incluso, que soy kirkegardiano) en dos sentidos: 'Es la obra de un loco, de un resentido alucinado carente de sentido común.' 'Es la obra de un profeta que se juega la vida (sus últimas fuerzas) por la Verdad'..." (Carta a H. R. Foguet, de Tucumán, sin fecha)

cuando muchacho, la lucha entre la Iguana y la Víbora. No era así. Tampoco era como una boa tragándose un cabrito vivo. No encontró comparación, y abandonó el pensamiento para encontrarse con palabras sueltas, como "Nada", Sinrazón, Disolverse, Destino... —La realidad que quería apresar en su cuento, era inapresable.

Todo en su vida era ambiguo; de nada podía estar seguro. O más bien dicho, ambívido: dos sentidos. Eso era lo que le restaba fuerzas delante de los reproches de sus acusadores; la calumnia misma lo reducía a una mudez triste: sentía que toda calumnia contra él era un poco de verdad... en un sentido. Por eso había sido derrotado tantas veces. De él se podía decir todo: él podía afirmar que era el más dedichado de los hombres, por ejemplo, más sufriente que el mismísimo Job; y también podía afirmar que era el más feliz de los hombres ("feliz", no dichoso) aunque esto él pocas veces lo afirmaba y siempre a sí mismo, nunca a los demás: ser tomado por loco no es obligatorio. Y del mismo modo podía afirmar que amaba a todos los hombres y odiaba a todos los hombres; que no podía ver a los curas y reverenciaba a los curas; ídem, ídem a las mujeres; que adoraba la filosofía y despreciaba la filosofía; que era poeta y que no era poeta; que le repugnaba el periodismo y que era heredo-periodista; que era prudente y que era imprudente; que era rebelde y que era el más sumiso de los hombres; que era tímido y a la vez temerario; que era inocentón y sencillo y era endiabladamente arrevesado y complicado; que era muy abierto y el más secreto e infranqueable de los hombres; y finalmente, lo más raro de todo, que era sanísimo y estaba gravemente enfermo, según en qué sentido se tomara.

Ésta era la macana de tener dos sentidos. Por eso lo mejor para él, y quizá su deber, era guardar absoluto silencio acerca de sí mismo —que es al fin y al cabo la primera regla de la virtud de la modestia— porque hablando de sí indefectiblemente tenía que mentir; y sin embargo hablaba continuamente de sí mismo que al mismo tiempo permanecía secreto. "Desdoblamiento de la personalidad"... ¿no era así como la llamaban los psicólogos? No, no era eso, su persona moral era un bloque, lo que era doble eran sus dos sentidos totales e irreductibles conque ese bloque se miraba a sí mismo o mejor dicho se "ipsoaba"... "*Verselbstuung*" ¿cómo es que se dice? "*Verselbstung*".

¿Por qué tenía que ser así? Muchas veces había preguntado eso, retrocediendo ante la boca del abismo. Porque era su Destino, no se podía salir de allí. Dios lo quería así. Algunos hombres nacían para ser sacrificados... ¿Por qué yo? A esto no había respuesta. Infinitas

veces su alma se había levantado en impaciencia contra su Destino: palabras de blasfemia, de rebelión, de rebeldía, de escepticismo cruel y grosera mofa y endurecimiento retrancado de su propio ser se le habían formado, infinitamente (al parecer) reales, inteligentes y sutiles; verdaderamente luciferinas. Ya no luchaba contra ellas, las dejaba pasar. Pasaban. Eran de la superficie del alma. Sabía que no luchando y encogiéndose todo, ellas pasaban como si no fueran suyas. Ahora estaba todo encogido, las rodillas a la altura del estómago, los brazos cruzados y la cabeza sobre ellos, como un feto, como una mujer en los primeros dolores. Todas las blasfemias que Milton puso en la boca de Satán, o las de Carducci, de Stecchetti y de Baudelaire, le parecían cosas de niño.

Evidentemente todo esto debía tener una dirección y un fin: Dios tenía que tener un designio. Todo esto nadie lo conocía ni lo conocería jamás; entonces ¿para qué? El caso de santa Liduvina era claro; pero ¿esto? Una vez había escrito: "Dios está haciendo de mí una fábula viva." Pero una fábula tiene que ser clara; por lo menos tiene que ser conocida. ¿Cómo podría ser un signo una cosa que nadie viera, y él mismo no comprendía? Dicen que hay hombres que son como signos de una época, de una sociedad o de un pueblo... Pero ¿qué puede significar una palabra que no se puede oír? ¿Famosa lección, una lección inaudible! ¿Y él? ¿No la oía él acaso? No del todo.

Un hombre solo no puede salvar a una sociedad de la ruina; pero un hombre solo puede volverse una señal de que una sociedad va a la ruina, pensó. ¿Cómo? Sufriendo primero la ruina que amenaza a todos. Que él era una ruina era evidente; pero ¿quién lo sabía? Él solo. Empezó a mirar como en un panorama la serie sucesiva de enormes destrucciones que había sido su vida; y que eran su secreto, pues nadie fuera de él podía saber "lo que hubiera podido ser", lo que él hubiera podido y querido hacer. Miraba y derramaba interiormente amargas lágrimas, se escandalizaba ante las destrucciones, se horripilaba, tenía frío y los pelos de punta ante los escombros. *Ut quid perditio haec?* "Yo soy el Dios de la vida y no de la destrucción", dice la Escritura. Pero esta destrucción secreta y para el solo gusto de los ojos del Gran Destructor, parecía contradecir eso. Vio las destrucciones externas y las más grandes internas que había recibido pasivamente y contra su voluntad y consentimiento;

7. "¿Para qué este desperdicio?" (Mateo 26, 8).

y después lo más grave, la acción destructiva interiorizada en él y vuelta esa extraña voluntad de aniquilamiento que esta noche se le había develado claramente por primera vez, había irrumpido en él, y se había asentado tranquilamente en toda su alma inmortal. ~~¿Para qué desperdicio tal? Las ruinas de un castillo antiguo a la luz de la~~ luna pueden producir poesía romántica; pero por ejemplo tomar la Gioconda y la Cena de Leonardo da Vinci, y a cuchilladas convertirlas en un montón de jirones, y después esconder los jirones, eso no dejaba saldo alguno, ni siquiera el de espantarse de la bestialidad del destructor. Pero ¿la desaparición de la Gioconda? ¿No produjo ruido en el mundo entero la desaparición de la Gioconda? Ella se hizo presente al mundo entero por su ausencia.

Esto que yo indico levemente no tiene casi nada que ver con la patética y lacrimosa contemplación con que el enfermo recorría la colección de ruinas que constituían su historia, de nadie fuera de él conocida. Mas él no se daba cuenta de que no eran ruinas sino de posibilidades, no de cosas hechas ni de cosas logradas: eran simplemente cosas malogradas, que nunca habían existido sino hipotéticamente, potencias, posibles, deseos falsos en el fondo. "Señor, yo te ofrezco mis días perdidos hasta hoy - Los libros que hubiera podido escribir - Mi bien por hacer, la inmensa carencia que soy - Y mi única actual posibilidad, sufrir..." Por tanto él había confesado hace mucho que eran "libros que hubiera podido..." en subjuntivo hipotético. Hay una cosa que puede volver loco al más pintado, y es pensar "lo que hubiera podido ser": eso no hay que pensar nunca. Es verdad que "los días perdidos" eran algo positivo. Pero ¿cómo pueden ser días perdidos, días que han sido vividos? Esta misma visión de esta noche ¿no era por ventura el resultado conjunto de todos ellos, todos esos días "perdidos" desembocando desde alguna parte en un instante como una catarata? ¿No eran como un montón de ladrillos sueltos que de golpe se organizaran solos en torre, o por lo menos en tumba? El enfermo empezó a vislumbrar una respuesta a su angustiosa interpelación contra el cielo.

Recordaba que una vez pensó: "¿Te parece poco llegar a comprender la Oración del Huerto?", y después se avergonzó de este pensamiento, que en rigor no fue un pensamiento, sino como una cosa que le dijeran de afuera... algún recuerdo del Seminario.

Tenía una sola cobija, y empezó medio a querer tener frío. Pensó que si esta noche se resfriaba, no iría mañana al trabajo: mejor.

Todas estas ruinas reales o imaginarias no serían quizás sino el trabajo interno de Dios, la "cocina": cuando se presenta un manjar exquisito a la mesa, ¿qué necesidad de que los comensales hayan visto pelar las papas? Como él no conocía el designio de Dios (el plato), por eso se horrorizaba de las destrucciones; pero ~~esas destrucciones podían ser sólo aparentes si ellas apuntaban a un~~ designio para él desconocido, pero claro en la mente del artista: las papas tenían que ser peladas; no se puede freír huevos sin romperlos. Esto parece filosofía alemana. Hasta el final no sabré nada, se dijo; pero alguien puede saber. Estaba seguro que en la hora de la muerte no iba a decir palabras sublimes, sino una cantidad de pavadas, como toda la vida: no iba a tener la decantada "muerte de los santos". Sus enemigos inicuos iban a ir a visitar su miserable lecho, y él, solitario y débil, no iba a tener la fuerza de rechazarlos, iba a proceder débilmente como siempre, a lo mejor iba a hablar con ellos y decirles lo que menos quería... "Muchas gracias, les agradezco, son ustedes muy buenos...", llevado por su falsa dulzura, que era debilidad en el fondo; y ellos iban a propalar que se había arrepentido y había dicho que toda su vida se había equivocado: que les había dado a ellos la razón. Pensó que iban a publicar una relación de su muerte en sus revistas, como habían publicado la de su "apostasía", falsificando toda su vida. Pero aún en ese caso, no importaba; si Dios quería que ése fuera el "signo", si ésa era la imagen que Dios quería dejar, paciencia. El artista es Dios y no él, Dios sabía adonde iba.

Repitió la frase que había copiado esos días de un calendario: "Un hombre solo no puede salvar a una sociedad de la ruina; pero un hombre solo puede ser hecho señal de que una sociedad va a la ruina." Yo soy ese "Solo", dijo. No es una señal que uno "hace", no es producto nacional... "Ser hecho", se ha dicho. Tenía demasiada experiencia de la irrefragabilidad del Destino, no era él quien hacía su vida, él a lo más consentía. Cuando a los reproches violentos de sus contradictores a algunos de sus actos, los repasaba mentalmente para arrepentirse de ellos, siempre encontraba que no habían podido ser de otra manera. Un índice de necesidad acompañaba constantemente la cadena de sus decisiones, por lo menos en su recuerdo. Si eran pecados, eran pecados forzosos; y eso no puede ser. Podía dar interminables razones, explicaciones y excusas de cada uno de sus actos censurados —y por desgracia tenía la debilidad de hacerlo— pero después se daba cuenta acremente que

había “mentido” en cierto modo: esas razones no eran la razón verdadera y profunda. La razón verdadera era una especie de necesidad, que sin embargo no le quitaba la libertad, al contrario. Recordaba la frase de su abuela Diana: “*Eh, se è il suo destino, chè cosa c'è a fare?*” Por eso proponía frecuentemente guardar un silencio absoluto y mantener ante los juicios de sus actos una impasible estatua; pero faltaba a sus propósitos.

Pero todo esto ¿era seguro? No, no era seguro; era dialéctico, es decir, era seguro para un sentido y no era seguro para el otro sentido, para el sentido humano. Como en el caso de la bolita de Aristóteles, que es una para la vista, y dos para el tacto. Había dos sentidos, dos sentidos contrapuestos. Que él hubiese sido elegido por Dios para una misión excepcional, para crecer lo bastante a ser destrozado, y que lo importante no eran sus cosas, facultades u obras, sino el destrozo de ellas, que él hubiese sido escogido por Dios para condenar por medio de su ruina a una sociedad entera, que él fuese como la mancha del brazo que denuncia la lepra, le parecía una enormidad y un imposible; y por otra parte, parecía más imposible que Dios hubiese hecho ese refinado destrozo y esa montaña de tormentos sin designio alguno. Los tormentos en sí mismos eran inútiles, puesto que eran incógnitos e incognoscibles; pero ¿su resultado? Su resultado no podía ser inútil. Y ese resultado pudiera ser un único y simple gesto final, una sola palabra. Menos aun: su presencia. Su realidad. ¿Por ventura no fue ése el caso del que fue crucificado? Aunque no hubiese dicho ni una sola palabra en la cruz, su sola presencia pasiva allí condenó a la Sinagoga. Cristo fué la imagen, la imagen única y suficiente; a San Pedro no lo crucificaron (entonces) ni siquiera lo agarraron preso. Dios había decidido condenar la Sinagoga, y así permitió que ella se condenara a sí misma ostensiblemente, haciendo lo que hizo. Dios no condena directamente —excepto a los Santos—, nos condenamos nosotros solos. “*Relator, juez y verdugo*”, dice el verso: los verdaderos condenados se condenan solos...

Se durmió repentinamente, sin transición, simplemente se encontró de nuevo despierto, con sol en el cuarto y bastante mejorado... en un momento cualquiera del curso de estas frases. Nada había soñado, ni se había curado ni se había muerto. Se levantó remoloneando y de mal humor, como siempre. Fue al trabajo...

(Edmundo Florio cree que ésta es la descripción afabulada del estado interno del Cura Loco pocos días antes de su muerte. La encontró entre sus cuadernos con la tinta todavía fresca.)

PARTE TERCERA

FINALE LENTO MAESTOSO

"Más vale bien colgado que mal casado."

SHAKESPEARE.

"La donna, per esser interessante, dev'esser una mica putrida. . ."

"La mujer, para ser interesante, debe estar un poquitín podrida. . ."

EUGENIO D'ORS.

I

EL CAPATAZ DE YACÍ-YATERÉ

Con la muerte del Cura Loco experimentó un gran alivio la situación religiosa de las prósperas y progresistas naciones de la cuenca del Plata. Por lo demás, todo el mundo había dado un gigantesco paso para adelante, febril y oscuro por ahora, pero tremendo; se había entrado realmente en una nueva era.

Los viejos-católicos habían desaparecido del escenario, aunque se sabía ciertamente que había manchas de ellos ocultas por todas partes; pero se sabía también que tendrían que acabar. La gente se había vuelto muy religiosa. Las cuatro grandes fiestas religiosas anuales provocaban entusiasmo delirante en el pueblo, sobre todo cuando Juliano Felsenburgh aparecía de cuerpo entero en la pantalla de la televisión, con su túnica blanca y la corona de San Eduardo en la arrogante cabeza, y dirigía la palabra al mundo entero a la vez. Siempre decía una sola frase, en los seis idiomas principales del mundo; la cual frase, siempre oscura y entrañablemente preñada de sentido, era glosada después largamente por los diarios, bajo la supervisión de los Filósofos Oficiales. Cada frase de este hombre era un HECHO —como comentó el director de *TRIBUNA DE DOCTRINA* con ocasión del anuncio del *Bill* de Reforma Religiosa— y por cierto un hecho monumental. Nunca hombre alguno había hablado como este hombre.

En el primer año del gobierno de Juliano II, Príncipe de la Paz, y de hecho Presidente del Universo —o para ser exactos, Dictador Absoluto Vitalicio de las Tres Américas, Emperador de la Unión Europea, Príncipe Protector de los Estados Siberianos, Emperador de China, Sumo Suníasi de Japón e Islas Oceánicas, Protector del Reino Arabe-Israelí, Tribuno del Pueblo de la Unión Afro-Francesa, Dalai-Lama del Imperio Indo Taionés, etc., etc., etc... — El Capataz de la Estancia Yací-Yateré, a doce leguas de la Ciudad de Corrientes,

escribía a altas horas de la noche templada y clara de junio, sin cuidarse de los agitados sucesos del mundo; una bombita azul de las antiguas iluminaba escasamente su escritorio de pino, el montón de cuartillas a su lado, los libros viejos desparramados en torno. Un termo y un mate con su bombilla estaban a su lado, y a su ~~frente una cajita de plata abierta la tapa y con varias cédulas y~~ chucherías adentro; cuando sonó en la puerta de salida el golpe del mango de un rebenque.

El hombre de cabellos bancos se incorporó, escondió en la faja una pistola de las de principios de siglo, y atravesó el living.

—¿Mábana-ndé? —preguntó al llegar a la puerta.

—Hospitalidad en nombre de Cristo —dijeron.

—¿Quién es? —repitió el capataz.

—No me conoce usted... De parte de la señora Petronila. El capataz recorrió tranquilamente el cerrojo y una bocanada de aire fresco, cargado de los aromas vagos de la selva y el chirriar de los grillos le dio en la cara. Un hombre alto, morochón, cubierto de un poncho negro, le tendió la mano.

—¿Quién es? —dijo el capataz.

—Mi nombre poco importa. Soy yo. ¿No me ve? ¿Tengo facha de ladrón? ¡Paz a esta casa! Necesito hospitalidad correntina por esta noche; correntina o porteña. A la madrugada sigo.

—Pase— dijo sencillamente el otro.

—Permítame un momento; voy a atar al palenque mi montado.

—Allí tiene alfalfa y agua —dijo el capataz—. Lo voy a alumbrar.

Cuando entraron al escritorio, el capataz Roberto Bavio vio un rostro atezado, terriblemente enérgico, casi feroz, surcado de dos enormes cicatrices. El desconocido se quitó el poncho y apareció un desastre de ropa, como si hubiese peleado con todos los gatos del universo; el brazo derecho estaba vendado cerca del sobaco con un trozo de camisa sucia; el chiripá blanco estaba hecho pedazos y manchado de sangre, los calzoncillos desgarrados, y una de las botas de potro abierta. El hombre se dejó caer sobre una silla y dijo:

—¡Caña!

El capataz desapareció en la cocina y volvió con víveres.

—Nunca bebo —dijo—, pero tengo para los amigos. Pasando esa puerta, tiene un cuartito preparado y un baño caliente. Hay un botiquín allí, si Ud. quiere que le vea las heridas... Mejor es que se acueste pronto y no salga al amanecer; pocas horas le

quedan ya, y usted está rendido. ¿De Las Cuchillas viene? He oído el tiroteo por la tarde.

—Nos han derrotado —dijo el otro—. Definitivamente. Voy a ver si puedo pasar al Brasil, *carai*.

—¿Tendría que ser brujo —dijo Edmundo—. ¿Ud. es de la gente de Protasio?

—Soy —dijo el otro. El capataz lo miró fijo. La cara le era familiar vagamente.

—Hace mucho que no tienen nada que hacer, perdone.

—Siempre se puede morir con gloria.

—¿Con gloria? —hizo Roberto Bavio—. Imposible. No hay más gloria. ¿Gloria llama usted a salir en los diarios? Y no saldrá allí si el gobierno no quiere.

—¿Y Ud. para qué vive? ¿Para hacer plata? —un fulgor magnético brillaba en sus grandes ojos negros—. Yo he defendido a mi tierra.

Edmundo reconoció de golpe al negro, viejos clichés de diarios muy borrosos, pero no dijo nada.

—Yo no sé para qué vivo —dijo—. Quizá para escribir esto y después morir.

—Yo *también* lo conozco a Ud. —dijo el negro mirándolo con malicia—. Lo vi una vez. Hace mucho. No se me despinta un hombre que veo. Conozco muchas cosas que hizo usted. Usted es Edmundo Florio, el Inspector de Policía que traicionó...

—Tenía que suceder —rió Mundo—. Pero le ruego que no lo diga a nadie. Aquí soy Roberto Bavio, administrador, mayordomo y factótum de la vieja Doña Petronila Colodrero y Sáenz. ¿Dónde me vio una vez?

—En San Juan. Yo estaba también allí, era guaynito, con Uriarte. Puedo contarle todo de aquella noche, si quiere. Usted también es cristero.

Edmundo sintió un golpe de sangre afluirle a la cara al conjuro del antiguo recuerdo.

—Puede ser. Yo mismo no sé ya lo que soy. Nunca he visto claro en mí.

—Usted es cristero de los peores. Bueno, nojotro hemo acabao. No se puede hacer nada más. ¡No hay patria, amigo! Yo no sé lo que será de mí.

—Ahora lo que será es un buen sueño. Aquí está seguro. Yo escribiré un poco más. ¿Quiere que lo despierte?

—Yo me despierto solo cuando quiero —dijo el negrazo—. Duermo siempre con un ojo abierto. Las heridas no hay que tocarlas. ¿Dónde dijo que era la cama? Gracias.

Al salir el sol Edmundo se despertó de golpe y vio al pie de la cama al gigantesco indio que él sabía fué el guerrillero invencible ~~de Corrientes; erguido, tranquilo, indiferente, vestido con la nueva~~ ropa que él le dejara en el cuarto. Edmundo se vistió y le dijo:

—Voy a ensillar y lo acompaño hasta el portillo del Mbaé, desde allí tiene cancha libre. Después, que Dios lo ayude. Si no puede pasar, aquí puede volver. Aquí puede vivir si quiere, con el peligro, claro, que lo fusilen cualquier día. ¡Oí, che Mamboretá, por favor me ensillás rajando el Escuiro? Rápido, te lo pido por Dios —gritó abriendo la ventana.

—*To yeyapó hekó pe ne rembipotá u pe ybága pe* —gritó una voz alegre afuera.

Conforme a las leyes de la cortesía correntina, Edmundo esperó que el otro comenzara a hablar; y así cabalgaron largo rato en silencio. ¡Éste era el famoso Protasio Berón de Astrada, el táctico genial, el jefe de las Lanzas Negras, que había tenido en jaque a las fuerzas del gobierno central durante 12 años, el verdadero Gobernador de Corrientes, admirado y venerado por el pobrerío como un Dios! De repente, se volvió, y articuló pausadamente, con marcado tonito:

—*¿Guaraní me i ñe'é?* Le tendré que hablar en porteño no más. Bueno, le he dejao de recuerdo al lao su casa, en el montecito de laureles, mi lanza y mis armas. Ñandeyara que le pague todo. Bueno, le viá decir una cosa, usted es mi hermano. Esa mujer... vive.

—¿Cuál?

—Donde usted juró en San Juan...

—¡Dulcinea! ¡No! —Nuestra reina... Yo la he querido —dijo el negro tranquilamente—. Todos la hemos querido.

Edmundo casi se cayó del caballo.

—¿Cómo lo sabe? ¿Y qué es lo que sabe?

—Dichos no más. No la he podido encontrar. Que si la había encontrado, no nos derrotan más.

—Dígame quién se lo dijo y dónde.

—Mi gente lo decía. No podían dar dato nenguno.

—Su hermano el Cura en su lecho de muerte me dijo que era seguro había muerto.

—Así hai de ser no más si él lo dijo. ¿Es cierto que la Federal lo ahorcó y quemaron su cuerpo?

—Murió de un tiro en el pulmón, yo estuve con él. La Policía colgó el cadáver por el pescuezo en la Plaza Ameghino de Marel Plata; durante siete días muchedumbres inmensas fueron a verlo y escupirle. El cadáver no se corrompió; y a los siete días desapareció de golpe a pesar de la guardia, y nunca más se ha sabido...

—Ése era un *cherubichá*, *iponá catú* —dijo el otro—. Más vale así, que no pene más. Le voy a decir una cosa muy grave, para su gobierno: van a matar a todos los que crean en Dios...

—¿Cómo?

—Van a dar una ley... creo que ya la han dao... Claro que se puede creer en el otro Dios, en el Dios dellos, que no es Dios. Pero el que crea en el Dios Jesucristo será preso y juzgado. En el "centro" ya junciona la ley. ¿Usté no sabe nada?

—No leo diarios —dijo Mundo—, ni me importa la ley.

—Yo creo en Dios, porque si no hubía Dios ¿quién hizo el mundo? —dijo solemnemente el indio.

—¡La Evolución! —contestó Mundo riendo; y después de despedirse, volvió grupas a su casa... Los trabajos matinales comenzaban por todos lados; estaban a la vez en la cosecha del girasol y el siembre del algodón. El capataz, mayordomo, administrador de Yací-Yateré se puso al trabajo con su rigidez habitual, silencioso y duro. "Trabajaremos para el gobierno", dijo entre dientes.

El capataz había caído inesperadamente hacía once meses al establecimiento pidiendo un puesto de peón; lo pusieron de tambero en uno de los seis tambos, y a los tres meses era administrador. El personal de treinta peones y seis técnicos se resintió muchísimo del inexplicable nombramiento de Doña Petronila; pero el Don Roberto dominó y ganó rápidamente a la peonada, no sin un duelo a cuchillo con un tape en el fogón, donde concurría cada tarde, en el cual lo cortó tres veces en la cara y después lo desarmó, y le hizo pedir perdón. Todos decían que el que debía ser capataz era Don Policarpo Obregón, que había trabajado treinta años en la estancia y la conocía al dedillo; pero resultó que Don Polí se convirtió en el secuaz más fiel y el admirador más incondicional del "porteño". Prácticamente, el que llevaba la estancia y los gajes más pingües, era Don Polí. El porteño tenía un agujero en la mano,

la plata se le iba como agua, jamás rechazaba un pedido un poco fundado, lo daba todo.

La estancia del Yací-Yateré consistía en una mansión espléndida rodeada de un pequeño parque, de estilo normando, construida el siglo pasado por un arquitecto francés que murió leproso en Itatí: que parecía nueva, estaba tan bien hecha que se conservaba incólume en sus macizos muros y mansardas negras, con todas las comodidades de hace cincuenta años. De vez en cuando, en el verano por lo común, venían a pasar una temporada Doña Petronila y sus tres hijas solteras: una de ellas, viuda sin hijos; para ser exactos, separada del marido. El parque, planeado con senderos circulares y avenidas transversas a lo "*château*" francés, había sido descuidado por economía en los últimos tiempos, había ganado en cierto modo, retornando un poco a la selva virgen; y entre el follaje de los árboles exóticos de toda la gama del verde, e incluso del amarillo, rosa y amaranto, se erguían triunfantes ahora las enormes copas de los lapachos y los ubirapitaes. Inmensas enredaderas tropicales, como mantos suntuosos, se erguían por los troncos. Más allá del parque se extendían 9.000 hectáreas con ganado fino y cultivos de algodón, maní y girasol; hasta el gran bañado del Yací-Yateré, que había empezado a ser trabajado para el arroz... "Para el gobierno", repitió Edmundo. El fisco caía sobre las viejas estancias con una angurria implacable; eliminándolas poco a poco del país. El país había sido "industrializado" a través de los sucesivos "planes quinquenales" y eso era un gran progreso.

El capataz Don Roberto llevaba una vida rara; que era causa de continuos comentarios de los peones, y también de un halo de misterio o leyenda. Durante el día daba ciento y raya a todos en el trabajo, montado en su soberbio potro negro, de patas y cabeza fina, gran alzada y crines sin cortar. El caballo impresionó a la gente de la estancia, cuando el porteño cayó pidiendo conchabo de peón: debía valer un dineral. De noche, el capataz pasaba horas escribiendo cuadernos o leyendo en un gran libro con tapas de trapo negro. Leía y levantaba la cabeza, y como que hablaba solo. El Opa Yamandú, que le cuidaba la casa, contó que en una caja de plata del tamaño de una caja de habanos tenía un pedacito de papel, un anillo enorme y otra joya de oro y un rosario, cosa sospechosa entonces, cuya posesión podía costar cara; pero que jamás rezaba. Un día el Opa dijo:

—Habla de noche con una *kuñataí* que se le murió.

—¿Qué sabís vos, ñembotapikué ooh?

—Yo sabo —babeó el otro—. Lo vide.

Su valentía era legendaria; le tenían un poco de temor. Contaban que una vez luchó con un puma, que le saltó de encima un árbol, y que lo estranguló mano a mano (lo cual es imposible), de lo que ~~tenía esa enorme cicatriz en la mejilla derecha. En vano Don~~ Roberto aseveraba que luchó con el león, pero a cuchillo y después de haberlo herido de un tiro de escopeta; los peones querían embellecer a su ídolo, cada dicho o anécdota del capataz era poetizada por la sencilla fantasía campirina.

Pero lo que era cierto era lo del toro; entonces fue cuando se ganó la autoridad incondicional sobre todos esos hombres callados, duros y mañeros. Un toro se enloqueció, acometió a Don Polí, lo volteó con caballo y todo y lo iba a matar porque Don Polí quedó "privado"; Don Roberto acudió corriendo a pie, se puso delante, le echó el poncho a la cabeza, se agarró de una guampa, y empezó a castigar con el mango del rebenque, rompiéndole las costillas y destrozándole la panza. Dos veces fué arrojado al aire, cayó de pie, y volvió a aferrarse. Los peones habían acudido de todas partes, hacían un cerco alrededor y guardaban silencio: uno de ellos tenía un Remington, pero no tiraba. Era uno de esos cimarrones del monte, el toro, flacón, petizo y de grandes astas, restos de la hacienda criolla que se había abandonado, y merodeaba en el monte y el bañado; Don Polí con dos peones lo había querido traer a lazo. Después de una lucha que duró como una hora, y pareció años, Don Roberto dominó a la bestia; el toro se rindió y retrocedió mugiendo. Entonces un griterío inmenso se levantó del círculo. (¡Uá, carái, cherubichá, iponá, ñorairobo!) y el domador Sandalio Yara levantó el Remington y mató de un tiro a la bestia. Don Roberto se dejó caer al suelo, agotado.

Desde el día de la llegada de Protasio, del cual nunca se volvió a saber, la vida de Don Roberto cambió, no escribía de noche, empezó a descuidar el trabajo, y a hacer viajes misteriosos a Corrientes, Goya y Bella Vista. Vino a la estancia inesperadamente la dueña con los tres esperpentos y se encontró con los canteros de malvón y espuela de caballero que rodeaban la casa todo descuidados y pisoteados; conque se agarró una rabieta. Pero el capataz miraba fijo y se callaba hurañamente. Se le *sulevó* un grupo de peones porque metió adentro a un peoncito salteño que no servía para nada y era un incordio; una vez que el capataz desapareció por siete días, un peón correntino

apaleó al salteño, se confabuló con otros descontentos, y se dispusieron a sentarse en la retranca.

Cuando volvió, fue una sorpresa colosal; todos creían que iba a echar mano a las armas; y en caso de dominar, iba a echar a todos los revoltosos; y Don Roberto los venció, inesperadamente, con la paciencia. Parlamentó con ellos largas horas, irónico y cortante y humoroso a la vez, y los redujo; pero tuvo que prometer echar al salteño; lo cual por otro lado era inevitable. El salteño se había presentado alegando que era domador; y la Alazana, que era mansa aunque un poco espantadiza, lo había volteado dos veces, y la segunda vez el Opa no se atrevía a agarrarla, dijo que la yegua lo quería morder; y estaba allí a tres pasos muy tranquila mordisqueando un cardo con las riendas caídas; de lo que rieron no poco los tapes. Después lo pusieron en el tambo, y era un vivo incordio: no sabía nada y estorbaba como tres.

Cuando llegó el momento de echarlo, al Opa lo picó una yará; en el medio del camino y con botas, si sería infeliz.

Porque el suero antiofídico obró, o porque la víbora estaba "comida" de poco antes (y portanto vacías las glándulas de veneno), el Opa no murió. Se hinchó y se puso todo negro, y se le hizo un buraco cerca de la rodilla; pero empezó a sanar en poco tiempo. "Nde y arüf oi me hasy", decían los peones riendo, "la vieja está enferma"; pero no lo aborrecían más, porque a todo picado de víbora que sana, es que Ñandeyara lo quiere. Estaba allí en su camastro sucio, envuelto en un poncho colorado, cantando gatos todo el día:

*Me gusta mirar el cielo
cuando está lleno de estrellas,
porque siempre bicho unita
que me mira igual que ella...*

El capataz estaba allí un día poniéndole el termómetro y pasándole de beber, cuando le llamó de golpe la atención la jarrita en que el cuitadillo tenía la leche. Aunque roñosa y desportillada era de plata maciza. Edmundo vio grabadas en la boca las iniciales E.M.T.U. con la dirección Cerrito 75 P.B. Un golpe de sangre le subió a la cara cuando recordó claramente esa dirección inolvidable de "la que fue Buenos Aires".

—¿Qué es ésto? ¿De quién es esta jarra? —preguntó al enfermo.

—Es mía —dijo el otro sin mirarlo.

—¿De dónde la has sacado?

—Mi familia —dijo.

—No es verdad. A vos te tenían los muchachos por medio apegao a la uña. Esto viene de Buenos Aires. Esta dirección, yo la conozco. ¿Cómo has conseguido esto? Hablá.

~~El peón se cerró en un silencio cabezudo.~~ Edmundo pasó el día muy excitado y probablemente la noche; un peón que se levantó de madrugada vio luz en su ventana. Al día siguiente se presentó muy temprano en la casita del salteño. En su cara se leía una decisión tremenda. El mango de su pistola atómica asomaba del bolsillo posterior de la bombacha. El salteño se asustó:

—No me eche, patroncito. Yo soy un énfelí. ¿Qué querés usté que yo haga?

—Necesito saber la procedencia de esa jarrita de plata... Después hablaremos de lo demás.

—Y... mi madre... que fué boliviana...

—Es falso. Mirá, mentiroso —dijo moviendo el rebenque—, no te voy a tocar; pero te voy a encerrar con llave aquí y te voy a quitar el agua y la leche hasta que la sé te haga bramar. Entonces, hablarás. Necesito que hables, ¿entiendes? —y tranquilamente derramó la leche y el agua en el fogón e hizo para salir.

El otro se puso a llorar lamentablemente y confesó; había robado eso y otras cosas a su patrona de Salta. ¿Quién era? La señora Elsa. ¿Qué más? Elsa Michel Torino de Usandivara, calle Abrán Líncon, N° 386. ¿Esa señora había vivido en Buenos Aires? Sí, tenía una casa allá. ¿Dónde estaba ahora? No sé, supongo pa Saltamanta, po.

—Tengo que encontrarla a toda costa —dijo el capataz—. Mirá, si me sale bien, te voy a dejar acá a pesar de que sos un inservible, de jardinero, de mandadero... o de cazador de víboras.

Al otro día Mundo mandó una carta aérea, y esperó tres días, moviéndose y trabajando como un bárbaro con una nerviosidad increíble. Después envió otra larguísima epístola certificada, y mandó decir a Doña Petronila a Corrientes que necesitaba quince días de permiso para ir a Salta, "para un asunto de vida o muerte", y se encerró en la mayordomía, dejando la dirección de todo a Don Polí. Al fin le llegó un telegrama de Salta que decía: "No sé nada. Si tiene la caja de la caza del jabalí, venga; si no la tiene, es inútil que viaje."

Edmundo partió al día siguiente en el avión para Resistencia, Tucumán, Salta. Cosidos al cuero llevaba sus pocos trúmanes oro y en la maleta solamente el libro forrado de trapo negro, los Evangelios protestantes traducidos al español del tío Battista.

II

SALTA

La señora Elsa Michel Torino de Usandivaras estaba ausente, en su casa de campo de Cachi. Solamente a caballo o en mula, a través de los Valles Calchaquíes, se podía llegar allá: el río Santa María (o sea el Salado del Norte o Juramento) estaba desbordado. Aun así era peligroso, los cristeros habían hecho saltar con dinamita un trozo del camino de la Cuesta, y había sobre el abismo un puente de emergencia fragilísimo. Edmundo, lleno de impaciencia, encargó al Mambó, que había llevado consigo, la preparación de la excursión; el cual alquiló ocho caballos "de sierra" y un baquiano del Matadero llamado Ramón Estrada.

Edmundo empezó a vagar sin rumbo por la vieja ciudad de Hernando de Lerma. Entró en la vieja catedral medio derruida, de donde había sido robada (¿o rescatada por los cristeros?) la imagen del Señor de los Milagros, convertida ahora en Museo Nacional Anticristero; visitó el inmenso Mercado Central en Construcción, la Casa de las Tres Américas, el Cinemascope-Monumental y varias casas antiguas coloniales, escapadas por milagro al febril progreso y a las construcciones enormes monolíticas que siguieron al aterrador terremoto de 1977.

Entró en la Nueva Curia suntuosa, de estilo colonial, donde moraba el nuevo Obispo Neocatólico, nombrado por el Virrey de Marel Plata con anuencia de arriba: estaba llena de eclesiásticos vestidos de ligeros hábitos de seda azulmarino, que lo trataron con cortesía, y le dieron los informes topográficos que pidió. El otro Obispo había huido y no se sabía nada de él; se lo hacía en España. Se sabía que había un Inspector Viejo-católico, un tal Ramón Jorge, que vivía oculto en los alrededores, en San Lorenzo, Chicoana o Cafayate; al cual se toleraba, a causa de la resistencia enconada de la población. Mas los "cristeros", que aún persistían en grupos armados por las montañas, estaban siendo exterminados sin misericordia por las

tropas nacionales, y ya no constituían gran peligro. Eran bandoleros más que todo.

Salieron a la tarde siguiente por la ruta del Sudoeste que bordea los mataderos hacia Cafayate, bordeada de altos plátanos y acacias, salpicada de ranchitos de donde partían los chillones sonos de la televisión, cubierta de un cielo de raso azul caluroso, con nubarrones de mármol; la tropilla por delante, a ese paso trote que llaman allí "de andar", a que Edmundo no estaba acostumbrado; creían llegar al caer la noche a Cerrillos, pero llegaron a medianoche, y en el hotel no les quisieron abrir; dijeron que estaba lleno. Durmieron en unos bancos cerca de un caserón antiguo que parecía estar habitado únicamente por perros insomnes y malhumorados. Al día siguiente, en la mitad de la etapa, llovió. Al tercer día, antes de llegar a Alemania, después de La Viña, Edmundo hizo un brote de fiebre altísima, que no se podía tener a caballo, ni de pie tan siquiera. El baquiano Estrada se alarmó:

—¡Grano malo! —dijo—. No vaya a ser... Grano malo...

—¿Grano malo? No hay más grano malo. Eso stá liminao. Son campos limpios —objetó Mamboretá el correntino.

—Hay una pidemia enorme de grano malo que no se sabe de dónde hai haber salío —dijo el otro—, que es un castigo e'Dios.

Lo llevaron bajo un cedro vastísimo, que debía de tener siglos de vida, para dentro el campo, cerca de un ranchito; y poniéndolo sobre los ponchos y un recado, no sabían qué hacer, fuera de darle agua y oírlo delirar. Estrada se puso a buscar un yuyo que le llaman carqueja, cuando vió venir por el camino un hombrecillo a caballo severamente vestido de negro sucio, acompañado de un muchachón en mula, con alforjas y una valija.

—¿Qué hay?

—Enfermo —dijo el baquiano—. Grano malo parece.

—Levanten y traigan pa las casas.

—Yo también me llamo Ramón —le dijo el hombrecito arrugado mientras instalaban al doliente en una cama—. Te conocí en lo de Luis Patrón, a vos, Estrada.

—¿Usté vive aquí?

—Vivo aquí, con éste —dijo designando al muchachote cara de opa—. Pero ando viajando siempre,

—¿Arriero?

—Algo así como arriero —dijo el otro sonriendo—. Sosténgame esto —dijo, abriendo su valijita. Sacó de una caja una jeringa de

inyectar y observó largamente al enfermo. Eligió con mucha cuidado una ampolleta.

—¿Carbunclo? —preguntó Edmundo. El otro no contestó. Con dedos rápidos y meticulosos, le dio una inyección en la vena del brazo.

~~—Listo —dijo—, mañana está bien, Suerte que me encontraron a mí.~~

—¿Es dotor? —preguntó Mambó.

—Algo así como doctor. Mi padre fué doctor. A la noche le dieron otra inyección y una gran cantidad de leche con aguardiente. Al día siguiente se despertó sin fiebre, aunque postrado. Preguntó al mediquillo:

—¿Conoce a Doña Elsa Usandivaras?

—¿Y cómo no la voy a conocer? —respondió riendo el hombrecillo arrugado—. Faltaría más que no la conozca... ¿Anda perseguido usted? —añadió.

—Algo así como perseguido —sonrió Edmundo.

—Le he visto ese rosario que lleva colgado al pecho. De mí no tema. Yo soy Ramón Jorge, el Inspector.

Edmundo se animó de golpe y se incorporó.

—Yo ando buscando —dijo— a esa mujer que llaman Dulcinea.

—Esa murió en la quema de Buenos Aires —dijo el otro—. Me vinieron despachos del Concilio de Olavarría, del hermano della. También murió. Chávez lo sucedió.

—Yo estuve allí —dijo Edmundo—, estuve con el hermano, lo ví morir. Pero ella no tiene que haber muerto.

—No sé. El Inspector anterior a mí murió también allí, cosido a balas. Me nombraron a mí.

—Yo estuve con él —dijo Edmundo—. Era un *cherubichá*. No me puedo olvidar. Esta tarde misma salgo —añadió volublemente—, más que me sienta pesao. Tengo que andar presto.

—Mejor que se quede un día más —dijo el otro—. Acuéstese no más ahora si sale, se lleva estas inyecciones con la jeringa. Hay que andar con esto. Hay peste.

—¿Cómo van las cosas? —preguntó fatigosamente el enfermo.

—Para nosotros, mal. O quizá muy bien, según como se mire. Han ejecutado públicamente en la plaza de la Capital del Virreinato a doce de los nuestros, convictos de creer en Dios; los han colgado de los árboles. Han ejecutado a muchos con gases, pero allí han querido

hacer un escarmiento público. Entre ellos había dos protestantes y un judío. Tengo la lista. Eligieron a los jefes, a gente conocida.

—Léame —dijo Edmundo, asaltado de una idea súbita.

El último de la lista era Samuel Mandel.

—¡Pobre viejo Samuel! Lo conocí... —gimió el policía.

—Mejor para él —dijo el Obispo—. Morir tenemos que morir todos.

En Salta todavía no han empezado con la Ley de Represión e Higiene Mental; pero en Güemes la policía ha matado a tiros a dos familias enteras de los nuestros. ¿Qué mucho que los nuestros huyan a la montaña y vivan como puedan, defendiéndose a balazos? Le voy a dar un salvoconducto firmado por mí, por si topan alguna partida. Pero eso no puede durar —pensó meditabundo— no puede durar. La presión es demasiada. "*Morituri te salutant*" —dijo—. Bueno, le voy a dar algo de comer, espere un momento.

A la tarde Edmundo se empeñó en montar y montó. Llegaron a Alemania por la noche, después de vadear el Santa María que venía "crecío" y en el hotel encontraron dos federales, que resultaron inofensivos, aunque uno de ellos manoseó mucho la cajita de plata que Edmundo había ensuciado lo más posible, y llevaba en el arzón, llena de tabaco. Edmundo ni respiraba; pero los tres tenían los papeles en orden. Con otra estaban en Cafayate; y después, durmiendo poco y comiendo mal, agarraron el camino de las sierras.

Esos siete días de andar sin tregua al trotecito cansador de los matungos por sendas polvorosas y solitarias, caminos de cornisa, lomas peladas o erizadas de cardones, picos imponentes, altos barrancos de greda o piedra rosa, los pasó Edmundo como un sonámbulo, con el cuerpo brumado y la cabeza como ennieblecida: San Carlos, Payogastilla, Molinos, Seclantás... El día aniversario del Paso de los Andes estaban en los picachos entre Molinos y Payogasta, a dos mil metros, en una sendita de cabras, que los caballos descendían bufando y a espuela. "Así es lo que hizo San Martín —comentó Mundo—, pero en él ¡vaya una gracia! Esto es más difícil." Antes de llegar a Molinos se encontraron a la vera del camino con una casa donde había una multitud celebrando el Carnaval calchaquí. Ramón Estrada quiso a toda fuerza entrar; y Edmundo estaba convencido que no convenía ponerse fuerte con Ramón Estrada. Transigió. Además, andaba con "puna".

El espectáculo de aquella fiesta lo ensombreció. Una multitud promiscua de tapes, casi todos indios o mestizos, bailaba, gritaba,

bebía, se arrojaba harina, o entonaba endechas melancólicas entreverándose en un hervidero inquieto en todos los cuartos de la casona, y en los patios iluminados con fogatas. Bailaban no por placer ni con alegría, sino como una especie de trabajo obligatorio, pesadamente, todos amontonados, a compás de ~~lamentables tangos lentos proferidos interminablemente~~ por un fonógrafo sordo. Todos estaban borrachos, tomaban alcohol de botica y aun aguardiente de quemar, a falta de cerveza; la borrachera no era un placer, sino el rito previo obligatorio del aquellarre. Lamentables viejos, mozos de cara bestial, muchachas descuajeringadas y procaces cantaban coplas a cual más tristes o contaban interminablemente sin que nadie los escuchara las miserias de su vida o las ofensas que le había hecho el vecino el año pasado. . .

Ay mi Dios, qué solito estoy...

Ay mi Dos, qué solito estoy...

Ay mi Dios, qué solito estoy...

Ibocha amangasta goy... goy...

interrumpiendo la melopea con tragos apresurados o largas frases en quichua. Era la reunión tribal de otros tiempos, la reunión que ninguna prohibición, persecución o castigo había podido ni podría suprimir, la siniestra fiesta del demonio, la ansiedad de juntarse, comunicarse y "emocionarse" vuelta una necesidad física como la sed, en esta raza degenerada, que vivía, solitaria en desparramo eremítico todo el año. Piara de cerdos —pensó Edmundo—; pero cerdos con un demonio adentro "como los 5.000 cerdos de Gerasa", que decía el tío Battista —pensó—. Esto es demoníaco.

—Sin embargo, no había que haberlos dejado degenerar —dijo en voz alta a su compañero Mamboretá. Era una buena raza. Eran enjutos y bien hechos, mire nuestro Ramón Estrada. ¿Dónde está, a todo esto?

El salteño había desaparecido.

En ese momento, del salón de baile vino disparado un gran paquete encendido de cohetes que les lanzó uno de adentro. Hacía rato que los carnavalesos borrachos lanzaban miradas hostiles a los dos extranjeros que, parados a la puerta con las riendas en la mano, se entrometían atrevidamente en la religión de su siniestro jolgorio. El estruendo de los cohetes les espantó los caballos, y uno de ellos, el moro de Estrada, rompió el cabestro y salió como un diablo a campo

traviesa, perdiéndose en la noche. "¡Maldición!" —gritó Edmundo. De adentro, un hombrachón le hizo un breve ademán de amenaza, que se fueran de allí, vamos.

Tuvieron que dormir al raso esa noche, esperando a Estrada. A la madrugada siguiente apareció Estrada con su moro, borracho como una cuba. ~~Edmundo renegó grande, pero no había nada que~~ hacer. El salteño no podía caminar; y en la silla se tambaleaba como un péndulo de lado a lado, perro caerse no había peligro. Cantaba bajito y escupía de tanto en tanto.

Nunca más olvidó Edmundo la hazaña que hizo el borracho en esa mañana; porque estaba borracho, que de no, no lo hacía, una temeridad increíble. Los caballos de tiro que iban arreados delante de Edmundo y detrás de Estrada, en fila por una senda de cornisa bordeada por un precipicio, se embolsaron en un *cul-de-sac* que seguía derecho y terminaba en el precipicio, en vez de seguir la sendita pedregosa que allí doblaba; y no había manera de sacarlos de allí ni a gritos ni de ningún modo, no retrocedían sino que se arremolinaban cada vez más asustados frente al abismo. Había que poder volar para ir a arrearlos desde el frente. De repente, Mundo y Mambó vieron una cosa como para no creer a los propios ojos: Ramón Estrada había vuelto grupas y venía caminando, caminando despacito por la ladera del abismo, pegado el caballo a la enhiesta pared como una araña, hundiendo las patas en línea recta en la pared gredosa, para enfrentar a las yeguas y sacarlas de la bolsa. Era como ver un caballo caminando por el frente de una casa, un frente un poco inclinado. "¡Tupá Guazú, oré pysyró güeí!" —gritó el correntino pidiendo auxilio al cielo, y Edmundo dijo: "Está muerto", creyendo ver a cada segundo el resbalón fatal y el derrumbe estruendoso. Pero el morito de Estrada, flacón y nervioso, iba tanteando, tanteando cautamente el suelo escaso, como equilibrista de circo sobre una cuerda; hasta que apareció en frente de las yeguas asustadas el medio cuerpo del hombre y la cabeza del caballo, que las hicieron retroceder, desandar lo andado y salir del callejón ciego, tomando el codo de la senda.

—¡Misericordia! ¿Estrada, qué has hecho? —clamó el correntino; y Edmundo rompió a reír histéricamente. El borracho subió muy tranquilo al camino, les hizo una mueca de entendimiento, y tomó de nuevo la cabeza de la caravana.

—Ése de no estar borracho no hace eso —dijo Edmundo, con continuos accesos de risa histérica—. Si fuera capaz de hacerlo en

un circo, podría ganar un dineral... —Se reía a carcajadas de puro nervioso; creía ver un fantasma, un resucitado.

—Mañana cuando le contemos no lo creerá ni él mismo —dijo Mamboretá.

—El caballo lo hizo —concluyó Mundo— pero es un caballo ~~demasiado obediente.~~

A la noche, cuando pararon cerca de Payogasta a comer sus habas con charqui, el salteño escuchó complacido el relato de su hazaña de funámbulo y somnámbulo.

Habían topado dos partidas de cristeros a caballo, que los observaron atentamente desde un filo de loma, bajas las armas; pero no había pasado nada, Edmundo había hecho el signo de la cruz en el aire. Mambó había metido su yegua en una "ciénega" cerca de un riacho, que había empezado a tragarlo; de loco, por no hacer caso, por querer forzar al montado, el cual resistía con mucha razón; también demasiado obediente. Los tuvieron que sacar a lazo.

Estaban a una jornada de Cachi, a 1.800 metros de altura, con un vientito frío que los aterecía y sospechas de apunamiento. Se envolvieron en los ponchos y trataron de dormir; no era seguro pernoctar bajo techo: el que denunciaba a un cristero tenía una recompensa en plata.

Al día siguiente al anochecer, después de una etapa descansada, llegaron a la aldea de Cachi, levantada sobre una loma contra el cielo inflamado del poniente, cobijada por todas partes bajo enormes copas de cebiles, aguaribays y cedros. Casi se echó a perder todo al final, porque el Comisario, y un agente, que era también carnicero del pueblo, los llevaron al Juzgado y los interrogaron interminablemente. Cuando Edmundo vio que el "motivo" de su viaje a Cachi no se hacía claro por más vueltas que le daba, y se estaba haciendo un lío, tuvo una inspiración súbita, y sacando del bolsillo dos trúmanes oro, los puso sin decir ni mu sobre la mesa. El Comisario mismo los acompañó al hotel.

III

LA DIRECCIÓN

Por primera vez en el viaje, Edmundo durmió bien, nueve horas, en una cama cómoda; y se despertó al amanecer, y salió a la plaza, fresco y fuerte, si no alegre. El sol apuntaba tras los picos de la Precordillera, y la aldeíta de Cachi, que no debía haber cambiado nada en 50 años, parecía en la delicada luz auroral una bandada de palomas asentada sobre una roca; y en la paz casi mortecina del ambiente, la corriente de la vida rosa, verde y oro se despertaba perezosamente. Por la plaza del pueblo circulaban en burritos dos aguateros y un lechero, jugaba un corro de chiquillos morenos y el único vigilante del pueblo abría su carnicería. El dueño del hotel, un apuesto joven llamado Hurtado de Mendoza, le preguntó si había pasado bien la noche y le dio las señas de la casa de Doña Elsa, con un guiño de ojos.

Edmundo despidió a Ramón Estrada, que se presentó con un gigantesco mate, después de pagarlo con largueza, con cinco caballos para Salta: él ya sabía el camino, y cuanto menos testigos mejor. Y con Mamboretá, que hacía horas estaba en el corral bañando los animales, tomó sin más demora el sendero que conducía a la casa tan anhelada. Sentía una especie de frío suave por los huesos.

La casita estaba a media legua del pueblo y levantada sobre él, recostada en una ladera, con un galpón cuyo techo relumbraba al sol y casi escondida en un monte bajo de palo borracho y cebiles. Era una vieja casita colonial, pintada recientemente de rosa pálido, con techos de teja musgosos a dos aguas. Un gigantesco jacarandá hacía de marquesina cerca del portal de entrada, cubierto de flores que ya se amustiaban bajo el rigor del verano, y una alfombra violeta de pétalos al pie. Pero una cuadra antes de llegar a ella hubieron de detenerse: pisaron un alambre o cordel y sonó un cencerrito; y como un muñeco de resorte fué lanzado de una mata alta un mozo espigado y atlético, de pelo color pajizo, vestido de

mayordomo salteño (bombacha y botas amarillas, chaquetilla corta con botones de nácar, boina y poncho colorado plegado al hombro) con un gran rifle en la mano. —"¿Qué buscan?" —preguntó.

—A la señora Elsa Usandivaras. Asunto urgente.

—¿Quiénes son?

—Me llamo Roberto Bavio. Mi nombre no le dirá nada. Pero...

Edmundo recordó de golpe, y sacó del bolsillo el papel que le diera el Inspector Jorge, donde había estas simples palabras: "Vengo pronto."

El muchacho se sacó la boina, y dijo:

—Pasen. Usted es Edmundo Florio, el Policía "traidor". Mi madre lo conoce, y lo esperaba. Recibió su carta.

Sortearon otros dos alambres de alarma, abrió el dueño el portal con una llave enorme y entraron a una salita inundada de sol y muy llena de chucherías, donde otro muchacho parecidísimo al primero, dos chinitas petizas y una nena de unos tres años, negra como el carbón y casi del todo desnuda, rodeaban a una señora esbelta y hermosa, de cabellos enteramente blancos, que se adelantó con señorío. Edmundo saludó con la cruz en el aire. —"Bienvenidos a esta casa, Dios sea con nosotros" —dijo extendiendo una mano larga, cuajada de anillos, la dama.

—Ud., señora, fue la que alojó en "la que fue Buenos Aires" a...

—Después de comer hablaremos —lo atajó ella, mirando a las indiecitas que miraban con fijeza y embobadas a los dos mozos extranjeros— sentémonos un rato. Están cansados. El camino hasta aquí... —y con un gesto despidió a las sirvientitas.

Empezó a pedir "noticias de la situación" y a darlas. En aquellos tiempos, en que los diarios eran una mentira viva, el intercambio de información cierta era prelude obligado de toda conversación. Los cristeros de aquí estaban perdidos; en su desesperación se habían lanzado al bandolerismo y a las represalias atroces. La ley de Represión e Higiene Mental se estaba urgiendo en todo el país. Verdad es que no se obedecía en Corrientes, en San Juan y la Gobernación del Sur, y se resistía en Salta; pero las sublevaciones parciales eran dominadas con mano de hierro, y la presión aumentaba hasta lo intolerable. "Mi marido murió mártir —dijo la señora sencillamente— y desde que murió, nos protege." Se sentaron a la mesa con los dos hijos ceñudos, y una hija muchachita que entró vestida de percal rojo, gordita, muy rubia y con una carita

redonda, dormida. "Ocho hijos y dos muertos" —dijo la dueña de casa— y empezó a recordarlos uno a uno, sus oficios, sus peripecias, y los nietos." Miguel, el mayor, está allá, en Santo Tomé, quizá algún día usted lo llegue a ver..." Las sirvientas entraban y salían con los platos, y la señora cortaba la conversación mientras servían. El Papa ~~Cecilio Primero había muerto y el colegio de Cardenales, reunido en~~ Roma, había elegido Pontífice Máximo a Juliano Felsenburgh, que ahora reunía en sus manos todos los poderes...

—¿Hay cardenales? —preguntó Edmundo.

—Falsos —dijo ella—. Nosotros tenemos Patriarcas e Inspectores. *Nosotros* hemos elegido Papa a Juan XXIV. Vive oculto, allá en el Oriente. Es de raza judía. Tengo su biografía... —y calló, porque una de las huaynas entró con una gran bandeja y pocillos.

Mamboretá estaba calladilo, con los ojos muy abiertos, rígido en su silla, embutido en sus ropas domingueras de rural correntino, las greñas paradas para todos lados por la enjabonadura que se había dado en el hotel. Un mundo nuevo se le revelaba, un mundo de asombro.

—Tupá Guazú tiene todavía gente, carái —exclamó de golpe— y morir a nojotro no no asusta. Pero, añangbuy, dende que juyó Protasio, nadita podemos, carái guazú —y todos sonrieron—. ¡Ñandeyara mío! —añadió con fuerza— ¡Virgen de Itatí!

Después de la comida siguió el mate, y la conferencia religiosa prosiguió con intervalos. Cundían por todas partes las estatuas de las cuatro solemnidades principales, el Amor, la Fecundidad, la Paternidad, y el Espíritu Civil, que eran simplemente los antiguos dioses paganos, Venus, Juno, Júpiter... pero en todos los nuevos templos, y en las plazas de las ciudades, se erguía sobre todas la estatua movable del Príncipe de la Paz, Salvador de la Humanidad e Hijo del Hombre, Juliano II. Los "jefes de grupo" eran ejecutados de inmediato apenas tomados; —o enviados a Tierral Fuego—; y muchos de ellos renegaban de la fe, ante el espanto de las torturas, adoptando la divisa: la vincha verde o la muñequera con el número 666. Las cuatro grandes fiestas del Neocatolicismo habían sido pronunciadas obligatorias para todos; y el faltar a ellas traía molestias y sanciones. Los que caían en manos de la Federal, no se sabía más lo que podía pasarles: no había recurso alguno. Muchos desaparecían para siempre.

—¿Usted qué opina de todo esto? —preguntó ansiosa la señora.

—Yo, señora, no sabría qué decirle. De religión no sé nada— articuló embarazosamente Edmundo. Ella hizo un mohín lleno de gracia, un poco burlón.

Edmundo pensó que él, cuando estaba solo, no era cristero, y los cristeros le daban repulsión y lástima; pero cuando se encontraba con ellos, hablaba como uno de ellos.

El tono de la conversación se hacía angustioso. Todo era noticias de calamidades y dificultades. Los fenómenos "atómicos" estaban a la orden del día, y sin duda había más desastres meteorológicos de los que tenían que dejar traslucir implícitamente los diarios: recientemente un maremoto imponente había cubierto completamente y se había tragado las islas Hawaii; *recientemente* se supo. ¡Quién sabe cuándo!

La tarde caía y una gran tranquilidad sobre la montaña de Cachi y los bosques vallistos —un mundo de avejillas de todas clases aleteaba y trinaba entre las ramas— cuando la señora, ante la impaciencia creciente de Edmundo, se decidió hablar de Dulcinea haciendo un gesto seco con la derecha:

—¿Trajo la caja?

—Aquí está —dijo Edmundo.

—La dirección de Dulcinea cuando se mudó de mi casa, debe de estar allí —pronunció— si es que está en alguna parte...

Y sin dejarlo salir de la sorpresa, continuó.

—Sí, yo la alojé en mi casa durante dos meses. Yo fui la primera que creyó el anuncio que ella hizo de la próxima destrucción de Buenos Aires; pero ella se portaba como si no creyera. Resistió obstinadamente a los dos "chasques" que su hermano le mandó para que la llevaran a Marel Plata: decía que tenía tiempo. Cuando me despedí de ella —todavía la estoy viendo— me dijo que se mudaría de casa, pero no iría a la Capital.

Edmundo escuchaba absorto.

—Era hermosísima ¿verdad?

—El cuerpo —dijo doña Elsa—. La cara la tenía desfigurada y se cortaba siempre el pelo al rape. Cuando la dejé, estaba preparándose un disfraz, llenando un saco de mano, y quemando una enormidad de papeles. La india Chuna, su mucama, rezongaba continuamente y no quería moverse de Buenos Aires; andaba medio enferma.

—¿Y Dulcinea? —Dulcinea estaba seriamente enferma —dijo la señora— ¡me dio una pena, dejarla! No podía mover las piernas.

Pero ¡ella me aseguró tanto! Dijo que su misión había terminado y había tomado una decisión definitiva. Ahí en esa caja debe estar... la decisión definitiva.

—¡Aquí no había nada! ¿Cómo lo sabe usted?

—Me dijo que allí en esa caja le iba a enviar a su hermano su nueva dirección. Nunca quedaba tres meses seguidos en una misma casa.

—Su hermano no sabía nada y la daba por muerta.

—Esa caja debe de tener doble fondo.

—¿Y cómo el Cura no lo conocía entonces?

—No sé —dijo la señora—. No lo entiendo. No sé lo que pasó después. Yo me vine aquí, y la noticia de la quema de Buenos Aires...

Edmundo examinaba el cofrecito por todos lados buscando un resorte secreto. El cofre estaba todo cincelado con una escena de la caza del jabalí en el siglo XVII: un rudo montero de gregüescos, peto y mangas acuchilladas metía con las dos manos un asta en la boca de un jabalí gigante al lado del cual ladraba un mastín; y todo alrededor había hojarascas estilizadas en guirnaldas simétricas. Las paredes laterales estaban finamente adornadas con perros, volutas y flores, y en el fondo había un venado huyendo en el medio, dos galgos abajo, y todo alrededor volutas vegetales, todo en negro sobre blanco y en bajo relieve. Edmundo sacó su cuchillo y empezó a meter la punta en todas las ranuras. —"¡Podemos andar un año así, si no sabemos el secreto!" —dijo.

—Pásemelo por favor —dijo la señora, sacándose un agujón del cabello. Los tres jóvenes se inclinaban con curiosidad sobre las febriles maniobras y sobre la cajita.

Edmundo salió un momento y volvió con un saquito de cuero lleno de instrumentos de acero. Golpeó toda la caja con un martillito, sin notar oquedad alguna; y entonces, con un gesto brusco, sacó una pequeña sierra circular y la montó sobre el borde de la mesa. "Vóltéeme esta manija —dijo a uno de los mozos—. Voy a deshacer el cofre."

Con un formón hizo saltar la tapa, y la aserró primero al sesgo y después en cruz por el lado más ancho, que tenía unas lo pulgadas; y después con el formón la partió en cuatro. Nada. Una finísima nube de polvo metálico se alzaba del aparatito, al cual Mamboretá echaba gotas de agua. Después partió uno de los lados anchos sin resultado: todo era metal macizo. Pero al acometer el lado corto, a

los pocos centímetros la vista descubrió una ranura muy fina, un vacío del grueso de un cartón mediano.

—Aquí está —gritaron.

Desprendida con el formón esa pared, Edmundo comenzó a aserrar de plano, como se abre un *sandwich*; y de la pequeñísima oquedad, que tenía el tamaño de una tarjeta de visita, se desprendió al fin una hojita plegada en cuatro del regio papel de seda japonés que usaba la Reina en sus comunicaciones.

La cartita decía, en la escritura pequeñísima de la joven princesa de los cristeros:

“Hermano y padre mío: Me voy a recluir al Convento de las Carmelitas de Itatí, cerca de Corrientes...”

Edmundo dejó caer los brazos y exclamó gimiendo: —¡En Itatí! ¡A pocas leguas de mi estancia! ¡Todo este tiempo!

La señora le arrebató la cédula de las manos y leyó en voz alta:

“En Corrientes no hay todavía persecución religiosa. Yo he terminado mi misión, y me queda poco tiempo de vida, si esto es vida. Tú no has terminado aún la tuya. Te doy gracias en nombre de Dios. Has sido todo para mí. Me salvaste, me protegiste y me enseñaste todo. Hemos de hacer los dos el sacrificio de Abraham; no te veré más en esta vida. Te pido perdón por mi debilidad, mi torpeza y mis continuas fallas. Cuida de mi hermanito Edmundo. Hasta vernos pronto en el paraíso. Tu

Gracia V. de Z. Namuncurá.”

Un silencio reinó en la salita. La niñita negra lo rompió entrando muy vestidita, tirando de un piolín con un carrito, y chillando: “¡Madrina!” —Edmundo se sacudió y tomó del brazo a su compañero:

—¿Adónde va?

—Me vuelvo —dijo—. Muchas gracias a todos. Ya tengo lo que vine a buscar aquí...

—¿Va a viajar de noche?

—De noche y de día.

—No —dijo doña Elsa—. Usted duerme esta noche aquí. Haga honor a nuestra hospitalidad. Dormirá en el galpón, no importa. Si viaja de noche y de día llegará mucho más tarde que si viaja de día solo. De noche lo van a balear las partidas, las de los cristeros y las de la policía. —Los muchachos asintieron con la cabeza vigorosamente. La señora añadió riendo—: Me quedo con este papel.

A usted no le conviene que se lo hallen, usted lo sabe de memoria ¿no? Para mí es como la reliquia de una santa.

—¡ltatí! —gritó el policía traidor.

La muchacha gordita desapareció sin decir una palabra hacia el galpón; y después de cenar frugalmente la siguieron todos. El galpón estaba medio cubierto de montones de alfalfa seca, y en un rincón había una pila de colchones de chala. Dos de ellos habían sido aderezados, con una mesita de luz y un lavatorio al lado, con una lámpara de petróleo encendida. —"Aquí están más seguros —dijo la dueña— de no, les hubiese cedido mi dormitorio" —y caminando al fondo, les mostró en el suelo una trampa que se abría a un boquete oscuro—. "Una salida al monte bajo tierra —dijo—. Cualquier peligro, ya saben. Pero creo que ahora no hay peligro." —Y con muchos saludos muy religiosos y corteses, los dejaron solos.

Mamboretá se tiró sobre su colchón y a los cinco minutos estaba roncando sonoramente, con la chaqueta y alforja debajo de la cabeza. Edmundo no podía dormir, empezó a pasear nerviosamente sobre el alfa.

Hizo jugar la trampa y se internó en el pasadizo, la linterna en la mano. El piso estaba alfombrado de pasto seco. En la mitad del subterráneo pisó falso, cayó, y sonó a hueco. Encontró otra trampa muy disimulada, la abrió, y en un boquerón cúbico, cubiertas con una lona, encontró un montón enorme de armas de fuego antiguas y municiones. Cubrió de nuevo el escondite con mucho cuidado, y suspiró, entre maldición y quejido.

A las dos o tres de la madrugada, Mambó se despertó bruscamente con la luz de la linterna en los ojos; el jefe estaba a su lado preparado para el viaje. —Vamos —dijo—. No puedo dormir. Hoy día tengo que llegar hasta Payogasta lo menos de un tirón. Tengo incluso miedo que nos roben los caballos en Cachi. El correntino se levantó a los rezongos:

—¿Ni se despide de esta buena gente?

—No es posible a no ser que encuentre al mozón de centinela. Me voy a despedir por escrito —dijo—. Y borroneó en un pedazo de papel madera estas palabras: "Señora: a las mujeres les da por jugar a la política; y la política no es cosa de juego, es cosa seria. Por amor de Dios, haga desaparecer TODO. Le doy mil gracias. Roberto Bavio." —mensaje que dejó sobre su almohada.

En la noche de ese día estaban en Payogasta; cuatro días después estaban en Salta, 650 kilómetros. Tomaron el avión para Resistencia. Dos días después estaban en Corrientes, Mamboretá enfermo y Edmundo con los nervios enteramente de punta.

Después de siete años de búsqueda desesperada iba a encontrar a su Reina.

IV

SEPULTADA EN VIDA

Itatí, a dos leguas de la antigua ciudad de ese nombre, destruida hacía veinte años en la batalla de San Cosme, puerto fluvial sobre el Paraná y la frontera paraguaya, a poca distancia de la laguna de Vallejos, era uno de los pueblos más hermosos de la República, según los itateños; y era verdad: "Itatí sería espléndido si no fuera por los itateños", pensó Edmundo. No eran los hombres los que la habían embellecido, al contrario, la habían afeado con una cantidad de edificios del nuevo "*stile universale*" inventado por el famoso arquitecto milanés Fonterriva, que hacía moda furiosamente entonces con sus líneas barrocas, sus cristalerías y sus masas de cemento asimétricas y deliberadamente desproporcionadas. Era la vegetación tropical y la vista del gran río la que hacía de Itatí una especie de paraíso terrenal, más suntuoso todavía que Goya y Bella Vista.

La selva secular no había sido talada del todo, y había sido aprovechada en parte por la población, a pesar de los furiosos conatos de las compañías madereras; y mucha gente acomodada había hecho sus casas "a la antigua correntina", en contra de las disposiciones fiscales, con un solo piso y vastos patios llenos de naranjos y bananales, ubirapitales y guayabos, colgados de inmensas enredaderas floridas. La plaza era un trozo de selva virgen de cuatro manzanas con calles curvas; y en el centro se alzaba el andamiaje del regio Panlatreuticón destinado a ser la Basílica de toda la Gobernación del Paraguay, en sustitución a la antigua Basílica de Itatí en ruinas. La pequeña imagen de la antigua Virgencita morena no existía más.

Edmundo había parado en un hotel de estilo viejo en las afueras, aunque con aire acondicionado, agua caliente, ventiladores y un gran bar lleno de gritos, jazzes y bailoteos que duraban toda la

noche. Mamboretá se mandaba cada chamamé que había que verlo. Estaba al servicio incondicional de su Carai Guazú, el cual había renunciado formalmente en Corrientes a la mayordomía del Yací-Yateré, con gran resistencia y disgusto de la viuda Colodrero.

El mismo día que llegó fue al convento de las Carmelitas, que se llamaba allí "Establecimiento Nacional de Retiro para Mujeres Abandonadas". Era una manzana entera rodeada de tapias de dos metros y medio color naranja; y en el centro había un gran caserón mal hecho, vendido tirado por su antiguo dueño, un brasileño enriquecido de golpe con el contrabando. El convento de las Carmelitas Descalzas de Corrientes había sido confiscado por el Gobierno; y las monjas habían vagado por la Provincia lamentablemente disfrazadas hasta que habían conseguido esa ubicación. Edmundo levantó sin llamar el pasador del portón y después llamó a la casa, desde un pequeño vestíbulo pelado y triste, todo pintado color naranja. Naranjos en flor rodeaban el pasillo enarenado hasta la casa, y el olor de azahares era oprimente. Brillaba un sol sin misericordia y el calor de Diciembre era tremendo.

Le contestó una vocecita por un torno diciéndole que la Superiora estaba en Laudes, y que no tenían visitas porque estaban en Adviento. Edmundo pateó y protestó; y después se sentó en una silla de paja al lado de una mesita, declarando que no se movería de allí hasta que le abrieran; y si no le abrían, hundiría la puerta.

El torno se cerró y reinó un silencio interminable.

En la mesita había una cantidad de chucherías bordadas o caladas a mano, adornitos, escarapelas, bolsitas, florones y medallones, con su precio cada uno; y una canastita con algunos lamentables pesos papel, que no valían nada entonces o casi nada. Edmundo se levantó de un salto, llamó al torno y gritó: "¡Le vengo a traer una limosna considerable! ¡Debo hablar con la Superiora!" La palabra "limosna" ha atraído siempre a las monjas, en cualquier siglo que sea. Al momento se abrió una puerta, y Edmundo ingresó en una salita con sillas de paja y una gran reja de fierro al fondo, cubierta con una gruesa cortina. Detrás de la cortina se oyó una vocecilla cascada: "Alabado sea Jesucristo."

—Buenos días, señora —contestó Edmundo; y pasó por una de las hendijas todos los trúmanes que traía en el bolsillo.

—Que Dios le recompense a Su Caridad lo que hace por estas siervas tuyas —agregó tranquilamente la voz.

—Yo soy amigo de ustedes —dijo Mundo—. He hecho en los tiempos algo por ustedes, aunque creo que más han hecho ustedes por mí; por lo que espero que en esta ocasión no me desamparen. Soy Edmundo Florio, que llaman el Policía Traidor. ¿Ha oído por acaso mis mentas?

~~—Perdón, señor Oficial, nosotras vivimos tan encerradas... —sonó después de un ratito otra voz juvenil—. Con la policía no tenemos nada que ver, estamos en regla. Nosotras no conspiramos, y aunque quisiéramos, no podríamos.~~

—¿Y no pueden correr esa cortina? —dijo Edmundo.

—No señor, perdone, es contra la Regla. Perdone usted.

—¿Qué hacen aquí y cómo viven?

—Rezamos y nada más —replicó la voz de la vieja—. Cantamos nuestro oficio divino, alabamos al Señor.

—¿Rezan todo el día? —dijo con asombro Edmundo —sonaron unas risitas ahogadas.

—En cierto modo sí —dijo la voz joven—: pero dormimos también. Y trabajamos. Usted sabe que el Gobierno nos quitó todas nuestras dotes. Tenemos una huerta, y hacemos dulces, y hacemos hilados finos, tenemos muchos telares. Si usted quiere probar las mejores naranjas de Corrientes, le mandaremos algunas con nuestra mandadera, si usted nos deja sus señas en la mesita.

Edmundo pensó impaciente que todo aquello era absurdo.

—Al grano —dijo—. Yo necesito saber, y se los pido por lo que ustedes más quieran... necesito saber... y ver... —empezó a trabucarse— a una joven que debe estar o haber estado aquí llamada Gracia Vélez de Zárate Namuncurá, una mujer del Sur... joven y hermosa...

—No sabemos —contestó resueltamente la joven—. Aquí nos cambiamos de nombres, y a ninguna preguntamos su nombre "mundano" si no quiere decirlo —dijo suavemente la anciana—. Basta que pidan entrar, acepten la Regla de Santa Teresa, y tengan una pequeña dote —dijo, con el tono de un viajante que recomienda un artículo—. Somos 21 mujeres pobres, muy tranquilas, muchas ancianitas y algunas muy enfermas...

—Ustedes se van morir todas por inanición, lo siento mucho —interrumpió Mundo—. Dispense la franqueza, pero me parece que esto es absurdo, señora Madre... o Hermana... no sé cómo es...

—Madre Carmen del Santísimo Sacramento, si usted quiere —musitó la anciana—. Y mi compañera es la Hermana Eulogia de los Dolores de María, la Sub-Priora...

—Se van a morir por falta de recursos —insistió Mundo.

—No: por gases o colgadas —dijo vivamente la joven—. Nosotras creemos en Dios.

—¿Conocen la Ley de Represión e Higiene Mental?

—Sí. —Aquí no la aplican todavía...

—¡Ni la aplicarán viviendo yo! —dijo sombríamente Edmundo— Si ustedes quieren, viviré a las puertas de esta casa como un perro guardián toda la vida. Tengo armas y las sé usar. Si Dulcinea Argentina vive aquí... pasarían sobre mi cadáver... si pasan... —agregó furiosamente.

Se oyó un tenue cuchicheo que duró largo rato.

—Señor, le rogamos que se retire —musitó al final la Madre Carmen—, es la hora del rezo.

—No sin que me hayan dado antes el informe que necesito —aseveró Edmundo.

—Hemos oído hablar de Dulcinea Argentina —dijo la joven—. ¿Quién no? Tuvo incluso una tía entre nosotros, la madre Transfiguración, que ya es muerta. Crea que por el momento no podemos hacer más por Ud...

—Y sin embargo ustedes hablan de "caridad" —dijo Edmundo— Y no perciben ni compadecen los dolores que pasamos aquí afuera.

Se oyó un hondo suspiro.

—Hacemos lo que podemos —cacareó la ancianita—. Rezamos por ustedes. Ya sé que ustedes sufren más que nosotras. ¿Y para qué busca Ud. a esa mujer que tengo entendido ha muerto?

—No diga eso. Yo ando desesperado. No puede imaginarse lo que me pasa por dentro. He estado tentado de quitarme la vida, no podía vivir más; y ahora que me ha iluminado una esperanza, me ponen Uds. un obstáculo terrible, que parece insignificante pero es temible; una negativa fría. Yo no sé si creo en Dios o no, a ratos me parece que creo, y a ratos me parece imposible; pero si hay Dios, Dios no puede ser sino la Esperanza; y ustedes, que creen en Dios están destruyendo fríamente una esperanza. No pueden imaginarse cómo estoy sensibilizado por dentro, en mi vida todo ha ido a contrapelo, y he topado en todas partes callejones sin salida; de modo que ahora todo eso me tiene en una suerte de angustia permanente. Estoy dispuesto a hacer por ustedes lo que ustedes quieran, si me dan datos acerca de esa niña, que para mí representa más que la vida...

—¡Pobre! Es realmente sensible —dijo suavemente la voz joven; y después reiteró la pregunta de la otra—: ¿Para qué busca Ud. a esa... muerta?

—Para liberarla y hacerla feliz —rugió Edmundo—. Es decir, para hacer lo que ella me mande.

~~—Nosotras aquí somos felices —dijo vivamente la joven.~~

—Sí. Sumamente felices en efecto. Sepultadas vivas.

—Somos felices —reiteró la jovencita—. Solamente si tuviéramos un poco más tiempo de sueño, madre... Pero, Virgen Santa, si durmiéramos más, seríamos demasiado felices. Yo me estoy durmiendo en pie; y me voy a dormir en las Horas, como siempre —rió.

Era una voz de chiquilina, fresca y risueña, con leve acento español. Parecía salir del piso.

—¿Ud. está acostada ahora? —interrogó el Policía.

Las dos rieron.

—Estamos sentadas en el suelo.

Edmundo se fue hacia la reja para dar un manotazo a la cortina; pero las hendijas de la reja eran del tamaño de una nuez grande. Una esquila sonaba alegremente hacía un buen rato.

—Las Horas, Madre. Nos vamos, señor. Usted dispense.

—Yo necesito el informe que les he pedido, y lo voy a conseguir por las buenas o las malas; eso, pronto —sibiló lentamente Edmundo.

Siguió un silencio tal que pensó se habían marchado. Al fin oyó un rumor de hopalandas y la voz suave de la viejecita:

—Que la bendición de Dios y de nuestra Madre Teresa sea sobre Ud., señor Edmundo Florio, el Policía Traidor —dijo sonrientemente—; y que ella le pague el bien que nos ha hecho. No quiera turbar la pobre vida de unas pobres sepultadas vivas —y rió.

Edmundo se quedó un rato mirando a la reja, que se reía de él como si estuviera viva. Eso era un muro de hierro. Ah, pero él...

Salió concitado, y dio vuelta a toda la manzana. En una canilla de riego mojó su chaquetón, su pañuelo de seda y su boina, las estrujó y volvió a poner; se sentía mareado, peligro de insolación; el calor era simplemente insoportable. En el fondo de la casa, en la acera, había un inmenso aguaribay, abultado, despeinado y lacio, que sobrepasaba las tapias naranja en otro tanto al menos. En la calle no pasaba un alma, el sol volcaba fuego líquido sobre el poblado muerto. Edmundo se quitó las botas, que le quemaban,

y echándolas a la espalda como mochila, trepó penosamente al árbol hasta lo más alto, hasta la última horqueta que podía sostenerlo; y allí se acomodó, cruzando las piernas. Encontró en el chaquetón un trozo de galleta mojada, y lo devoró.

Del convento venía una cantilena lenta y monótona, a manera de orquesta de ranas. Un "forcito" viejo pasó por la calle, jadeando como un moribundo, y alzando un nubarrón de polvo. Edmundo sudaba a mares; el follaje mustio del árbol caía sobre él y lo rodeaba por todas partes. El viento Norte había caído y no soplabá un hálito. Vio que se abría en mitad de la casa una gran ventana, y por ella percibió una fila de fantasmas marrón que se situaban de pie en torno a una mesa de pino sin manteles; y que empezaban a salmodiar de nuevo. "Más rezos", dijo. Frente a él percibió las tocas y la cabeza fresca de una Viejlta alta que tenía una especie de Cayado al lado. "La Madre Carmen", se dijo. Estaba decidido a quedarse allí todo el día. Mamboretá debía andar sobre ascuas, buscándolo quizá. Bueno, que buscara.

Largo rato después, vio venir desde el frente donde él estuviera hacia la puerta una larga fila de momias con amplios hábitos color blanco y algunas tenían encima todavía un manto color marrón. Venían de dos en dos, y al final tres, dos jóvenes que traían casi en andas a una viejita que al parecer rezongaba sin cesar mientras las otras reían. Entraron en una larga pérgola cubierta de mburucuyá, o flor de pasión, la enredadera paraguaya; y desembocaron en una glorieta con jazmín del país, donde se sentaron. Algunas permanecieron caminando lentamente por las pérgolas. Conversaban con paz, muy suavemente, echando una tras otra hacia atrás los capuchones.

Edmundo no podía más: una irritación inmensa lo embargaba. Aquellas mujeres lo derrotaban. Pensó volver de nuevo, era inútil; le darían en las narices con sus fórmulas untuosas. La idea de que su amada estaba allí contra su voluntad, retenida por todos esos sortilegios fanáticos de los católicos, lo obsedía. De sobra había leído en otro tiempo en *EL TABANO* los escándalos que pasaban en esos conventos: el proceso de las benedictinas de Punta Chica. Atentaban contra la libertad humana. Por una cosa que ellas llamaban "de gravísima culpa", habían puesto para siempre en calabozo a una desdichada, con ayuno y abstinencia, sin poder hablar con nadie fuera de la Priora, y debiendo pedir todos los días de rodillas perdón a todas las monjas al entrar al comedor; y

lo más notable es que cuando intervino la policía, la víctima se negaba obstinadamente a salir, diciendo que era la Regla de la Madre Teresa: tan fanatizada estaba. El país quedó consternado cuando los diarios publicaron fragmentos de la "*Regla de la Madre Teresa*": "Gravísima culpa es si alguna (no lo permita Dios, que ~~está en la fortaleza de los que en Él esperan~~) cayere en el pecado de la sensualidad, y de aquello fuere convicta, se entiende gravemente sospechosa... Si alguna fuere propietaria, o lo confesare ser, y siendo hallada en ello en muerte, no se le dé sepultura bendita..." Los diarios hicieron creer al populacho que a las monjas que escondían algún dinerillo para sus gastos las emparedaban vivas; y produjeron fotografías con momias de monjas incrustadas en una pared.

Las masas, indignadas por esas revelaciones, habían asaltado varios conventos de Buenos Aires, y los habían pillado y quemado, muriendo algunas monjas; y se añadió por parte del Consejo Virreynal un parágrafo al Código Damonte prohibiendo y anulando todos los votos, promesas o compromisos monásticos; acompañado de un decreto que confiscaba todos los bienes aún existentes de los conventos de Buenos Aires, que ya no eran muchos.

—Si esta gente llama "gravísima culpa" al amor —pensó Mundo—, ¿cómo puede ser que conozcan al Dios verdadero? Son todas simplemente desequilibradas mentales.

Un derrepente Edmundo sofocó un grito y se agarró de la rama: el semblante inconfundible de Dulcinea le apareció delante de un capuchón, la cara de virgen dolorosa con el cabello corto y pelón, como la melena de un varoncito. ¿Cómo no la había visto antes? El andar también era patente. Edmundo la devoró con los ojos, todo el tiempo; hasta que al sonido del esquilón se levantaron todas y procesionalmente se fueron. Su amada hablaba poco y escuchaba atentamente a su compañera, sólo una vez levantó la vista, y miró al árbol fijamente, que él pensó lo había visto. ¡Dulcinea!

Poco después vio abrirse una serie de ventanas del fondo y del lado, y aparecer las monjas sacudiendo afuera carpetas o colchas o sobrecamas. Avizoró por todo con absorción inquieta; hasta que en una ventana grande, la penúltima; reconoció de nuevo el visaje amado. Anotó mentalmente la ubicación de la ventana y el camino; y midió con los ojos metro a metro la huerta. Cuando se

encaminó dando una larga vuelta a la fonda, topó a Mamboretá a la entrada del pueblo, bañado en sudor y con cara de luna.

Entró en un bazar y compró un berbiquí, una sierra para fierro, y una cantidad de soguilla blanca fuerte, con gran asombro de su seide.

~~Llegado al hotel, le dijo que lo despertara a las veinte, se desnudó,~~
se tumbó, se puso el pañuelo de seda sobre los ojos, y quedó profundamente dormido. Mambó se fue a ducharse, por tercera vez aquel día.

—Estamos todos locos —dijo a gritos el correntino bajo el agua fría—, empezando por mi Carafí Guazú.

V

EL RAPTO

Cuando fue a despertar a su patrón, Mamboretá lo encontró tejiendo rápidamente una escala de cuerdas, vestido todo de negro con un antifaz negro. Se asustó; la cosa se estaba volviendo una novela de Alejandro Dumas. Empezó a pensar en seguida si no estaremos todos locos.

—¿Qué hacemos, patrón Guazú? —interrogó inquieto.

—La última hazaña de Don Juan Tenorio. Mirá, Mambó, andá rápido a la Sell-Mex-Standard y alquilá un "Motor silencioso" por un día (ahí tenés plata), chico y todo cubierto, "cupé", si encontrás color negro, mejor; y a la vuelta lo estacionás allá atrás, en la puerta del jardín y me esperás. Llevá tu poncho negro. ¿Sos capaz por si acaso de cortar el cable de la luz del jardincito?

—Soy —dijo Mambó algo dudoso.

—Cortálo en dos sitios por las dudas, que no lo puedan arreglar en toda la noche; ésa será la señal para mí, que se apague la luz allá. Listo y mucho ojo y pocas palabras. ¿Para quién es el coche? Para vos, decíles a los gringos. Firmá vos. Tenés tu cédula y tu divisa. Si hay dificultad, ya sabés: coima.

Cuando volvió el tape cumplidas las instrucciones apagó sin dificultad el gran foco de la glorieta y las luces esquineras, y vio la finísima flecha de luz de una linterna descender los escalones de la casa y atravesar el jardinillo. Un momento después su Caraí estaba a su lado en el volante, con una maletita, inspeccionando cuidadosamente el coche.

—Bien —dijo, y lo puso en marcha, con un rumor tenue, como el de una máquina de coser.

La abducción de Dulcinea fue un juego de niños comparado con la otra vez, cuando la sacó cubriendo su retirada a tiros de dormidita del escritorio del Irreprochable. Los dos bultos negros saltaron la tapia a la altura del aguaribay, Mundo por la escala y el correntino

por los ladrillos como un gato, dejando colgada por ambos lados la larga escala de cuerda; y Mundo cortó el cerrojo de la ventana penúltima con toda facilidad y sin ruido. Dentro del cuarto, iluminó débilmente con su magnífica linterna atómica: Dulcinea dormía pesadamente sobre una tarima pelada, con una respiración fatigosa, ~~vestida con sus hábitos blancos, con las manos cruzadas sobre el~~ pecho, como una muerta. El policía dejó caer sin ruido, a ambos lados de la pálida cabeza, dos ampolletas de dormidita, y se retiró cubriéndose la nariz con el pañuelo empapado en bióxido de sodio. La cabeza se movió a un lado y el cuerpo se estremeció, quedando luego rígido. "Demasiada dosis quizás", dijo Mundo, parando a su Cumpa que entraba lleno de aprensión. "Salí de aquí, si no quieres quedarte dormido y que yo te deje adentro."

Levantó el cuerpo flojo como si fuese el de un niño, con grandísimo cuidado, en la oscuridad. Su compañero lo siguió dando gruñidos. "Mal hecho, Caraf —decía—. Sacristolegio. Tupá Guazú nos ha de castigar a los dó. Yo no sé qué diablos a usted se le está ocurriendo. No es bien hecho, Caraf mío, no es bien hecho..."

El enamorado depositó con infinita delicadeza el cuerpo inerte en el interior del coche, que había quedado escondido en un garabato, y se sentó al lado, entregando el volante al tape. "¡Te callás de una vez, querés!" —susurró. El coche retrocedió lentamente sin ruido; y Edmundo suspiró.

Con gran sorpresa oyó otro suspiro y vio los ojos grandes de Dulcinea que lo miraban.

—Edmundo —dijo la niña—. ¿No sueño? ¿Qué has hecho?

—Salvarte... como la otra vez... mi Reina —dijo el mozo. Ella lo miró largamente con una sonrisa entre triste y burlona.

—¡Vuélveme al instante al convento! —ordenó.

—Perdón; primero tenemos que hablar. No puedo, hija. ¡De parte de tu hermano el Cura!

—Mentiroso —dijo ella—. Has incurrido en excomunión mayor reservada *specialissimo modo* al Sumo Pontífice.... el cual no se sabe dónde está... violando la clausura papal de un convento. Dentro de un momento mis hermanitas se levantarán a Maitines y ¡bonito susto! ¡Y bonitas dificultades me has creado para después! ¿No sabes que estoy muy enferma? —y se puso a sollozar desconsoladamente contra el ángulo del cochecito.

Edmundo estuvo a punto de ordenar la vuelta, "que tanto puede una mujer que llora"; pero estaban ya en la puerta del jardinillo.

Una agitación inmensa lo sacudía. Ayudó a descender a la monja, diciendo:

—Si haces ruido aquí, valiente escándalo armaremos en el bar. No temas. Ven conmigo.

Dulcinea contestó con decisión:

~~—Bien, tú lo has querido. Tanto peor para tí. ¡Pobre hermanito~~
Mundo!

Desde ese momento la muchacha llorosa pareció tomar en sus manos el comando. Siguió al policía con la decisión de un policía que lleva a un cautivo y entró en silencio con él en la alcoba. Mundo encendió la luz y se dejó caer sobre su cama exhausto. Ella quedó de pie ante él, mirándolo fijamente:

—Antes del alba debo estar en mi convento; de otra manera soy "fugitiva". En estos momentos las hermanitas han dejado los Maitines para buscarme por todos lados y han hallado la ventana fracturada. No hay derecho a darles un susto tan grande a mis pobres palomitas de la Virgen.

—En la carta que me mandaste tú me dijiste que eras mía.

—No. Te dije que tú eras mío, que es muy diverso.

—Es igual. Tú eres mi Virgen.

A la muchacha se le cortó el aliento.

—No —dijo—, no soy virgen. He ahí. Tú lo has querido saber, ya lo sabes. Estoy toda manchada para siempre, Dios lo permitió... —y un relámpago de horror y de furor cruzó por sus ojos secos.

El mozo no comprendió nada.

—¿Manchada? —dijo—. Tu hermano te daba por muerta.

—Vivo todavía... por no mucho tiempo —dijo ella amargamente— Huí de "la que fue Buenos Aires" a tiempo y a gatas... huí de los dos chasques que mandó mi hermano, uno de ellos era un judas, le desconfié siempre, me traicionó a la policía. ¿Qué importa ya eso? Mi hermano terminó su misión y yo también. El sacrificio de Abraham... Ahora Dios quiere que yo te sacrifique a tí también, como a un pobre niño inocente, con mis propias manos. ¡Oh Dios, yo no esperaba esto también, esto también! Edmundo Florio, por lo que más usted quiera, por mí, por mi propio bien, por Dios, ¡lo conjuro que me devuelva al instante a mi casa!

—¡Nunca! —dijo Mundo—. Allí no, sepultada viva. Yo seré tu esclavo, tu perro guardián, tu...

Ella denegó suavemente con la cabeza.

—Ésa es mi casa —prosiguió sin contestar—, se la compré yo a las monjitas, mi tumba, sí, mi tumba si quieres. Allí yacerás tú también dentro de poco, a mi lado... hasta la resurrección de la carne.

—Deja esos pensamientos de muerte —dijo el mozo alzándose— ~~no sabes nada —agregó con pasión; y alargó el brazo lentamente~~ para acariciar como un niño la cabeza agachada y desolada. Ella le apartó el brazo.

—Deja, soy una muerta. No sabes. Soy una muerta desde que esos hombres diabólicos asaltaron la casa de mi padre. Me dieron muerte por violencia, cuerpo y alma. Dios lo permitió, no sé por qué. Y ahora vienes tú a arrebatarme la paz.

Mundo extendió los dos brazos, y ella esquivó el abrazo, dando un gemido y retrocediendo. Mundo la siguió lentamente hasta la pared.

Ella exhaló una especie de bramido sordo.

—¡Mundo! —dijo con imperio—. Tú lo has querido. Ahora verás qué soy yo, qué es lo que tú codicias, desdichado. Con un movimiento brusco se despojó del hábito blanco que cayó a sus pies, y apareció una blusa y una falda de sarga negra. Con mano febril y violenta se arrancó la blusa y desgarró una camisa, y apareció el busto desnudo. Edmundo dio una exclamación de espanto.

El lugar del seno derecho estaba ocupado por una cicatriz horrorosa. El otro seno estaba cubierto por una caperuza rebosada de vendas y algodones. Ella la arrancó y apartó de sí con un gesto amplio y circular de la derecha; y apareció una llaga espantosa, un manchón irregular de carne viva, con puntos negros y vetas verdosas, y piltrafas de carne corrupta, colgando como guedejas; y un olor fétido, de carne muerta y agua colonia, se esparció en la habitación.

Edmundo se dejó caer de nuevo sobre el lecho.

—¡Maldición! —dijo—. Aquellos hombres diabólicos —repitió.

—¡Cáncer! —dijo ella. ¿Estás contento? —prosiguió—. Un ultraje infinito, horroroso. El infierno desatado. Dios lo permitió, quizá por alguna falta mía. Yo era muy soberbia... lo soy todavía quizá. ¿Estás contento? —dijo con especie de furor, cubriéndose el pecho herido—. Tú decías que yo era una representación viviente de la patria: ésta es la patria. Tú decías que yo era la encarnación de la belleza: ésta es la belleza carnal. Ahora estás marcado como yo

para siempre... leproso en el alma, pero levántate: Jesucristo fué como un leproso.

El Oficial Traidor de la Policía Federal, por primera vez desde que era niño estaba llorando; con el llanto total y desesperado del niño enfermo. Largos hilos de lágrimas corrían de entre sus ~~manos entrecruzadas ante su rostro, con sollozos a manera de~~ rugidos y palabras entrecortadas.

La mujer había revestido su hábito y estaba delante de él rígida, inmóvil, hierática, con la cabeza abajada y los brazos caídos, como una estatua de la fatalidad; mas en sus ojos brillaba el inmenso sentimiento de la maternidad.

Así pasó un tiempo interminable, un tiempo no medible en minutos, un espacio de vida humana de dos almas en comunión, conectado con la eternidad.

Fuera de esta vida y arriba de los sucesos della, los dos seres allí endormidos vivían entre el estruendo del bar y los ruidos incongruos de la fonda una vida nueva que era pasado y futuro a la vez, amarga y fuerte como un alcohol. La vida de los dos se transfiguraba en el recuerdo, y frases cortas de un diálogo exaltado se cruzaban hipnóticamente; en tanto que en el ambiente reinaba la sospecha augusta y no terrible del Gran Sueño, de la Muerte.

Un fuerte golpe en la puerta los despertó; y la voz cautelosa de Mamboretá sonó en un susurro:

—¿Devuelvo el coche o no? Va amanecer.

—No —respondió sencillamente Edmundo.

La puerta del convento no se quería abrir; y no se abrió hasta que pudo hacerse oír Dulcinea. "¡Pobres mis gallinitas de Dios!", decía ella ante la reja, poblada de exclamaciones y deliberaciones ahogadas. Al fin la voz de la Madre Carmen dijo:

—¿Qué ha pasado, hermana Gracia de las Almas del Purgatorio?

—Nada importante, madre. No me he fugado, no. Un accidente, un error. Abra, y le contaré todo, y nos reiremos todas. El último capítulo de la novela inverosímil de Dulcinea Argentina, que yo creía estaba ya acabada...

—En el nombre de Dios te abriré, hija. ¿Quién te acompaña?

—Nadie, madre. Un hermanito inofensivo. Un nuevo hermano que Dios me ha dado por mis seis hermanos muertos.

—¡Un muerto! —exclamó Edmundo; y un nuevo golpe de llantina le sacudió el pecho, al ver una puerta de hierro abrirse lentamente y desaparecer sin una palabra más la monja por ella.

Largo rato estuvo allí sentado, laso e inerte. Ordenó al correntino que fuera a devolver el coche. Allí pues estaba sepultada para siempre su vida y todas sus esperanzas. "¡No hay patria!", le dijo con brusquedad al tape, que lo interrogaba inmutado con los ojos, "Dulcinea Argentina no existe más, y era nuestra última esperanza. Sépaslo."

—¡Tupá Guazú Ñandeyara hai querer devolverla! —dijo el otro, lleno de fe—. Él puede todo.

Edmundo se quedó allí, como un perro apaleado, mucho tiempo sobre una silla de paja. La lenta melopea de los rezos llegaba a sus oídos; y él repetía al compás una cantidad de palabras que había oído y dicho esa noche. Después calló el canto y se pobló de nuevo de vocecitas bajas el "locutorio". La voz de la sub-Priora gallega se alzó y dijo:

—Le rogamos que se vaya, Oficial Edmundo Florio. Lo tendremos en cuenta cuando lo necesitemos. Le estamos reconocidas a lo que ha hecho por nosotras y por nuestra hermanita Gracita. Vamos a rezar mucho por Ud. Vaya a descansar tranquilo y duerma en paz...

Y entonces se alzó una voz que conocía demasiado, como la de un ángel, entera, jovial y aún risueña, con un dejo de lágrimas ahogadas, en las caídas. Y cantó así:

*Por ti quiero vivir, Flor de las Flores,
Quiero siempre descir de tus loores
Non me partir
De te servir
¡Mejor de las Mejores!*

VI

ÚLTIMAS NOTICIAS

Sr. Dr. Fermín Chávez hijo
Inspector de La Línea
(POR CHASQUE)
Mi estimado amigo:

Le mando conforme a su deseo las memorias de todo lo que me pasó desde que conocí al Cura Loco; o por lo menos la mayor parte; me he servido también para escribirlas de la libreta de anotaciones que me dejó su amigo al morir. Ud, dice que eso le sirve, buen provecho, acéptelo como mi último recuerdo. ¡Para la Historia! No hay historia, caro amigo, usted sabe que actualmente no hay historia, sino el batiburrillo del gran mentidero público; y que probablemente no la habrá nunca más. La verdad debe transmitirse ahora de hombre a hombre y boca a boca; y aún así... Y eso hablando de la verdad de los hechos que pasan, que de otras verdades más profundas... Ud. dice que ella prevalecerá un día. Que Dios le conserve la Esperanza.

Como le diré el chasque, estoy en Itatí, trabajando de jardinero Y mandadero de un convento de monjas, si puede llamarse trabajar. He pasado una crisis muy tremenda, creo que será la última, que me ha transformado en otro hombre, por decirlo así; o ha libertado al hombre en mí. Estoy en paz, y espero no sé qué. No se me ha pasado la melancolía, pero ha surgido junto a ella otra cosa contraria que hace cuerpo con mi irremediable melancolía y establece un equilibrio; en fin, no sé explicarme. Es como una vertientecita que ha nacido en mí, y que rebrota siempre, aunque a veces parece cegada del todo con el barro. Le diré que tengo momentos de felicidad rara, aunque no me atrevería a llamarla alegría, gozo ni dicha; una especie de felicidad sorda.

Siempre he sido emotivo, sensible y oscuro; demasiado "musical". Nunca he visto claro en mí...

Días pasados fui detenido e interrogado por el Tribunal Especial de la Represión. No dije absolutamente nada fijo acerca de las Carmelitas, de las que me acribillaron a preguntas. Preguntado si creía o no en Dios, respondí que creía; que creía, pero no estaba seguro; que creía en la resurrección de la carne. Me insistieron en qué Dios creía que creía, y respondí en el Dios Grande, como dicen los correntinos, Tupá Guazú. Si cumplía con el deber de las fiestas Mayores, y yo pregunté a mi vez si por ventura el Culto Público Vitalista había sido ya inaugurado en Itatí; y confesé haber estado en ceremonias neocatólicas en Marel Plata y la que fué Buenos Aires, "cumpliendo con mis deberes". Me soltaron tomándome quizás por loco; citándome para la próxima sesión, pues el Tribunal Especial de la Represión entra en receso hasta el fin del verano; y aquí andan con mucho cuidado y han ejecutado a poca gente, por la resistencia de la población.

No sentía el menor miedo a la Cámara de Gases o a la horca de estos malvados, o desdichados. Sin embargo, después me entró como un arrepentimiento o escrúpulo de no haberles dicho llanamente que creía en Dios, y no en el Dios de Juliano Felsenburgh. No puedo leer claro en mí, mi interior es oscuro, siempre que hablo de mí, por más sincero que quiera ser, después me parece que he mentado. En realidad no sé expresarme bien.

Una vez le dije a Ud, que me parecía que si no había Dios, no podía haber nada positivo. Todavía me atengo a esa fórmula, que veo que no dice nada, nada lógico; pero la he cambiado en la fórmula de "la resurrección de la carne". Tal como está hoy la humanidad, si no hay una resurrección, es una completa catástrofe; nada tiene sentido, todo es absurdo, y no se puede ni pensar; y si no se puede pensar, no se puede pensar que no hay Dios; y menos probarlo. Fíjese que hoy día la gente sufre mucho; y algunos en particular sufren horrores. Yo he sido muy mal educado, mi padre nos abandonó cuando yo era chico, hizo una iniquidad con nosotros, y mi madre era una pobre mujer, muerta de trabajo y penas, que nos dejó no mucho después. Crié una especie de odio enconado e irreconciliable a la injusticia, la cual me ha seguido mucho, como un mastín siempre a mis talones. Por eso entré de policía, por pasión por la justicia; pero pronto me di cuenta que la policía estaba al servicio de un poder inicuo, y eran los más injustos de

todos. Cuando conocí a Dulcinea Argentina, creí haber hallado por fin la razón de existir y la razón de todo; pero eso acarreó una nueva serie de penas, las penas más grandes que puede haber.

Las penas de ella quiero decir, más grandes que las mías. Eso es lo que dije antes: "algunos sufren horrores..." Y éstos no son los más criminales, ni los más ruines, sino al contrario, la gente más buena, noble y elegida que hay; parecería que cuanto más preciosa es una criatura más se ensaña sobre ella el Destino. Y eso no puede ser si no hay una Compensación, una Devolución. La naturaleza no es de suyo mala, al contrario, hay como rastros de una gran bondad borrosa e incluso de un gran Amor en ella. Es el hombre el que es malo. ¡Mire lo que hacen ahora con estos pobres criaderos, creo que en todo el mundo!

Estamos en el tercer año del reinado del Príncipe de la Paz, ¿y quiere decirme usted si hay veramente paz? Éste es el ejemplo del mayor poder que ha existido en el mundo; pero, ¿se ejerce para el bien? Las naciones, o grupos de naciones o continentes confederados se disgregan y se agitan sordamente unos contra otros; y el espanto reina en el mundo. ¿Es verdad lo que me cuentan que en España se han levantado contra el Virrey Ruso media Castilla y toda Vasconia como una tolvanera; y que allí anda luchando el capitán Uriarte al frente de una montonera de voluntarios sudamericanos?

Con todos sus progreses las gentes son cada vez más febriles y enfermas, y feroces. Jamás me conciliaré con la epidemia de matanzas legales cada vez más insensatas y frecuentes, con el pretexto de la limpieza de la humanidad regenerada de los últimos rastros de la infección cristiana, que amenazaría volver otra vez a la humanidad a los tiempos siniestros y belicosos... ¿no es así como hablan los diarios? Estos "últimos rastros" son inacabables y parecerían rebrotar continuamente de sus propias cenizas. A sus perseguidores, con todas sus pompas y progresos, los tengo simplemente por mentirosos, malvados y miserables. Algunos días me pesa tanto este mundo que me parece no puedo más y voy a reventar. Tengo a veces impulsos furiosos de hacer una barbaridad con las armas que tengo escondidas. Quizá porque saben eso no han perseguido todavía a estas monjitas; porque hay otros vecinos pobres que están en la misma disposición que yo, y serían capaces de hacerse matar delante de las tapias naranja, vendiendo caras sus vidas, y acabar de una vez.

Son mucho peores que los mayores malvados que han existido en el mundo; y Juliano II, con sus actitudes de magnanimidad, benignidad y sabiduría, es quien mueve en el fondo todo esto. En mi juventud leí libros sobre las persecuciones de la Edad Media, novelas, como "Los crímenes de la Inquisición Española", "Los Misterios del Vaticano", "La vida de Torquemada" y los folletines del diario *EL TABANO*. Éstos hacen lo mismo que entonces y mucho peor; aunque fuera verdad todo lo que cuentan de aquel entonces, y yo he visto demasiado para no desconfiar un poco, lo de ahora es peor. Entonces los perseguían por "herejes", y si consentían en no hacer propaganda de sus ideas y en callarse, les perdonaban; y ahora no. Aquéllos fueron hombres apasionados y violentos; éstos de ahora son demonios.

Espero la resurrección de la carne. No sé lo que me espera en la próxima "sesión" del Tribunal. Ya he dejado dicho dónde tengo que ser enterrado y qué poner en mi sepultura. Una fuentecilla callada de entendimiento fluye en mí. Hay como una luz suave y verdosa como la que vi otrora al llegar al crepúsculo a Cachi en Salta, que ilumina mis últimos días, y en vez de declinar, aumenta. Y ahora que dije "luz verdosa", ¿qué me dice Ud. de los fenómenos meteorológicos extraordinarios que ha habido en los últimos tiempos? ¿Contragolpes y parafenómenos inofensivos de la creciente actividad científica atómica en todo el mundo? Las monjitas me han contado una cosa extraordinaria: parece que en Jerusalén ajusticiaron a dos cristeros y los colgaron en la plaza, como al Cura Loco; y a los tres días hubo un tremendo terremoto, que destruyó media ciudad, y los dos hombres RESUCITARON¹. Esto es increíble; pero más increíble es lo que cuentan los diarios de aquí. Ya no se sabe qué creer.

Dios quiera estos papeles lleguen a sus manos y no a la de los federales. Mucho me ha costado hacer marchar a mi compañero Mamboretá; pero tenía que hacerlo salir de aquí. Sé que Ud, lo va a entender bien. Anda atemorizado por un lado y con ganas de aflojar, y demasiado imprudente por otro, a veces. Yo le digo: "¡vamos,

1. Los dos Testigos de *Apocalipsis* 11: 3-13. Cuando el Anticristo desencadene la Última Persecución, Dios suscitará "dos jefes religiosos eminentes que regirán a los dos grupos perseverantes de cristianos fieles y judíos convertidos." (*El Apokalypsis de San Juan*, Cuaderno II, Visión Octava)

correntino voltereta!", para entonarlo. Es un excelente muchacho. Creo que no lo volveré a ver.

Todo lo que va en estos papeles, como le dije, no sé para qué le va a servir. Son cosas viejas; parecen inauditas y monstruosas para el siglo XX; pero son cosas viejísimas, tanto que parece ser que algunas están predichas por los antiguos profetas hace miles de años. Cosas iguales o parecidas pasaron ya en Méjico, en España, en Francia del Norte durante la Revolución Francesa, en Francia del Sur durante la Edad Media, y en el Imperio Romano; ahora han venido con mayor fuerza y todas juntas, me dice la Piora. Las mismas lluvias de fuego, ahorra tan frecuentes, pasaron en una ciudad llamada Sodomigomorra, antes del Diluvio Universal. Lo que a mí me pasó con Dulcinea, dice la Piora que es lo que le pasó a un santo antiguo llamado Ramón Lulio. *Ella* no estaba cuando la españolita me contó esto; a veces está presente a las "clases", pero no dice una palabra. Será mejor así, ella sabe. ¡Pensar que a mi edad tengo que aprender la religión de una galleguita que habla rápido y ríe como los pájaros! Mi pobre madre tendrfa que haberme enseñado todo esto; pero en fin, todo ha sido para mayor bien, dice la Piora, que es la que me ha dado esta ocupación de jardinero y mandadero.

Creo que no lo volveré a ver a mi "cumpa" el Mamboretá, ni a Ud. tampoco. No importa. Ya tengo preparado mi lugar en la tierra: con mis propias manos he cavado DOS tumbas.

Suyo afectísimo, cristero o no cristero.

Edmundo Florio, *Policía Traidor.*

VII

CABO

La ciudad de Itatí fue destruida por segunda vez, y jamás se llegó a saber bien la causa.

A los 22 del mes de la Fecundidad del tercer año del nuevo calendario, un siniestro resplandor rojizo azulado inflamó los cielos al caer la noche, y se precipitó con un mar de chispas sobre la tierra; cerca del Paraná, con un estruendo horrísono, como si un astro hubiera chocado con la tierra. Muchísimas casas agarraron fuego y un viento abrasador derrumbó a otras. La parte de la población que no pereció, huyó despavorida en todas direcciones, y se refugió en San Cosme, Harrison, Tío Sam, Los Vallejos, Hedgewood y demás aldeas de las inmediaciones; las cuales les cerraron obstinadamente las puertas, por miedo de los efluvios atómicos.

Una bomba atómica no pudo haber sido, porque el mundo estaba en paz, y no en guerra. Se dijo que fue una hazaña criminal de los cristeros, lo cual era imposible. Un gigantesco meteorito, que se había deshecho en polvo contra la tierra... De hecho, en todo el mundo se registraba con aterradora frecuencia la caída de meteoritos; pero éste debió ser en ese caso de una dimensión descomunal, un trozo de astro. Pero, ¿y los demás?, ¿qué se sabía de cierto? Lo que querían decir las autoridades.

Una tarde de principios del año IV de la Nueva Era, un hombrecillo flacón y canoso entró por el Norte de la ciudad abandonada, en el esqueleto retorcido de la ciudad sin habitantes. Al llegar a ella, se detuvo un momento ante un ranchito, donde una india desarrapada con un montón de chiquilines morenos y sucios molía maíz en un mortero de palo. La mujer se quiso asustar y gritó; pero el hombrecillo la tranquilizó en guaraní. Habló un rato con ella, también él parecía tener conturbado el espíritu, y ansioso de compañía viviente. Tenía

los pies envueltos en lienzos destrozados y estaba pasado de sudor y polvo. Estuvo allí hasta que se presentó el "hombre", con una hacha en la mano. El peregrino dijo llamarse Eusapio Cabral, por mal nombre "Mamboretá"; y confortado con galleta y tereré, siguió su camino.

Con seguridad de viejo conocido, atravesó la ciudad en ruinas, esquivando con penosas vueltas los escombros y los montículos de cenizas rojizas y negras, que tenían a veces el tamaño de un médano, salió por el Sur, y se dirigió a unas altas tapias naranja casi intactas. Con mano segura hizo correr un pasador, empujó una verja, cruzó un patinillo y orilló la vieja mole del convento vacío, buscando el fondo de la huerta, hecha ahora un abrojal. Los viejos naranjos quemados rebrotaban en matorral desde abajo, el monte avanzaba de nuevo por todas partes, enseñoreándose de sus viejos dominios. En el fondo de la huerta revolucionada encontró el pequeño cementerio de las monjas, cuajado de malezas que escondían las pequeñas cruces negras de palo.

Se puso a buscar entre las sepulturas más recientes, leyendo las latitas con los humildes epitafios: "Madre Carmen del Santísimo Sacramento - Guió a su pequeña grey con firmeza y piedad - En tiempos no fáciles - Y descansó con el Señor a los 84 años." "Hermana Águeda de la Encarnación..." "Hermana Lucila del Niño Jesús..." Al fin halló lo que buscaba: dos sepulturas recientes, una al lado de otra, que por apresuradamente cubiertas, habían hundido la tierra y formando como dos cunas gemelas, cubiertas de césped verde y florecitas.

Apartó las matas de mburucuyá que trepaban por las cruces, y leyó en las latitas toscamente impresas con un alfabeto de acero y a martillo:

GRACIA VÉLEZ DE ZÁRATE NAMUNCURÁ

CAYÓ BAJO EL PEOR DESTINO

Y SE LEVANTÓ.

LE HIZO FRENTE ERGUIDA

Y SE ENGRANDECIÓ HASTA EL CIELO.

SU FIGURA FUE UNA HOGUERA

SU VIDA FUE UN MARTIRIO

Y UNA BENDICIÓN.

VIVIÓ LA FE.

MURIÓ A LOS 31 AÑOS.

La otra tumba con los mismos caracteres mayúsculos fuertemente impresos decía sencillamente:

EDMUNDO FLORIO G. F.

47 AÑOS

ESPERA LA RESURRECCIÓN DE LA CARNE.

El Mamboretá se arrodilló y se puso a rezar sobre las tumbas.

REMEMBER

*Hoja impressada por los sabios plomos,
Finado yo, conservarás mi nombre.
¡Que dure más (curioso lo que somos)
Una hoja de papel, que el hombre!*

Jerónimo del Rey

8 de octubre de 1946 - 8 de diciembre de 1955